

—Y ahora dejadme, Troncoso, que harto teneis en qué ocuparos y yo asimismo en qué pensar.

Horas muy terribles habia pasado don Fadrique desde que la mano de Rodrigo Lopez de Ayala habia señalado su mejilla, pero ninguna lo fue tanto como la que siguió á su vuelta de San Pablo.

Paseábase por su cámara con los brazos cruzados y la cabeza baja, entregado á pensamientos que en su tumultuoso giro ó lo hacian enrojecer de ira ó estremecer de rabia, ó inquieto morder sus labios ó suspirar ofuscado.

Pasó algun tiempo de aquel modo; todo en derredor suyo estaba en movimiento; estábanlo más que nada su sangre y su imaginacion; estábanlo sus pasiones todas exacerbadas á la vez: sólo era igual y lento su paseo en el que no cesaba un punto.

Así le encontró Gonzalo de Figueroa que, cuando fue entrado en el palacio, le avisó Troncoso y se apresuró á ir al aposento del duque.

—¿Me esperabais, don Fadrique? le preguntó su jóven y gallardo alférez trocando en interes su indolencia.

—Sí, Gonzalo, como que tengo muchas cosas que deciros.

—Teneis toda mi atencion, repuso Figueroa parándose delante del duque.

—¿Sabeis que ya no soy regente?

—Tanto lo sé, señor duque, que en este momento os acaban de quitar la guardia con singular apresturamiento, dijo Gonzalo visiblemente disgustado.

—Así nos ahorran el trabajo de despedirla, replicó don Fadrique sonriéndose sardónicamente. ¡Tenemos mucho que agradecerles! Tambien sabréis que nos vamos dentro de algunas horas.....

—Despues de suponerlo, he visto los preparativos que afanan á vuestra servidumbre.

—Pero lo que no sabeis es que en saliendo de Búrgos vamos á enarbolar nuestra bandera cruzando por Castilla como país extraño y enemigo.

—Lo adivinaba, señor duque, desde que entré en el palacio, replicó Gonzalo retorciendo su rubio bigote.

—Ahora bien, Gonzalo, entre vos y yo se pueden colocar muchas consideraciones que nos pueden separar, la primera mi enemistad con vuestro tio, que desde hoy será profunda.

Gonzalo dió un suspiro.

—Por otra parte, declarándome en abierta rebelion con el concejo voy á arrostrar todos los azares que puedan sobrevenir: mi estrella está hoy en conjuncion, puede eclipsarse, puede sucumbir y puedo tambien triunfar imponiendo condiciones. No os quiero asociar á mi destino cuando presenta peligros, no os quiero separar de vuestra familia, de la córte, de vuestros amores; quedáos si quereis con el maestre, os aviso y no os obligo. Pensad lo que mejor os esté, y decidmelo con franqueza.

—Si tuviera padre y rompierais hoy con él, por deber me separaria de vos; pero no teniéndole, ni mi familia, ni la córte, ni mis amores, ni los peligros, ni los azares me retraerán de seguirus. Parto con vos, señor duque, y vuestro porvenir sea el mio.

—Gracias, Gonzalo, por esa decision; sois un afecto con quien he contado siempre y del que probablemente abusaré porque tengo esa fatalidad. Empiezo aceptando todo ese cúmulo de sacrificios, y en seguida os diré que me vais á preceder á Portugal, con quien voy á hacer alianza.

—¿Cuándo parto?

—Esta tarde; yo lo haré mañana, porque ántes quiero saber lo que dejo y conocer lo que me queda.

—Pues, con vuestro permiso voy á dar algunas órdenes, y volveré á recibir las que me deis.

—No volvais, Gonzalo, ni me digais á Dios, porque no nos separamos.

—Pues, hasta Lisboa, señor duque.

—¡Hasta Lisboa, Gonzalo!

Y apretándose las manos se separaron en silencio.

CAPÍTULO XLVII.

CÓMO DON FABRIQUE DE CASTILLA SE DESPIDIÓ DE LA REINA DOÑA CATALINA Y DE DOÑA LEONOR SU HERMANA.

Todos los preparativos ordenados por el duque de Benavente fueron hechos con tal prontitud que en el corto trascurso de algunas horas quedaron de todo punto concluidos. Antes que el sol tocara á su ocaso salió Troncoso con algunos hombres de armas en direccion de Benavente, conduciendo, ó más bien escoltando á los dos ballesteros que tan mal habían llenado los deseos de su señor; y el resto de su servidumbre esperaba con los caballos embridados el instante de partir.

Sin embargo, el duque de Benavente que habia roto con Castilla no se habia desprendido de su amor. El hacia latir su corazon pensando en el dia que iba á lucir separándole de la reina, él iluminaba sus sombríos pensamientos, él derramaba una consoladora esperanza para el porvenir, él con sus ilusiones templaba la amargura de lo presente. Quería verla ántes de partir, quería dejarle un recuerdo y llevarse una esperanza; queria como le dijera á Gonzalo conocer

lo que le quedaba, y resuelto á profundizarlo, aprovechando la ocasion que tan crítica y aparente se presentaba, á hora que Catalina de Lancaster se hallara sola con sus damas fué al alcázar, cuyas elevadas puertas pasó, la audacia y la altivez en la frente, la emocion y el sobresalto en el corazon.

Sin entrar en la cámara de don Enrique se dirigió á la de la reina, haciéndose anunciar en ella osadamente. Sus puertas se abrieron y el duque penetró en su recinto.

Catalina de Lancaster estaba sentada en su sillón: tres damas sentadas tambien al rededor le contaban la muerte de Elvira con todos sus tristes detalles, y las narradoras se enternecian, y la reina derramaba algunas lágrimas pensando allá para sí en las que habrian llorado los ojos que se habian cerrado aquella mañana para siempre.

Bajo aquella impresion entró el duque: las damas interrumpieron su relato y se separaron colocándose á respetuosa distancia; la reina volvió la cara para ocultar su sensacion, y don Fadrique se adelantó conmovido, acercándose á doña Catalina á la cual saludó con más ceremonia, con más expresion que acostumbraba.

Afectada Catalina de Lancaster con la memoria de Elvira, convencida del influjo funesto que el duque habia ejercido en su destino; su presencia, que le recordaba la sangre de Dia y la desesperacion de Ayala, la produjo una sensacion violenta, tan violenta, que no pudiendo ocultarla ni dominarla durante algunos momentos hizo que prolongándose el silencio la acogida de don Fadrique fuera tan fria que le ofendiera.

Sin embargo, pasada la primera impresion la reina fijó en él sus dulces ojos azules cuyas lágrimas le habian prestado más brillo, y le dijo con más tibieza que afecto:

—¿Qué os trae á nuestra cámara, duque?

Hay pequeñeces que desgarran el corazon: la reina destrozó el de don Fadrique con retirarle el título de gobernador con que le nombraba siempre, más, mil veces más que el concejo con quitárselo; y como en momentos dados es difícil, si no imposible, sobreponerse á la impresion de ciertos golpes, el duque irguió la frente con altivez y respondió con glacial y acre ironía:

—¿Lo ignora V. A., señora? Pues me trae el que como hoy el reverendísimo arzobispo de Toledo no querria como en otro tiempo traeros mi despedida, vengo yo mismo, aunque me cueste mucho, á presentárosla en persona.

—No sabía que partieseis, replicó Catalina de Lancaster trémula pero severa, y me admira que me la presenteis á mí en vez de dársela á don Enrique ántes como era debido.

—Os lo explicaré, señora, repuso el duque exaltado y audaz. Ver ó no ver á don Enrique, ser ántes ó despues que á vos, es una cuestion de ceremonia de que prescindo en momentos tan críticos como estos. Veros á vos era mi afán, porque ántes de deciros un á Dios que debe ser para siempre, pretendia preguntaros

si se han roto todos los lazos que tan fuertemente me han unido á Castilla; si no queda alguno solo, único, velado y puro; uno tan fuerte, tan poderoso é indisoluble que me retenga en su seno y encadene mi brazo y mi voluntad.

—Yo creia, dijo la reina con emoción, que no se habia quebrantado ninguno, y que el dia de hoy os habia arrebatado un título solamente.

—No es un dia el que va pasando muy propio para alusiones, replicó don Fadrique con melancólica y altanera sonrisa. No vengo tampoco á ocuparme de un título y *algo más* que en sus horas he perdido. Tan sólo me trae á vuestra presencia el deseo de recordaros un tiempo, un dia, una hora, un instante que pasó, pero que no se borrará nunca: ¡oh! jamas, jamas de mi memoria.

Catalina de Lancaster bajó la cabeza; recordaba hartó bien aquel tiempo, aquel dia, aquella hora, aquel instante, y latia su corazon, porque aquel recuerdo era bello y se confundia en dos emociones que se reproducian magnéticamente en ambos del mismo modo que entónces.

—Fue un dia, prosiguió diciendo el duque en voz más baja, con acento más dulce, con tono lento, con rostro expresivamente insinuante; fue un dia en que oí de unos labios que adoraba dos palabras, solas es verdad, balbucientes más que pronunciadas, pero que en su dulce vaguedad formaban una esperanza que ha sido la estrella de mi vida, mi luz, mi fe. Dos palabras que fueron dichas en el palacio de Valladolid, y cuya explicacion vengo á buscar en el alcázar de Búrgos. Dos palabras que se han hecho, pasando tiempo, un problema á mi razon, y cuya solucion necesito conocer. ¿Lo resolveréis, señora? Con él se resuelve mi destino, y ya conoceréis la ansiedad con que lo espero.

—Lo resolveré, dijo Catalina de Lancaster levantando bruscamente la cabeza. Proponedlo, duque, y termine esa ansiedad que os aqueja.

—*Hago más* me dijeron, señora, repuso don Fadrique con audacia, y me lo dijeron cuando yo no demandaba sino un generoso y sincero perdon. Ese *más* alentó mi esperanza, dió pábulo á mi ambicion, lo devoraron mis pensamientos como devora el deseo aquello que lo satisface.

Catalina de Lancaster se estremeció, pensó en Elvira, y fuerte con el recuerdo de su desventura, arrostró su mirada fascinadora, y sacudiendo sus blondos rizos le dijo:

—La que os dijo en un inolvidable dia de transaccion y avenimiento, de reconciliacion y paz, en el palacio de Valladolid, *hago más*, estaba ofendida como dama y ultrajada como reina. Generosa con el rendido le demandaron perdon y *hago más*, respondió, porque perdonando sinceramente olvidaba lo pasado destrrándolo de su memoria. Esa es la significacion de esas dos palabras fe y luz de vuestra vida: si no las comprendisteis así, le pesará grandemente á la que las profirió.

Don Fadrique vió morir á su vez su dulce y acariciada ilusion, pero siempre

altanero, siempre arrogante hasta para la mujer de su amor, reina y señora suya, le dijo con glacial ironía:

—Gracias, señora, por la explicacion; y gracias por el perdon y el olvido. Uno y otro quedan grabados en mi corazon desde este momento en que puedo apreciarlos en su legítimo valor, porque con efecto es grande conceder aun más de lo que se solicita.

¿Quiere V. A. algo para la reina de Portugal?

—¿Vais á ver á mi hermana?

—Cuento ser admitido á su presencia.

—Pues decidle que echo muy de ménos su cariño y nuestros tranquilos dias de Inglaterra.

—Y ¿para el rey don Juan?

—¡Nada! contestó altivamente la reina, porque Castilla sólo habla con él por embajadores, y esos los envia el condejo.

Se mordió los labios el duque y contestó inclinándose profundamente:

—¡A Dios! señora, ¡á Dios!

—Él os acompañe, duque.

Y le alargó su mano de alabastro.

Miróla don Fadrique con orgullo y entereza, retrocedió un paso sin tomarla, y saludándola nuevamente salió de la cámara sin volver la cara cuando pasó sus umbrales.

Si lo hubiera hecho habría visto correr dos lágrimas por las mejillas de la reina, disipando una parte de la amargura que devoraba en el fondo de su corazon, sin permitir que asomara ni á sus ojos ni á sus labios.

No recibia Enrique III más que á sus tutores á aquella hora, ni el duque tuvo ánimo de presentarse á él tampoco, sino de abandonar el alcázar donde acababa de sufrir la última decepcion de aquel dia.

Casi de noche era cuando lo dejó: no tenia, pues, necesidad de ocultar con la máscara del disimulo sus sensaciones, así fue que su fisionomía contraída dejaba conocer la tempestad de su alma en el momento que volviéndose á la regia mansion exclamó:

—¡Catalina, porque te amo, no me amas! ¡porque he caido, me rechazas! ¡á Dios!

Y tomando la direccion que al palacio de la reina de Navarra conducia, atravesó algunas calles desiertas ya y abandonadas al viento Norte que silbando las recorria, y se encontró en la opulenta morada de doña Leonor que se reflejaba sobre las aguas del rio.

Habian sido los sucesos de aquel dia tan impensados, habian seguido á ellos las consecuencias tan de cerca, que la reina de Navarra no habia podido tomar parte en ellos, ni poner en juego su influjo tan poderoso y su mediacion tan atendida con los reyes, los arzobispos y las córtes representadas en el condejo de

diputados de las ciudades. Estos fueron los que tomaron la iniciativa desde el instante que resonó en el alcázar la enérgica acusación de Rodrigo Lopez de Ayala, y en las plazas de Burgos los violentos murmullos del vulgo, conmovido por la alevosa muerte del desdichado Dia Sanchez.

Noticiosa, sin embargo, de cuanto habia ocurrido, esperaba con vivísima impaciencia á don Fadrique, ansiando saber sus proyectos, pues harto conocia su carácter para no presentir que nuevas convulsiones iban á estremecer á la infeliz Castilla á impulso de su resentimiento y venganza.

Tendióle, pues, la mano acompañada de su seductora sonrisa en cuanto á su presencia estuvo, y le dijo:

—¡Impaciente me teniais por veros, hermano!

Pero como el duque no le devolviera su sonrisa, apenas tocara su mano y no desarrugara su frente sombría, añadió con expresion de sorpresa:

—¿Nada me decis, Fadrique?

—Lo que os importa, señora, debeis de saberlo ya, dijo al fin el duque con una brevedad seca y amarga. ¡No soy regente ni tutor!

—Poco da cuando triunfais, replicó doña Leonor halagando una pasión para calmar un sentimiento; con vos sale el conde de Gijon cuya entrada resististeis, y queda en mayoría vuestro amigo el arzobispo de Toledo.

Soltó el duque una carejada nerviosa, y repuso cuando de repente cesó el acceso de su amarga hilaridad:

—Ya otra vez os oí decir que sucumbir es triunfar: no me es nuevo lo que os escucho; de ese modo he triunfado hoy, y he triunfado por completo. Celebradlo si os place, hermana, al par con el arzobispo que me ha vendido por la otra mitad que quedan de las rentas de su pupilo.

Frunció doña Leonor sus bien cortadas cejas y replicó con viveza:

—Lo que yo os dije, Fadrique, fue que ceder era triunfar, y en cuanto al primado os prometo que si eso ha hecho, muy caro lo ha de pagar.

—¡Palabras, señora! repuso don Fadrique con su sardónica aspereza; y palabras que he oido muchas veces para que me deslumbren de nuevo. ¡Ah! conozco ya muy de sobra con la experiencia del desengaño lo que me dijisteis en el campamento del Pisuerga: Aquí cada uno va á su interes.

—¡Fadrique! exclamó la reina de Navarra con su simpática voz notablemente alterada; mucha, muchísima amargura se encierra en vuestro corazón en este instante.

Clavó el duque su mirada arrogante y fria en doña Leonor, y viendo asomar las lágrimas á sus pardos y bellisimos ojos, vencido por aquella prueba de cariño, por aquella muestra de sentimiento, le dijo con amarga y violenta expansion:

—Hay tanta, que se ahoga entre las ondas de su hiel.

—¡Ah! sí, replicó doña Leonor con acento de reconvencion, lo conozco al veros dudar de vuestra hermana, olvidando que esta alianza no se rompe nunca.

Y al decir estas palabras, con un arranque de sentimiento, doña Leonor le mostró con un ademán expresivo las delgadas y azules venas de sus lindísimas manos.

—Mi Leonor, ¡perdon! exclamó el duque perdiendo sus fibras una parte de su terrible tensión; pero pensar que hoy ha sido un día para mí en que todo lo he perdido... todo se ha escapado de mi mano, haciéndome dudar de las cosas, de los hombres, de mí mismo, y hasta creo que del cielo.

—Pues bien, dijo la reina de Navarra tomando una de las manos del duque y apretándola entre las suyas, si hay algo que dilate y engrandezca la ternura que os profeso, es sin duda la desgracia; aquí teneis, pues, mi corazón y mi poder; ponedlo á prueba, hermano, y ya veréis que no os falta. ¡Refugiáos aquí, Fadrique!

Y levantándose doña Leonor tocó su corazón y le abrió los brazos.

Don Fadrique la estrechó en los suyos con un movimiento convulsivo, apoyó la frente en la cabeza de su hermana y se escapó un sollozo de su pecho.

—¡Calmáos, Fadrique! le dijo la reina de Navarra que sintió correr sus lágrimas sin pensar en detenerlas.

—¡Ay, no puedo, Leonor, es imposible! Tanto vale decirle á mis pasiones ¡calmáos! como á la tempestad calla. Están desencadenadas: ¡no! están en agonía y sus convulsiones me agitan.

Acostumbrada doña Leonor á ver en el duque los ímpetus de la altivez, de la ambición, de la ira, de la venganza, pasiones predominantes de su alma, y á las que por desgracia se entregaba en demasía, no había imaginado siquiera pudiera dar cabida á un sentimiento tan profundo y amargo como el que lo oprimía. Habíase desprendido de sus brazos y miraba con asombro aquel semblante que revelaba un pesar agudo y desesperado á través de la altanera expresión que pronunciadamente lo caracterizaba.

Ambiciosa, propensa á las intrigas que sabía manejar mejor quizá que los que vivían en su foco, aprovechando en su pro siempre que la ocasión se presentaba los más opuestos elementos, tan sólo veía en los hombres instrumentos, y en el duque uno de inmensa valía; pero era mujer y abrió su corazón al corazón que veía sufrir.

Dejándose caer en un sitial y haciendo sentar junto á sí á don Fadrique, le dijo después de un corto intervalo de silencio pasado en tranquilizarse un tanto de su emoción:

—Vamos á hablar, hermano, á ponernos de acuerdo y á obrar; porque aun puede remediarse todo.

—Es tarde ya, Leonor, respondió el duque con una melancólica sonrisa.

—Os engaÑais, Fadrique, tarde será para lo hecho, pero sazón para lo futuro.

—Tampoco, hermana. Creedme, nunca he visto tan bien ni tan pronto las cosas como desde que no soy regente. Figuráos que no hay quien me las oculte y tengo al desengaño por guía.

—Mirad por Dios no os extraviéis.

—No lo temais; ahora en abrazándoos me voy. ¡He concluido en Castilla!

—¡Pues qué! ¿vais á partir?

—Sí, hermana, necesito movimiento, agitacion, combatir, y más que todo olvidar.

—Fadrique, dijo doña Leonor con energía, no hagais tal; no deis más armas á vuestros enemigos, que como veis les sobran con las que ya tienen. Ahorcad á esos hombres de una almena y no salgais de la córte.

—Eso no puede ser, replicó el duque sombrío.

—¿Por qué, Fadrique?

—Por muchos conceptos, y el primero porque tienen mi palabra como prenda de seguro.

—¡Hermano! exclamó la reina de Navarra fijando una mirada escudriñadora y penetrante en el rostro impresionado y pálido del duque: ¿es verdad lo que han dicho? ¿Habeis hecho matar á Dia Sanchez vuestro amigo?

—No, Leonor, os lo aseguro.

—Pues entónces: ¿qué os detiene?

—El que lo han hecho por mí.

—¡No os entiendo! dijo atónita doña Leonor.

—No lo pretendais, hermana.

—¡Pero eso de ser y no ser!... ¡no mandar y haber mandado!

—Esa es la fatalidad, Leonor; esa es mi estrella maldita que así lo tenia dispuesto.

—Pues ahorcadlos de todos modos, replicó la reina con tono brusco y resuelto. Vale más vuestro honor comprometido que todos los ballesteros de Castilla.

—Señora, contestó don Fadrique con dignidad y altivez; ántes que todo es mi palabra, he dicho mal, mi conciencia. Por mí no sufrirán pena.

Y levantándose le alargó la mano añadiendo:

—¡A Dios, hermana, á Dios! y no os olvideis de mí.

—Os lo prometo, Fadrique, dijo doña Leonor abrazándolo, y os lo probaré si Dios me ayuda. Pero ya que os vais, pese á mi ruego, decidme cuándo volveis.

—¡Nunca! á lo ménos miéntras él sea regente.

—¿Quién es él?

—No me lo preguntéis, hermana, porque he jurado no pronunciar su nombre sino el día que lo encuentre frente á frente en el combate.

—Poco queda á los regentes que gobernar, pero de cualquier modo, si acorta eso vuestra ausencia, yo procuraré que sea ménos. En cuanto al arzobispo, dejádmelo á mi venganza, y no olvidéis que aquí os espera mi afan.

—Sólo os respondo que las venganzas se escapan aun á las manos más fuertes, y que con Castilla he roto hoy todo pacto. No sé si volveré, acaso demasia-

do pronto, acaso demasiado tarde, porque somos como las aristas que el viento lleva donde sus ráfagas van; mas lo que sí os aseguro, es que ni me dejo una ilusión, ni me llevo una esperanza. Se asemeja al partir mi corazón á esos campos sobre los que ha derramado sus cataratas el cielo en un día de tormenta; va arrasado, mi Leonor.

Doña Leonor le miró, le alargó la mano nuevamente, y le dijo con profunda intencion:

—¡Hermano! en esos campos es más vigorosa la reproduccion. Lo que cae en ellos arraiga y se desarrolla y crece con más lozanía que ántes, porque está mejor fecundado. Hasta la vuelta, Fadrique.

—Hasta que nos volvamos á ver, Leonor.

Y el duque besando la mano de doña Leonor salió de su cámara, y pasadas algunas horas, de Búrgos, de donde llevaba recuerdos muy difíciles de olvidar.

CAPÍTULO XLVIII.

EN EL CUAL SE DA FIN Á ESTA ENTRETENIDA Y VERDADERA HISTORIA.

En la noche de aquel día tan borrascoso y agitado no se contaron en Búrgos sino estupendas novedades.

Ocupáronse de ellas desde las viejas comadres que sentadas en el rincón de su hogar hilaban á la luz de un negro candil hasta las que frecuentaban las más elevadas regiones de la córte.

Motivo habia en verdad para aquello y mucho más, pues la muerte de Dia Sanchez de Rojas, la de Elvira Manrique, la súbita aparicion de Rodrigo Lopez de Ayala cuando nadie le esperaba, creyéndole cada cual donde mejor le parecia, la resolucion de guardar el testamento de don Juan I, y la salida del enojado duque de Benavente para sus estados; eran cosas cada una de por sí y todas juntas para dar qué sentir, qué pensar y qué decir por un largo espacio de tiempo, cuanto más una velada.

A la siguiente mañana doblaron todas las campanas de Búrgos por los que en la anterior habian fallecido, hiciéronseles fastuosos funerales, presididos los de Dia por el conde de Gijon, y los de Elvira por su tío don García Manrique, y el sepulcro encerró las dos víctimas de la venganza del duque.

Enrique III y Catalina de Lancaster la pasaron ocupados, aquel en escribir de su propia mano sendas cartas al marques de Villena y al conde de Niebla, re-

sidentes á la sazón en Zaragoza aquel, y en Sevilla este, llamándoles para que viniesen á gobernar en Castilla lo que de su menor edad faltaba; y la reina en oír á sus damas y en disponer una peregrinación.

Por su parte el arzobispo de Toledo hacia suya la situación como decimos en nuestro siglo XIX.

Concedióle el concejo el voto de los gobernadores ausentes hasta tanto que viniesen, y el cobro de las rentas reales para que se indemnizara de los gastos ocasionados en la jornada de Valladolid. Entregóse con ardor á ordenar lo que por la salida de unos regentes y la ausencia de otro era necesario, sirviéndole la caída de don Fadrique para su mayor engrandecimiento y poder.

El arzobispo de Santiago le dejó por entonces hacer, pues profundamente afectado con la muerte de su sobrina, así que salió del concejo el día anterior se trasladó al monasterio de las Huelgas, de donde no salió hasta que la dejó sepultada en el claustro donde se habían deslizado los últimos días de su vida.

Algunas horas despues que el duque de Benavente salió de Búrgos el maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa, encaminándose á Vélez, centro de sus estados, para olvidar allí sin duda alguna la soberanía real de que voluntariamente se habia desprendido en un instante que aparecian convertidos los desafueros en crimen. Don Gonzalo Nuñez de Guzman salió cortesmente á recibirlo, y apretándose cordialmente las manos al separarse convinieron en conservar las espadas que trocaron en Valladolid como un recuerdo de fidelidad al juramento que los unió.

Solo Rodrigo Lopez de Ayala no se ocupaba de lo pasado, de lo presente ni de lo futuro, pues por efecto de las multiplicadas y violentas emociones que sufrió en algunas horas, fue acometido de la fiebre que tan mal parado lo tuvo en Nuestra Señora de los Haces, la cual no lo abandonó sino despues de muchos días de sufrimiento.

Cuando más tarde se vió libre de ella se entregó á sus recuerdos, que eran acerbos, y cayó en una melancolía que el tiempo dulcificó, pero que no le abandonó jamas. Regente de Castilla y tutor de don Enrique, cumplió lealmente su doble cargo, y cuando el rey, declarado mayor ántes de la edad prefijada para cortar las banderías de los dos prelados, se coronó en Santa María de las Huelgas, Rodrigo tomó el hábito de San Juan de Jerusalem, de cuya orden era maestre frey Juan Fernandez de Heredia.

Embarcándose en cuanto hizo su profesion abandonó á Castilla para añadir la gloria de un héroe á la gloria de una orden cuyo recuerdo será eterno.

Hernando de Illescas no quiso abandonar á su señor y lo siguió al Asia, participando fielmente de sus triunfos y de sus penalidades. No así Ben Samuel el astrólogo, que enriquecido y con gran fama quedó en Búrgos sin querer acompañar al duque de Benavente á Portugal, y en la noche memorable del 5 de agosto fue muerto á puñaladas por el vulgo amotinado que se levantó contra la

judería, y la quemó asesinando á todo el que no pidió el bautismo.

Hemos terminado nuestra tarea. Nos propusimos al emprenderla bosquejar las pasiones que agitan y estremecen el corazon que las abriga y la existencia que combaten; sus delirios, sus violencias, sus estragos los hemos enlazado á un hecho histórico y hemos dado vida á una novela.

Cada una de sus páginas revela que es la primer obra que ha salido de la mano del autor. Con sus incorrecciones, con sus defectos manifiesta su inexperiencia y el entorpecimiento de la timidez. Sólo nos satisface el que hemos respetado la verdad histórica, que hemos elevado los caracteres, y que hemos ennoblecido las pasiones, demostrando con hechos que como los torrentes, á quien aquellas se asemejan, necesitan un fuerte dique que las contenga, ya se llamen odio, venganza ó amor.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that every entry should be supported by a valid receipt or invoice. This ensures transparency and allows for easy verification of the data.

In addition, the document highlights the need for regular audits. By conducting periodic reviews, any discrepancies can be identified and corrected promptly. This proactive approach helps in maintaining the integrity of the financial information.

Furthermore, it is noted that clear communication is essential. All parties involved in the process should be kept informed of any changes or updates. This helps in avoiding misunderstandings and ensures that everyone is working towards the same goals.

Finally, the document stresses the importance of data security. Sensitive information should be stored securely and access should be restricted to authorized personnel only. This helps in protecting the organization's assets and maintaining the trust of its stakeholders.

THE SECOND PART OF THE DOCUMENT

This section details the specific procedures for handling incoming payments. It outlines the steps from receipt to recording, ensuring that each step is followed meticulously. The process starts with the physical receipt of funds, followed by the immediate recording of the amount and date.

The document also describes the method for reconciling the accounts. This involves comparing the recorded transactions with the actual bank statements to ensure they match. Any differences are investigated and resolved to maintain accuracy.

Moreover, it provides guidelines for handling outgoing payments. This includes verifying the details of the payment, such as the amount and the recipient's information, before it is processed. This step is crucial for preventing errors and ensuring that payments are made to the correct parties.

The final part of this section discusses the reporting requirements. It explains how the financial data is compiled into reports that provide a clear overview of the organization's financial health. These reports are used by management to make informed decisions and plan for the future.

EL TESTAMENTO

DE

DON JUAN I.

SEGUNDA PARTE.

I.

Tocaba el sol en su cenit. De su inmenso foco de luz se desprendían dorados y magníficos rayos iluminando espléndidamente uno de los frecuentes paisajes de Galicia montañosos y ásperos, sembrado de rocas, al par que otro de esos monumentos de la edad media, que altaneros como sus dueños, asentados sobre las cumbres de los montes, tendían á dominar cual las águilas desde las nubes do se ciernen la tierra que miraban como su patrimonio y á los hombres que tenían por sus vasallos.

A todo prestaba calor y vida el astro brillante del día. Reflejando en la limpia armadura del centinela que en la plataforma del castillo de San Prom avizoraba el campo, descendía á torrentes sobre los negros y sombríos muros de la fortaleza feudal, los seculares robles de su parque, las rocas de Ruitelan y las cabañas que se agrupaban á la sombra protectora de la bandera señorial.

Las aves sacudían gozosas sus plumajes trinando y meciéndose en las ramas vestidas de tiernos pimpollos; los rebaños pastaban tranquilamente guardados por sus pastores, y algunos labriegos, entregados á sus labores campestres, unían á intervalos sus sencillos cantos á los que modulaban los pajarillos en árboles y zarzales.

Pero á través de aquel prisma encantador de primavera, con la vivísima luz que inundaba las almenas de San Prom y las cabañas de Ruitelan, en aquella agreste naturaleza reanimada y embellecida se distinguía la huella profunda y asoladora que el invierno y sus tempestades habían grabado en la altiva fortaleza mutilada y ennegrecida por el rayo, en el corpulento roble que arrancado de cuajo por el huracán rodando largo trecho, permanecía en mitad del camino; y en

el desbordamiento de los torrentes en que las muchas y copiosas lluvias habian convertido á los riachuelos.

Desdeñando los prados donde la tierna yerba brotaba, y las eminencias desde donde se dominaba el país y podía entregarse á la contemplacion de más ancho horizonte y más variada y amena perspectiva, hallábase junto al árbol derribado por la tormenta un hombre de edad avanzada, constitucion robusta y fuerte, fisonomía dura y pronunciada, ruda expresion y aire preocupado y melancólico, el cual sentado sobre sus piernas y la vista fija en el tronco del roble cantaba con voz de lleno y sonoro timbre un romance, cuyas estrofas contenian la derrota del conde de Trastámara, vencido en los campos de Nájera por su hermano el rey don Pedro de Castilla.

Vestia el solitario cantor un sayo corto de vellorí bajo el cual se descubria jubon y calzas anteadas, ceñido aquel con un cinturón de cuero bordado con menudas labores, cubriendo su cabeza una gorra de terciopelo verde sin otro adorno que una corneta de caza bordada de oro, tan ennegrecida con el tiempo y la intemperie como la frente que superaba. Otra corneta de regular dimension pendiente de un cordón de seda amarillo colgaba á su costado; el bruñido puño de un cuchillo de monte brillaba en su cintura, y en el pecho ostentaba por blason un escudo cuartelado en el que se veia un roble al natural en campo de gules.

Abstraido en la contemplacion del árbol derribado y ocupado en su monótono é interminable canto, no oyó el trotar de un poderoso alazan que velozmente se acercaba montado por un diestro y osado jinete, quien al descubrirle desde la meseta de una roca donde acababa de trepar gritó sacudiendo al aire su látigo.

—¡Buenos dias, valiente Pié de Corzo! ¡He! buenos dias.

Y haciendo un pequeño rodeo se acercó al distraido cantor sin que este hubiera oido su saludo ni vistole al aproximarse, á pesar de que llegó tan cerca, que cuando el viajero se detuvo sólo cortísimo espacio entre uno y otro quedó.

Por su parte, el viajero del alazan, notando su profunda distraccion, rozó ligeramente con la delgada punta del látigo su hombro, y con acento cordial le preguntó:

—Pié de Corzo: ¿os habeis enamorado, que así andais de distraido...?

Sentida por el cazador la leve impresion causada por la fusta del viajero, se volvió con ligereza, y reconociéndole, levantóse con prontitud, se acercó, y tomando el diestro de su caballo con cierta familiaridad, le preguntó en vez de contestarle diciendo:

—¿Qué viento os trae por acá, señor Gonzalo de Figueroa...? ¿A qué trepais estos barrancos...?

—En cuanto á lo primero, os he de contestar que una brisa muy súaive, dijo el antiguo y valiente alférez del duque de Benavente; y por lo que hace á lo segundo, me impele el deseo de hacer una pregunta al mejor cazador de la comarca.

El cazador fijó en Gonzalo una mirada penetrante, y repuso:

—Y algo más os trae, si mi ojo no ha perdido su seguro golpe de vista, señor Gonzalo.

—Y para algo más vengo, si Pié de Corzo decide á su jóven señora á pasear en su ligera tordilla por el bosque florido y perfumado como un jardín; ó bien á sacar su cuchillo de monte de la vaina y dar una batida á las fieras como otras veces ha hecho.

—Antes de contestar permitidme que os pregunte: ¿de dónde venis, señor Gonzalo?

—¿De dónde quereis que venga, mi viejo amigo, sino de ese maldito Valladolid, donde me he consumido de impaciencia y de deseo de venir á Ruitelan?

Pié de Corzo movió lentamente la cabeza como quien comprende la causa de ignorarse alguna cosa importante, y repuso con acento melancólico:

—Siendo así, concibo que no sepais que para el viejo Pié de Corzo se acabó la montería; que ya oye impasible rugir las fieras; que su mano no suelta el diestro ventor; que su corneta no produce un solo eco, y que su cuchillo tantas veces tinto en la sangre de ciervos y jabalíes, no sale ni saldrá de la vaina más. En cuanto á la señora de Ruitelan no está ya al alcance de su voz y mucho menos de su influjo.

—¡Oh! ¿Qué me decis, Pié de Corzo? exclamó Gonzalo de Figueroa revelándose en su semblante, que los años habian caracterizado noblemente, el interes y la sorpresa.

—¿Qué os digo...? ¡Oh! que cayó el roble y yo me postro á su lado.

Gonzalo, para quien el tiempo habia corrido entregado siempre á una vida activa y agitada, mostraba en su frente serena, indolente y despejada que el mundo no habia tenido para él sino caricias, sin que una sola gota de la hiel de los desengaños se hubiera vertido en su noble y tranquilo corazón; Gonzalo, pues, posó su mirada un tanto incomprensiva en el cazador, y despues de contemplarle un brevísimo espacio le dijo:

—Por mi nombre, Pié de Corzo, que no os entiendo.

—¿Qué es lo que no entendéis? replicó el viejo cazador dando un suspiro. ¿Lo que he dicho, ó lo que he querido decir...?

—Lo último, mi valiente amigo; pues por más vueltas que doy á mi pensamiento no comprendo qué influjo puede ejercer sobre vos la caída de un árbol arrancado por el huracán.

—No ven en las cosas más que las cosas mismas, dijo el cazador con acento profundo y desdeñosa sonrisa.

—Pues ¿qué diantre quereis que vea en la caída de un roble...?

—Es verdad; vos no veis en ella más que un acontecimiento ordinario... el efecto de una causa natural... Para vos no significa sino que un huracán pasó por la montaña y se llevó lo que le opuso resistencia... Pues para mí ese árbol

es un cadáver: el huracan, el dedo de Dios que lo hizo con sólo señalarle desde lo alto de los cielos donde mora.

Encogióse de hombros Gonzalo y continuó mirando á Pié de Corzo sin dar muestras de comprenderle.

El cazador lo conoció, y señalándole el árbol caído con un brusco ademán, le preguntó con acento más brusco aun:

—¿Veis ese roble?

Sonriéndose el interpelado hizo un signo afirmativo.

—La sávia de ese árbol, continuó diciendo Pié de Corzo con acento de viva y profunda convicción, contenía unida á sí la sávia de un hombre. Vida y vida eran pues una misma cosa. Este y aquel estaban lozanos y vigorosos, como que vivían al par y aun no sentía uno ni otro la carcoma de la vejez.

Una tarde rugió el huracan: hasta la montaña parecía estremecerse y gemir con su soplo devastador. Su ímpetu estrelló en las almenas de San Prom, arrancó en su potente furia el roble, le llevó un largo trecho en sus brazos invisibles, y le arrojó donde le veis. Horas despues, á el hombre le ceñían los de la muerte, y rodando de su blasonado sillón quedaba inerte sobre el pavimento que poco ántes hollaba su altiva planta, y el hálito de las dos vidas se confundió con los últimos mugidos de la tormenta.

¿Comprendéis ahora por qué sea para mí este despojo su despojo, este roble su figura, y este sitio mi lugar....?

—Sí, pero lo que me falta comprender, es....

—Lo que me falta por decir; y es, que muerto don Fernando de Castro, su montero, señor Gonzalo de Figueroa, le consagra su eüchillo y su corneta de caza.

—Sea así, leal cazador, dijo Gonzalo con acento más grave del que habia usado hasta entónces; pero como todo lo que concierne á ese acontecimiento me interesa por un motivo que os es harto conocido, permitid que os pida detalles, y detalles muy prolijos.

—Acaso sea la última vez que os pueda complacer el viejo Pié de Corzo, y lo hará como deseais. Figuráos, señor Gonzalo, que en uno de los últimos días de enero volvíamos del bosque despues de haber cogido en la batida un venado y una corza. El cielo se habia ido poniendo negro y amenazador; y sobre el castillo, á través de la nube que parecía tener por escabel la torre de homenaje, se veía serpentear el fuego como si el rayo cruzara y recruzara buscando donde caer y destrozar. Y así fue, porque estallando la tormenta el rayo se desgajó de su seno y derribó el asta que sostenía la bandera blasonada de los señores de Ruitelan, deshizo la almena que lo sustentaba destruyendo parte de la barbacoana. El huracan arrancaba poco despues el roble, y don Fernando espiraba al mismo tiempo sin enfermedad y sin agonía.

—¡Casualidad! murmuró Gonzalo rechazando la impresion que le causaba el relato del cazador.

—No es casualidad, repuso este con la fe de un íntimo convencimiento; es que estaba dispuesto así, y así tuvo que suceder.

Una sonrisa incrédula asomó á los labios de Figueroa.

—Sois incrédulo, dijo Pié de Corzo apreciándola en lo que valia; porque no conoceis la historia de los castellanos de San Prom. A saberla, de otro modo pensariais.

—Os engañais, Pié de Corzo. He nacido en Galicia, en ella me he criado y conozco todas sus tradiciones. Así es que sé tan bien como vos, que há tres siglos vino á estas montañas Pero Castro de Astorga, alzó la fortaleza de San Prom y se estableció en ella con su esposa Breda de Valdomar, castellana de Piedra Fita. Sé que tuvieron una numerosa descendencia, y que sembrando en la montaña un espeso robledal, quiso en su orgullosa presuncion que aquella se asemejara á este, y le dió á su raza uno al natural por blason. Ya veis que sé la historia de los señores de Ruitelan.

—La sabeis con efecto, y sin embargo no dais crédito á unas predicciones que se han cumplido dándolas por verdaderas, por infalibles.

—¿Las predicciones?

—¡Oh! sí, nuestro Señor le concedió á Pero Castro, que era un valiente y buen caballero, que su descendencia fuera tan fuerte como los robles que habia plantado, que viviesen lo que ellos, y que se extinguiese con ellos. Por eso el poster de los cien que vió elevarse cayó y con él don Fernando el último de su raza, quitando ese retoño, añadió señalando uno que brotaba de un tronco carcomido; ese que cuando muera morirá con el único vástago de esa raza la más noble y más leal de cuantas hay en Castilla.

—De manera, mi buen Pié de Corzo, replicó Gonzalo sonriéndose, que tambien dais por unida á la vida de ese árbol la vida de la jóven señora de Ruitelan?

—¿Si la doy? ¡Oh! el dia que le vea herido por esa causa misteriosa que en los hombres y en las plantas la llamas enfermedad, ó bien por el rayo que se desprende del hinchado seno de las nubes, ó por el huracan, ó por el hacha atrevida de un enemigo... en ese dia diré: ¡Acabó la raza de mis señores! la mano de Dios ó la de los hombres la ha destruido hasta en su tierno retoño.

—Supersticioso como un montañés, dijo Gonzalo tocando familiarmente con el látigo el hombro del cazador. Ese tierno retoño, como llamas á la joven y hermosa rica hembra de Castro, puede perpetuar la descendencia de Pero Castro de Astorga y dar señores á San Prom, dos siglos despues de caido el último roble.

El cazador le miró detenidamente algunos instantes, y despues de contemplar la serena indolencia de su frente repuso con profunda intencion:

—Los Castros del solar de San Prom ¡acabaron! La que queda no perpetuará su raza; si acaso dará lustre á la de los Ramirez, de esos Ramirez que se rebelaron contra el rey don Pedro su señor, de los que siguieron al bastardo, de los que se extrañaron de Castilla; de esos prófugos que se escondieron en las

cuevas de los Pirineos hasta el momento en que se mancharon los leones castellanos con la sangre que arrojó sobre ellos un bastardo fratricida y un frances traidor, perjuro, sin fe, sin honra y sin alma.

Miéntas Pié de Corzo vertía sus palabras inyectadas de hiel, el rostro de Gonzalo perdía la expresión que tan fuertemente le caracterizaba para mostrar en sus ojos el despecho, en su plegada frente la inquietud y en la palidez que como una nube le cubrió una fuerte y poderosa emoción.

Tras un momento de silencio:

—Pié de Corzo, le dijo alterada ligeramente la voz, explicad con claridad lo que acabais de anunciar; explicadlo si en algo teneis á quien os lo pide.

El anciano cazador señaló con su dedo el roble caído, y respondió bruscamente:

—¿Para qué? Tan inútil os es lo que me pedis que os diga, como el saber la historia que en compendio habeis contado. Sólo os diré mostrándoos eso, que la raza de los Castros se ha extinguido.

—¡Dejémonos de razas! exclamó con viveza Gonzalo. Si en esa hubo esforzados y leales caballeros, otras habrá en que asimismo lo sean, empezando algunas quizá en el punto en que esta concluye. Lo que quiero saber, lo que os pregunto, es aquello que me atañe é interesa, y bien sabeis que es sólo Blanca la niña que he visto crecer como el jardinero la planta, ansiando el momento en que el botón sea una flor.

Pié de Corzo dió una carcajada burlona y seca, que reprodujo una y otra vez después de cortarla de repente.

—Muy léjos os fuisteis á esperar ese instante, dijo Pié de Corzo cuando terminó su acceso; muy léjos os fuisteis, y muy tarde acordais. Por ahora, novel cazador, la garza se os escapó: ya no está allí.

Y señaló los fuertes muros de San Prom.

—¿Que no está, decis...?

—Que no está, digo; que voló á otra region y que está cogida en tan fuerte red que dudo yo que la rompa quien tan tiernas garras tiene.

—Si lo haceis empresa suya no lo dudo, replicó Figueroa acentuando lentamente cada una de sus palabras; mas si otro la emprende, por san Gonzalo ¡mi patrón! la desgarrará de un solo golpe.

El cazador recogió ávidamente la expresión amenazadora y altiva que se desprendía de la réplica de Gonzalo, y poniendo su mano ancha y callosa sobre el arqueado cuello del alazan, mirándole fijamente le dijo con acento excitador por su punzante ironía:

—¡Oh! esas empresas, señor Gonzalo de Figueroa, las acometian los caballeros de allá del tiempo del Cid. Aquellos caballeros que cumplian cuanto mandaba su estatuto, que no veian nada más alto que ellos ni nada más fuerte que ellos, y que eran nobles por sus hechos, elevados por sus pensamientos y céle-

bres por sus altas proezas. Mas ahora que de caballero hay quien sólo tiene el espaldarazo que le dan al armarle, ¿quién espera de ninguno que por sola la honra de desfacer agravios se ponga á correr peligros? ¿Qué se les da á esos que una pupila sufra y la tiranicen y por débil la violenten.....? ¡Nada y ménos que nada! Quédese eso allá como os he dicho para aquellos que socorrian á los oprimidos y vencian á los opresores, porque en estos tiempos todo es endeble y falso, los brazos y las espadas.

—Pié de Corzo, repuso Gonzalo irguiéndose con indecible arrogancia; porque estais años há separado del mundo creéis que todo ha degenerado y todo lo haceis pequeño; mas ¡por Cristo! que os engañais. Entended que aun hay en Castilla quien supera en brios, en nobleza y en lealtad á los héroes de Rodrigo de Vivar. Aun hay quien tratándose de una dama todo lo acometa en su pro... aun hay quien rete á los fuertes porque no teme al más pujante y poderoso... Esto supuesto, hablad; instruidme de lo que ha ocurrido en San Prom, y dadme cuenta de vuestros temores puesto que habeis hecho mencion de sufrimientos y violencias. De Blanca si no otra cosa, seré siempre campeón.

Debió de creerle el cazador, porque sin oponer repugnancia ni objeciones le dijo:

—Pocas palabras bastan para enteraros. La muerte de don Fernando fue tan súbita que nada pudo disponer acerca de su nieta. Así que se le dió sepultura, el escudero Garcí Díaz partió á Castilla para avisar á sus deudos, y dias despues se presentaron en San Prom una anciana dama hermana de su abuela llamada doña Brianda de Velasco muy servida de dueñas y doncellas, y con ella Sancho Ramirez, señor de los Cameros, con un séquito numeroso.

Si el que cubre la losa de un sepulcro apartándola por un medio sobrenatural hubiera levantado la cabeza y visto aposentado en su propia morada á un hijo de los asesinos de Montiel, ¡oh! por la sangre que Dios derramó en la cruz, muerto y todo, con la del traidor lavara la mancha que imprimia su presencia en su nombre que acababa.

Y el implacable cazador crespó los puños ferozmente.

—Proseguid, dijo Gonzalo que habia recobrado si no su indolencia habitual toda su serenidad.

—Doña Brianda no es de la sangre de los Castros... Vieja urraca sólo pensó en robar, y se llevó la perla de San Prom, la estrella de su cielo, la niña nacida entre sus almenas y criada por sus leales servidores. Con una autoridad irritante y despótica repartió en un dia entre quien bien le plugo jaurias, caballos y azores; la servidumbre del castillo fue despedida, ni uno siguió á su señora, y la vimos ir entre la tutora que sus deudos le daban y el esposo que su tutora pretendia darle.

Gonzalo arrugó la frente de nuevo, y le preguntó con una viveza que revelaba tanto interes que degeneraba en ansiedad:

—¿Ama el señor de los Cameros á la infantil y peregrina Blanca?

—No sé si el señor de los Cameros ama, sólo sé que como las fieras tiene fiebre, y por esta vez muy violenta.

—Claridad, Pié de Corzo, por Santiago, exclamó Gonzalo con impaciencia; claridad y responder. ¿Ha solicitado su mano?

—Y se la ha concedido sentada esa profanadora en el mismo sillón donde murió don Fernando.

—Y vuestra joven señora ¿acepta el esposo que la dan?

—Cuando salió de San Prom ignoraba la inocente los convenios celebrados. Allá en la corte de la reina de Navarra á donde la llevan se los participarán.

—Algunos días de intimidad, mi valiente Pié de Corzo, son suficientes para hacer nacer un sentimiento, y como todo sentimiento se revela, y más en quien tan cándida es, no se os habrá oscurecido el que le inspira el mayordomo de la reina.

—Repulsiva turbación, señor Gonzalo, respondió el cazador. ¡Oh! no le arrullará por cierto la paloma de Ruitelan.

La frente de Figueroa se desarrugó quedando sin una sombra que la oscureciera.

—Pié de Corzo, le dijo inclinándose sobre el arzon, voy á pedir os un favor, favor que si es necesario lo reclamo suplicando; consiste en que me consagreis una parte de la adhesión que profesais á vuestros antiguos señores, y yo en cambio os ofrezco el techo que me cobije, mi confianza y un ilimitado afecto.

—Los servidores de Castro no aceptan ni aun el agua que apaga la sed de los servidores de la descendencia del bastardo, contestó Pié de Corzo con orgullosa y agreste expresión. Si dejándoos acercar á mi señora he hecho por vos lo que no hiciera por el rey, ha sido porque la salvasteis el día que su montaraz Relámpago se desbocó y la iba á precipitar desde la Peña tajada. Por lo demás ¡gracias! aquí he nacido y aquí quiero morir, y mientras no llegue esa hora todos los días vendré á sentarme junto á ese tronco caído, y cantaré las historias que conmovían á mi señor porque le recordaban á don Pedro y con él sus hazañas y peligros, las historias de Najera y de Montiel.

—Entended, Pié de Corzo, que no os tomo á mi servicio, replicó Gonzalo insistiendo en su propósito; sino que á mi lado lo estais al de la última de los Castros á quien resuelta y fielmente me consagro.

El cazador clavó en él sus ojos que todavía brillaban bajo sus espesas cejas grises, y respondió:

—Yo no conozco mas modo de servir que obedeciendo. Me dijo *quédate*, y aquí estoy.

—¿Y si os necesita?

—Me tendrá á su lado más pronto que el rayo.

—Pié de Corzo: ¿sabeis la distancia que hay de Ruitelan á Roa?

—Sí.

—Y ¿esperais á pesar de ella oír su voz?

—Creo que si me llamara con la aficcion del peligro la sentiria resonar en mi oído; pero no espero oír esta, sino ver una prenda que lo anuncie.

Gonzalo le miró, diríase que vivamente impresionado.

—¡Qué! ¿Os admirais de lo que ois? ¡Peor para vos, porque se conoce que os es extraño el sentimiento que me anima! Mi señora le comprende porque sabe lo que hay aquí.

Y se dió un fuerte golpe en el pecho.

—Sabe que cuando se vea agraviada no tiene mas que enviarme lo que le dí en la avenida cuando la besé la mano, y la mia clavará este cuchillo hasta el puño en el corazon de quien la ofenda, llámese Sancho Ramirez, Gonzalo de Figueroa, ó el que mal se nombra don Enrique de Castilla; pero miéntras no sueñe esa hora ¡aquí como me mandó!

Y separándose del alazan fué á sentarse junto al roble.

—No combato más vuestra resolucion y con ella me conformo, dijo Gonzalo disponiéndose á partir; pero para que de algun modo estemos de acuerdo, prometmedme que si un dia abandonais á Ruitelan enviaréis esta pluma á Benavente.

Esto diciendo desprendió la que ondulaba en su gorra mecida suavemente por un airecillo jugueton, y se la echó al cazador.

Pié de Corzo la cogió, y mostrándosela replicó:

—Os prometo que lo haré; mas quede convenido que si abandono á Ruitelan para ir contra vos, que todo pudiera ser, os la enviaré mojada la punta en sangre, y si la dejo para acometer una empresa que necesite para darla cima mas fuerza que la de mi brazo, os la devolveré cual la recibo.

—Creo poder aseguraros que conservará siempre su cándida blancura, dijo Gonzalo confiado en sí mismo y seguro del porvenir. A Dios, brayo cazador.

—A Dios, señor Gonzalo, y no echeis en olvido por vuestra vida que ensangrentada será una declaracion de guerra, pero guerra tan sin tregua, tan mortal como Pié de Corzo la hizo siempre á las fieras con quien lidió; mas si os la entregan ilesa significará que demando para mi señora socorro, y que lo exijo como soy capaz de prestarle, pronto, eficaz y poderoso.

—Así os le daré, prometiéndoslo por mi nombre. En cuanto á mí, os diré que de aquí vuelvo á Valladolid y de allí partiré á Roa, exploraré la voluntad de Blanca, y si rechaza á Sancho Ramirez la arrancaré de sus manos.

—Si para conseguirlo no contais mas que con vuestro esfuerzo, dudo mucho que cumplais lo que prometeis. El señor de los Cameros es un ciervo viejo.... He dicho.

Y sentándose sobre las piernas del mismo modo que ántes estaba, entonó la estrofa que cantaba cuando Gonzalo le interrumpió.

Entonces este clavó la espuela en el ijar de su lozano alazan, haciendo un rodeo que conducía por entre los riscos al camino de Ambas Mestas por el que en breve espacio desapareció.

II.

Desde las montañas de Galicia vamos á trasladar á nuestros lectores atravesando siglos y distancias al camino que partiendo de Valladolid conduce á Miranda de Ebro, para que echen una mirada sobre el cuadro que, iluminado por un tibio y descolorido rayo de sol, se extendía cubriendo un largo espacio al declinar el día último del mes de mayo de 139...

Llevamos dicho que el día declinaba, hora añadimos que el sol hundiéndose en su ocaso lanzaba un oblicuo y postrer rayo de luz, el cual hería el luciente metal de las cotas y celadas con graciosos airones que marcialmente ostentaban algunos donceles del rey, que tan gallardos como bizarros formaban un grupo numeroso, entre otros muchos que aquí y allí diseminados y charladores animaban las orillas del indicado camino.

Entre el grupo de los donceles y otro de damas con quien aquellos trataban indirectamente de establecer inteligencias á pesar de los barbudos escuderos y las reverendas dueñas que las guardaban, había una pequeña eminencia sobre la cual estaban tres individuos, que, sin aprovechar su ventajosa posición que sobre el nivel general los elevaba, sin reparar en las miradas respetuosas de los donceles ni en las furtivas pero lisonjeras ojeadas de las damas, se ocupaban exclusivamente de sí mismos departiendo entre sí con notable animación.

De los tres, dos eran jóvenes aun, uno anciano, mas su vejez era fuerte y vigorosa.

Encontrábase á primera vista en aquel semblante marcado por la edad y la fatiga el sello de la franqueza, pero franqueza tan áspera como su condición. Su porte era arrogante y marcial, sus cabellos blancos y lacios, su espeso bigote gris, y de un azul oscuro los ojos que se habían hundido en sus órbitas sin perder el fuego de la juventud.

En cuanto á su traje consistía en un fuerte arnes de limpio acero, desprendiéndose del pico del águila que formaba su cimera un airón de plumas amarillas. Un ancho tabardo de paño de Segovia de un verde claro cubría en parte la armadura que llevaba con tanta soltura como si fuera un ligero jubón de seda el que vestía.

Mitad ménos de edad tenía el que de continuo le replicaba. De más que

mediana estatura, membrudo y vigoroso, su rostro severo revelaba en los rasgos de su fisonomía el orgullo, la osadía y esa arrogancia que procede del íntimo convencimiento de la fuerza y el poder en su pleno é ilimitado ejercicio. Pendía de sus hombros el manto blanco con la roja cruz de la orden de Santiago puesta también en relieve en la luciente coraza, y el casco daba sombra á su frente pálida y altanera.

El tercer individuo aparentaba tener ménos años que el más jóven de sus dos compañeros: tenia en efecto ménos estatura y mucha más flexibilidad y elegancia. Hacia notable su rostro el ser prolongado y tener blanca y delicada tez, caracterizándole la penetrante expresion de sus ojos y una sonrisa fina y maliciosa que de continuo entreabria sus labios delgados. Por lo demas, para diferir en un todo de los otros dos, vestia con exquisito gusto un rico traje de córte, sin llevar más arma que la espada pendiente de un recamado cinturón que ceñia su delgada y elástica cintura.

Hay que decir que su parte en la conversacion que sostenian los del manto y el tabardo estaba reducida á sonrisas y monosílabos de incalificable expresion, prestando, eso sí, una atencion tal, que no perdía ni una exclamacion ni un gesto de los dos interlocutores.

El sol habia desaparecido: corria un vientecillo fresco y sutil agitando las plumas y los tocados, aumentándose por instantes la concurrencia en aquel punto á causa de que los más adelantados en el camino de Aranda regresaban, y que de Valladolid no cesaba de salir gente, encontrándose una y otra precisamente donde habia más, lo cual produjo algunas apreturas y desórden.

El de Santiago lo hizo notar al del verde tabardo, quien despues de echar una mirada en derredor le dijo:

—Sin embargo, señor comendador de Azuaga, como la reina de Navarra no apesure el paso, la mitad de los que han salido á recibirla tornarán á Valladolid sin verla y cansados de tanto esperar. Ya sabeis que un ejército cuando se repliega está próximo á pronunciarse en retirada.

—No lo temais, señor alcaide de los donceles, replicó el del traje de córte con su incalificable expresion; tiene mucho entusiasmo esa muchedumbre por la huéspedea que espera para que se retire sin haberla saludado.

Lo que estaba diciendo podia ser muy bien una ironía, porque en aquel mismo punto un grupo de estudiantes pasó encaminándose á Valladolid, apostrofando enérgicamente y en alta voz á quien se estaba haciendo esperar desde la mitad del dia próximo ya á terminar.

—El entusiasmo, repuso con acritud el comendador de Azuaga, está en Castilla doliente como su rey.

Otro y otro grupo desfilaron con las mismas disposiciones que el primero.

—¡Entusiasmo! repitió el comendador, ni una sola chispa arde en los pechos castellanos.

—¡Qué quereis, comendador! replicó con viveza el anciano alcaide. Se ha visto excitado tantas veces sin motivo que lo merezca, que ya sólo podrá inflamarse por muy altos hechos, y esos en muy altas personas.

—Ni aun así, noble Alvarez de Toledo, repuso el comendador frunciendo las cejas viendo continuar la retirada de los más adelantados; y sino ved el que abriga por la reina de Navarra.

—¡Oh! por la reina de Navarra no puede sentirlo, comendador, respondió con ruda franqueza el alcaide. Sobre que no tiene por qué inspirárselo, el vulgo adivina con su maravilloso instinto las intenciones que trae á Valladolid, y le huela hasta su alegría el presentimiento de las turbulencias que su mano viene á sembrar en abundancia.

—¿Que no tiene la reina por qué inspirar entusiasmo?... ¿Habeis dicho eso, alcaide? ¿Olvidais que la mano de doña Leonor, lo que ha sembrado en todos tiempos ha sido paz y beneficios?

—¡Oh! ¡vaya una paz, vaya unos beneficios que Castilla tiene que agradecerle! Bravo tizon tiene el reino con ella desde que nuestra mala estrella la trajo.

—¡Un tizon la reina de Navarra! exclamó el comendador de Azuaga con reprochador acento. Y ¡eso lo dice un castellano que hace alarde de ser noble y caballero!.. ¡Un servidor leal del monarca que tiene que agradecer á su mediacion y ruegos la pacificacion de sus reinos y la sumision de sus deudos rebeldos contra él!.... Despues de oido lo dudo, señor alcaide de los donceles.

—¡Vive Cristo! que no dudariais, replicó impetuosamente el alcaide, si en vez de haber pasado vuestra juventud sirviendo vuestra encomienda ó al lado del maestre de Santiago y bajo el influjo de la reina de Navarra y sus revoltosos hermanos, no os hubierais separado como yo un solo dia en diez años de esas cámaras reales, donde durante otros tantos he sido guarda leal de un rey de quien siempre han abusado, primero porque era niño y despues por su generosidad y nobleza. No dudariais, no ¡par diez! si como yo hubierais presenciado los conflictos que en ellas han ocurrido, las amarguras que se han sufrido, las humillaciones que se han devorado... si como yo conocierais á los que las han causado con sus intrigas, sus traiciones, sus depredaciones y rebeldías... ¡Oh! muda sería vuestra lengua si habiendo visto lo que yo, enérgicamente no los maldijerais, ya que no por el rey que ultrajan, por el reino que destrozan y aniquilan.

—Mucho oscureceis el cuadro, pero yo no os le retoco, dijo el comendador clavando en el alcaide una mirada de profundo resentimiento que el desden queria ocultar. Mas yo, que sólo de la reina hablo, os pregunto de caballero á caballero para que respondais con verdad: ¿quién puede acusar á doña Leonor de Castilla de haber tenido parte en esos conflictos, en esas amarguras, en esas humillaciones sufridas? ¿quién no ve en ella una conciliadora en las discordias que van pasadas?... ¿Conoceis alguno que lo haga, señor alcaide de los donceles? Si lo conoceis, decidlo.

—Sí, comendador; yo, yo os digo que parte ha sido, aunque con doblez lo oculte, y en cuanto á que es la conciliadora os responderé que así es. No os altereis, comendador. Verdad exigis, y conjurándome como caballero á decirla me obligais á que no la palie con ninguna consideracion. La conciliadora es, pero ese papel que se ha arrogado le representa en su pro, porque cada vez que terciá y aviene recoge un gaje tan grueso que ha hecho necesario impedirle vuelva á terciar, si don Enrique ha de mantener su casa ó á los pueblos no se les manda exprimir para darle su sustancia.

—No es así, pero aunque lo fuera, la culpa no sería suya, sino de quien para sostenerse tiene que contentar con larguezas.

—Pues en no habiendo descontentos... dijo el alcaide haciendo harto significativa su reticencia.

—Eso sólo sería posible mandando Dios sobre Castilla otro diluvio para que extirpando una raza la regenerara con otra más pura que la que existe.

—No es menester tanto, replicó el alcaide áspero y rudo. Con que la peste negra se llevara á los bastardos de Enrique II al reino de Dios ó del diablo, y una buena escolta de mis donceles á la reina de Navarra á sus estados con órden de estarse tras su frontera, quedaba todo arreglado.

—Pues ved lo que probablemente no tendréis ocasion de celebrar. La peste negra anda léjos, los tios del rey son más poderosos que el rey mismo, y doña Leonor amada justamente por este será respetada de todos.

—¡Hasta el dia que suelte prenda!

—Está visto, señor alcaide, dijo el comendador de Azuaga enardecida la altanera frente; los privados se han alzado con vos como con la confianza del rey, como con la reina y el infante, como con el gobierno de Castilla, como con el poder, como con los honores, como con todo en fin lo que dejaron los gobernadores al terminar su regencia.

—Connmigo no se alza mas que un recto sentimiento de justicia, señor comendador de Azuaga, replicó altivamente el anciano alcaide de los donceles; sólo que en esa guerra sorda y de mala ley que se les ha declarado á los buenos consejeros de don Enrique, sé quién lleva la razon, y su fuerza tiene que conducirme á su lado. Por lo demas, no es mi voz quien la acusa ni mi conviccion quien la condena; no es tampoco la de los que sus contrarios han dado en llamar privados generosos con la dama algo más de lo que merece, sino ese grito general de los pueblos vejados y empobrecidos al más alto punto que pueden estarlo.

—¿Por la reina? le preguntó irónicamente el comendador.

—Y por los que ella patrocina, respondió rotundamente el alcaide.

—Os repito lo ya dicho, no es cierto; y ademas os pregunto: ¿los privados no esquilman á Castilla como el pastor á la oveja? dijo sardónicamente el comendador. Verdad es que son uno contra todos y uno para los tres. Así que por inspiracion del mayordomo mayor Juan Hurtado de Mendoza hace el rey á su cama-

rero mayor Ruy Lopez Dávalos condestable de Castilla, y el condestable por su parte adelantado mayor al primogénito del justicia, mancebo de veintidos años, y Diego de Zúñiga demanda para el condestable la villa de Santa Leocadia, y Ruy Lopez para Hurtado las de Iniesta y Astudillo... Bien que todo eso lo hacen para la prosperidad del reino. ¿Es verdad, señor alcaide?

—Lo que es verdad, comendador, es que don Enrique les ha otorgado esos premios y muy merecidos ¡voto al infierno que confunda á los malsines!

—Los servicios de los privados no han traído á Castilla grandes bienes ni á su monarca le han proporcionado recursos para salir de sus abrumantes angustias.

—Las ventajas conseguidas sólo pueden apreciarse comparándolas con las desgracias que han evitado con su prudencia, su energía y su lealtad. ¿Qué han hecho esos tres señores que merezca reprobarse? ¿combatir á los arzobispos.....? ¿amenguarles con su influjo la privanza tan encarnizadamente disputada largos años...? ¿mantener á raya su ambicion...? ¿enfrenar sus rebeldías quitándoles los pretextos....? Eso ¡voto á Caín! en pro y gloria de Castilla ha sido.

Los tios del rey, esos mal contentos bastardos: ¿qué tienen de que acusarles? ¿qué tacha pueden ponerles...? ¿Que no les reparten en feudos lo que queda de Castilla...? ¿que no les dejan acabar el despojo que empezaron en su borrascosa regencia...? ¿que con mano firme han puesto coto á su insaciable ambicion?... ¿que no se dejan envolver en sus intrigas...? ¿que tienen dignidad y no les doblan las rodillas?... Gloria á ellos que lo hacen y mal castellano sea el que no los encomie y bendiga y de su parte no se ponga.

—Pues yo de esta me voy, alcaide, dijo el del traje de córte cortando oportunamente la discusion que agriándose con los reproches amenazaba concluir violentamente. La noche avanza, la reina tarda, y en el alcázar hay quien no es servido de esperar. ¿Os quedais, ó tornamos juntos á Valladolid?

—Si no se queda el alcaide os sigo, respondió el comendador de Azuaga ocultando su reprimida cólera con no poco esfuerzo de voluntad.

—Rato há que á no ser por el temor de contrariaros hubiera tomado la vuelta de Valladolid. Soy poco amigo de esperar, y á faldas ménos.

—Sois un ogro, valiente alcaide, dijo el discreto cortesano bajando el primero de la eminencia donde se hallaban; vuestras fibras son de hierro, y nada las suaviza ni conmueve.

—¿Que podemos hacerle ya, señor camarero mayor del rey? respondió el alcaide cordial pero ásperamente. Tardo en decidirse, constante en sus resoluciones, leal en sus afectos y franco en sus palabras: hé aquí cómo hizo el que animó este barro con su soplo á Alfonso Alvarez de Toledo.

—Honra de su noble linaje y orgullo de sus amigos, añadió el camarero mayor dándole la diestra cortesmente.

Y con esto todos tres emprendieron la vuelta á Valladolid, no sin que su ejemplo encontrara imitadores; sin embargo, miéntras unos regresaban otros

salian, y del número de estos fue un doncel de los de Enrique III, el cual aproximándose al grupo que dejámos advertido al principio de este capítulo y que se abrió espontáneamente para recibirle en su centro, dijo:

—¡Sus! y ¡qué fortuna acompaña á los donceles de S. A.!

Y el recién venido echó una expresiva ojeada á las damas que línea á línea habian perdido terreno y se encontraban junto á los apuestos donceles.

—No tiene de que quejarse quien como vos viene á tiempo de gozar nuestra ventura y ver á la reina de Navarra, que por cierto en lontananza se descubre, de lo que me huelgo mucho.

—Tal no me quejo, amigo Ramiro de Arévalo, que en este momento me contemplo el más dichoso mortal.

Y tornó á mirar á las damas con más expresion que ántes; y como la reina de Navarra, que al fin llegaba con su escolta y numerosa servidumbre, avanzaba rápidamente y todos se dispusiesen á verla pasar, sucedió que el galante doncel vino á colocarse, cediéndola su sitio, detras de una dama la más jóven y seductora de las que habia en el grupo, la cual le dió las gracias por su cortesía con dulce voz y tierna expresion.

—Oid, Fernando de Bobadilla, le dijo uno de los donceles al afortunado recién venido: ¿viene entre las damas de la reina de Navarra esa estrella misteriosa que seguís ó que buscáis?

—Esa estrella está en el cielo, contestó el interpelado, que no era otro sino el antiguo paje de la hermosa Elvira Manrique.

—Muy obligado estais cuando la celebrais con el lema de *á ella y por ella todo*.

La jóven, que era una morena hechicera, se volvió de pronto y miró al doncel con perceptible interes.

Fernando devolvió la mirada rizando al mismo tiempo su rubio bigote coquetonamente, ántes de contestar con un laconismo que no dejaba de estar calculado:

—Así es.

—Pero es tan vaga esa alusion, replicó el interpelado un tanto celoso de la fortuna de su compañero, que cuantas damas hay en Castilla pueden creerse el astro elegido y apropiarse el homenaje.

—Poco importa, repuso el antiguo paje alargando el cuello para ver á la reina próxima ya; poco importa siempre que al que se le rinde desde la altura en que está sepa que se le consagra.

—Mucho os elevais, Fernando.

—Hasta el cielo, Sancho Ariza.

—Pues descended á la tierra y ved lo que se viene acercando.

Era doña Leonor de Castilla y sus dos hijas acompañadas del duque de Be-navente, el mayordomo mayor del rey, el del infante don Fernando, el adelantado mayor y el arcediano de Santa Leocadia, que habian salido á recibir las, el primero

por sí, y los demas á nombre del rey, la reina, el infante y su esposa, la ricahembra de Alburquerque. En pos venian las damas, las dueñas, los pajes, los escuderos, el numeroso séquito en fin de la reina de Navarra y su bien provista recámara, cerrando la comitiva los ballesteros de su guardia, porque doña Leonor tenia su córte en Castilla como á su rango convenia.

Así que pasó el último acemilero, la cansada muchedumbre desfiló en pos atropelladamente ansiosa de regresar á sus hogares horas hacia abandonados y dar á sus estómagos necesitados la vespertina refaccion.

De los últimos quedaron los donceles, que sin embargo iban ya á entrar en Valladolid, cuando incorporándose con Fernando de Bobadilla y Ramiro de Arévalo que iban detras de todos un individuo como de treinta años, feo rostro y marcial apostura, les dijo tendiendo una mano á cada uno:

—Guarde Dios á los donceles.

—Y al caballero Nuño Pereira, contestaron ambos jóvenes estrechándolas cordialmente.

—Y sobretodo que nos lleve pronto á Antequera á vengar la muerte del maestre don Martín Yañez de la Barbuda y los desastres de la jornada que hará memorable la vieja torre de Ejea.

—Así nos ayude nuestro patron Santiago como arrojarémos la agarena media luna del suelo en que con traicion entró, dijo el doncel Arévalo con uno de esos arranques propios de la juventud.

—Buen Ramiro, pluguiera que me engañase; pero creo que Castilla está en la hora de una impotencia menguada, replicó con indecible desaliento Nuño Pereira. Miéntas haya bandos y miseria no penseis en ejércitos y conquistas.

—Teneis razon, dijeron á la vez los donceles. Ved la guerra que ocupa y gasta la fuerza de los castellanos de privanza y de despojo; guerra que segun los presentimientos viene á declarar á los privados doña Leonor.

—Hará mal si los realiza, porque la reina de Navarra se sostendrá sobre los privados, sobre los bastardos y sobre la córte si no se alia ostensiblemente con estos. Si lo hace, no sé cómo terminará la jornada.

—Como la justa de Búrgos cuando las bodas del rey, quedando todos vencedores.

—Eso sería lo mejor, dijo Nuño Pereira parándose para despedirse de sus amigos.

—Eso sería lo peor, añadió Fernando de Bobadilla alargándole la diestra.

—¿Por qué? le preguntó.

—Porque quedarian las cosas como están, y no pueden estar más mal.

—En verdad que teneis razon.

Y separándose, los donceles se dirigieron hácia el alcázar y Nuño Pereira se internó por las calles más desiertas de Valladolid.

III.

Para proseguir la historia á que damos principio sentando incidentalmente algunos precedentes, dirémos á nuestros lectores que Castilla se encontraba en una de aquellas crisis en que por intervalos se agitaba, producidas por las dolencias de su jóven monarca, dolencias que á veces tomaban el carácter de muy graves amenazando con terminar en la muerte.

Cuando esto acontecia, Castilla se afligia y consternaba, pues veia formarse nuevamente con toda su violencia las antiguas tempestades, desencadenarse la ambicion, brotar la discordia, surgir la rebeldía y encenderse la guerra civil en su seno, estremeciéndose y abatiéndose cual el árbol que sacude el huracan.

Porque despues de tantos disturbios, de tantos azares, de tantas calamidades sufridas en la minoría que habia pasado, el reino ansiaba dias de paz y vida de sosiego para reponerse de sus pérdidas y prosperar con sus afanes; y harto sabia que sólo podia conseguirlo protegido por el cetro de su monarca, único sér acaso que en su ámbito se interesaba en sus desdichas y pensaba en remediarlas.

Terminada la turbulenta minoría de don Enrique, Castilla se asemejaba á un campo ferozmente devastado, á un cuerpo desfallecido y en completa postracion. Enrique III era un niño, pero niño á quien sobraba comprension y energía, conocimiento del mal y vivísimo deseo de remediarle. Impulsado por él emprendió la tarea de reparar, construir y asegurar, teniendo toda la perseverancia de que es susceptible la humana voluntad, toda la fuerza que se necesita para dominar las voluntades resistentes que en la realizacion de su pensamiento encontró.

Hizo que el cetro que su mano enflaquecida empuñaba fuera ligero á los oprimidos y vejados pueblos, y duro para los soberbios señores que intentaban sustraerse á su dominio, continuando en tenerle bajo su borrascosa y pesada tutela. Su cetro y la razon hizo caer á sus piés en un dia de justa cólera al poderoso arzobispo de Toledo y á los más encumbrados y egregios magnates de su córte, haciéndoles restituir á la corona algo de lo mucho que le tenian usurpado.

Inflexible y severo en su justicia, Sevilla lo habia experimentado en su pacificacion y el castigo del arcediano de Ecija, Murcia en la sangrienta cabeza de Lara arrojada á la frente de su bando sublevado y amenazante, como las olas del mar cuando sopla sobre ellas el viento de tempestad.

Habia tambien perdonado y conciliado, habia contenido las ántes toleradas demasías, pero una y otra rebeldía de sus tios se llevaron lo mejor de su patri-

monio, y pobre como su pueblo no le exigía un tributo más á pesar de invadir la regia cámara inconcebibles privaciones.

Entre tantos afanes los años habian pasado. Los aguijantes cuidados de la corona iban gastando su fuerza física como gasta la lima el metal sobre do pasa. Sus rubios cabellos encanecian y las dolencias se apoderaban de su constitucion endeble para hacerle su presa y devorarle.

A la sazón poderosos pero encubiertos existian en Castilla dos bandos. En el uno se habian afiliado los más notables de los que en otros dos harto famosos dividieron el reino durante la minoría del monarca; el opuesto lo formaba el justicia mayor Diego Lopez de Zúñiga, el mayordomo mayor del rey Juan Hurtado de Mendoza y el condestable de Castilla Ruy Lopez Dávalos, quienes desde la coronacion de las Huelgas habian formado su consejo privado y gozaban por su influjo el merecido renombre de privados.

Y no era por cierto un principio, un derecho, una raza lo que representaba cada uno de ellos. Nacido uno de resentimientos amarguísimos, de envidias exacerbadas por los triunfos del contrario, del conocimiento perfecto de sus secretas intenciones, adivinadas con el instinto prodigioso del odio y de una tendencia fatal de exclusivismo á la privanza del monarca y á las mercedes que arrebatában á su mano generosa, se nutria con agravios aspirando á destruir al opuesto para encumbrarse más aun de lo que lo estaban, sirviéndoles de escabel el cuerpo de los vencidos. Los tios del rey le daban nombre y una parte del odio que sentian por los privados.

Estos formaban el otro, y sintiéndose próximos á ser atacados, por interes suyo y del reino, por antagonismo y orgullo aceptaron la lucha cuyo éxito envolvía su destino. Estrechamente unidos hasta formar un cuerpo, Diego de Zúñiga era el pensamiento, Juan Hurtado de Mendoza la voluntad, y Ruy Lopez Dávalos la accion.

Los tios del rey desunidos entre sí no los aproximaba nada, ni aun el peligro que habian evocado y que en su soberbia despreciaban.

IV.

En la misma hora y al mismo punto que penetraba en Valladolid doña Leonor de Castilla con su espléndido y numeroso séquito, hallábanse en la regia cámara del alcázar cuatro personas en torno de una mesa, sobre la que estaba extendido un pergamino que toda ella la cubria.

De las cuatro dos estaban sentadas en anchos y dorados sillones, otras dos de pié, y tres se ocupaban en examinar el indicado pergamino, ínterin la cuarta daba explicaciones sobre él detallando con admirable precision y claridad.

Eran los primeros el rey Enrique III y su esposa Catalina de Lancaster, los segundos maese Lope de la Mota, alarife del rey, y doña Isabel de Osorio, dama predilecta y notablemente favorecida de la reina, de quien no se separaba.

A la sazón contaba don Enrique veinte años. Su estatura era proporcionada, su talle delgado y endeble como el de una mujer, y en su aspecto había tanta nobleza como mucha é indefinible majestad. Tenia la frente ancha y hermosa, los cabellos rubios y sedosos, los ojos de un azul oscuro y brillante, la nariz recta y la boca pequeña y graciosa, sombreado el labio superior de un estrecho y rizado bigote tan rubio como el cabello.

Su demacración y la delicada palidez de sus mejillas daban claros indicios de sus continuas y peligrosas dolencias, así como las arrugas que surcaban su frente ajada y los cabellos que tan prematuramente le blanqueaban sobre las descubiertas y hundidas sienas, demostraban harto claramente también los cuidados que le abrumaban con el peso de la corona que ceñía.

Vestia en aquella tarde una ropa talar con mangas abiertas de paño de Segovia, ceñida á su delgada cintura con un cinturón donde se veían bordados á realce los castillos y leones castellanos; pero ropa y cinturón se hallaban visiblemente deteriorados aunque elegantemente puestos.

En cuanto á doña Catalina estaba tan bella como en su primera juventud.

Los años habían pasado sin marchitar su blanca tez ni alterar las facciones agradables de su apacible semblante. Las pasiones habían pasado también sin dejar otra huella en su corazón que un recuerdo, sin poder para alterar su calma ni su ventura.

Siempre dócil, siempre generosa, había en la minoría de su esposo cedido sus derechos á la corona, autorizando el enlace del infante don Fernando con la ricahembra de Alburquerque doña Leonor de Guzman; pero estos le habían sido en parte devueltos con su maternidad: era nacida la infanta doña María, y consagrada á sus deberes compartía sus cuidados entre el ternísimo vástago y el tronco de do brotaba.

Como llevamos dicho, ambos se ocupaban en examinar el extendido pergamino haciéndose entre sí observaciones y dirigiendo preguntas al inteligente alarife, que pronta y satisfactoriamente las contestaba, hasta que bien enterados don Enrique enderezó su frágil talle, alzó sus ojos hasta el anciano, que lo era maese Lope, y le dijo con notable agrado:

—Buen maese Lope, habeis levantado un plano ajustado en un todo á las instrucciones que os dimos; habeis llenado nuestros deseos hasta en su más insignificante detalle, con lo cual os acreditais de tan entendido en el arte de arquitectura como en el de dar gusto al que os le pide. Sólo falta, pues, que pongais

mano á la obra, y que esta sea tan sólida que pasando los siglos digan las generaciones que nos sucedan: no es una obra eterna, porque nada puede hacer la mano del hombre que lo sea; pero es una obra regia, y lo publica su esplendidez y su grandeza.

—Será V. A. puntualmente obedecido, contestó el alarife recobrando el plano que habia merecido la aprobacion del monarca; siempre, añadió con algun embarazo, que pueda disponer oportunamente de los materiales y obreros que para alzarle de planta he menester, lo cual espero se sirva V. A. proporcionarme.

—Sí haré, buen maese Lope, y tanto como necesiteis y pidais, y tan pronto como os determineis á dar principio á la obra, á lo cual os invito para que os apresureis.

—Entónces será mañana mismo si V. A. lo aprueba.

—¡Que me place, maese Lope! Figuráos que ese monasterio es un voto hecho á Dios nuestro Señor, y deseo cumplirle como agradecido á sus favores.

—Pues no hay más que decir, señor. Dad vuestras órdenes al señor Perez de Villafranca, y no ha de tardar un mes en ser colocada la primer piedra de su cimiento por mano de V. A.

—Os daré una autorizacion para pedirle, dijo sonriéndose el jóven Enrique III; porque mi tesorero no soltará un maravedí como no tenga resguardo.

Y sacando un pergamino del cajon de la mesa ante la cual se hallaba se puso á escribir en él algunas líneas. Mientras lo hacia dijo á su alarife:

—Que os esmereis en todo, maese Lope. Inspiráos pensando quién alza ese monumento, y para quién le alza su piedad.

—¡Oh! repuso con satisfecho acento el anciano, el monasterio será digno de quien le manda labrar. No puedo decir otro tanto del que ha de habitar su santuario y tiene por trono el sol.

—Decis bien, maese Lope. Un monumento de piedra es bien poca cosa para el que hizo los cielos, pero es cuanto puede hacer quien no es más que un poco de barro.

—¿Habeis dicho que el camarín será de mármol? le preguntó doña Catalina con interes.

—Sí, señora, y las puertas y adornos de bronce.

—Y ¿el altar de plata?

—Tan delicadamente cincelada que lo habeis de celebrar.

—Sobretudo, añadió Enrique III firmando y sellando el pergamino, os recomiendo para los follajes el trébol.

—Siendo de vuestro gusto lo emplearé con preferencia al acanto.

—Pues idos, maese Lope, y á trazar los dibujos con gran primor.

—Déme vuestro tesorero lo que le pida, y se ha de enriquecer Castilla con un monumento que vengan los extraños á estudiar.

—Os lo dará así que le entregueis esto.

Y don Enrique le alargó el pergamino doblado. Maese Lope lo tomó, saludó respetuosamente y salió de la cámara á paso lento.

Empezaba á anoecer: doña Isabel de Osorio se sentó próxima á la reina, que por grados se fué poniendo preocupada, viniendo á quedar á poco silenciosa y triste. Notó aquella mudanza don Enrique, y apoyando su brazo en el del sillón le preguntó con solicitud:

—¿En qué pensais, Catalina, que así os ha puesto de melancólica?

—En la órden que habeis dado á maese Lope, le contestó doña Catalina fijando en él su dulce mirada.

—Os desplace...

—¡Oh! no; pero...

—¿Qué? ¡Hablad!

—Os lo diré, amado Enrique, dijo Catalina de Lancaster despues de algunos instantes de irresolución y silencio. Preocupada con el pensamiento que desde vuestra convalecencia nos ocupa, y mucho más con las explicaciones de maese Lope, así que se ha ido me he puesto á calcular que el mármol, el bronce y la plata cuestan muchos y sendos cuentos.

—¡Seguid!

—Que esos pilares tan robustos, esas bóvedas tan elevadas, esos calados, esos relieves, esos rosetones y caprichos, necesitan muchos brazos y diestros artífices; y á unos y á otros, Enrique mio, se les paga con oro su trabajo.

—Y ¿tan pobres reyes somos, le preguntó Enrique III frunciendo sus rubias cejas, que no lo podamos sufragar?

—¡Qué sé yo que os conteste, Enrique! dijo Catalina de Lancaster moviendo la cabeza con triste expresion. Pero segun lo que yo tengo entendido por mi mayordomo, vuestro tesorero no tiene de vuestras rentas...

—¡Ni una blanca! dijo el rey terminando la frase con una amarga sonrisa.

—¡Oh! no tan poco, replicó doña Catalina procurando disipar con una dulce mirada las sombras que se habian extendido sobre la hermosa frente del rey.

—No me sorprenderia el que así fuera, repuso don Enrique dando un suspiro que salió de lo más hondo de su pecho. Dios me ha concedido memoria, así que aun no he olvidado la noche en que dí á empeñar mi gaban para que compraran con que aderezar la caza que habia cogido y tener una cena pobre y frugal. ¡Oh! como ese sí que no habrá un ejemplar semejante en la historia de los reyes.

—¡Enrique! le dijo la reina con ese acento dulce y contemplador, único que tiene virtud para moderar la pesadumbre: aquellos dias pasaron, hoy no es entonces.

—Hoy es...

Pero ántes que Enrique III emitiera su pensamiento la puerta de la cámara se abrió y fue anunciado el tesorero de S. A. Hernan Perez de Villafranca. Admitiósele y entró.

El tesorero del rey frisaba con los cincuenta años de la vida, pero aparentaba algunos más. La elevacion prodigiosa de su estatura, la demacracion de su cuerpo y sus desproporcionadas dimensiones, la blancura amarillenta de su tez apergaminada, la profunda intencion de sus miradas, la dureza de sus facciones angulosas y pronunciadas, y los lacios y largos cabellos grises que se partian sobre una frente ancha, pero con proeminencias desiguales, le daban un aspecto raro, desagradable y hasta cierto punto imponente por su ceño torvo y la penetrante expresion de sus ojos.

Para Enrique III eran hartó conoecidos su mucha ciencia rentística y su carácter duro y agresivo; en gracia de aquella le perdonaba este; pero aquella tarde, adivinando en su subita aparicion que los temores de la reina eran sobradamente fundados y que venía á participárselo para hacerle retirar la autorizacion de maese Lopè, se sintió acometido de una irritabilidad verdaderamente nerviosa, la cual hizo que frunciendo las cejas le preguntara así que le tuvo próximo:

—Señor Villafranca: ¿á qué venis?

El tesorero se detuvo á respetuosa distancia, y le contestó con chirriante voz y áspera firmeza:

—A decir á V. A. cosas de que me pesa en el alma.

—¡Por Santiago! replicó don Enrique visiblemente alterado: mal presagio si habeis visto á mi alarife.

—Precisamente por su causa me dirijo á V. A.

—¿Os ha presentado una órden mía en que se os manda satisfacer lo que pida?

—Sí por cierto, y tambien lo es que no he podido cumplirla.

—¿Por qué?

—Porque pide mucho más de lo que teneis.

—¿Qué os ha pedido maese Lope?

—Un cuento de maravedis para *empezar* á labrar un monasterio.

—Y ¿yo no le poseo?

—No, respondió sin vacilar el tesorero.

—¿Ni la mitad? tornó á preguntar el rey recogiendo con su mano un poco trémula los rizos que medio cubrian su frente.

—Ni un décimo, señor. Hé aquí la verdad desnuda.

—¡Por nuestra Señora de la Antigua! exclamó el jóven Enrique III echándose á reir sardónicamente: he aquí un monarca á quien no envidiarán sus vasallos.

—Amado Enrique, dijo la reina con más energía de la que era de esperar de su apacible condicion: algo más vale que os amen, y esa pobreza que en este instante os altera ha de enaltecer vuestro nombre glorificándoos en lo futuro.

—Si habian de glorificarme las privaciones, repuso don Enrique con amar-

gura, ¡oh! ¡vive Dios que mi nombre se debía fijar entre los astros del cielo escribiéndose con su luz!

Y el monarca castellano dejó caer su mirada con indescribible expresión sobre su traje raído.

—Muchas sufris, señor, dijo el tesorero miéntras absorbía en su mirada, díriase que con placer, toda la amargura del rey; pero por lo que á mí hace no las puedo remediar, nacidas como son de un mal que no alcanza á curarle por sí sola la ciencia de un contador ni la integridad de un tesorero.

—Lo sé, buen Villafranca, repuso don Enrique en quien sobresalía un elevado espíritu de justicia; la culpa es de mis tutores que dispusieron de mis rentas como reyes de los despojos de una conquista.

—Seamos justos, dijo Hernan Perez de Villafranca con incisivo acento; mucho despilfarraron los tutores de V. A., pero despues ha continuado el saqueo de vuestro tesoro que las córtes de Madrid llenaron con sus acuerdos. ¡Oh! que pregunten al contador mayor Pero Sarmiento cuanto tiene que repartir entre vuestros deudos y sus parciales desde las últimas rebeldías, y por mi nombre que responderá es de cinco partes tres y media.

—Mucho les he dado, Hernan, y sin embargo aun ambicionan lo poquísimo que me queda.

—Lo cual no es culpa suya, señor, dijo atrevidamente el agresivo tesorero; sino de quien lo consiente con mengua suya y daño ajeno.

Los ojos de don Enrique destellaron un vivísimo rayo de luz, irguió su hermosa y noble frente, y medio incorporándose en su dorado sillón contestó con altivez y dignidad:

—¡La mengua sea para quien ose creerlo!

—Yo la aceptaría de buen grado, repuso el audaz y duro tesorero sin turbarse, si por lo ménos viera un pensamiento regulador en V. A., y equilibrando como es debido, á proporción de lo que dais recibirais.

—Eso no puede ser, Villafranca: harto lo sabeis en vuestra conciencia.

—La mia lo que conoce es que V. A. puede recobrar las mercedes otorgadas por ruinosas á su casa, y puede sino pechar echando una nueva gavela á los pueblos. ¡Quien paga diez, paga doce!

—Ninguno de esos medios admito, ambos los rechazo, dijo Enrique III con firmeza. En cuanto al primero, por honor de la corona, por prudencia; y en cuanto al segundo, por deber y voluntad. El monarca que Dios le ha dado á Castilla no beberá la sangre de sus vasallos aunque la sed le devore: entendedlo para siempre, señor Hernan Perez de Villafranca.

—Vuestra sea la gloria de no hacerlo, repuso con tibieza el tesorero; mas de otros será el prez.

—Séalo para ellos en buen hora, dijo don Enrique alzando la frente con noble orgullo. A recogerle prefiero le digais á mi alarife—pues que tan pobre soy—

que suspendo la ejecucion de la obra, que Dios nuestro Señor tomará en cuenta que si no cumplo mi voto es porque no tengo con qué.

—Se lo diré, señor, porque no puede ser de otro modo; y á V. A., ya que de tan enojosa materia se trata, que no puede levantar ni una humildísima ermita porque en las arcas reales no hay cien maravedis en todo, y que á fuerza de tanto dar habeis llegado á tener tan poco, que lo que de vuestras rentas se recauda no alcanza á cubrir los gastos de vuestra casa á pesar de lo que los habeis cercenado.

—Nos pasaremos con lo que tengamos, dijo serena y decididamente el rey.

—Sí, sí, añadió Catalina de Lancaster sonriendo á las privaciones con la dulzura de un ángel.

—Está bien, repuso Hernan Perez clavando en el rey una mirada de profunda y torcida intencion; pero así como os llevo dicho que no podeis construir ese monumento aunque al Altísimo lo habiais ofrecido solemnemente en horas de tribulacion, acaso mañana tenga que añadir que no hay para pagar vuestra servidumbre, y en el siguiente, porque no puede tardar más, me veré en la precision de anunciaros que no podeis ir á caza porque las jaurías y azores necesitan abundante alimento y no hay con qué costearlo.

—Y desde este instante sabed que nos, don Enrique III, rey de Castilla y de Leon, no mandarémos alzar un monasterio ofrecido en voto por nuestra propia vida cuando nos vímos en trance de perderla; que despedirémos hasta nuestros donceles cuando no les podamos pagar; que no cazarémos un faisán ni perseguirémos un gamo; pero que asimismo no provocarémos nuevas rebeldías por codicia: no le quitarémos á Castilla su paz, único bien de que goza; no le añadirémos una carga más sobre las infinitas que la abruman.

Formulando su resolucion don Enrique con una firmeza que anunciaba ser incontrastable, resonó en la vasta cámara el nombre ya célebre en aquella época de Diego Lopez de Zúñiga, penetrando en seguida en su recinto el justicia mayor de Castilla.

Hay personas en quien la vejez imprime un sello de respeto casi augusto, respeto que se apodera de todo el que contempla la triple dignidad que establece en el individuo la edad, el saber y la honradez.

El anciano que doblaba su cabeza coronada de blancos y argentados cabellos para saludar lo que hay de más grande y elevado en las jerarquías sociales, era uno de aquellos en quien se encuentra grabada esa admirable é indefinible cualidad, notándose su influjo irresistible y poderoso en los que le veían acercarse á su presencia, pues Diego Lopez de Zúñiga cruzó lentamente la cámara, y llegando hasta la mesa cabe estaban sentados don Enrique y doña Catalina, se inclinó profundamente ante ellos con ese respeto que ensalza á quien lo merece y esa dignidad que realza á quien lo tributa.

Uno y otro le devolvieron su saludo y ademas le enviaron una sonrisa, mues-

tra clarísima de un singular afecto. En cuanto á la dama doña Isabel de Osorio y al tesorero Hernan Perez de Villafranca, le hicieron en contestacion á su saludo una profunda reverencia.

—Bien venido sea nuestro honrado y leal justicia, dijo Enrique III recobrando su calma momentáneamente perdida; bien venido sea el que comprende todo lo que es grande en el pensamiento, en el sentimiento y en la accion.

—Señor, contestó el anciano Diego de Zúñiga fijando en el rey su clara y profunda mirada, ó me engaño mucho, ó le espera á mi comprension en esta cámara medir y sondear uno de esos grandes pensamientos ó sentimientos.

—Así es, exclamó con viveza la reina; y luego que le conozcais habeis de loarle porque es heróico y sublime, si se aprecian las circunstancias en que ha nacido.

—Sentáos, Diego, añadió don Enrique señalándole un asiento junto á sí. Voy á depositar mis amarguras en vos, porque hay horas de prueba en la vida, y mi previsor tesorero me está haciendo pasar por una. Sentáos, sentáos y escuchadme.

El justicia mayor interrogó al tesorero con una mirada, que comprendida por este fue pagada con otra de notable intencion á pesar de su rapidez, y cediendo á la repetida invitacion del monarca se sentó consagrándole respetuosamente la atencion que le habia exigido.

—Oid, Diego, dijo Enrique III con un acento en que se percibia á pesar de su calma y apacibilidad una excitacion violenta. Años hace que venimos luchando, nosotros solos, y don Enrique señaló á Catalina de Lancaster, con una pobreza agobiadora, patrimonio de los hijos de don Juan I; pero ahora, gracias á las quemas de las juderías de Toledo, Búrgos y Sevilla, sobre que estaban los mejores censos que formaban nuestras rentas, gracias á las últimas rebeldías de nuestros tios que no transigieron sino arrancando enormes concesiones á la corona, ha subido á tal punto que amenaza oprimirnos entre sus brazos de hierro.

Hizo una pausa don Enrique, tras de la cual prosiguió diciendo con reprimida y concentrada amargura:

—En mi última dolencia hice voto de levantar en esa llanura tan bella, orillas del Pisuerga, un monasterio para que le habitasen austeros monjes del Cister. Mandé alzar el plano á maese Lope de la Mota, llenó mis deseos y lo aprobé. Para su ejecucion, claro está, pide dinero, le he mandado á mi tesorero y.... ahí le teneis. Ha venido á decirme que ni para Dios tiene oro; mi tesoro no alcanza á ser cien maravedis en todo.

—¡Cien maravedis no tiene! exclamó el justicia mayor sorprendido. ¿A tan increíble punto raya su penuria?

—A tan increíble punto raya, honrado Diego, dijo Enrique III sonriéndose con indescribible expresion; pero amenaza ir aun más allá. Figuráos que no tengo para pagar mi servidumbre, que por cierto es bien escasa; que me falta para mantener mis jaurías y mis azores, porque bajo la púrpura real no existe

más que raidas vestiduras y un corazon que se sobrepone á los afanes que lo constrian, á las miserias que lo oprimen, y á las decepciones que lo amargan.

—Y en esa situacion, dijo Hernan Perez de Villafranca saliendo de entre la sombra que lo envolvía: ¿rechaza V. A. el medio de remediar tamaños males?

—Buen remedio, replicó don Enrique con desvío: ¡pechar!

—Otro hay más expedito y más justo: que vuelva á la corona todo lo que de ella se ha desprendido, mejor dicho, han arrancado.

—Señor tesorero, dijo Enrique III mirándole frente á frente, una vez lo hice y aun no lo he olvidado. Tras de mí estaba el verdugo y accedieron porque en su mano vieron brillar la segur. Cuando su cabeza estuvo á salvo de sus filos se alzaron en rebelion y tuve á mi vez que ceder y arrojarles lo devuelto y lo que á mí me quedaba. Ese juego no me place y desdeño emprenderlo.

—¿De modo, dijo el justicia con su reposado y grave acento, que V. A. en su conflicto hace frente á sus apuros sin imponer nuevos tributos ni eximirse de sus cargas?

—Como debe hacer un rey que mira por sus vasallos, como debe hacer un caballero cuando garantiza con su fe.

—Y entre tanto, dijo el tesorero, los que han impuesto aquellas, holgarán como reyes, y los pueblos no dejarán de ser esquilmados en beneficio de otros.

—Os equivocáis, buen Perez de Villafranca, dijo Diego de Zúñiga cargando de intencion cada una de sus palabras; don Enrique convocará á Castilla en córtes, y estas le dotarán de una vez para siempre con la renta que necesita, porque así ni debe ni puede continuar.

—Mi leal consejero, repuso con firmeza don Enrique, os aseguro que no haré tal. Recuerdo con gratitud lo que hicieron las córtes de Madrid cuando mi reinado empezó, pero no olvido tampoco las consecuencias que tuvo. De las quejas pasaron los perjudicados á las rebeldías, y sólo se sometieron rescatando lo que se les habia mandado devolver, y adquiriendo ademas villas y acostamientos muy subidos. En aquella lucha, honrado Diego, perdió la corona perlas y prestigio, y el que la posee si no la ciñe con gloria, con grandeza, aspira á que sea con honra y dignidad.

Hecha la experiencia sólo volveré á luchar si me provocan; entónces sí, aunque con certeza supiera que habia de sucumbir en la liza, pero si no.... no comprometeré su decoro exponiéndola á ser vencida ó á recibir duramente condiciones.

—Resolucion muy noble y muy prudente, señor, pero que acaso encierre más peligros que conjura, replicó el anciano justicia con rígido y firme acento. Es tan cierto como que existimos, tan claro como la luz que el sol nos envia, que ni el monarca ni la monarquía castellana se hallan bien en el estado en que se encuentran. La cabeza y el cuerpo sufren de igual manera aquejados del mismo mal, y ó se le pone un remedio pronto y enérgico, ó el mal se desarrolla violentamente y la disolucion será mortal.

—Hay males que no le tienen, repuso con triste convicción el rey; y de esa clase son los de Castilla y los míos.

—Ese es un error de vuestro claro entendimiento; tiénelo unos y otros, sólo se necesita conocerle y resolverse á aplicarle.

—Si le tuviera, dijo melancólicamente el rey, Enrique III le habría puesto porque le sobra deseo, voluntad y resolución para hacerlo.

—Y sin embargo de esa convicción que hasta hoy ha paralizado ese deseo, esa voluntad y esa resolución, le hay, y es tan sencillo, que se reduce á establecer el equilibrio que deben guardar las diversas partes de ese todo que se llama sociedad, estado, monarquía.

A pesar de que don Enrique se sentía contrariado y violento hasta el extremo de sufrir á intervalos estremecimientos convulsivos, se preparó á oír á su consejero cruzando los delgados brazos sobre el pecho que encerraba el corazón más noble de su época.

—Decidme, señor, dijo el sabio y noble anciano abriendo la discusión en un terreno que no hallara prevenciones: ¿cuando levantamos la vista, y con ella nuestro pensamiento hácia la celeste bóveda de los cielos, obra de la potente diestra del Altísimo, ¿qué es lo que admiramos sobre su indescribible esplendidez?

—Su hermosura tan magnífica que asombra, contestó el interrogado clavando su dulce é inteligente mirada en su honrado interrogador.

—¡Oh, no! don Enrique; más aun que en su hermosura magnífica como decís, se fija nuestra mente en el orden admirable de esa creación que corona dignamente la grandeza de los mares, la majestad de las montañas, la amenidad de los prados, la belleza de las flores.... tanta maravilla en fin, tanta perfección como la naturaleza encierra. Ese orden que todo lo hace necesario, nada supérfluo: todo útil, nada perjudicial.

—No os comprendo, dijo el rey pensativo y preocupado. Explicáos pues claramente, y ojalá que la elevación del pensamiento iguale á la elevación con que le habeis iniciado.

—Voy á explicarme ya que me honrais con vuestro beneplácito y atención, repuso Diego de Zúñiga con grave acento; y para que me comprendais mejor, os demostraré primero, luego compararéis, y de una región á otra llevaréis con la razón que persuade la seguridad íntima, el convencimiento profundo que inspira lo que nuestros propios ojos ven y lo que nuestra propia mano palpa.

Para comparar cosa con cosa levantemos ántes nuestra vista á la celeste esfera y de seguro atraerá nuestra mirada el sol, ese astro grande y magnífico que envía á la tierra, atravesando espacios, luz á torrentes y dulce y vivificante calor.

Empero observaréis que es único y sobre todos los astros superior; que gira entre sus satélites dándoles luz de su inmenso foco, para que estos en su ausencia la trasmitan.

Vedle: su accion siempre es igual, su luz indivisible, su fuego inapagable, eterno como la mano que lo prendió y benéfico cual la divina voluntad que señaló su diurna carrera. Vedle: alumbra, calienta, fecundiza y vivifica. Es pues astro de luz, astro de vida, astro por el cual bendecimos al Criador de infinita y suprema inteligencia.

Mas suponed que la suma sabiduría de Dios no fuera y que un día el firmamento se cuajara de cuerpos luminosos como el sol; tanta luz nos cegaria, tanto fuego nos dejaria abrasados, y las semillas que á su calor suave germinan, nacen, crecen, se desarrollan, robustecen y fructifican, quedarian calcinadas tornándose en negro polvo.

Abandonad ahora el cielo y el sol y descendad á la tierra. Buscad en el hemisferio un estado, en el estado su gobierno. Poned los ojos en el trono, ponedlos en la monarquía, y empezad á comparar.

Y para comparar se necesita conocer bien profundamente la cosa que se compara, y nada como Castilla, porque V. A. se ha consagrado desde su infancia á estudiar su naturaleza, y más instruido que un doctor en el conocimiento de la humana, comprende su organizacion, conoce sus ricas fuentes de vida, los vicios que las ciegan. V. A. conoce sus hondas heridas porque las ha sondeado muchas veces, aplicándoles no pocas con hábil mano el bálsamo que las cierra.

Nos ocupamos, pues, de un estado, de Castilla. El orden es su elemento de vida; no el orden de la inmovilidad, sino el orden de la armonía. Nada de duplicidad, porque trae consigo la confusion y el entorpecimiento. Nada supérfluo, porque extrae fuerza á lo que es necesario y debilita su accion. Deben estar sobre una jerarquía otra, sobre todas el trono, porque sólo así tiene esta firmeza y estabilidad, lustre y desembarazada accion; sólo así pueden emanar de él grandes bienes y grandes glorias; sólo así su influjo será benéfico al estado de que forma parte, con quien está unido por un lazo que se estrecha ó se rompe, segun se ve bien gobernado, engrandecido, feliz, y su rey amado, obedecido y personificando su gloria y sus adelantos.

Pues bien, Castilla siente hoy esa necesidad de orden, ardiente é imperiosa como toda ley de la naturaleza. Castilla descontenta y convulsa se agita bajo la dominacion de esa multitud de reyes que sostiene así como el soberbio Océano las naves que lo surcan, dispuesta á sumergirlos en el abismo el día en que sus aquilones bramen. Castilla está esquilada, oprimida, repartida á pedazos, y sin embargo es una tierra feraz, es un pueblo industrioso, es una monarquía que pone buenas y previsoras leyes; pero sus magnates se han hecho soberanos, esos soberanos déspotas la han impuesto cargas sobre cargas, y héla aniquilada y próxima á postrarse. Castilla rechaza á sus señores miéntras alza sobre sus hombros el trono, porque desea lo que comprende, y comprende harto bien que así como á la inmensidad de la tierra y lo vario de su rica vegetacion le es su-

ficiente un solo sol que la ilumine y fecundice, así á la limitada extension de un estado le basta con un rey que la gobierne.

Diego de Zúñiga se interrumpió, y despues de un breve instante de silencio añadió acentuando lentamente:

—El mal está descubierto, el remedio indicado: sólo falta, como os dije, voluntad para aplicarle.

—Descubierto está, dijo Enrique III tras una corta pausa y una triste reflexion; pero ese mal cuenta siglos de existencia, está muy arraigado, muy extendido, y el cortarle no es obra de un hombre solo por potente que sea. ¡Le falta tiempo á un reinado por más que Dios para sus fines le dilate!

—Don Enrique, repuso el justicia mayor con íntima y segura convicción, la gangrena es, y se extirpa, y el cuerpo social es igual en todo al cuerpo humano.

Enrique III movió la cabeza con incrédula intencion.

—Y si no se curan se alivian, y es un bien para el que sufre. Procuradle ese bien á quien no tiene ninguno.

—Sabio consejero, dijo don Enrique despues de dar un amargo suspiro, á pesar de vuestros cabellos blancos abrigáis riquisimas ilusiones. Es una verdad indudable que tiene Castilla los reyes en multitud que la vejan, que la oprimen; pero yo no se los puedo quitar porque lo son como poseedores de privilegios legitimamente adquiridos y sancionados por esa misma Castilla que en córtés es soberana. Mi mano, Diego, puede herir á los hombres, mi justicia degradar las jerarquías; mas los privilegios subsistirán siempre, y sobre los reyes derribados se alzarán otros más ambiciosos y altaneros. Despues de verles caidos diria: ¡fueron! mas ¿qué tardaria en añadir: ¡son'...? Breve espacio, honrado Zúñiga.

El malestar de Castilla, su agitacion, su zozobra, su miseria, no se remedia con sacudimientos ni revueltas. Para prosperar necesita paz, y se la daré tan completa como pueda. Necesita industria y yo la fomentaré con privilegios. Necesita toda su sangre, todos sus brazos y grandes esfuerzos para conseguirlo, y no quiero paralizar estos vertiendo aquella.

—Cuando en las Huelgas de Búrgos me ciñeron la corona prometí á Dios hacer la ventura de aquel pueblo que me aclamaba con delirio, de aquel pueblo de valientes que se postraba ante un niño á jurarle fidelidad, y hoy que me encuentro en el lleno de la razon y lo aprecio en lo que merece, estoy resuelto á cumplir mis votos y mis deseos.

Por eso pretendo ¡qué quereis! que no haya en mi reinado más lágrimas que las mias. Pretendo que el reino repare sus aniquiladas fuerzas, y cuando esté fuerte y unido, lanzar sus huestes sobre Granada y añadir esa joya á la corona y ese timbre á mi blason.

¡Paz, paz! y Castilla se alzaré engrandecida con ella.

—¡Paz! sí, don Enrique, paz; pero paz establecida sobre un sólido cimiento.

Así no la habrá nunca, señor, sino fueros y desmanes, porque ya sabeis lo que son los Pedros y Fadriques de Castilla, los Alfonsos Enriquez de Noroña.

—Lo sé, dijo Enrique III plegándose su noble y hermosa frente. La desventura de Castilla ha querido que sean sus primeros potentados ruedas fortísimas de una máquina que entorpecen, ramas frondosas de un árbol cuyo jugo extraen, el castigo de un pecado que pasa de generacion en generacion.

Y el descendiente de Enrique II apoyó la frente enardecida en su mano de alabastrina blancura cortando la discusion con su ademan y silencio.

A muy poco tiempo se interrumpió este, porque entraron en la cámara el mayordomo mayor del rey y el adelantado de Castilla, quienes despues de dejar á la reina de Navarra instalada en su palacio venian á dar cuenta de su regia comision.

El mayordomo mayor, Juan Hurtado de Mendoza, rayaba en la edad madura, poseía una estatura mediana y escasísimas carnes. Su aspecto era arrogante, pero le templaba una singular cortesía.

En cuanto á su rostro lo hacia notable la firmeza, la energía y la inteligencia en lo que alcanza de más obstinado, de más resuelto y de más reflexivo, revelado en los rasgos de una fisonomía varonil, pero no bella.

Iñigo Lopez de Zúñiga, adelantado mayor de Castilla, estaba en todo el lleno de la edad viril, debiendo el cargo que ejercia, segun afirmaban unos, al valor de los héroes probado en combates, en torneos y en todas partes, en fin, donde pudiera ser demostrado el arrojo y la bravura; mas segun el decir de otros, á la privanza del justicia mayor con el rey y al favoritismo que le profesaba el condestable.

De continente marcial y noble apostura las damas lo encontraban cortes y los cortesanos allivo, pero de cualquier modo que fuese, tipo de su época, confundíanse en sus maneras una galantería calculada y seria, y un orgullo irritable y arrogante.

Suponíasele grande ambicion y altas miras. Sin embargo, hasta entónces no podia probársele sino suerte feliz en todo y una reserva extremada, reserva de que se jactaba y á la que debia haber recibido más de un preciado favor de las damas castellanas.

Uno y otro vestian ricamente traje de córte como exigia la comision que venian de desempeñar y de la cual dieron cuenta luego que saludaron á Enrique III y á la reina, al justicia mayor, al tesorero y á la dama, segun cada uno por su clase merecia.

Los dos privados cambiaron una expresiva mirada que indicó un tanto de desaliento en el anciano justicia y contrariedad por este en el mayordomo. Iñigo habia pasado junto al silencioso Hernan Perez de Villafranca, cuyo ceño estaba extrémadamente fruncido.

A la claridad del dia habia sustituido en la cámara la pálida luz de las bu-

ñas colocadas sobre la mesa, iluminando la frente de don Enrique cubierta de sombras, y la tristeza de la reina sumida en el silencio desde que ensalzara la noble resolución de su esposo. Hasta doña Isabel aparecía impresionada.

Enrique III oyó el relato de sus enviados, y cuando terminó les preguntó solicitando la afirmación de lo ya dicho:

—¿Con que nuestra tía doña Leonor y nuestras hermosas primas han terminado su viaje sin accidente alguno que las haya molestado?

—Así es, respondió Juan Hurtado de Mendoza.

—¿De qué ha provenido el retardo de su llegada?

—De una ligera lluvia que las detuvo en Aranda algunas horas.

—¡Ah!

—Por lo demás, feliz en todo su viaje, nada les ha faltado en su tránsito ni á su llegada, y en su palacio queda entregada al placer de recibir bienvenidas.

—¿Quién más que vos ha salido á recibirlas á Valdestillas?

—El duque de Benavente.

—¡Cómo se ha dignado ir! murmuró la dama de Osorio aproximando las cejas en muestra de admiración.

—Dicen que si á alguien ama es á ella, dijo Catalina de Lancaster respondiendo á la observación algo sardónica de doña Isabel.

—Guillen de Haro y el arcediano de Santa Leocadia han ido con nosotros representando al infante don Fernando, para quien doña Leonor ha sido toda discreción y afecto, añadió el mayordomo mayor acabando de satisfacer al rey.

—¿Y para mí qué os ha dicho?

—Que os significara su mucho amor, y que mañana vendrá con las princesas á abrazar á V. A. y á la reina mi señora.

—Me place, dijo Enrique III con expansión. Siempre amé tiernamente á mi tía, siempre su presencia me alegra, porque me representa una madre tierna y solícita, y luego siempre la veo con placer porque pertenece á esos seres felices que sólo producen dulces impresiones y dejan en su pos recuerdos halagüeños.

Como la declaración de don Enrique no fue dirigida á nadie, nadie se apresuró á contestar; pero tras un brevísimo instante de silencio, repuso con intención el tesorero Hernan Perez de Villafranca:

—Debe ser así, señor, porque con ella vienen las fiestas y los saraos, regalo de su esplendor á una corte pobre y angustiada.

Por segunda vez hería el tesorero el corazón de don Enrique, y por segunda vez se coloraban sus mejillas con el dolor de la herida. Sin embargo, sobreponiéndose á él miró sin enojo ni amargura al duro y agresivo anciano, y le dijo:

—Corte que tiene que agradecerle el soplo de vida que le comunica, así como el reino todo la paz que por su mediación más de una vez ha conseguido.

—Débeseos dar el parabien, dijo Catalina de Lancaster con melancólica sonrisa dirigiéndose al adelantado mayor.

—¿Señora, á mí? exclamó el favorecido Iñigo de Zúñiga en ademan de sorprendido.

—Sí, á vos, que no há mucho os quejabais de que en la córte faltasen justas, espectáculos, animacion... ¡hasta hermosura á las damas y amor á los caballeros!

—Y ¿ahora...?

—¡Oh! ahora es otra cosa, repuso con un ligero tinte de amargura la reina. Ahora está aquí doña Leonor, y mañana habrá recepcion en el alcázar, otro día será torneo que la córte le dará, y al torneo seguirán los saraos, á los saraos cacerías, á las cacerías sortijas... y habrá otras damas y amores, y empeños, y devaneos...

—Lindo cuadro, dijo el rey desarrugada su frente de veinte años.

—Y que puede V. A. fácilmente contemplar, añadió el mayordomo mayor aprovechando el nuevo giro que se daba á las ideas para dar paso á las suyas; porque la reina de Navarra trae una servidumbre tan noble y brillante como la vuestra, y aun me atreveria á decir que más jóven y numerosa.

—¿Por qué no ha de ser? dijo el tesorero con su acento incisivo y su metálica voz. Doña Leonor puede pagarla algo mejor que don Enrique. Como que sobre la renta que le producen sus estados de Roa tira una parte bien crecida de las que son patrimonio de la corona de Castilla.

Enrique III levantó su hermosa cabeza, miró al tesorero frente á frente, y arrugando el entrecejo con marcada expresion de enojo le dijo:

—Dejad al tesorero de la reina de Navarra el trabajo de contar su renta, y no os tomeis tampoco el de presentar el estado de la mia sino cuando yo lo exija.

—Señor adelantado mayor, permitidme una pregunta, si SS. AA. lo consienten, dijo discretísimamente doña Isabel de Osorio, quitando al anciano Hernan Perez de Villafranca el embarazo de una protesta y el peligro de una réplica.

—Preguntad, dijo Enrique III volviéndose con agrado á la dama, que si mal no recuerdan nuestros lectores tenia tan superior talento como crecida nariz.

—Preguntad, repitió Iñigo de Zúñiga con particular deferencia.

—¿Habeis visto las damas de doña Leonor?

—Sí, por cierto. Todas rodeaban á la reina y las princesas cuando se sirvió recibirnos en Valdestillas.

—Y ¿viene esa beldad peregrina, último vástago de los Castros de Ruitelan, que doña Brianda de Velasco ha sacado de entre sus ennegrecidos torreones, segun su primo Juan de Velasco nos contaba la otra noche á las damas de S. A.?

—¡Oh! doña Isabel, ¡sí, viene!

—Y ¿es tan bella como su deudo la pinta?

—¡Es aun más!

—¿Será un portentoso?

—¡Es un prodigio!

—¿Tanta perfeccion tiene?

—Tanta que desde el leve pié al negro y rizado cabello no se hace más que admirar.

—Y ved cómo la córte debe gracias á la reina de Navarra por el astro que le trae á su admiracion, inactiva tiempo há, dijo don Enrique sonriéndose.

—Cierto, añadió doña Catalina con displicencia, porque le falta ídolo ante quien quemar su incienso desde que la abandonó la sin ventura Elvira Manrique de Lara.

—Señora, replicó con profunda intencion el arrogante adelantado mayor, la bella descendiente de los Castros de Ruitelan pertenece-exclusivamente á la córte de la reina de Navarra.

—Creo que una dama como tal no pertenece á una córte, porque como don Enrique ha dicho, es un astro que como el sol no luce solamente en un hemisferio.

—Es una verdad, señora, pero lo es asimismo que se la reserva para los predestinados á los favores de doña Leonor, hasta el punto que desde Valdestillas á Valladolid sólo la ha servido y acompañado el señor de los Cameros, mayordomo y privado de la reina de Navarra.

—¿De manera que la peregrina señora de Ruitelan tiene que ser disputada á un rival favorecido?

—Sin contar, discretísima doña Isabel, añadió el mayordomo mayor, con otro más temible por lo que ofusca el brillo que lo rodea.

—¿Quién es ese otro rival? preguntó doña Isabel con un interes que disimulaba en parte su tono ligero y agradable.

—¡Quién ha de ser! el duque de Benavente.

—¿Quién? exclamó Enrique III con despecho. ¿Ese hombre que no se contenta con nada, ni nada le satisface? ¿Ese hombre que hastia el triunfo y que desdeña el favor...? ¡Oh! mi buen tio don Fadrique no puede ser considerado rival, eso sería si la pretendiese un rey.

—¿Tales pretendientes tiene esa sin par hermosura? dijo Catalina de Lancaster observando á don Enrique con atencion, diríase que celosa.

—Contad vos, Zúñiga, y divertiréis á su alteza, dijo el mayordomo mayor clavando en el adelantado una expresiva mirada.

—Sí, sí, contadnos lo que ha hecho el noble duque de Benavente, despreciador de princesas, segun la fama cuenta.

Por tercera vez se coloraba en aquella tarde el rostro de Enrique III, porque la alusion de la dama hacia referencia al desaire hecho á su cuñada doña Leonor de Guzman, á quien habia pretendido y dejado, y vuelto á pretender despues de desposada con el infante don Fernando, á quien se la quitaron para dársela y contentarle, rehusando su mano así que la consiguió con singular veleidad.

—Figuráos, señora, dijo el narrador de las pretensiones del duque, que estábamos en la sala de la posada de la reina en Valdestillas cuantos habíamos salido á recibirla, contándose don Fadrique en primer término como acostumbra.

Después de esperarla algunos instantes entró doña Leonor con sus dos hermosas hijas, y junto á estas sus dos damas Blanca de Castro y Constanza de Andrade. Era un grupo deslumbrador. Entre aquellas cuatro cabezas tan jóvenes, tan bellas y tan gozosas, sobresalía la de la joven señora de Ruitelan como sobresale una rosa en un fresco ramillete. El duque de Benavente, tan impasible, tan indiferente á todo, la miró, y sus ojos se inflamaron con el ardor del entusiasmo, y su rostro reveló una de esas impresiones profundas, dulcísimas de la vida que sin embargo no debia ya sentir, como no se sienten en el otoño las brisas de primavera.

—Se conoce que ois á menudo el dulce trovar de Macías el doncel, dijo Catalina de Lancaster con un ligero viso de acritud.

—No lo recordaba en este instante, respondió el adelantado, porque me estaba ocupando del duque, quien adelantándose á recibir á la reina, le dijo con una galantería expansiva:

—Amada Leonor, os presentais á nuestra ávida mirada como Dios á sus elegidos, rodeada de serafines. Y hasta que salimos de Valdestillas la hermosísima Blanca de Castro robó su atención, que más de una vez la contrarió, porque apenas alzaba sus rasgados y negros ojos se encontraba con los del duque fijos en ella con una insistencia tenaz.

—Mendoza, dijo Enrique III volviéndose algo bruscamente á su mayordomo: ¿os dijo mi tia doña Leonor alguna cosa para nos?

—La que he tenido la honra de manifestaros, que mañana vendrá con las princesas á abrazar á V. A.

—¿Señaló hora?

—No.

—Pues bien, la esperaremos desde la mañana á la noche.

Y despidiendo al mayordomo y al justicia, al adelantado y el tesorero, quedó solo con la reina y su dama, silenciosas ambas y pensativas.

V.

El palacio de la reina de Navarra estaba entregado al silencio. Doña Leonor descansaba en blando lecho de las fatigas del viaje, sus hijas dormían profundamente el tranquilo sueño de la juventud, y la numerosa servidumbre, después de haber llenado sus respectivos deberes, se retiraba al aposento que el mayordomo de la reina se habia servido señalarle.

Hay que advertir que aquel repartimiento se habia hecho algo de prisa y no

muy meditado, de lo que resultaban no pocos agravios mal disimulados, algunas reclamaciones un tanto enérgicas y una infinidad de resentimientos, sobretudo en el departamento destinado á las damas y las dueñas de la reina y las princesas.

En ese departamento y en una de sus más hermosas habitaciones, entre muebles desordenados y alumbrado por la débil y vacilante luz de una pequeña lámpara de plata, hallábase reclinada en un altísimo sitio una mujer tan jóven que aun reflejaba su frente la inocencia inmaculada de la infancia, tan hermosa que con justicia merecía la calificación de sin par con que á la córte la anunciaban.

Aquella mujer era Blanca de Castro, señora de Ruitelan.

La palabra hermosa no servía para definir un sér embelesador por bello, interesante por débil, admirable por delicado. Además de una tez ligeramente trigueña y sonrosada que unía á la suavidad del raso el cambiante de las perlas, de su magnífica cabellera, de sus ojos rasgados cuyas negras pupilas destellaban más luz de su centro que los diamantes de su pulimentada superficie, de la perfección en fin de un rostro de diez y seis años; tenía la Perla de San Prom, como el viejo Pié de Corzo la llamaba, ese indefinible encanto que se desprende de una frente serena, de una mirada dulce, de una sonrisa infantil cuya vaguedad es deliciosa.

En cuanto á su persona, apénas formada, era notable por su talle tan leve, tan flexible, tan elegante como la palma que se cimbra en los ardientes desiertos de la Arabia.

Entregada á sí misma en la soledad de su aposento y el silencio de la noche, seguía el hilo de un placentero pensamiento á juzgar por la sonrisa de sus labios, pero tan abstraída, tan inmóvil, tan preocupada con él, que fue necesaria la voz chirriante y áspera de una dueña altiseca, que deslizándose por una puertecilla oculta bajo el tapiz, se le acercó diciendo:

—Mi señora doña Blanca, ahí está Marta anunciando que su señora doña Brianda os espera así que acabeis vuestras oraciones.

—Las concluí ya, Sancha. Decídselo á Marta y tornad para que me alumbreis.

Salió la dueña y volvió al instante. Blanca se levantó perezosamente de su asiento, y precedida de la anciana, que había tomado la lamparilla, entró por la puertecilla del tapiz, anduvo un estrecho pasillo y penetró en un aposento igual al que dejaba. La dueña cerró la puerta quedándose de la parte afuera.

La peregrina señora de Ruitelan se acercó paso á paso hasta la chimenea, donde delante de un abundante fuego estaba sentada una dama blanca, pálida y demacrada, que extendidas las transparentes manos delante de la llama y fija la vista en las rojas brasas, parecía ocupada en dar vuelta con el pensamiento á una idea que absorbía su atención.

Vista de cerca se notaba que la acción destructora del tiempo había tornado ceniciento el rubio de sus cabellos, arrugado su finísima tez, hundido sus ojos en sus anchas órbitas, pero que sin embargo no había sido bastante po-

deroso para robarle su expresion dominadora ni encorvar su rígido talle, ni darle flexibilidad á la voluntad que todo debia arrollarlo.

Así que sintió los ligeros pasos de su bella visitadora volvió la cara, y viéndola junto á sí la saludó con una inclinacion de cabeza y le señaló un asiento junto al fuego y frente de ella. Despues se concentró en sí misma un breve espacio, pasado el cual le dijo con acento grave y frio:

—Hija mia, os he llamado á esta hora porque no debo dilatar ni una más despues de haber llegado á la córte lo que tengo que comunicaros.

—¿Tan importante es? preguntó la seductora jóven clavando en su tia una apacible y tranquila mirada.

—Mucho, contestó la noble tutora contemplándola: trátase para vos de porvenir, de felicidad... Ya veis que merece la atencion que os ruego me presteis.

Excitada la de Blanca con aquella prevencion, la prestó tal, que no pestañeaba mirándola.

—Ante todo, dijo la anciana á quien Pié de Corzo en su odio calificó de urraca, os prepararé diciéndoos que va á fijarse vuestra suerte; suerte por la que me intereso cual una madre por la de su hija; suerte que Dios hace feliz y cuya brillantez me complazco en asegurar.

Tras este exordio que puso suspensa á la pupila, la tutora continuó diciendo sin que se dulcificara su acento, siempre imperativo y severo:

—Y así prevenida, os diré que muy en breve todo va á variar en la vida para vos. Todo va á ser nuevo, distinto. Mi compañía la trocaréis por la de un esposo, á mis cuidados reemplazarán los suyos, porque el capullo es ya una flor, y la flor va á cumplir con su destino.

Blanca seria y ruborosa guardó silencio, y su tutora prosiguió diciéndola:

—El dia que abandonasteis á Ruitelan, Sancho Ramirez, prendado altamente de vos, me pidió vuestra mano. Sancho Ramirez, señor de los Cameros, Yanguas, Cervera y Aguilar, mayordomo de la reina de Navarra, el primer magnate de aquel reino y uno de los de más pro y valía en este, valiente campeon y galante caballero, es digno de obtenerla por sus prendas y su amor, y yo, como vuestra deuda y tutora, sé la concedí con satisfaccion, lo confieso.

La solicitada y prometida Blanca no dejó escapar una exclamacion ni hizo un gesto por leve que fuera que sirviera á dar indicio de sus impresiones; pero su frente perdió la serenidad que ostentaba cuando en su sitial seguia el hilo de oro de su plácido pensamiento y sus labios la sonrisa que separándolos los embellecia.

—Esta declaracion que os hago, dijo la severa tutora sorprendida por el silencio de su pupila, se ha hecho ya necesaria, porque el señor de los Cameros no pudiendo contener su amor lo ha hecho manifiesto con sus acciones en el viaje, y esta noche en la cámara de la reina ha solicitado su permiso, y accediendo doña Leonor, yo he fijado el término que para la realizacion de sus deseos apetece.

Recogió la jóven y hechicera señora de Ruitelan sus negros rizos con una de sus lindas manos, y despues de un momento de reflexion, dijo sin manifestarse alarmada, sino al contrario tranquila y confiada en su razon:

—Siento que el señor de los Cameros me ame y me pretenda, porque yo no le amo, no le amaré nunca, y no puedo aceptar ni su mano ni su amor.

Una mirada penetrante y fria devoró el rostro de Blanca; una mirada que tendia á conocer lo que habia de más recóndito en su pensamiento y de más íntimo en sus afecciones.

Para sustraerse á la marcada intencion de la tutora, su pupila, que empezaba á impresionarse, veló con sus lindos párpados sus ojos destelladores; mas la anciana dama habia comprendido á pesar de su precaucion la causa de su resistencia, y severamente la preguntó:

—Decidme, Blanca: ¿quién es el que se ha adelantado á Sancho Ramirez en vuestro inexperto corazon? Pues sólo se rechaza el amor que se ha inspirado aunque no se sienta por el amor que se ha inspirado y se participa.

—No sé si lo que asegurais es cierto, respondió la jóven señora de Ruitelan con cándida ingenuidad; pero lo que sí sé porque lo sufro, es que hay sentimientos que no se vencen, que no se dominan, que no se ocultan, aunque la voluntad humana lo intente con todo su poder.

—No me habeis respuesto aun, repuso doña Brianda friamente. Lo que os pregunto no es si amais, sino á quién amais.

—Hablando de Sancho Ramirez, dijo Blanca revelándose al fin el temor en su frente y en la sujecion de su actitud, no se me ocurre que pueda haber amor.

—Y ¿por qué le excludis de sentimientos tan tiernos cuando en otro los concebis?

—Yo no excluyo á nadie de ellos ni rechazo unos con otros, repuso Blanca con tanta reserva como timidez; no le amo porque su adustez, su fiereza me inspira... ¿qué os diré yo...? ¡terror!

—Esa es una repugnancia pueril que venceréis tan pronto como querais, hija mia, y lo conseguiréis aceptando dócilmente cuidados, esposo y amor.

—¡Nunca, no! exclamó la jóven señora de Ruitelan cruzando apretadamente las manos y elevándolas en actitud suplicante. Le temo, creedme; cuando á mí se acerca, si pronto no me retirara apareceria el llanto ó el enojo en mi semblante. No, no, decidle que no le amo.

—Blanca, dijo su tutora inflexible y severa; siento que os rebeleis á mi voluntad, y siento aun más tener que contrarestar la vuestra. Sin embargo, no vacilaré en hacerlo, porque como os dije poco há, el señor de los Cameros reúne todas las altas prendas que constituyen un cumplido caballero, es su alianza ventajosa para vos, su amor garantiza vuestra felicidad, y yo más que todos tengo el deber de asegurarla. No altero pues mi resolucion. De Sancho, sabedlo, es vuestra mano; dadle con ella vuestro corazon, porque si tal no hicieris el mal será para vos.

Persuadiós que esto ha de ser, y desechad esos incalificables temores para que dentro de un mes á contar desde este dia vayais tranquila al altar.

—Corto es el plazo, exclamó Blanca sobresaltándose visiblemente.

—Pues tenedle por improrogable como fijado por mí que soy vuestra tutora, y aprobado por la reina que viene en ser vuestra madrina para más honraros y honrarle. Ese dia os dará en arras vuestro esposo sus estados de Aguilar.

La descendiente de los Castros de Astorga hizo un gesto de indiferencia por la honra que la reina le concedia y por el feudo que su futuro ofrecia traspasarle, y despues, concentrándose en sí misma, se puso á mirar las brasas que empezaban á cubrirse de ceniza, cayendo en honda meditacion.

Con profundísima atencion la estuvo observando su tutora, pero su penetrante mirada sólo logró comprender que vagaba en un caos de pensamientos. Cuáles eran estos no pudo adivinarlo; sin embargo, observó que su frente se serenaba á medida que se engolfaba en ellos.

—Hija mia, dijo doña Brianda alargándole una de sus manos blanquísimas y arrugadas; ya sabeis lo que os interesa, ahora idos á reposar, y Dios vele vuestro sueño.

Blanca la besó respetuosa, y levantándose contestó lacónicamente:

—Gracias.

Doña Brianda llamó con un silbato de plata que á su lado estaba, y al punto acudieron las dueñas y doncellas presurosas, pero un tanto adormiscadas.

—Marta, dijo á la dueña que más se acercó, acompañad á doña Blanca á su aposento.

La dueña hizo una profunda reverencia y siguió á la jóven señora de Ruitelan, desapareciendo ambas por la puerta que ántes entrara; así que esto sucedió se volvió doña Brianda y llamó á la dueña que trajo á su sobrina, haciendo seña á las demas que se alejaran.

Unas retrocedieron y la otra avanzó.

—Sancha, le preguntó: ¿quién se ha acercado á mi sobrina desde que salimos de Valdestillas?

—Nadie más que el señor mayordomo de la reina.

—¿La ha hablado alguién desde que hemos llegado?

—Desde que salió de la cámara de la princesa doña Juana, con nadie.

—¿Ningun paje, ningun escudero de los de palacio se la ha acercado?

—No, señora.

—Está bien, retiráos.

—Con vuestro permiso.

—No os olvidéis de cerrar bien su aposento sin dejar más puerta abierta que la que comunica con el mio.

—Así lo haré.

—Idos pues.

—Dios os guarde, señora, y que descanséis.

—Él os lleve por buenos pasos.

Y llevándose la, no Dios, sino sus piés algo grandes y entumecidos, acudieron las doncellas á rodear á su señora, de quien no se separaron hasta que quedó en el lecho y dormida profundamente.

VI.

La situación de Castilla en la época de que nos vamos ocupando era en verdad harto poco halagüeña. Empobrecida, dividida en banderías, dominada por ambiciosas intrigas y sufriendo dolorosos descalabros en la frontera de Granada por los moros que más y más se envalentonaban cada día, gozaba sin embargo una paz algo ficticia y poco honrosa con Navarra, Aragon y Portugal.

Y á pesar de aquella situación tan adversa y desgraciada, la de la reina de Navarra era por el contrario tan feliz, tan placentera, cual si sus deseos hubieran podido forjarla.

Merced á su discrecion sin igual y á su influjo omnipotente, venía hasta aquel punto dominando los sucesos y consiguiendo de los hombres imposibles.

Éranlo si bien se atiende haber logrado en las pasadas contiendas de los gobernadores ser acatada de los dos bandos que tan célebres hicieron la minoría de su sobrino, y que del regio despojo cada uno de ellos le diera una parte no mezquina. Y habia logrado tambien conservarlas el día en que con el verdugo junto á sí hizo Enrique III que le restituyeran algo de lo mucho que le habian usurpado. Y cuando las córtes de Madrid declararon á la corona exceptuada de las cargas que sus tutores la impusieran, logró asimismo que las suyas no fueran levantadas por el monarca á quien tanto perjudicaban.

Simpática y fascinadora poseia el afecto de su sobrino don Enrique, dándole este tan leal y caballerosa proteccion, que con ella era fuerte para burlar el empeño y amenazas con que su esposo Carlos III de Navarra la reclamaba inútilmente. Siempre pues, sobre el mar agitado de Castilla y cual si fuera la espuma de sus borrascosas olas, las revueltas la llevaban flotando en su superficie sin que disminuyera ni menoscabara su influjo en ninguno de los opuestos elementos que las formaban.

Pero en el lleno de su prestigio inexplicable, y gozando más que nunca su alta y preciada independendencia, resonó un grito de alarma en Roa, su mansion favorita; grito que tuvo eco porque le creyó nacido de un inminente peligro. Dijose por los contrarios de los que apellidaban privados que estos estaban resueltos á

redimir las rentas del monarca, á cercenar á sus tios privilegios y concesiones, á reducir á cada uno á su condicion, y á elevarse ellos sobre todos.

Entónces doña Leonor comprendió que para triunfar es necesario combatir, y segura de vencer se preparó á luchar en el terreno que su talento y su irresistible ascendiente la hiciera hasta allí invencible.

Sólo que en Valladolid se tuvo noticia de sus intenciones, y los que iban á ser atacados se dispusieron á contrariarlas con la energía de su carácter y los medios que su posicion les daba, y hé aquí explicado lo que ya dijimos y las tendencias del tesoro del rey y el justicia de Castilla.

VII.

No fue necesario esperar á doña Leonor desde la mañana á la noche como Enrique III habia resuelto, porque señaló hora, y al sonar se presentó con singular exactitud.

No vestia un traje más rico que en la noche anterior el jóven monarca, pero lo llevaba elegantemente puesto así como el rubio cabello cuidadosamente rizado. Con esto y el hermoso brillo de sus ojos azules y el ligero sonrosado de su tez, don Enrique aparecia trasfigurado.

Los cortesanos se admiraban contemplándole, y eso que no comprendian que bajo el deslucido terciopelo de su vestido y encerrado dentro del pecho latia á intervalos su corazon con una agitacion inexplicable hasta para él mismo que la sufría.

Acabando de entrar en la cámara del convaleciente monarca Catalina de Lancaster con sus damas, se anunció en ella doña Leonor con las princesas y las suyas, abriéronse las puertas, y don Enrique y la reina salieron á recibirlas. Doña Leonor abrió sus brazos á sus sobrinos, y el rey el primero se precipitó en ellos con efusion. Despues abrazó á sus primas doña Juana y doña Beatriz, saludó galantemente á las damas, y buscó con su mirada á la celebrada señora de Ruitelan, medio oculta tras de su tia doña Brianda.

Próximo á él Iñigo de Zúñiga comprendió su intencion, y miéntras que doña Catalina abrazaba á la jóven y bella princesa de Navarra, le dijo en voz que sólo para él fuera perceptible:

—Ved el objeto de la entusiasta admiracion del duque. Junto á doña Juana está.

—Justa es la calificacion de nuestro tio, respondió Enrique III despues de contemplarla todo el tiempo que duraron las demostraciones de cariño hechas

por Catalina de Lancaster á la reina de Navarra y sus hijas; pero sus pretensiones á tenerlas son de una presuncion insensata.

—¡Insensata! repitió el hijo del justicia mayor con excitadora intencion. ¿Insensata cuando no hay nadie que le resista? ¿Quién se atreveria á disputarle esa dama si la quisiera?

Volvióse Enrique III y le miró un brevísimo instante en silencio, pero aquella mirada equivalia á un rotundo y decidido ¡yo! Y sentándose así que lo hicieron las reinas, le dijo á la de Navarra, despues de satisfacer sus solícitas preguntas:

—Traeis en vuestra córte damas muy bellas, tia mia, y por cierto que si no me engaño hay algunas que nunca las han admirado mis ojos.

Sobraba penetracion á doña Leonor para no conocer que no era el rey quien la preguntaba muellemente reclinado en su dorado sillon, sino un hombre de veinte años, cuyas naturales propensiones se sentian excitadas.

—Teneis razon, señor, le contestó dejando escapar una complaciente sonrisa; pero son solamente dos, y esperaba el instante oportuno de presentárosla lo mismo que á doña Catalina. Ambas muy jóvenes, es la una hija de mi escudero Lope de Andrade, y descendiente la otra de una familia tan noble como célebre.

Hé aquí á Blanca de Castro y á Constanza de Andrade.

Las dos jóvenes salieron del círculo donde estaban confundidas y saludaron algo cortadas al rey, que fijó en Blanca una expresiva mirada y á doña Catalina que se puso como la escarlata al notarla.

Por su parte Enrique III contestó galantemente á la rubia y linda Constanza de Andrade, y luego tornando á fijar sus brillantes y dulces ojos en Blanca, le dijo:

—Perteneceis á una familia que ha sido implacable para la mia, y por cierto que esos sentimientos en vos me serian muy enojosos y amargos.

La seductora Blanca arqueó ligeramente sus estrechas y aterciopeladas cejas, revelando sus negros ojos la sorpresa, pero sobreponiéndose contestó con orgullosa expresion:

—Soy la descendiente de una raza cuyo timbre más preciado es la lealtad, y yo la última de ella la represento en lo que más la distingue.

—En Ruitelan, repuso don Enrique cuyo primer impulso era destruir las prevenciones que su joven señora pudiera tener, se habrán conservado acaso recuerdos que en su amargura todo lo hayan oscurecido.

—En Ruitelan, replicó Blanca de Castro con toda la gravedad de quien representa una raza, se consagró siempre la voluntad al sentimiento, y si se amó lo que fue fielmente, lo que es se respetó del mismo modo.

Un ligero murmullo de aprobacion se alzó á espaldas de la joven ricahembra, porque Enrique III la habia manifestado en su expresivo semblante.

—La señora de Ruitelan, dijo doña Leonor iniciando á Blanca en su deber, os rendirá pleito homenaje como ricahembra, si tal ceremonia os place, estando seguro que alzará pendones por vos, pues como Castro legítima no se

separa jamas de aquello á que se ha adherido. No lo ha hecho porque está en tutela.

—En cambio nos le darémos tantas honras y prerogativas cuantas á nuestra potestad le sea dado dispensar.

—Gracias, dijo la peregrina señora de Ruitelan inclinándose respetuosamente. Como débil y huérfana necesito proteccion, y me es grato saber que la corona me la concederá el dia que la reclame si me faltara, añadió viendo inflamarse de enojo la mirada de doña Brianda, la de la tutora que me ha dado la sangre y mi ventura.

Terminado el incidente de la presentacion de las damas, doña Leonor se ocupó de sus sobrinos con tal ternura y de los cortesanos con tan benévola discrecion, que á su salida la acompañaron las más afectuosas demostraciones de aquellos y un entusiasta murmullo de estos.

Descendiendo lentamente por la escalera del alcázar vió la princesa doña Juana que al pié de ella estaba don Enrique Enriquez de Noroña, primogénito del conde de Gijon, mancebo rubio y hermoso como un Adónis, quien viniendo de una á otra parte fué á colocarse precisamente á su tránsito y á la inmediacion de Iñigo de Zúñiga, que anticipadamente se habia puesto en aquel sitio.

El mérito fisico de doña Juana consistia en una tez blanca como el alabastro y dos ojos azules de una hermosura incomparable y de una viveza sin igual, los cuales revelaban grande ingenio y muchísima travesura.

Con una rápida ojeada se apercibió de la intencion con que allí estaban, intencion que hacia patente para quien la observara la doble mirada que la envolvía, y sonriéndose con una idea que de súbito se le ocurrió, dijo á Blanca que era al par su dama y su amiga y en pos suyo descendia:

—Señora de Ruitelan: ¿advertisteis si está bien prendido el lazo de mi tocado?

—Si no me engaño, sólo lo sujetó vuestra camarera con una aguja.

—Brava torpeza, ahora se me va á caer. ¡Lo veréis!

Y sacando con mano ligera y diestra la aguja que con efecto lo sujetaba, le dejó á punto de desprenderse con el más leve vaiven.

En el último peldaño don Enrique salió á su encuentro para saludarla, pero doña Juana viéndose entre los que la esperaban hizo un gracioso movimiento para pagar el doble saludo que recibía, y el lazo cayó entre los dos.

Ambos se apresuraron á cogerle, y ella entre tanto ligera como una sílfide pasó ántes que uno y otro se levantaran.

En cuanto á los que segun todas las apariencias se habian puesto á esperarla para gozar su presencia ó alcanzar tal vez alguno de sus favores de dama, suponiendo presuntuosa ó fundadamente que aquel les pertenecía, se lo disputaron con su ligereza, sólo que más pronta ó más afortunada, la mano del adelantado fue la que se apoderó del abandonado nudo.

Mortificado el jóven don Enriquez se enderezó bruscamente y le dijo á Iñigo de Zúñiga orgulloso con su conquista:

—Pudisteis ver que me bajaba á coger el lazo y no haberos anticipado.

—Tratándose de cortesía siempre me adelanto yo, respondió con calma el adelantado; y sabiendo vos esto ni más ni ménos que cuantos me conocen, os pudisteis evitar el trabajo de doblaros.

—El cogerle era un derecho que me pertenecía, repuso altaneramente el primogénito de Gijón, porque prenda de una dama lo es tambien de una princesa de quien soy deudo inmediato, y que le hubiera recibido de mi mano con más agrado que de la vuestra.

—No acostumbro cuestionar las preferencias de una dama, replicó el adelantado impasible y frio; y entendid para si otra vez acontece, que en circunstancias iguales hubiérame adelantado á don Enrique mi señor. Figuráos si me detendria por vos, que nada sois para mí.

Despues de estas palabras Iñigo de Zúñiga guardó el lazo como suyo.

—Nada tengo que oponer á vuestra singular declaracion, dijo el jóven Enriquez reprimiendo con orgullo su despecho; mas no olvidéis á vuestra vez que si hoy habeis sido afortunado mañana no lo seréis.

Y sin esperar respuesta le volvió la espalda alejándose.

La reina de Navarra, sus hijas y sus damas estaban ya léjos del alcázar cuando apareció en la escalera completamente solitaria el condestable de Castilla Ruy Lopez Dávalos y el tesorero del rey Hernan Perez de Villafranca.

Ruy Lopez era alto, vigoroso y de arrogante presencia. Su fisonomía era hermosa, la tez cetrina, la expresion de sus ojos resuelta y fiera; en todo él habia algo duro, algo imponente.

Sin mirar al tesorero y sin cuidarse de él bajaba ceñudo y pensativo. Hernan Perez, por el contrario, á riesgo de caerse por no ver donde sentaba el pié, iba mirándole con tenaz fijeza. Por último, tocándole en el hombro dijo:

—¿Sabeis, señor condestable, que todo se pudiera arreglar á maravilla si cada cual siguiera el camino en que hoy ha sentado el pié?

—No os comprendo, señor Villafranca, respondió el condestable con marcada expresion de tedio. ¿De quién y de qué hablais?

—¿Eso pregunta quien piensa lo que yo pienso?

Encogióse de hombros el condestable y continuó bajando.

—Atended, dijo el tesorero sin imitarle. ¿Es cierto que no me habeis comprendido?

—Tan cierto como que no merece la pena de adivinarse.

—Eso se sabrá despues. Por de pronto os diré que yo á vos ¡sí!

Paróse el condestable, y esperando á que bajara el tesorero, le dijo despues de mirarle frente á frente como retándole:

—Y ¿qué es lo que adivinais de mi oculto pensamiento?

—¡Por todos los santos que protegen á Castilla! ¿Qué he de adivinar si no el deseo que teneis de que se vaya esa urraca y su nidada que se están comiendo todo el grano que aquí se entroja?

—Psit, todo el que ame su patria tiene el mismo pensamiento. Eso podeis adivinarlo en todos los buenos castellanos.

—Es que no os he dicho sino la mitad de lo que pensais.

—Y ¿qué pienso ademas de eso?

—En cómo se podria hacerle levantar el vuelo.

—Pudiera ser que tuviérais razon.

—Y ese ceño que os afea le produce la dificultad que hallais para poderlo conseguir.

Ruy Lopez Dávalos le miró fijamente, más ceñudo, porque el tesorero habia puesto el dedo en la llaga.

—Y ¿á vos se os ocurre cómo vencerla? le preguntó con frialdad.

—Sobre eso era la indicacion que no comprendisteis.

—Pero ¿se os ocurre?

—Sí.

—¿Os servís manifestar cómo?

—Sí, porque mi pensamiento y vuestro brazo pueden dar cima á la empresa.

Y de los ojos de Hernan Perez de Villafranca brotó una luminosa chispa de inteligencia.

—Explicáos, dijo el condestable observándola.

—¿Quereis que se vaya de Castilla? Pues dad abundante pasto á los sentimientos que hoy son gérmen y mañana nacerán en el alcázar.

—El diablo que os entienda, dijo bruscamente el condestable poniendo la fuerte planta en el último peldaño.

—Esperad, dijo el tesorero bajando. ¿Será que no teneis noticia alguna del efecto que causó lo que anoche contó el adelantado mayor?

—¿En dónde y en quién?

—En el rey y en su cámara.

—Positivo, nada sé.

—Pues la causa del efecto fue una galantería del duque de Benavente que impresionó notablemente á don Enrique. De allí procede el que una dama lo haya impresionado más, y del inmenso partido que de todo esto puede sacarse es de lo que yo os hablaba cuando os dije que todo se pudiera arreglar á maravilla, con tal de que cada uno siguiera por el camino en que hoy ha sentado el pié.

—Ahora os entiendo ménos, dijo el condestable con aspereza.

—Torpe estais por vuestra vida. Atended: la reina de Navarra tiene una dama muy bella en quien su influjo ha de ser mucho, porque hasta huérfana es; pues figuráos que de esa dama se enamoraran el rey y el duque, que ambos la pretendieran, y que se encontraran frente á frente como rivales. Figuráos que

uno habia de triunfar del otro en el corazon de la dama, y que atendidas las circunstancias que en el rey hay, fuera el favorecido: conocido el carácter del duque es de suponer que en despique se rebelaria, y es de suponer tambien que don Enrique no procuraria una avenencia con su rival.

—Pero la reina doña Leonor: ¿qué tiene que ver con todas esas suposiciones? ¿qué bien ni qué mal se le sigue de esas pretensiones, de esas rivalidades ni de ese rompimiento?

—Mucho: doña Leonor, como os he dicho, tiene sobre la dama influencia, y puede emplearla en pro ó en contra de los que la pretendan: inclínese á esta parte ó á la otra, perderá en el que perjudique un fuerte sosten, y se hará ademas un irrecónciliable enemigo. Si se decide á favorecer al rey, tendrá por enemigos á doña Catalina y al duque que lo son grandes; si por el contrario se resolviera á patrocinar á este, don Enrique la mandaria á Navarra, vengando en ella sus enojos. Creedme, condestable, dad pábulo á esos amores y doña Leonor se irá.

—Señor Hernan Perez, replicó Ruy Lopez Dávalos que como todo sér fuerte era de leal condicion; ante todo os diré que á pesar de tantos años como hace que estais en la córte, ni conoceis al rey, ni al duque, ni á la reina de Castilla, ni á la reina de Navarra. Entre la austeridad de don Enrique, la osadía de su tio, la indolencia de doña Catalina y la discrecion de doña Leonor, fracasaria ese plan tan bien formado. Creedme vos, porque lo que afirmo es seguro, si el rey llegara á enamorarse, lo que sería un mal para él, y á rivalizar con su tio, doña Leonor obraria de tal modo que quedaria en alto concepto con todos. Dejáos pues de damas y de amoríos, y ponedme á los bastardos en rebelion y á la reina de su parte, y yo os juro por mi nombre que ántes que el plazo de un mes espire los soberbios pendones de aquellos quedarán abatidos para siempre y esta fuera de Castilla para no volver jamas.

—Oid, dijo el tesorero despues de algunos instantes de silencio y de clavar en el condestable una profunda mirada: ¿si dentro de un mes doña Leonor conspira, se alía con sus hermanos y estos á su impulso se rebelan cumpliéndose vuestros deseos, qué conseguiria en recompensa el que á su soplo formara esa rebelion?

—Un décimo de las rentas que se les secuestren para incorporar á la corona, respondió sin detenerse ni vacilar el condestable.

—¿Quereis darle seguridad á esa promesa para que yo pueda hacerla valer en su dia?

—Señor tesorero, basta y sobra con mi palabra.

—Basta, replicó Hernan Perez de Villafranca, cuando esa palabra hace relacion á vos y vuestras cosas; mas no estamos en ese caso, porque de lo secuestrado le toca al rey disponer, y pudiera muy bien no hacerlo en beneficio de su tesorero.

—Sois en gran manera sutil y tratais conmigo cual pudierais con un judío.

Me pedis una hipoteca: ¿no es esto? Pues bien, os la doy; y el día que la reina de Navarra suelte una prenda de rebelion ó connivencia con ella, pero prenda sobre la que el rey ponga sus manos, os entrego en rehenes las dos mejores villas que poseo.

—Pues contad que tendré por mias las de Arjoná y Arjonilla hasta la incorporacion á la corona de las rentas confiscadas.

—Quedan prometidas.

—Y aceptadas.

Después de hecho su convenio cambiaron un saludo más grave que cortes, y salieron del alcázar sin que hubieran sido notados sino por los ballesteros que respetuosamente los saludaron dejándoles paso franco.

VIII.

Formando el centro de la calle del Leon habia en la época de que nos vamos ocupando un casaron inmenso de construccion antiquísima, con ventanas tan estrechas que parecian saeteras; y tan ennegrecidos los muros como hondo y oscuro el zaguan. En aquella casa de tan triste y sombrío aspecto habitaba el tesorero del rey Hernan Perez de Villafranca con su esposa doña María de Haro, dama jóven aun y segun fama de singular belleza, y un hijo que no lo era de esta y gozaba alto renombre en la córte.

Y decimos segun fama, porque doña María, á pesar de su alto rango, no frecuentaba la córte, no se la veia en el templo sino al alba y encubierta, y retirada en el fondo de su casa no recibia más visitas que las de un hermano cuando este residia donde ella.

El interior del casaron correspondia dignamente al exterior en oscuro y misterioso, y no se habia cuidado de embellecerle Hernan Perez su mansion á doña María, ostentando los tapices, las alfombras y los dorados la venerable antigüedad de su origen.

A esa casa pues, y á un extremo de un vastísimo salon lóbrego y triste, vamos á introducir á nuestros lectores en una hermosísima mañana, dos días después precisamente del convenio celebrado entre el tesorero del rey y el condestable de Castilla, donde en anchos sillones estaban sentados Hernan Perez, su esposa doña María y su hermano, á quien hemos dado á conocer por su título de comendador de Azuaga en otro lugar de esta historia.

La esposa del tesorero no se parecia en nada al comendador; era rubia, pálida y delicada, y á la vida, la energía y la arrogancia del uno, suplía en la otra

el apocamiento y la indolencia, pero esa indolencia del desaliento que revela la sumision absoluta del que está cansado de luchar.

Sentada en su sillón aparecía preocupada y triste bajo el velo de su helada impasibilidad, y mientras el tesorero la contaba pormenores de la recepción hecha en el alcázar á la reina de Navarra, empleando en su relato la hiel del sarcasmo y una ironía irritante, Lope de Haro observaba á su hermana dominando su ira y su impaciencia con un esfuerzo tan violento como visible.

Sucedía alguna vez que, si el tesorero llevando rápidamente su torcida mirada de un hermano á otro, sorprendía un brusco movimiento de cólera en el comendador, se sonreía con una complacencia maligna y cuando doña María clavaba furtivamente en su hermano una mirada suplicante como si le quisiera calmar y detener, si Hernán Pérez la observaba, el gozo le asomaba al semblante como si de todo aquello le redundase placer.

Por fin, aquella situación que duraba más de una hora y que para el comendador se iba haciendo extremadamente violenta tuvo término. El tesorero se levantó, saludó á doña María con mesura, á su hermano con tibieza, y despidiéndose se fué.

Así que esto sucedió, doña María, que parecía petrificada en su asiento se incorporó como si de súbito hubiera recobrado el uso de sus facultades paralizadas; sus ojos hundidos pero hermosos brillaron con un rayo de alegría, y sus labios cuasi blancos se entreabrieron con una sonrisa de indefinible ternura. Por su parte Lope de Haro, dulcificando su aire fiero y arrogante, acercó su asiento al de su hermana, y con fraternal franqueza le dijo:

—Por solo una vez en su vida ha sido vuestro esposo oportuno, querida María; y lo ha sido precisamente cuando más me ha complacido, porque he venido para hablar con vos de cosas que grandemente me interesan y que vos acaso sabréis.

—Me alegro, Lope, por vos y por mí, contestó doña María dando un hondo suspiro y dirigiéndole una tierna sonrisa; porque cuando estais juntos tiemblo, no sea que una palabra ligera provoque un lance fatal.

—Mucho me irrita, María; hay momentos que no sé como me contengo. ¡Oh! y de su hijo no hablemos. Le odio y me odia.

—Lo veo ¡oh! Es una pena para mí que Hernán Pérez sea tan opuesto á la reina de Navarra, de quien somos los Haros tan partidarios y amigos.

—Pues ved, querida María, como con su aversion la va á prestar un servicio, porque siendo uno de los que se han coligado contra la reina, estará enterado de lo que se fragüe para perjudicarla en el ánimo del rey, y podremos sus afectos parar el golpe que pretende asestarle el ambicioso triunvirato.

—Difícil lo creo, hermano, dijo con triste desaliento doña María, porque el plan está muy bien combinado y los que le han de llevar á cabo resueltos.

El comendador de Azuaga hizo un brusco movimiento de sorpresa y exclamó:

—Pues que: ¿os ha hablado ya de él Hernan Perez?

—¿A mí? dijo doña María alarmada con el acento de su hermano. ¡Oh! ¡no!... Pero lo adivino...

—Pobre María, vos no adivináis nada. Es que la traición está elaborando su obra, y vos que conoceis quién la forja sois sabedora de los detalles.

—Esos secretos no se fian á una mujer, dijo la de Hernan Perez de Villafranca negando su participacion.

—Sí, repuso impetuosamente su hermano; mas por un motivo que no está en este momento á mi comprension os han hecho partícipe de ellos... ¡No me lo negueis, hermana! Somos gemelos y pensamos y sentimos como si fuéramos dos cuerpos con una sola mente y un solo corazon.

Y Lope de Hâro, que conocia el de doña María como el suyo propio, le tomó ambas manos con las suyas y prosiguió con más exigencia:

—¿Qué os ha contado vuestro esposo? ¡Decídmelo, querida María!

—Lope, le dijo su hermana resistiéndole, las medias revelaciones de Hernan Perez han sido hechas en el seno de su esposa y para esta deben ser al más alto punto respetadas. No me preguntéis más, porque sólo os puedo decir que la reina de Navarra ha venido á Valladolid á colocarse sobre un volcan.

La inquietud y el sobresalto se dibujaron en el rostro moreno y fiero del comendador, que en vez de ceder á la manifestacion de su hermana y respetar su reserva, insistió en vencerla con una obstinacion que revelaba un interes poderoso.

—Decidme, María, la preguntó suavizando su acento: ¿me suponeis ménos reservado que vos sois?

—No, que os hago más.

—Pues entónces lo que Hernan Perez ha fiado á la discrecion de una mujer: ¿no puede esa mujer fiarlo á la prudencia de un hombre y al honor de un caballero?

—¡Oh! dijo doña María con profunda y resignada expresion; entre vos y yo, respecto de él, hay una inmensa diferencia. Yo soy su mujer, es decir, un sér completamente adherido á sus intereses y pasivo en un todo á su voluntad, mientras que vos, hermano, sois independiente á esta y extraño de todo punto á aquellos.

Una fuerte contraccion de cejas indicó la contrariedad que la distincion de su hermana le produjo.

—No soy tan extraño, replicó con aspereza; su suerte está encadenada á la vuestra, y vos teneis mi sangre, llevais mi nombre y poseeis todo el cariño que mi corazon atesora.

Doña María se sonrió tristemente y guardó silencio.

—Vamos, hermana, dejáos de escrúpulos y hablemos de lo que nos interesa. ¿Qué os ha comunicado Hernan Perez?

—No me preguntéis, Lope. ¡No me preguntéis más por Jesucristo! dijo doña

María cruzando las manos con un ademán suplicante. Yo os diré lo que me es posible decir, y vos obraréis como os cumpla.

—Y ¿qué me diréis, hermana?

—Que veáis por la reina á quien amais más que á mí. Que no os separeis de ella mientras podáis.

—¡María! exclamó el comendador agitado. ¿Que vea y no me separe *mientras pueda*? Pues qué: ¿osarán los validos poner su mano sobre ella?

—¿Poner la mano sobre ella?... ¿Qué os habeis imaginado, Lope?

—No sé; María; pero como es mucho el odio de esos hombres y muy grande la turbacion y la tristeza que os domina... no halla límite mi temor.

—Mi tristeza, hermano, es en mí una enfermedad habitual; mi turbacion la excitais vos con vuestra impetuosidad que me asusta y vuestras exigencias que no sé resistir.

—Eso era ántes, María, replicó con amargo resentimiento el comendador. Ahora, bajo la presion de Hernan Perez, se ha hecho duro vuestro corazon y terca vuestra voluntad como la del hombre que la amolda.

Dos lágrimas brillaron suspendidas en las pestañas de doña María, y con ellas y una mirada acusó al comendador de serlo con ella en aquel instante tanto ó más que su marido. Sin embargo, estaba agotada su escasa energía, y sin oponer resistencia á la dominante voluntad de su hermano le dijo:

—Para probaros la sinrazon de vuestras calificaciones os voy á participar lo que sé á pesar de su terrible trascendencia. Pero ántes me juraréis que no saldrá de vuestro pecho lo que os confie ni para nadie ni nunca, aun cuando yo muera ántes.

—Os lo juro por esta cruz que aquí veis, signo de nuestra redencion.

Y Lope de Haro con firme intencion de no cumplirlo, le dió á la fórmula gran solemnidad poniendo la diestra extendida sobre la roja espada de la orden de Santiago.

—Bajo esa seguridad, dijo más tranquila doña María, he aquí lo que Hernan Perez me ha contado.

El comendador de Azuaga se puso á mirar á su hermana preparándose á recibir sus confidencias de tal modo que parecia devorarla.

—No os diré de qué procede la resolucion que ha tomado don Enrique sobre sus deudos; pero sea que le obligue el estado efervescente del reino por los rumores que cada dia toman más cuerpo de intrigas, cuyo foco ha sido Roa, y de rebeldías fruto de aquellas, ó bien que le impulse el influjo de los privados opuestos á sus tios como sabeis; ello es que el rey se ha decidido á poner término á tan violenta situacion, y ántes de que fine el mes que empezó ha dos dias, doña Leonor se hallará en Navarra y sus hermanos encerrados en inexpugnables fortalezas, tranquilo el reino y colmadas las vacías arcas del tesoro. Hé aquí su plan, y como no traspirá nada porque el secreto será fielmente guardado, el golpe va á ser seguro.

—¡Ira de Dios! qué felones, exclamó el comendador ardiendo en ira; y hay quien la llame tizon. ¡Oh... creo que si hoy lo escuchara del alcaide de los donceles, le sacaba la lengua al punto...!

Pero eso son devaneos, María; en uniéndose la reina y el duque de Benavente con los condes de Gijón y Trastámara pueden dar la ley á Castilla y confundir en el polvo los privados.

—¿Tendrán tiempo? preguntó doña María con el acento de la duda.

—Le tendrán, respondió el comendador con seguridad y arrogancia; porque en un mes se puede levantar un reino.

—Sí, pero es que de una parte está todo hecho, y de la otra todo falta por hacer. Figuráos: designadas están las prisiones y en camino para Navarra un seguro y diestro emisario que induzca á don Carlos á reclamar á su esposa con un ejército en la frontera.

—Secreto de tal naturaleza no es posible que sea tan fielmente guardado como imagináis, María, dijo con intencion el comendador de Azuaga; y en descubriéndole alguno de los cuatro á quien interesa tomarán medida contra medida, y la lucha será cuando ménos muy igual, pudiendo para terminarla imponer duramente condiciones.

—Si Hernán Pérez fuera privado os diría que á suceder me pesara, dijo doña María con la triste expresion que le era habitual; y si yo me pudiera convencer que por mi debilidad se tralucía lo que le han encargado ocultar, no me lo perdonaría jamas. ¡Fortuna que no lo creo...! ¡Oh no, ni aun lo sospecho!

—Y haceis bien, querida María. En cuanto á vuestra debilidad, os realza para mí, del mismo modo que esa adhesion á los intereses y deseos de vuestro esposo, los cuales, hablando de los primeros, os garantizo aunque los privados caigan.

—Gracias por vuestra oferta, Lope; mas creedme, no pueden caer sosteniéndoles quien les sostiene.

—Caerán, dijo el comendador con tanta seguridad como arrogancia.

—Y ¿quién los derriba?

—Su propia traicion, María.

—¡Oh! lo he vendido, murmuró doña María arrepentida de su confianza arancada más bien que hecha.

—¿Qué decis?... la preguntó el comendador que no habia oido mas que la exclamacion.

—Nada que os interese, Lope, le respondió con amarga expresion su hermana.

El comendador se levantó pasado un corto intervalo en que apareció visiblemente preocupado á los ojos que lo observaban.

—¿Me dejais ya, hermano? le preguntó doña María con acento de queja.

—Sí, temo ver á vuestro esposo y me retiro ántes que venga, respondió excusándose Lope de Haro.

—Haceis bien, idos respondió la esposa del tesorero velando las lágrimas con sus párpados que casi cerró.

Lope de Haro aprovechó el permiso, se despidió de su hermana y abandonó el salon. Pocos instantes despues, saliendo del oscuro portalon del tesorero se dijo á sí mismo resueltamente:

—Perdóneme Dios si perjuro, pero es preciso estorbar la traicion con la traicion.

Lo singular fue que tras él saliera Hernan Perez de Villafranca, y que como él murmurara para sí:

—Aunque vale ménos con mucho que su hermana, me va á servir inmensamente mejor. Esto va de perlas.

Y siguiéndole á cierta distancia le vió encaminarse al Campo grande donde se alzaba el palacio de la reina de Navarra, dirigirse á este derechamente y entrar en la fastuosa y alegre morada de doña Leonor.

IX.

Cuando el comendador de Azuaga penetró en la cámara de doña Leonor de Castilla, esta sola en ella con doña Brianda de Velasco se divertia en ver á un jóven y pequenísimó enano vestido de escarlata, voltear en el aire un gorro puntiagudo coronado de cascabeles con una ligereza sorprendente.

La fisonomía de aquel ente irregular era extraña, pero no fea. Su expresion pretendia ser cándida, cuasi estúpida; pero á pesar de sus gestos grotescos revelaba su mirada en algunos de sus destellos una comprension vivísima y una malicia sin límites.

Diamante era el favorito de la reina de Navarra.

Lope de Haro recorrió con una rápida mirada la cámara donde era introducido, y no descubriendo sino á la anciana dama y al diminuto enano se dilató su corazon de gozo.

Por su parte, doña Leonor, para quien no era desconocida la adhesion apasionada del comendador, le vió acercarse con placer, porque un homenaje de Lope de Haro era recibido con orgullo hasta por una reina. Lo acogió, pues, con una sonrisa, y alargándole la mano le dijo con su vibrante acento:

—Bien venido seais, comendador.

—Séalo oportunamente, y me doy por feliz, respondió Lope de Haro acen- tuando fuertemente sus palabras despues de besar respetuosamente la mano que le tendiera.

—Siempre lo son nuestros amigos, repuso la reina apercibiéndolo; y mucho más cuando eligen para presentarse el mismo instante en que deseando verles se les está echando de ménos.

Los ojos del comendador centellearon de orgullo y placer.

—Eso me lo probaria V. A., dijo, si me concediera la honra de prestarme una hora de atencion.

—¿La necesitais? le preguntó con prontitud doña Leonor.

—La demando por eso, contestó Lope de Haro respetuoso, pero exigente.

—Doña Brianda, dijo la reina de Navarra, lleváos á Diamante.

La dama se levantó, hizo una seña al enano, y despues de saludar se dirigió á la puerta de la cámara. Diamante que la seguia, se volvió, y ántes de pasar el dintel gritó con voz de agudísimo timbre y acento regañon:

—Si sucede otra vez seré un cordero, pero ántes haré como las serpientes.

Doña Brianda lo empujó y ambos desaparecieron.

—Comendador, dijo doña Leonor así que quedaron solos; por vuestro continente que revela una fuerte impresion, y por la que en mí produce la vuestra, creo por Dios que os ocupa un pensamiento que me pertenece y que se refiere á una cosa importante. Hablad, pero ántes sentáos.

Y la reina le señaló un asiento próximo al suyo.

—Y no os engaña vuestro presentimiento, señora, contestó Lope de Haro dando paso á sus ideas sin violencia, pero con gravedad. Me afecta poderosamente una causa, y esa causa es de tal gravedad, que prefiero perjurar cometiendo un pecado á callar permitiendo un crimen.

—¿A qué os referis, comendador? le preguntó doña Leonor ligeramente inquieta.

—A los planes de los privados.

—¿Sobre mí?

—Sí, señora.

—¿Los habeis sorprendido?

—Me los han revelado.

—¿Quién, comendador?

—Ese es mi secreto, doña Leonor.

—¿Impartible?

—Sí, señora.

—Está bien.

Y la reina de Navarra se sonrió con su benévola expresion, sin insistir en quererle descubrir.

—Hablemos del plan, noble Haro. ¿Qué pretenden los privados?

—Mandaros á Navarra con vuestro esposo.

—Pero eso es ya muy viejo, comendador. ¡A Roa llegó la noticia!

—Y ¿el término improrogable del plazo?

—Eso no.

—Pues ved lo que yo sé.

—Y ¿es muy corto?

—De un mes no ha de pasar.

Dió una franca carcajada doña Leonor, y cuando terminó su acceso le dijo al comendador, que permanecía grave y serio impresionado como lo estaba por las revelaciones de su hermana:

—Buen Lope de Haro, dejad que ria la insensatez de esos hombres. ¡En un mes mandarme á Navarra...!

—Y lo harán, señora, como no se organice pronto, muy pronto, una vigorosa resistencia.

—Un deseo, comendador, no tiene poder por muy vehemente que sea de realizarse. No lo harán, creedme.

—Es que no es un deseo de los privados solamente.

—¿Pues qué es más? le preguntó la reina de Navarra con la sonrisa en los labios.

—Una resolución tomada por don Enrique.

La sonrisa se heló en los labios de doña Leonor.

—¡Por don Enrique! repitió sin embargo con incrédula expresión. ¡Oh! no, no puede ser.

—Tal lo es, que mientras os recibia en su alcázar colmándoos de caricias, salia de Valladolid para Navarra un emisario suyo á provocar una embajada de vuestro esposo que os reclame si es menester á mano armada.

—Pero ¿es eso cierto, Haro?

—Sí, señora.

—¿Teneis pruebas?

—Tengo seguridad.

—Yo creo que os engañan, comendador.

—Y yo me atrevo á jurar que no.

Tras una corta pausa doña Leonor, vivamente impresionada, pero dueña de sí, prosiguió su interrogatorio.

—¿Qué detalles teneis de ese plan?

—Los más interesantes.

—Veamos qué discurren los triunviros y qué resuelve don Enrique.

—Respecto á V. A., desentenderse de su influjo, provocar, como os he dicho, una gestión de don Carlos y obligaros á que salgais de Castilla; y en un dia, en una hora, sin que nadie recele sus intentos hipócritamente disimulados, apoderarse de los hijos de Enrique II y encerrarlos en una fortaleza. Con eso, dicen, añadió Lope de Haro repitiendo las palabras de su hermana con sarcástica ironía, quedará el reino tranquilo y las arcas del tesoro colmadas.

—Pero, comendador, esa es una empresa de gigantes.

—Es una empresa de privados, señora.

—Muy menguados por cierto, dijo doña Leonor con desprecio. Mirad, Haro: cuando salí de Roa sabía que esos ambiciosos triunviros osaban declarar la guerra á mi influjo y al oro de mis hermanos, y para sostener esa guerra he venido á Valladolid. Tenemos que, segun decis, á don Enrique lo han fascinado y el resto viene por ellos. ¡Mejor! ¡ay del que lo hace! porque amargamente lo ha de llorar.

Han puesto plazo ¡bien! Antes que se cumpla tal vez anden ellos fugitivos por Aragon ó Navarra, porque ni la victoria puede ser dudosa ni la transaccion posible.

—¡Tal creo! dijo expansiva y confiadamente el comendador de Azuaga contemplando á la reina con entusiasmo.

—Y ¡tal será! Por lo demas, permitidme una pregunta. ¿En qué campo os encontrará la pelea?

—En el vuestro, doña Leonor, y si mis esfuerzos no son vanos, arrastraré conmigo á la órden.

—Don Lorenzo Suarez de Figueroa nos es afecto, dijo con su acento insinuante doña Leonor.

—De don Lorenzo Suarez de Figueroa soy el alma, y como mia os pertenece. Y la de Lope de Haro asomó á sus ojos al afirmarlo.

—Gracias, comendador, repuso la reina de Navarra sin que sus arterias apresuraran su latido al vislumbrarla. ¡Gracias! veinte años hace que lo sé, y veinte años que con saberlo soy feliz.

No fiándose el comendador de su lengua dió á sus ojos el encargo de responder, y lo hicieron dignamente.

—¿Cuento pues con vos y con la órden?

—Conmigo siempre y con ella... ¡tambien!

—Y ya que habeis podido sorprender la trama de los privados, seguidla en su tenebroso curso sin abrigar temor alguno; porque os lo repito, ántes de terminar ese mes que han puesto de plazo para extrañarnos y aprisionarnos á los hijos de Enrique II, Enrique III les habrá separado de sí, ó si no, nosotros, dictándole condiciones, se los separaremos devolviendo lo que nos pretenden dar.

Esto dicho el comendador de Azuaga se retiró, y muy poco tiempo era pasado cuando abriéndose la puerta de la cámara entró por ella, despues de anunciarle, el conde de Gijon don Alfonso Enriquez de Noroña.

Miróle acercarse doña Leonor, y se dijo con inexplicable engreimiento:

—¡Vamos á formar con mi aliento una tempestad!

X.

El conde de Gijón en el lleno de la felicidad, en la cumbre del poder, gozaba con avidez los placeres de la vida y los privilegios de su grandeza. Unido al arzobispo de Santiago, á quien debió la libertad durante la minoría de don Enrique, quedó en reposo cuando aquél se retiró de la palestra donde combatiera tan sin tregua á su adversario el de Toledo; y sin que imitara al duque de Benavente en sus rebeldías, despreciaba en su altanero orgullo á los privados que le tenían por poderoso y le odiaban por contrario.

Porque don Alfonso Enriquez de Noroña poseía la mitad de las Asturias, y tenía tantas rentas y vasallos que á la sombra de su bandera se formaba un ejército numeroso.

En el fondo de su corazón no le amaba doña Leonor. Su madre había vertido amarguísimas lágrimas por la madre de don Alfonso. Su hermano don Juan había sufrido terribles disgustos con sus desmanes y rebeldías, y para don Fadrique fue siempre un rival, un enemigo. Sin embargo, altamente lo atendía y consideraba, porque de sobra sabía que para preponderar sobre todos necesitaba el amor de unos, la adhesión de otros y la aquiescencia de los demás.

Bajo la impresión producida por las gravísimas revelaciones de Lope de Haro entró el conde en la cámara de doña Leonor, y está siempre pronta para comprender, para discurrir y para obrar, cruzó las manos y le dijo con indefinible expresión:

—¡Oh conde! ¿Es Dios quien os ha conducido en este momento supremo á mi presencia? ¿Es Dios quien al poneros frente á mí nos revela claramente cómo se conjura el peligro?

—No hay duda, doña Leonor, respondió don Alfonso galantemente, que Dios y mi ventura me han conducido á vuestra presencia; pero haced á mi solicitud la aclaración de esos peligros que parecen conmoveros profundamente. ¿Son pues vuestros ó míos?

—El peligro es común, conde, contestó doña Leonor con su dulce y vibrante voz; y perdóneme Dios si me engaño, pero le creo aun más vuestro que mío.

—¡Mío! Cuando todo es calma... paz... Y ¿de dónde parte, qué me amenaza?

—Parte de los privados, dijo resueltamente la reina de Navarra presentándose como acusadora, y os amenaza Monreal abierto ya para vos.

Don Alfonso se estremeció con una brusca sacudida, perdió el color, y una nube densa y sombría cubrió su frente tan arrogante y audaz.

—Y ¿á vos, señora? le preguntó.

—¿A mí qué me ha de esperar? ¡Navarra!

—Son con vos más generosos, porque en Navarra hay un trono que os espera.

—Cierto; pero ¡ay! don Alfonso, que el suelo patrio es mi amor y sobre el trono que me aguarda se está cerniendo la muerte.

—No sé si el morir es un mal, dijo con acento amargo y profundo el conde; mas siempre le tendré por preferible á la vida que se desliza entre cuatro ángulos de piedra, sin respirar más aire que el que penetra á bocanadas por entre los gruesos barrotes de una estrecha ventana, sin ver otro semblante que el de un adusto carcelero, ni recibir más consuelo que una exhortacion á la paciencia.

Y al describir sus tormentos de nueve años dió un suspiro que salió de lo más hondo de su pecho.

—Pero, añadió con arrogancia, ni os creo, ni me creo en ese caso; porque entre Navarra y vos existe el tierno afecto que os profesa don Enrique, y entre Monreal y yo mis lanzas y mis ballestas.

—¡Oh! dijo doña Leonor con melancólica sonrisa, si no teneis mas que vuestras lanzas, teneis muy poco, don Alfonso.

—¿Poco decis?

—Sí, porque ellos tienen para ponerlas duplicadas ante vos.

—¡Si el valor se midiéra por el número!

—Mucho hace aquel, pero vuestra mesnada...

—Ejército, señora.

—Vuestro ejército, como decis, no está formado tampoco de Alfonsos Enriquez de Noroña.

—Así es, pero el aliento de este les anima, y creo que para defender su libertad tendria para infundir á cada uno el de un leon.

—Conde...

—¡Señora!

—No contando mas que con él, no venceréis en esta lid.

—¿Por qué me haceis tan desanimadora prediccion?

—Porque quiero que triunfeis, y con esa confianza os veo á punto de sucumbir.

El conde de Gijon miró fijamente á la reina, notándose un poco de desconfianza en la penetrante expresion de sus ojos.

—Escuchadme, don Alfonso, le dijo doña Leonor observándola, y persuadíos que lo que os digo es seguro, que no faltará, como no falta el sol á su diurna carrera. Escuchad. Hay en Castilla tres hombres, no de los más poderosos, no de los más encumbrados, no de los más valientes, que han jurado derribar á otros tres de sangre real, de colosal poder, de inmenso influjo, y con ellos á una reina que con el suyo los defiende y que está protegida por el amor de su sobrino y la voluntad de un rey; y á pesar de la desigualdad de fuerzas, tienen la seguridad de vencer en la guerra que les han osado levantar, porque están tan

unidos como los huesos, el nervio y la piel de una mano; porque en los tres no hay mas que un pensamiento, un deseo, un fin, porque son activos, laboriosos, incansables; miéntras que los otros desunidos, indolentes, confiados en su propia fuerza, en su razon y en su derecho, se aislan y se hacen débiles. Un esfuerzo individual, conde, por muy potente que sea, no alcanza lo que consigue lo que el que más débil es colectivo.

Os he dicho lo que es: hablemos ahora de lo que pudiera ser.

Hizo una corta pausa doña Leonor, y prosiguió:

—Si esos tres hombres se unieran, ¡oh! darian la ley á Castilla. Así como los privados han mandado un emisario á Navarra, le mandarian ellos con la misma premura á Portugal, porque si Navarra agolpa sus lanzas á la frontera, Portugal puede romper por Zamora, y poco importaba que deslumbrando al rey con los despojos de sus tios le empujaran á la guerra, porque esta sólo tendria para él azares y una derrota.

Y si quereis una prueba que os convenza, figuráos que en un dia, en una hora, la reina de Navarra, que posee en Castilla estados, alza pendones en Roa, Arévalo y sus demas villas; el conde de Gijon en las Asturias, el de Trastamara en Leon, el duque de Benavente en Galicia... y que á eso se une el influjo en la córte de la reina viuda, que por acaso está en ella la parcialidad de la órden de Santiago, la de nuestros allegados, la de los enemigos de los triunviro, que son muchos, y ved si no triunfarian y si sus enemigos no serian confundidos para siempre por mi fe.

—Comprendo, dijo don Alfonso fascinado por la reina, que unidos los cuatro venceríamos. Pero ¿quién une á los que mutuamente se rechazan?

—El peligro que es inminente, y yô que os amo á todos, respondió doña Leonor con su simpático acento.

—Ni vos con vuestra seducccion, ni el peligro con todos sus terrores creo que lo lograrian, dijo el conde con rencor.

—Y ¿á mí os unis? le preguntó la reina insinuante y fascinadora.

—¿A vos? ¡Sí, Leonor!

—Un paso más, conde, y ¡á ellos!

—A ellos... ¡Oh!

—Es uno mismo el interes, una misma la sangre

—Pelearé con ellos. ¡Es todo lo que os puedo ofrecer!

—Y es todo lo que yo exijo. Ahora, para haceros conocer la energía que es necesario desplegar, os diré que está inexorablemente resuelta vuestra prision y mi destierro, que hasta el instante de descargar el golpe no se descubrirá la intencion, y que para descargarle sólo alcanza el plazo á un mes. Pasado ese, ó somos vencidos ó vencedores.

—¡Un mes! ese es muy poco tiempo para lo que hay que preparar.

—Bien lo veo, pero no disponemos de más, y ese le tenemos por un prodi-

gio de adhesion, por un milagro de la misma mano que os ha conducido aquí.

—Dadme más tiempo, dijo el conde preocupado con su escasez; y os prometo sostener la guerra durante un año tras los muros de Gijon á las dos Castillas juntas; os prometo que Portugal tomará una parte en la contienda, porque haré alianza con él por medio del matrimonio de mi hijo con doña Beatriz: os prometo que mi espada cerrará para vos el camino de Navarra.

—Os repito, don Alfonso, que no le tenemos, y que con diligencia y energía se puede suplir su falta. Ayer acaso salió su emisario para Tudela donde don Carlos está; que ántes de la noche salga vuestro enviado para Lisboa, pero con tales instrucciones que concluya en un breve espacio la alianza; y manteniéndoles en una confianza completa, obremos de tal modo que reciban el golpe como pretenden darlo, súbito y contundente.

—¿A quién confiais la mision á Portugal?

—A la condesa doña Isabel, que es deuda de don Juan, portuguesa y entendida.

—Bien, la condesa de Gijon la desempeñará á maravilla.

—Y ¿en tanto vos?

—Adormeceré con fiestas á la córte, ocultaré á la desconfianza de los privados nuestro intento con un perfecto disimulo de los suyos, y haré que un pacto solemne una á los cuatro tios del rey.

Y doña Leonor le alargó la manó, dándosela como prenda del que con él acababa de formar.

Fuése don Alfonso: doña Leonor se puso á meditar, y así pasó un largo espacio, hasta que levantando su frente que tanta inteligencia encerraba, dijo:

—Doña Beatriz está ganada con una caricia, una confidencia y una promesa. Vamos á hacérselas.

Y llamando dió sus órdenes para que pusieran su litera y anunciaran su visita á la viuda de don Juan, pobre como don Enrique y descontenta como los bastardos.

XI.

Retrocediendo hasta el mismo punto de salir Lope de Haro de la morada del tesorero del rey y penetrando en ella nuevamente, hallaremos á doña María, la cual bajo la impresion que le produjo la brusca despedida de su hermano, algunas lágrimas detenidas en su presencia desprendiéndose de sus ojos se deslizaban por sus pálidas y demacradas mejillas. Sentialas correr sin pensar en enjugarlas, cuando la puerta del salon se abrió con un suave empuje dando

paso á un individuo harto notable por cierto para que no mereciera ser bosquejado en este cuadro, donde tantos otros llevamos delineados.

Su edad, pues, era ó aparentaba ser la de seis lustros cumplidos; la estatura elevada y algo enjuto de carnes: en cambio su musculatura estaba desarrollada al más alto punto, y en sus manos largas y descarnadas se veían en relieve todos los nervios que las surcaban. El rostro le tenía prolongado y lo parecía más á causa de su crecida barba de un castaño oscuro que terminaba en punta: tez de una blancura de mármol, ojos grandes y un tanto salientes, cortadas las pupilas verdosas y brillantes por sus párpados un tanto sesgados, frente ancha y un poco elevada, nariz aguileña y una profusa y lacia cabellera formaban un todo que no carecía de atractivo. En cuanto al traje era de corte y lujoso, y sobre su pecho cruzaba una banda primorosamente bordada, insignia de la orden de caballería instituida por el difunto rey don Juan I.

Este tal individuo, en quien la fuerza, la reflexion, la resolucion y la ambicion se revelaban á grandes rasgos en todo su sér, cruzó el salon paso á paso y con mesura, se acercó á doña María, paróse ante ella, miróla con benévola atencion, y advirtiéndola á la primer mirada su llanto arqueó ligeramente las cejas, y con voz de metálico timbre, voz cuyo eco era semejante al del tesorero del rey, la dijo interrogándola con un interes que no excluía por cierto un respeto en extremo ceremonioso:

—¿Qué es eso, doña María? ¿Llorais?

—¡Oh! no, respondió la esposa de Hernan Perez negando con alguna aspereza lo que era visible y cierto.

—Perdonad, replicó el recién entrado; pero es tan fresco el llanto que aun están mojadas vuestras mejillas.

—Aprehension, repuso doña María sin mirarle; si alguna lágrima veis en ellas no es llanto, sino debilidad de mis ojos.

—No es aprehension, ni una lágrima sola la vertida; pero negais, y no insisto en preguntaros, primero porque respeto vuestra reserva, y segundo porque he visto á mi padre salir un instante há de aquí.

—Os equivocais en todo, replicó friamente doña María; el que habeis visto salir de aquí es mi hermano el comendador y no vuestro padre, con quien no acierto cómo le habeis podido cambiar.

Dejamos apuntado, aunque de pasada, que Hernan Perez de Villafranca tenía un hijo habido en su primer matrimonio, notable por sus prendas en la corte de Enrique III, y aborrecido segun su propia confesion del comendador de Azuaga. Ese hijo, pues, que se le asemejaba mucho, pero sin poseer sus defectos, era el nuevo visitador é interrogador de doña María, visitador que declaraba importuno el desvío de su acento, la frialdad de su mirada y la sequedad de sus negativas.

Por el contrario, el hijo del tesorero, circunspecto, pero afectuoso cuanto un

carácter serio y reservado es capaz de serlo, parecia estar á placer junto á ella á pesar de su esquivéz, y sin contradecirla replicó:

—En ese caso me alegro.

—Y ¿por qué os alegráis, buen Tello de Villafranca? le preguntó su madrastra con desabrimiento.

—¿Por qué me puedo yo alegrar sino porque no sea él quien os dé enojos?

—Hace mucho tiempo que las pesadumbres acabaron, dijo doña María rompiendo su glacial reserva. Ya me he acostumbrado á vivir como vuestro padre exigía, me he acostumbrado á vivir en la soledad de esta casa y con el profundo egoismo que en ella reina, me he acostumbrado á carecer... hasta al ambiente escaso que aquí se respira, y si no vivo á placer, vivo por lo ménos resignada.

Tello de Villafranca miró á su madrastra por algunos instantes fijamente, revelando su mirada más sorpresa que enojo ó resentimiento.

—Es la primera vez, dijo despues de un momento de silencio, que oigo quejas de vuestros labios.

—Eso consiste, respondió doña María con amargura, en que mi orgullo se ha doblado como mi voluntad.

—Y sin embargo, añadió Tello de Villafranca con expresion, las escucho hasta cierto punto con placer, porque establece entre ambos un átomo de confianza. Luego que me es grato poderos satisfacer por mi padre y por mí, asegurándoos que en esta casa os faltará alegría, solaz, fausto, libertad... pero os sobra y sobraré siempre respeto y amor en su recinto.

—En esta casa, replicó la esposa del tesorero con íntimo y triste convencimiento, no me ama nadie: aquí no existe más que un ídolo, y este no necesito nombrarle, porque el culto que recibe se lo revela á su orgullo, que raya en insensatez.

—Veo que ni me conoceis ni comprendéis los sentimientos que se exhalan á vuestro lado. Mi padre y yo os amamos, y por lo ménos uno de los dos tiernamente. Aquí no hay más ídolo que vos, sólo que en vuestra prevencion y el ofuscamiento que os causa, no podeis apreciar bien nuestros procederes, procederes que muy equivocadamente juzgais.

—Yo aprecio las obras de quince años en oposicion por cierto á las palabras que en este instante verteis. ¡Oh! sí, os conozco, Tello, sí. ¡Dios hubiera querido que no!

—Permitidme que insista en lo que os afirmo, doña María; me conoceis mal y me queréis peor. Siempre contraria para mí, vuestro carácter tan dulce, vuestro corazon tan tierno no ha tenido jamas suavidad ni ternura para el que se acercaba á vos demandándoos vuestro afecto, al que en su orgullo insensato como decís se tenia por merecedor.

—Y ¿os quejais?

—¡Amargamente! Quince años hace que vivo á vuestro lado; durante ellos

no he logrado de vos más distincion que la de aborrecerme, sin embargo de no tener nada que reprocharme; y ha sido tal mi desgracia, que ni mi padre alcanzó á darme en vos una madre ni yo á conquistarme una amiga.

—Tengo que responderos á eso, dijo doña María á quien una febril y fugaz exaltacion habia sacado de su habitual indolencia; que si de vos no he recibido más que medidos acatamientos, por vos me han hecho sufrir tanto ¡oh! tanto, tanto, que he perdido hasta la fuerza que se necesita para aborrecer.

—¡Por mí! exclamó Tello de Villafranca más admirado que resentido.

—¡Por vos!

—Es una equivocacion, un error; ni ha sido ni puede ser.

—Ha sido, es y será.

—Os juro que os engañais.

—No jureis, que no me engaño.

—Dadme una prueba...

—Tello... en cada accion de vuestro padre las teneis.

—Es que yo en sus acciones no veo más que prudencia, probidad, rectitud.

—Eso es en su vida pública, en esa parte de vida que se consagra al mundo; yo hablo de la que pasa entre estas paredes que encierran mis suspiros de quince años; yo hablo de mí, de él y de vos colocado entre ambos como un abismo.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¡Doña María! ¿Delirais ó deliro?

—Creo que ninguno de los dos.

—Entónces explicadme lo que no puedo comprender como fruto de una clara razon y de una severa justicia.

—Pues es tan sencillo que se descubre á poco que se examine. Desde el mismo punto en que me desposé con vuestro padre hallé entre él y yo un objeto interpuesto constantemente: ese objeto erais vos, su hijo, y siempre ha permanecido del mismo modo y así permanecerá. Para él no hay más interes que el vuestro, más razon que la vuestra, más deberes que los que le impuso Dios cuando os concedió á su deseo.

Móvil de todos sus defectos, por vos es esa ambicion ciega de vuestro padre, ese empeño de atesorar que le hace vivir como al avaro entre privaciones, ese afan de honras, de acrecentamiento que le ha conducido á la banderia... por vos se ha convertido en el brazo de los privados, en el azote de los tios del rey, en la destruccion de todo lo que se os oponga, sea quien sea y lo que sea.

—Siento que hagais un cargo de lo que es tan natural y sagrado como el afecto de un padre, y siento que de él emane esa aversion que me teneis. Para justificarle sólo diré que soy su hijo, que llevo su nombre, y por el lustre de este, que yo he de sostener, se afana en mis adelantamientos de patrimonio y posicion. Si

vos fuerais por dicha mi madre, léjos de culparle por ello os serviría de complacencia. En cuanto á pertenecer á un bando por mí, como suponeis, no es exacto. Pertenece á él por sus convicciones, por su voluntad; le sirve porque así debe ser. ¿No sirve el comendador de Azuaga al contrario? Esos cargos no están fundados en la razon, doña María, no son justos, os lo repito; sólo la aversion en su ofuscamiento puede formularlos con la conviccion con que vos lo haceis.

—Sé que no me concederéis la razon y con ella el derecho de quejarme, dijo la esposa del tesorero excitada por la contradiccion que sufría, á pesar de lo templada y comedida que era; y creed que me pesa haber dejado escapar en un malhadado instante una parte de los sentimientos que en tantos años se han ido acumulando en mi pobre corazon. No los apreciáis como justos ¡lo comprendo! Así debe suceder en nuestra mútua posicion. Sin embargo, es una verdad que no negaréis, porque es harto palpable y evidente que vivo olvidada, desatendida, en la escasez, con privaciones...

—En las costumbres severas, duras, si quereis, del tesorero, dijo su hijo con acento persuasivo y conciliador, entra por mucho la sobriedad, la sencillez: en su afecto el egoismo, en su edad la suspicacia; por eso su morada no está fastuosamente adornada, por eso su esposa vive en la retraccion y la soledad. ¡Qué quereis! Hay seres que allá en su ensimismamiento creen que lo que ellos no necesitan no lo necesitan los demas.

—No es eso precisamente lo que á vuestro padre sucede. Yo le he pedido una y otra vez no fausto, sino un poco de bienestar, un poco de libertad, un poco de consideracion, de preferencia... y siempre ha desatendido mi justa exigencia. Si me he quejado, me ha impuesto silencio con sus derechos, olvidando que yo le tengo y muy sagrado á su afecto, á su respeto, á su fortuna, á los goces de la vida que mi calidad y su opulencia me debia proporcionar. Contradiccion viviente para mí, ama lo que aborrezco y aborrece lo que amo, lo mismo que vos, su hijo único, su afecto exclusivo: lo mismo que vos, su alma, su impulso y su sugestion.

—Yo podré ser su afecto, y si lo soy es porque le comprendo y le amo, respondió Tello de Villafranca sin perder la calma que habia sostenido en aquella espinosa y violenta discusion; mas no su impulso y sugestion. Sobre él no ejerzo influjo, le recibo de su parte y me someto á su deseo compatible siempre con mi deber. Cuando me presentó á vos me dijo *respétala* y os he respetado como me mandó y mereceis. La primera vez que observé una nube oscureciendo vuestra frente y la suya, me acerqué solícito á inquirir la causa para desvanecerla con una explicacion, con un ruego, con una compensacion, porque todo está sujeto á ellas; pero vos, doña María, me rechazasteis duramente entónces y luego y sucesivamente siempre que he tratado de romper esa barrera de aborrecimiento y desconfianza alzada por vos y por vuestro hermano Lope, contrario de vuestro esposo, excitador de vuestros resentimientos, mal consejero para vos.

—Respecto á mi hermano, dijo doña María clavando severamente sus ojos azules en Tello de Villafranca, os ruego que tengais la lengua y respeteis la única afeccion que me sostiene; en cuanto á vos, caballero, sólo tengo que deciros que perdono á quien me hace daño, pero no amo á quien no me ama.

—Y yo os replicaré que sois injusta conmigo, siempre mal juzgado por vos, y nunca bien comprendido. Os diré que yo sí os amo: os diré que deseo exclusivamente desvanecer vuestras prevenciones, que lo que más vivamente anhele es el que seais feliz: que lo que más puede lisonjearme es vuestro afecto, y ya que este no me sea dado alcanzarle, merecer vuestra confianza.

—Tello, dijo su madrastra mirándole fijamente, sois como vuestro padre, incapaz de amar.

—¡Doña María!

—Sois el tesorero del rey... pero más dueño de sí, más hipócrita que él.

—¡Doña María...!

—Hombre de reflexion y de calma, haceis lo que decidis hacer, porque el corazon en vos ni siente ni impulsa: manda la voluntad, y la voluntad obedece al interes.

—No me conoceis, doña María.

—Sí, os conozco, caballero. Vos veis morirse á vuestra madrastra bajo el peso de la indiferencia, de las privaciones, del tedio que la devora, y sin quitarle á mi condición uno de sus tormentos, á mi corazon una de sus espinas, dais por cumplidos vuestros deberes conmigo con la ceremonia de una cortesía y la medida de palabras que son las más veces de escarnio. No os reconvento por ello, pero os advierto que sé apreciar vuestras obras, vuestras palabras y protestas.

—Vos me culpais.....

—De todo, porque os lo repito, entre vos y yo se ha interpuesto vuestra ambicion que todo lo quiere; entre vuestro padre y yo, vos con vuestro influjo omnipotente.

—No es este momento el más oportuno para convenceros de que vivis engañada, dijo Tello de Villafranca gravemente, y no lo intento. Día llegará en que lo haga no mi lengua, que os es sospechosa, sino mis acciones, que desde ahora someto á vuestro severo fallo.

Nada replicó doña María, y pasaron algunos instantes en un silencio embarazoso y pesado. La esposa de Hernan Perez tomó un bordado que había junto á ella y se puso á trabajar con ardor. Su hijo se acercó á una ventana, miró á la calle, se quitó de allí, dió dos ó tres paseos por el salon, y por último saludándola respetuosamente se fué llevándose la frente un tanto plegada.

XII.

Realizándose las predicciones de la reina Catalina de Lancaster la corte de Castilla comenzaba á gozar las fiestas y los saraos que la mano de doña Leonor espléndidamente la prodigaba, y en la noche del siguiente dia á su pacto con el conde de Gijon, cumpliéndole la primera de sus promesas, recibia en su palacio á los cortesanos de Enrique III, que ávidos de placeres y aventuras poblaban los salones, donde la voluntad de hada de la reina de Navarra habia acumulado cuanto deleita y seduce.

Pero mientras halagaban todos sus sentidos á la vez los negros ojos de la belleza, el enervante aroma de las flores y los ecos conmovedores del arpa del trovador, se formaban sin ser notados los primeros nudos de la red con que doña Leonor trataba de envolver á los privados que en persona ó representados se hallaban en torno de ella.

Hermosa aun á pesar de que la edad empezaba á marchitarla, su fisonomía siempre movable y expresiva, siempre simpática é insinuante, se hallaba aquella noche radiante y placentera presidiendo la fiesta á que daban nuevos realces sus sonrisas. Pretendia hacer con ellas á los indiferentes afectos y á los afectos parciales, y en parte lo conseguia.

A su lado se veia á doña Leonor de Guzman, mujer del infante don Fernando; pero la ricahembra de Alburquerque á pesar de su juventud, de su belleza y de sus pretensiones, aparecia eclipsada junto á ella. Los condes de Gijon y Trastamara con el anciano duque de Alburquerque y el condestable de Castilla las rodeaban rindiéndoles homenajes.

No léjos de aquel grupo otro más bello y juvenil atraia las miradas de los cortesanos de don Enrique, que con delicia lo contemplaban, excitando la envidia de las damas que desatendian por su causa. Componíale doña Juana de Navarra, su hermana doña Beatriz, Blanca de Castro y Constanza de Andrade, los querubines de aquel cielo.

Engalanadas y alegres imitaban en sus inciertos giros á las aves ménos ligeras que ellas, haciendo sonreir á los de cano bigote con los recuerdos que excitaban y suspirar á los de negro cabello admirando su hermosura.

En uno de sus rápidos movimientos el pequeño grupo se encontró súbitamente aumentado con el jóven don Enrique Enriquez, el cual pasando junto á doña Juana la dijo con estusiasmo:

— Bien hayan los ojos míos que contemplándoos están.

Fijó doña Juana los suyos revoltosos y brillantes en los de su primo, y le contestó con suma gracia y soltura:

—¡Ay don Enrique! dichosa yo que tal oigo.

En aquel punto la niña doña Beatriz iba hablando de un tocado con la linda Constanza de Andrade, de la cual quedaron separadas las dos hermanas y las dos damas con gran satisfacción de doña Juana y la suya.

Entre tanto el primogénito de Gijón, que había sentido todo el poder de la mirada de su prima, replicó dándole á su acento un ligero viso de reconvencion:

—Habeis oido tanto de mi boca lo mucho que me embelesais, os he dejado conocer tan de sobra todo el placer que vuestra presencia me procura, que para castigarme ó atormentarme no teneis mas que negármela, lo que por cierto haceis con gran crueldad desde que á Valladolid llegasteis.

—Primo Enrique, replicó la princesa riéndose: ved que no decis verdad y tambien que me ofendeis.

—¿Ofenderos yo...? ¡Nunca! yo no puedo mas que amaros, proclamaros la más bella sobre cuantas tiene Castilla y entregaros rendidamente mi albedrío.

—Primo, primo, exclamó doña Juana saludándole con singular mezcla de ingénuo resentimiento y burlona ironía, eso sería sin duda alguna ántes de soñar vuestra veleidad el amor de la dama que pretendió nuestro tío el duque de Benavente.

—Doña Juana, atended. Yo...

Pero doña Juana en vez de atenderle le repitió su saludo y le volvió la espalda, y se dirigió con Blanca á un extremo opuesto al que se encaminaba con el primogénito de Gijón, y de allí se volvió y tornó á donde estaba primero, imitando los caprichosos giros de una mariposa voluble. Desde allí dirigió una mirada en rededor, y no descubriendo lo que buscaba volvióse con viveza á la hechicera señora de Ruitelan, y le dijo:

—Blanca mia: ¿sabréis decirme á donde se esconde Iñigo de Zúñiga?

—No se esconde, señora, respondió el adelantado mayor que á su espalda venía siguiéndola y había oido la pregunta; sólo que como un satélite oscuro gira sin que se le note al rededor de su astro.

—¡Oh! exclamó doña Juana sonrojada y un tanto sorprendida: ¡tan cerca de mí cuando yo os echaba ménos!

—¡Doble ventura la mia! dijo con alguna presuncion el adelantado mayor dando un paso más para saludar á la princesa que le esperó deteniéndose.

—Discreto sois, señor adelantado mayor, le dijo doña Juana serenándose; bien os está la fama que alcanzais.

—No sé si sabeis, señora, replicó Iñigo de Zúñiga con expresion, que la adquirida por mis hechos y de la que altamente me precio es de leal y constante.

—Esa no ha llegado hasta mí, dijo doña Juana con intencion.

—Bien por Dios, repuso el adelantado mayor mirándola frente á frente. Y yo

que imaginé os hallabais convencida de esa doble cualidad de que los Zúñigas hacen su mejor blason.

—No os comprendo, dijo la princesa, que por cierto le comprendia á maravilla.

—Si me honrarais escuchándome mientras paseais por este salon que embeheceis, os explicaria cómo pude concebir ese pensamiento y otros.

—Creo que os estoy prestando atencion.

—Por lo ménos la suficiente para llenarme de orgullo.

—Pues hablad. Junto á esta ventana abierta se está deliciosamente.

—Os obedezco.

Y despues de esta fórmula de ceremonia Iñigo se acercó otro paso más á la princesa, y esta se dispuso á oirle con la cabeza ligeramente inclinada y la vista fija en el grupo más cercano, de que por casualidad formaba parte Gonzalo de Figueroa que representaba al duque de Benavente en el festin de su hermana. Blanca tuvo que irse.

—Poco tiempo hace que la princesa de Navarra, dijo Iñigo de Zúñiga con la audacia del orgullo y la presuncion del que no sufrió reverses en las empresas de amores; que saliendo del alcázar dejó caer un lazo que un caballero tuvo la honra de coger...

—Y la osadía de guardar, añadió doña Juana á quien la mucha del adelantado mayor ofendió.

—Señora, qué quereis, repuso Iñigo de Zúñiga con alguna impertinencia; veia en él un talisman, y los hombres somos egoistas cuando se trata de poseerlos.

—Pero...

—Escuchadme una palabra más, ya que mi ventura os tiene en este instante á mi lado. De impresion en impresion, en un cortísimo período sintió nacer en su pecho una pasion, en su mente una esperanza, y en su ánimo una resolucion firmísima de consagrarse á ella. Hoy se cree comprendido, y en su orgullo sueña con la posibilidad de que su profundo amor se acepte como un culto, ya que no se participe como una pasion ardiente.

—Observo, dijo doña Juana sacudiendo sus undosos y rubios rizos con un movimiento lleno de coquetería, que hablais de la princesa, que soy yo, pintando esos tiernos afectos que inspira, pero que callais el nombre de quien los siente... del favorecido del lazo... ¿Teme acaso salir á la palestra abandonando la incógnita?

—No, señora, no teme quien rinde un homenaje respetuoso, y quien expone un sentimiento que ennoblece por sí solo. Soy yo, Iñigo Lopez de Zúñiga.

—¡Vos! dijo doña Juana asomando á sus rojos labios una sonrisa suprema, expresion del orgullo y el desden.

—¡Yo! repitió Iñigo con altivez. Yo, que si no desciendo de reyes, puedo acercarme á las que descenden de ellos.

—Señor adelantado mayor, no lo dudo si vuestros méritos se igualan á vuestra audacia, replicó la princesa saboreando el placer de humillar su arrogancia; pero por mí, aunque os ha colocado muy alto el favor de mi primo don Enrique, no ha sido tanto que nos haya puesto á nivel. Soy hija del rey don Carlos de Navarra, y á falta de mi hermana doña Leonor su heredera, y sólo puede atravesar la distancia que nos separa un lazo que se desprende y os bajais á cogerle. ¿No comprendéis esto vos?

El adelantado devoró la hiel que le hizo beber la princesa, sin manifestar ni en un gesto su amargura, y contestó con severa y mesurada expresion:

—Sí, señora.

—Entónces ¿qué os puedo yo ya decir?

—Nada; fuí un presuntuoso, lo confieso; merezco un castigo tambien, y me le impongo desde este instante con mi inflexible voluntad.

—¿Castigo?

—¿Os parece corto el de no hablaros jamas á partir desde este instante, aunque vos me obligueis á ello?

—No os lo impongo, pero lo apruebo, dijo doña Juana haciéndole un ligero saludo de despedida.

El adelantado le hizo otro pero mudo y afectado, separándose en seguida para reunirse la princesa con su hermana, de la que se volvió á separar al instante, y el adelantado con el condestable de quien no se separó.

Era uno de los enemigos de la reina de Navarra.

Apénas anduvo algunos pasos doña Juana, cuando salió á su encuentro el primogénito de Gijon con la sonrisa en los labios.

—Prima, le dijo con una dulzura que contrastaba fuertemente con el acento frio y resuelto del adelantado: ¡qué feliz es Iñigo de Zúñiga!

—¿Os parece que mucho? le preguntó doña Juana con una sonrisa burlona.

—Sí, porque os debe muchos favores.

—Pues mirad, á pesar de todos ellos no lo es tanto como vos.

—Y ved, prima, lo que es el humano corazon: yo trocara con placer mi ventura por la suya.

—Hariais mal, muy mal, mi primo.

—¡Oh! exclamó con despecho el jóven don Enrique, os ha podido hablar cuanto desea y le habeis escuchado complacida.

—Dejad, dejadle al adelantado la dicha que le pertenece, que, creedme, no le debeis envidiar, y dejad que yo os dé la primera el parabien por la vuestra.

—¿Por qué me le dais, doña Juana? yo no la puedo experimentar.

—Por el enlace con doña Beatriz os le doy, y si la experimentais con él.

—Bien sabeis que no.

—¡Oh!

—Que no, porque no la amo; que no, porque os amo á vos.

—Sí, pero no amarla y amarme no impedirá que se realice vuestra boda.

—La impedirá, doña Juana, si vos me prometeis amarme como os amo.

—Eso se dice, primo, entre el ruido de una fiesta...

—Eso se dice en el silencio de la noche y se jura solemnemente ante Dios.

Los traviosos y parleros ojos de doña Juana brillaron con un resplandor vivísimo.

—Doña Juana, dijo el jóven descendiente de don Alfonso implorándola con su dulce mirada; las ventanas de palacio son muy bajas, la noche en extremo callada, y yo tengo mucho que deciros: ¿os asomaréis á ellas?

—¿Qué pedis?

—¡La vida! ¿Me la concedeis?

—No os la negaré por cierto. ¡Quién niega la vida!

—¿Cuándo os asomaréis?

—Así que se vayan todos.

—Y ¿cómo sabré que estais?

—Por medio de una seña, primo mio.

—¿Cuál?

—Una luz que brillará de súbito en una ventana.

—Pues bien, yo la esperaré en el Campo Grande rondando.

—Y ¿vos cómo corresponderéis á ella?

—Cantando así que la descubra estos dos versos:

De fúlgida estrella la luz se oscurece
Cuando los tus ojos la suya destellan.

—Convenido, dijo la princesa riéndose; y ahora separémonos porque el tiempo que falta no es mucho, y yo tengo que allanar más dificultades de las que os podeis figurar.

Y volviéndose á la peregrina señora de Ruitelan, le dijo con el aire más natural que es posible tener cuando se habla de una cosa indiferente ó trivial:

—Querida Blanca, he menester esta noche de vuestros auxilios.

—Contad con ellos si lo que decis no es una chanza.

—No es chanza, ¡oh! al contrario, os hablo, aunque no lo parezca, muy seriamente.

—Pues mandadme.

—Mándoos pues que me esperéis en vuestro aposento cuando todos se retiren.

—Lo haré con grandísimo placer.

—Bien, pero á condicion que nadie lo ha de saber.

—¡Oh! eso será si vuestra visita es ántes que la reina vuestra madre se acueste.

—Pues contad que será precisamente despues.

—Entónces no puedo tener tanta honra, dijo Blanca sonriéndose.

—Y ¿por qué os habeis de privar de ella?

—Por cuanto la puerta de mi aposento la cierra mi dueña Sancha y se lleva la llave á su dormitorio.

—Pues qué ¿os encierran?

—Pse, encerrarme no, porque dejan abierta la que comunica con el aposento de mi tia.

—Y el de la dueña guardadora de la llave ¿en dónde está?

—En el estrecho pasillo que une el mio al de mi tutora.

—Malditas han sido siempre todas las dueñas habidas, dijo con enojo doña Juana quedando en silencio por un brevísimo instante.

—Decidme ¡por vuestra vida! dijo rompiéndole de pronto; ¿quién se acuesta ántes, vos ó vuestra dueña?

—Yo.

—Y ¿ella qué hace?

—Toma la lámpara y se va.

—¿Tambien os dejan á oscuras?

—¡Tambien!

—Pues mirad, esta noche haceis lo mismo.

—¿Acostarme?

—¡Pues!

—Bien.

—Sí, pero es que os habeis de mantener despierta hasta que doña Brianda se duerma en el suyo.

—Pero...

—Ni me interrumpais, ni pongais esa cara de admiracion: reid como yo.

Blanca se echó á reir haciendo duo á la princesa.

—Luego que os parezca que es tiempo, os levantais, y paso pasito os vais al de vuestra tia, me abris su puerta, porque á ella no la encerrarán sus dueñas, y entro yo con mucho tiento.

—Y ¿si se despierta? exclamó Blanca con pavor.

—¡Oh! qué cara, volveos á reir ¡así! ¿No veis que nos observan á la vez la reina, el adelantado y el alférez Figueroa?

—Yo no he visto mas que la cólera de mi tutora, dijo Blanca despues de reirse con alguna violencia.

—Tranquilizáos, que no se despertará. Vuestra tia es de piedra cuando se duerme.

—Y ¿cómo sé si está dormida?

—Oyendo si ronca.

—¿Ronca siempre?

—Sí, porque como tiene esas narices tan delgadas...

—¡Oh! es que será tal que esta noche no lo haga.

—Dormirá y roncará, lo oiréis y me abriréis.

—Pero...

—No hay pero, Blanca mia. Esta noche es menester que yo me asome á su ventana, mas que despues las cierre para toda la vida. En cuanto se duerma, abridme.

—¡Doña Juana, medítadlo!

—Falta tiempo y espera un galan, querida Blanca.

—¿Un galan...?

—Vuelta á la admiracion. ¡Sí!

—Dios nos ayude, dijo Blanca asombrada de tanto atrevimiento.

—Lo hará, señora de Ruitelan, es hombre y no es viejo.

—¿Lo esperais en verdad?

—¿Qué es esperarlo? Lo aseguro, que es más.

—Entónces nada tengo que oponer.

—Pues estamos convenidas.

—Aun no, dijo Blanca poniéndose como un carmin: yo tambien tengo que pedirlos.

—¿Que se os ofrece, mi Blanca? ¿Qué necesitais de mí?

—Un momento de libertad.

—Concedido.

Y separándose de ella fué á reunirse con doña Leonor de Castilla y doña Leonor de Guzman.

Blanca, animada con el espíritu de doña Juana, miró al alférez del duque de Benavente, se sonrió con él, y se dirigió deshojando una flor al hueco de una ventana. Dos hombres partieron á encontrarla de opuestos extremos, pero más afortunado Gonzalo de Figueroa que Sancho Ramirez, llegó ántes. Blanca se detuvo, alzó hasta el alférez del duque sus negros ojos que irradiaban luz, y desentendiéndose del señor de los Cameros, que dos pasos ántes de llegar se detuvo, le dijo en voz apénas perceptible:

—No os puedo hablar ya como queria.

—¿Porque os espian? la preguntó Gonzalo lleno de ira el corazon al notar que el mayordomo de la reina de Navarra permanecia á su intermediacion.

—Sí; pero tal vez, continuó diciendo Blanca ruborizada y risueña, pueda hacerlo con más libertad y espacio.

—¿Cuándo? preguntó Gonzalo recibiendo con indefinible placer el favor de la cita que tan cándida y espontáneamente le hacian.

—No sé precisamente, pero oid. Esta noche si se realiza un plan atrevidísimo concebido por una dama... esta hablará con un galan por una ventana de palacio...

Una sonrisa de comprension y de placer pagó la sencilla confidencia que tanto dejaba esperar.

—Y si vos me prometéis no reconocer á los que lo hagan, y la fortuna nos

ayuda, les imitarémos, y de ese modo hablarémos, porque en Valladolid no tengo el complaciente y leal montero que en Ruitelan os dejaba penetrar en el parque del castillo.

—Sí, sé que en Valladolid hay quien pretende interponerse como una barrera entre los dos, dijo Gonzalo aprovechando la ocasión de explicarse aunque de ligero por si otra no se presentara; pero creo que me conoceis lo suficiente para estar convencida de que la destruiré con sólo que lo aprobeis.

—Si después de verla alzar he vivido tranquila, es porque con ese convencimiento confiaba en vos para destruirla, pero ahora no puedo deciros más. Separémonos, rondad en el campo grande, no perdais de vista las ventanas y esperad.

Y saludándola se alejó.

—Blanca, la dijo su deudo Juan de Velasco parándola, sois hechicera.

—Y vos galan, respondió la jóven señora de Ruitelan feliz en aquel instante.

—Me precio de ello; pero con vos no lo es nadie, porque aunque mucho os ensalce, nunca será la mitad de aquellò que mereceis.

—Primo, primo, dijo Blanca riéndose, sois en todo un cumplido cortesano.

—Cortesano que os ofrece no una lisonja, si no la expresion de lo que siente.

—¡Don Juan!

—No seais incrédula, prima, y tenedme por lo que soy: afecto á vos: entusiasta por vos: y consagrado á vos.

—Gracias, dijo Blanca inclinándose ligeramente para saludarle; sois mi deudo y lo creo.

Poco después concluía la fiesta de la reina de Navarra.

XIII.

El día después de una fiesta es el día feliz de esa hermosa edad de impresiones, de ilusiones y de esperanzas; de esa edad que comparándola á las flores tiene con su belleza su aroma y frescura, de esa edad en que se es bueno con inocencia y se es dichoso con imprevisión; y sin embargo, en el palacio de la reina de Navarra, al finar ese día de dorados recuerdos veíanse algunas nubes en las frentes más juveniles, revelándose á pesar de cuantos esfuerzos se hacían para ocultarlas algo de preocupacion en la princesa doña Juana, mucho de temor y de ansiedad en la peregrina Blanca de Castro.

Era pues cerca de entrar la noche: doña Leonor de Castilla y su dama de

confianza doña Brianda de Velasco llevaban hablando largo tiempo encerradas en su oratorio, y en la cámara esperaban á que salieran doña Juana y doña Beatriz, Blanca de Castro y Constanza de Andrade, que habian sido convocadas rato hacia sin decirles para qué. Diamante tambien estaba encaramado sobre el respaldo de un sillón, desde donde imitaba diversos cantos de ave con los que respondia á las preguntas que las jóvenes le hacian.

Locuaz y plentera doña Beatriz le hacia pregunta sobre pregunta, Diamante respondia con un trino ó un graznido, Constanza lo celebraba á carcajadas, y doña Juana y Blanca se dirigian de tanto en tanto una mirada de inteligencia, un elocuente arqueamiento de cejas ó una sonrisa animadora.

Por fin la puerta del oratorio se abrió, salió por ella doña Leonor y su dama, sentóse la primera regaladamente en su sillón, doña Brianda se puso á su lado, quedando en frente de ambas las princesas y sus damas.

Diamante se bajó y fué á acurrucarse á los piés de doña Leonor.

—Blanca, acercáos á la antecámara y decidle á uno de mis pajes que vaya al palacio del duque de Benavente, y le diga no se retire esta noche sin verme. En seguida volveos para que oigais una aventura que vuestra tia va á contar.

Felizmente para Blanca se levantó y pudo ocultar el subido color de sus mejillas, obedeciendo con una prontitud que tenia algo de arrebato. En cuanto á doña Juana, levantó sus hermosos ojos, y fijándolos en la anciana dama le preguntó aparentando vivísima curiosidad:

—¿Qué aventura nos vais á referir?

—Una muy singular, contestó lacónicamente doña Brianda asestándole una penetrante mirada.

Sin turbarse doña Juana paró la mirada de la dama con una impasibilidad maravillosa, y sosteniendo su tono infantil y aturdido le tornó á preguntar:

—¿A quién le ha sucedido, mi buena doña Brianda? ¿En dónde ha pasado?

—En este palacio y á mí, contestó la interpelada mirando á la vez á doña Juana y á Constanza.

La primera seguia imperturbable: la segunda estaba tranquila y se puso atenta.

—Contad, contad, dijo intrépidamente la princesa.

Y arrastrando su asiento se acercó más á la dama, volviéndose un tanto de perfil á su madre que la observaba con atencion, lo que no se habia escapado á su extremada perspicacia.

Volvió en esto Blanca, dió cuenta de haber desempeñado su comision y de que el paje Juan de Acevedo era ido á cumplir la suya, y sentándose en su asiento clavó sus ojos en las flores de la alfombra.

—Voy á contarla, dijo severamente doña Brianda dirigiéndose á doña Juana que le hizo con la mayor sangre fria un ademan de aprobacion; prestadme vuestra atencion, que la merece.

Está por demas decir que ella y Blanca la prestaron profundísima y que lo que es la última palpitante y enardecida se habia vendido á sí propia con su emociion. Sin embargo, doña Leonor como doña Brianda observaban con preferencia á la princesa y á Constanza.

—Cuando me separé anoche de la reina vuestra madre, principií á decir la dama, era muy tarde, estaba rendida del festin y no tardé en acostarme y quedar dormida. Poco tiempo debió pasar cuando de súbito desperté laténdome el corazón, me incorporé en el lecho y... ¡considerad mi sorpresa! una de las ventanas estaba abierta.

—¡La abrió el viento! dijo doña Juana explicando la aventura con la mayor naturalidad.

—Hacia gran calma y ademas la sujetaba una falleba fortísima.

—¿Entónces?

—Entónces me pareció oír un murmullo ténue y por intervalos como de voces que se corresponden, y me levanté para averiguar en dónde estaban. Pocos pasos llevaba andados cuando á la debilísima luz que entraba por la abierta ventana y apareciendo en su hueco, ví una sombra...

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Qué miedo! exclamaron á trio doña Juana, doña Beatriz y Constanza con igual expresion de espanto.

—La sombra vino hácia mí... quise asirla, pero rtz... oí crujir un ropaje que arrastraba, se me escapó, y deslizándose en un rincon se desvaneció en las tinieblas.

—Tiemblo de miedo. ¡Oh! dijo Constanza de Andrade dirigiéndose á la reina. ¡Esta noche no voy á poder dormir!

—Una dueña quedará con vos, le contestó con intencion doña Leonor.

—Sí, sí, replicó Constanza con alegría, y si son dos, mejor.

—¡Qué aventura tan espantable! añadió doña Juana haciéndose la temerosa con indecible naturalidad.

Doña Leonor, que habia absuelto á Constanza, estuvo á punto de vacilar.

—Tan extraña debeis decir, doña Juana; mucho más cuando oigais lo que le falta.

—Contad, contad, repitió la princesa acomodándose para oirla.

—Pues oid. Como no soy nada medrosa la busqué tentando por todas partes, pues la luz estaba apagada. Descubrí que la puerta estaba abierta y sospeché que por allí se habria escapado. Me asomé á la ventana y descubrí sombras tambien en el Campo Grande. Supuse que unas emanaban de las otras, y dejando las cosas como estaban, me volví al lecho segura de tener una segunda aparicion.

—Para espantarlas me hubiera hecho yo mil cruces, dijo Constanza que en su miedo no hacia más que interrumpir.

—Y ¡yo! añadió doña Juana imitando á la perfeccion el acento de verdad de la linda jóven.

—Pasó tiempo sin que el silencio se interrumpiera, porque como he dicho estaba la noche tan serena que ni aun las hojas de los árboles se movian. En el campo le turbó una voz que se alzó cantando una trova de las del festin: en mi aposento le turbó tambien un levisimo ruido, me incorporé segunda vez, y ví...

—¿La sombra?

—La sombra que habia tomado cuerpo y se recostaba lánguidamente en la ventana.

—Y ¿qué hicisteis?

—Una necedad, doña Juana; levantarme nuevamente, tropezar con torpeza, hacer ruido y poner en huida á quien no queria.

—Y ¿no os pudisteis cerciorar de lo que era? le preguntó la princesa con un acento de gozo que no pudo dominar.

—No, señora, y me pesa mucho.

—Pues velad esta noche y quizá lo descubrais, repuso sin poder tampoco encubrir la burla que estaba haciendo.

—Esta noche no se le aparecerá, ni ninguna otra en lo sucesivo, dijo doña Leonor severamente; porque sabe que se expone á ser el ludibrio de la córte.

El corazon de Blanca se oía latir.

—Ya habeis oido la aventura, añadió en el mismo tono; ahora retiráos á vuestros aposentos, rezad vuestras oraciones y acostáos á dormir tranquilamente. Doña Brianda os acompañará hasta que llegue la hora.

Las cuatro se levantaron, doña Juana y doña Beatriz se acercaron á su madre, bajaron sus rubias y graciosas cabezas y dijeron cruzando las manos:

—Antes bendecidnos.

La severidad desapareció del rostro de doña Leonor: brilló en sus ojos el enternecimiento, y levantándose las bendijo extendiendo sus manos sobre ellas. Ambas le tomaron la mano y se la besaron respetuosamente, despues de lo cual se encaminaron á la puerta seguidas de doña Brianda y de Diamante: que se puso á cantar con voz chillona:

Pájaras, pájaras, pájaras, cojo
Pájaras, pájaras, pájaras llevo.

Ya iban á salir cuando retrocediendo Blanca se acercó á doña Leonor y le dijo fuertemente conmovida:

—Señora, permitid que quede á vuestro lado algunos instantes; tengo que deciros y quisiera que me oyeráis.

La reina la miró un instante, y viéndola tan agitada le contestó diciendo con acento condescendiente:

—Quedáos.

Blanca se lanzó á la puerta, y dijo en alta voz para que su tutora lo oyera:

—S. A. doña Leonor manda que me quede á su lado.

—¡Quedáos! contestó la tutora con más autoridad que la reina alejándose como iba.

Con aquel permiso, más necesario para Blanca que el de doña Leonor, tornó á donde esta estaba, y con una explosion que no pudo contener se arrojó á sus piés sin proferir una palabra.

Entre tanto cantaba Diamante con el tono más agudo de su alto diapason:

Pájaras, pájaras, pájaras quedan,
Pájaras, pájaras, pájaras vuelan.

XIV.

Viendo doña Leonor que Blanca continuaba tan conmovida y tan trémula que no podia hablar, rompió el silencio la primera y le preguntó con benévola expresion:

—¿Qué teneis, Blanca? ¿Por qué estais tan afectada?

—¡Un miedo horrible! respondió la jóven señora de Ruitelan cruzando las manos y apretándolas convulsivamente.

—Tranquilizáos, dijo doña Leonor sonriéndose. En el palacio no hay vestiglos aunque las apariciones se sucedan poniendo á vuestra tutora en el caso de ser severa.

—No me comprende V. A., señora; ni temo á los vestiglos, ni á las apariciones; ni me arrodillo ante vos para implorar el perdón de una falta hija de mi situacion, sino para pedir os que como reina me protejais contra la violencia de mi tutora y las pretensiones de vuestro mayordomo.

Frunció las cejas doña Leonor y le dijo con sequedad:

—Libreme Dios de darla al espíritu de rebelion.

—No es espíritu de rebelion el espíritu de resistencia, repuso Blanca con alguna energía; ni creo que el abusar de la fuerza sea el usar del derecho. Luego yo he vivido en Ruitelan á la sombra de quien sobre mí tenia el de padre que representa el de Dios, y he vivido libré, y me han acostumbrado á pensar en que lo era. No es culpa mia el que me hayan dicho que mi pensamiento, mi voluntad y mi corazon son míos, que puedo amar y aborrecer.

—No, no es culpa vuestra el que os hayan engañado; así es que la pena tampoco la debeis pagar. Levantáos.

Hízola pues levantar y que se sentara á su lado; luego le dijo con su acento tan persuasivo y dulce cuando queria convencer:

—Criada en Ruitelan, sencilla como las flores que crecen en sus praderas, habeis creído ¡pobre niña! que una mujer es dueña de su pensamiento, de su voluntad y de su corazon, y habeis caído en un halagüeño error. Una mujer no es dueña ni aun de su llanto, cuando hay quien le demande alegría y le exija felicidad. Sér pasivo y dulce, cuenta entre sus cualidades una sensibilidad extrema y entre sus deberes una abnegacion completa. Impresionables para amar, está subordinada su eleccion á una voluntad que domina la suya. El amor por inspiracion apenas nacido se sofoca por el amor del deber, y es en vano luchar y resistirse, porque con rara excepcion nadie se exime de la dura ley que nos han impuesto.

—No puede ser eso, no, repuso la jóven señora de Ruitelan rebelándose abiertamente á su yugo; porque entónces, señora, sería nuestra condicion la peor de las condiciones. Y no es que no comprenda los sacrificios de la abnegacion, pero es cuando voluntariamente se imponen, cuando nace de ese espíritu de caridad que anima á los santos religiosos que cruzan el mundo sufriendo el mal y devolviendo el bien, cuando es fruto de un deber sagrado, como el de los hijos para sus padres... Mas sofocar un amor porque á otro le plazca imponer el suyo... ¡no! Aceptar la desventura propia para labrar la felicidad ajena... ¡no!

—Blanca, dijo la reina despues de contemplarla un breve instante con interes; da pena robaros las ilusiones, pero es necesario por vuestro propio bien hacerlo. Apenas entrada en un mundo del que no conoceis mas que lo bello, ignorais que cada uno de los seres que lo pueblan tiene inexorablemente un destino que llenar, lo mismo el que manda que el que obedece, y para que la igualdad sea perfecta, todos se hacen violencia en cumplirle. Tarde me mostrais vuestra repugnancia al noble señor de los Cameros, tan tarde que léjos de contemplarla estoy resuelta á combatirla. La reina pues no protege vuestra resistencia, pero convirtiéndose en amiga os aconseja que acepteis por esposo á Sancho Ramirez, y que os dejeis conducir por vuestra estrella feliz.

—Yo quisiera hacerlo, creedme, respondió Blanca en quien no habian hecho mella alguna las razones de doña Leonor; pero cuando se siente en el corazon una fuerza más poderosa que la voluntad, cuando la razon y el deseo resisten á la vez, no sé cómo han de ser vencidos.

—No hagais razon al capricho, Blanca. La razon como la dejeis alzar su voz os dirá que debeis obedecer á vuestra tutora, que debeis amar á Sancho tanto por merecimiento suyo como por gratitud al muchísimo amor que os tiene.

—Yo creo que la razon es la que dirige nuestras acciones apartándonos del mal.

—¿Teneis por un mal el amor de uno de los más nobles, opulentos y cumplidos caballeros de Castilla? dijo sonriéndose la reina.

—Sí, señora, porque me violenta y me hace sufrir.

—Todo eso terminará ¡pobre niña! con que aceptando vuestro destino digais: lo que ha de ser, sea; debo amarle, le amaré.

—No puedo decir eso, señora; yo tengo el doble convencimiento de no deber y de no poder. Más: desde que sé su amor siento por él una aversión que se frocariá en odio profundo si me obligaran á satisfacerlo.

—Sois muy dulce para odiar. No le odiaréis, creedme, y por ese temor no le retardeis su felicidad un instante.

—No le odiaré por que no sé, replicó la jóven ricahembra de Castro con despecho, comprendiendo al fin que había rogado inútilmente; pero cazadora desde la infancia he aprendido del corzo á huir cuando le persiguen.

—Señora de Ruitelan, replicó severamente doña Leonor: desde el momento que amenazais perdeis toda la consideracion que como débil mereceis. Vuestra mucha resolucion está probada con la aventura de anoche, pero se precaverá otra, porque esta noche y miétras permanezcamos en Valladolid dormiréis, no bajo la vigilancia de una dueña, sino á vista de vuestra tutora hasta que esta deposite su autoridad y derechos en Sancho Ramirez, con quien os desposaréis el dia fijado ya para ello.

—Señora, respondió Blanca enjugando con el enves de su mano dos lágrimas que brotaron de sus ojos y se deslizaban por sus encendidas mejillas; obedeceré y me desposaré, pero será cuando no halle medio para evitarlo, porque miétras pueda resistir y eximirme, lo haré.

—Supongo que tanto atrevimiento os lo inspirará algun oscuro hidalgo de vuestras montañas, el cual no pudiéndoos dar ayuda en su menguada fortuna, os da consejo ofreciéndoos su compañía para huir.

—Os equivocais, replicó Blanca con orgullo y dignidad: nadie me impulsa ni aconseja. Yo lucho por mí, y eso da fuerza hasta á seres tan débiles como yo.

Iba la reina á replicar y ágríamente á juzgar por el ceño que ofuscó su rostro, si un paje en el mismo instante en que iba á hacerlo no levantara la cortina que cubria la puerta, á cuyo dintel apareció el duque de Benavente, el cual con su voz de tan sonoro timbre y tan dominante acento se anunció á sí mismo añadiendo un ceremonioso ¿permitis?

—¡Oh duque! entrad, exclamó doña Leonor desapareciendo el ceño de su rostro como las tinieblas con la luz.

Don Fadrique entró, cruzó lentamente la cámara, llegó hasta la reina que le esperaba con la sonrisa en los labios, y sentándose á una invitacion de doña Leonor, fijó en Blanca que le había dejado paso ceremoniosamente y permanecía en pie á cierta distancia, una de aquellas miradas que sólo tuvieron sus ojos para reducir á Elvira y para iniciar á Catalina de Lancaster en los misterios del corazon que no podia revelarse contenido por el respeto.

La reina notó sin sorprenderse su fija y, digámoslo así, agobiadora mirada, y dirigiéndose á la dama que esperaba sus órdenes:

—Señora de Ruitelan, le dijo, retiráos y no os separeis de vuestra tutora.

Blanca no contestó, sino que saludándola en silencio lo mismo que al duque se fué. Don Fadrique la siguió con sus ojos tenazmente, y cuando á ellos despareció dió un suspiro y los volvió á doña Leonor, que tenía los suyos fijos en él.

XV.

Algunos cabellos brillantes como hebras de plata mezclados entre sus negros rizos, dos profundas arrugas que unian sus bien cortadas cejas, cierta expresion melancólica que templaba el fuego de sus destelladoras pupilas y un desden que hacia resaltar la fiereza de su frente altanera, atestiguaban en el rostro de don Fadrique de Castilla la honda huella de sus pasiones, anunciando la ficticia calma de una prematura vejez.

Dos veces se habia rebelado desde que la muerte del sin ventura Dia Sanchez de Rojas le arrancara la parte de regencia y tutoría que tan despóticamente ejerciera. Dos veces habia hecho alianza con el monarca portugues encendiendo la guerra en Castilla. Dos veces le habia perdonado Enrique III, le habia recibido en sus brazos cuando le plugo echarse en ellos, colmándole ademas de regios dones. Valencia de Alcántara y quinientos mil maravedis de acostamiento cada un año fueron la recompensa de romper su pacto con Portugal, y su convenido matrimonio con doña Beatriz, bastarda del rey don Fernando. Siempre la fortuna tenia para él rayos de oro, y era entónces como fuera en todos tiempos el primer potentado de Castilla.

Sin embargo, algo, mucho faltaba á su ventura. La córte lo inquiria sin descubrirlo. Las presunciones más atrevidas se fijaban en sus proyectados y deshechos enlaces, en sus desengaños pasados, en la inmensidad de una ambicion que nada satisfacía. Si se engañaban, solo Dios lo sabía; mas lo cierto sólo era que su mustio semblante, su amarga indiferencia daban testimonio de que el pesar ó el hastío devoraba en secreto su ánimo ó su corazon.

En el momento que don Fadrique entra á ocupar un lugar en esta historia se hace necesario decir que entre todos los lazos que en su pasada juventud le habian unido á los hombres, ya fueran un pacto, ya una afeccion, solo uno como una excepcion existia. Los demas todos se habian roto. Amores, amistades y alianzas habian nacido, vivido y muerto sucesivamente sin dejar mas que recuerdos.

Para el altanero duque de Benavente no existia mas que un sér en quien

creía, en quien confiaba, á quien amaba como aman esas organizaciones subyugando. Aquel sér era Gonzalo de Figueroa.

Después de tantas borrascas, de tantas veleidades, el duque vivía en sus estados encastillado en su fortaleza, si en la corte retraído. Sólo se mostraba á intervalos, y esos raros, pero en cambio era con tanto esplendor, con tanta pompa que todo lo eclipsaba, deslumbrando con su lujo y esplendidez, con su osadía y arrogancia.

Hasta el fraternal afecto que á la reina de Navarra profesara un tiempo se había entibiado en su alma. Sólo que su influjo había sobrevivido, porque la discretísima doña Leonor sabía harto bien lo que había que herir en sus gastadas fibras, comprendía aquel corazón compuesto de malas pasiones y sentimientos vehementes, y conocía el secreto de conmoverlo.

De esto estaba segura la reina, tan convencida, que después de fijar por un instante sus pardos ojos en don Fadrique, asomó á sus labios una placentera sonrisa.

Por su parte el duque, en cuya frente reinaba esa calma desolada que sucede á la tempestad, y en sus delgados labios algo ajados y descoloridos la expresión más elocuente de una desdeñosa indiferencia, mostró desde el instante de dirigirla su respetuoso saludo, que con la galantería de la época profesada como una religión por la caballería, rendía homenaje á la mujer con preferencia á la reina y á la hermana.

Así que tras de Blanca cayó la pesada cortina de la puerta, doña Leonor le alargó su bonita mano, hizole acercar su asiento junto á sí, y le dijo con acento de tierna reconvencción:

—Habeis de permitir, Fadrique, sea de queja mi primer palabra, ya que vos con vuestra ausencia la sustentais olvidándome.

—No me juzgueis tan mal, Leonor, respondió el duque cortes pero frío. Yo no os olvido porque no es posible lo haga quien os conoce. Sucede, sí, que entregado con ardor al placer de la caza pasó los días persiguiendo en el coto á las fieras, y cuando regreso de mis continuas batidas reclama la fatiga descanso, y el descanso la soledad de mis aposentos.

—Culpable sois aun así, replicó la reina de Navarra con expresión; pues por correr tras un ciervo ó matar un jabalí no visitais á vuestra hermana, no concurrís á la corte, ni os cuidais de lo que acaece aunque envuelva vuestro destino.

—Os diré la causa y me absolveréis al punto. En recuerdo vivís conmigo, por eso, aunque yo falte de vuestra presencia, vos no os apartais de mí. No concurre á la corte porque no quiero eclipsarme ni eclipsar á los nuevos astros de ella; y en cuanto á lo que acaece y envuelve, según decis, mi destino, poco me puede importar á la altura en que me encuentro.

—Os absuelvo, dijo doña Leonor con gracia, primero por mí con quien tan galante estais, y luego por vos que así confesais una verdad. Mas por lo que ha-

ce á no importaros lo que acaece, permitid que deshaga vuestro error: os importa tanto como que se trata de amenguar vuestro poder, de cercenar vuestras rentas y algo más si la fôrtauna les ayuda.

—Y ¿por quién? preguntó el duque entreabriendo sus labios una incrédula sonrisa.

—Por el rey Enrique III.

—¡Bah! No lo creais, dijo don Fadrique arqueando las cejas con un despreciativo movimiento.

—No haré tal, replicó gravemente la reina; tengo sobre lo que anuncio una conviccion profunda.

—Yo tambien sobre lo que niego.

La reina le miró con atencion, pero su penetrante mirada nada descubrió en aquella faz que permanecia en su impasible y glacial expresion.

—Me asusta lo que os oigo, Fadrique, le dijo.

—Pues yo pretendí tranquilizaros, respondió.

—¿Ocultándome el peligro?

—Persuadiéndoos que no le hay.

—Pero ¿en qué os apoyais para rechazar lo que es evidente, cierto?

—En una razon de gran peso: en que no puede ser.

Y al decirla los negros ojos del duque despidieron un relámpago vivísimo de soberbia y arrogancia.

—¿En esa sola estriba vuestra conviccion, duque?

—Es que ademas, Leonor, sé lo que cada uno puede, y hé ahí por lo que os digo que mi poder y mi renta no será amenguado ni cercenada. Creedlo, don Enrique no piensa en eso.

—Hermano, dijo doña Leonor tocando con su dedo el pecho del duque: ¿sois acaso del bando de los privados?

Incorporóse don Fadrique con un arranque de su antigua altanería y contestó:

—Como aliados, señora, no acepto mas que á los reyes; y por lo que hace á bandos, no formo en ellos sino cabeza, y hago que lleve mi nombre y que resuene de un ámbito á otro de Castilla.

—Sé que sois mucho, dijo la reina apareciéndolo en toda su dignidad. Por eso he contado con vos, no creyéndoos sin embargo fan desprevenido y confiado que me habeis hecho caer en el extremo de dudar.

—¿De mí?

—¡De vos!

—Y ¿por qué, doña Leonor?

—Porque cerrais los ojos para no ver.

—Os diré francamente que no veo lo que vos.

—¿Será, Fadrique, que en ese retraimiento fatal no percibais el hervor de la lava del volcán?

—No percibo, Leonor mia, mas que el de pequeñas pasiones.

—¿Nada mas?

—A nó ser vos quien lo preguntais, me desdenaría de afirmarlo.

—Entónces, dijo la reina tomando resueltamente la iniciativa, os lo revelaré, ya que á vos se ha ocultado... por lealtad. En la más alta region de Castilla se ha formado un concejo y se ha decidido por él el destino de los hijos de Enrique II. Ese concejo ha resuelto derribarnos de un solo golpe y despojarnos despues.

—Os repito, Leonor, lo que os dije ántes: don Enrique no puede hacerlo. Más: no lo intentará tampoco.

Doña Leonor hizo un movimiento de impaciencia, y el duque añadió notándolo:

—Este es mi parecer, hermana; acaso yo pudiera equivocarme y ser como imagináis.

—¡Es! creedme por vuestro bien.

—¡Sea! dijo el duque con tibieza. Pero aun siendo cierto que en la region de que hablais proyectan allá en su envidia ó sus temores atacar á los hijos de Enrique II: ¿qué pretendeis que estos hagan?

—Rebelarse contra el odio, respondió doña Leonor con energía.

Y clavó en el duque una mirada más incendiaria que el rayo.

Don Fadrique la paró con otra fria y segura, se sonrió melancólicamente y la dijo con intencion:

—Es decir, señora: ¡contra Enrique III!

—No ha nacido de él ese pensamiento de despojo.

—Pero segun lo que os oigo, es quien le sostiene ó provoca.

Mordióse los labios doña Leonor, y replicó:

—Tardo habeis sido en comprender, duque, tibio tambien en sentir, y quizá desalentado para decidirse y obrar.

—Os diré, Leonor, la causa del efecto que os enoja. Yo he visto, no una vez sola, proponerse una medida que la necesidad reclamaba, juzgar por algun antecedente la intencion y sospechar que encerraba una siniestra. La sospecha tomar cuerpo y crecer hasta formar una acusacion formidable. Circular esta como un metéoro, inflamar los átomos que tocaba y ocasionar un incendio... La causa de aquel incendio, Leonor, era sólo una sospecha.

He visto muchas otras de cerca: lo que son las alianzas y la fe de los aliados, elástica como el acero, y ved por lo que ni me altera la acusación que oigo, ni me mueven los temores que os agitan, ni me inspira seguridad una liga entre los que se crean amenazados.

—No os quiero demostrar en este instante lo justificados que son los míos, Fadrique, repuso la reina resentida, el tiempo lo hará pesia á mi deseo. Sólo os advertiré que en cuanto á alianzas, más de una vez os han mostrado que la unidad es lo que constituye la fuerza y la fuerza la que manda.

—No niego que la forme ni que imponga la ley si quiere, pero os falta saber lo que sé, y es que de esa fuerza dominadora cada uno de sus elementos quiere disponer de todo su poder para emplearla en su pro... No arrugéis la frente, hermana, la experiencia roba las ilusiones, y yo no tengo ninguna.

—Os oigo con profundo pesar, Fadrique, exclamó la reina con su simpática voz algo alterada; vuestra desconfianza me ofende, y vuestra indolencia me asusta. Para el duque de Benavente habrá otro Monreal por toda su vida acaso.

—Mi Leonor, dijo don Fadrique sintiéndose al fin dominado por su influjo irresistible; no os asuste ni ofenda lo que he dicho. Si creo en algo es en vos, si amo algo es á vos, si temo por algo es por vos... ¡Leonor, Leonor! figuráos con esa imaginacion tan pronta que teneis un mar agitado y revuelto, y ántes de entrar en él reflexionad que sus ondas os han de llevar más léjos de donde querais parar.

—Fadrique, replicó orgullosamente la reina, será eso para los que no mandan en su voluntad. Yo domino la mia y diré ¡basta! cuando convenga.

—Engolfáos en él, ya que tan fuerte sois, repuso el duque, helado su enternecimiento con la altiva presuncion de doña Leonor. En cuanto á mí conozco la mia y desconfio de su poder.

—¿Me dejais sola en la arena á donde van á lanzarnos los privados de don Enrique?

—No, Leonor. Sé que os acompaña en ella Alfonso Enriquez de Noroña y Beatriz de Portugal, erigiéndose en campeones vuestros cuantos no entren á la parte con los privados en los favores del rey.

Penetrante y rápida fue la mirada que doña Leonor clavó en el duque, pero la frente de este estaba tan desdeñosamente altiva, era tan melancólica la expresion de sus ojos, tan indiferente la sonrisa que entreabria sus labios, que la sospecha que por dos veces brotara en su pensamiento se disipó al observarla.

—No lo extrañeis, Fadrique, dijo doña Leonor despues de un instante de silencio; amenazados como yo se unen á mí para resistir. Saben como sé, que está resuelto dar un golpe mortal á nos los hijos de Enrique II para arrebatarnos las mercedes, honras y privilegios que poseemos; y creen, como yo creo, que los que van á ser traidoramente atacados deben unirse para defenderse. Y creen tambien, como yo creia, que el duque de Benavente se opondria al despojo que meditan, como la reina de Navarra y la viuda de Castilla, como el conde de Gijon y el conde de Trastamara, haciendo estrecha y leal alianza para evitar que la avaricia de los privados y la debilidad del rey adquieran en una hora nuestras rentas y dominios.

—Oidme, Leonor, atentamente, replicó don Fadrique tan grave como resuelto. Yo no extraño nada de cuanto sucede y veo, ni nada me sorprende tampoco por muy extraordinario que sea. Todo lo espero del hombre, todo lo admito de ese poder misterioso que calcula, prepara y dispone los acontecimientos de tal mo-

do que nadie puede preverlos y en consecuencia contrariarlos ; así que no os diré á pesar de mi convicción: lo que presumís no es cierto, lo que teméis no se puede realizar. No os diré asimismo que vuestra alianza no sea firme y leal, que no sea prudente vuestra prevision, que no sea justo vuestro intento, que el éxito más completo no corone vuestros esfuerzos. Libreme Dios de que os detenga ni empuje en el camino que estais resuelta á seguir; pero lo que si os diré, porque vuestra proposicion lo exige, es que no me uno á vos porque estoy cansado de luchar, tan cansado que sólo anhelo reposo y que el tiempo corra con rapidez.

—¡Fadrique!

—¡Leonor!

—¿Tal sentís?

—Y tal haré. Eso no impide que si un dia, desde ese foco agitado á donde os vais á lanzar, necesitais mi brazo para defenderos ó mi influjo para mediar vuestras diferencias con Enrique III, pronuncieis una palabra y me tengais á vuestro lado. Mas sea cuando os halleis sola, porque miéntas os apoyeis en Alfonso Enriquez y Pedro de Castilla permaneceré alejado de una llama que conozco, porque á mi vez la he encendido.

—¡Gracias, hermano! dijo doña Leonor ocultando su despecho con una sonrisa de orgullosa confianza. Vuestra resolucion está tomada y la mia tambien. ¡Reposad! yo lucharé para guardar vuestra Valencia de Alcántara y la ayuda de costa que me da el rey.

—Mal haréis, señora, replicó el duque melancólicamente, y perdonad que os lo diga: mal porque yo aprendí en la torre solitaria de un astrólogo que el mundo, como la esfera celeste, tiene su círculo de rotacion, y los hombres como los astros un período de ascension y otro período de descension. Sólo que la de estos es lenta y majestuosa como la del sol cuando se hunde en su ocaso, y la de aquellos rápida y oscura como la de nuestra abuela doña Leonor de Guzman.

El recuerdo hirió á doña Leonor de Castilla, pero creyó ver en él establecida una comparacion y aquella comparacion la irritó. Irguió pues su frente con altivez, y radiante de orgullo y majestad replicó:

—Y contra lo que os enseñó ese astrólogo: ¿no opusisteis lo que enseña la experiencia? ¿No visteis que en esa celeste esfera los hay fijos; no advertisteis que en el mundo los hay tambien semejantes...?

—¿Qué quereis que os responda, Leonor?.. Sólo que admiro á los que tal se creen, y que les beso la mano.

Y levantándose tomó la de doña Leonor, llevándola con ceremonia á sus labios.

—No os detengo, hermano, dijo la reina de Navarra ocultando su resentimiento bajo el velo un tanto trasparente de irónica cortesía. Quizá estaréis necesitando descanso para reparar vuestras fuerzas, y en su lleno entregaros mañana al placer de correr un gamo ó acosar un jabalí.

—Acertais como en todo, señora, y si no fuera por el temor de molestaros os rogaría que me acompañarais embelleciendo el bosque con vuestra presencia.

Pagando el duque la ironía de la reina con una galantería, se mostraba noble; doña Leonor no quiso ser vencida.

—¿A qué hora marchais? le preguntó.

—Con el alba, si vos no disponeis otra cosa.

—¿Vais solo?

—No; irán conmigo el conde de Trastamara, el alcaide de los donceles y mi alférez Figueroa.

—¿Teneis caza acorralada?

—Los ojeadores me han avisado que tienen encerrado un ciervo.

—Pues contad que mi cuchillo de monte saldrá mañana de su vaina enmohecida.

—Mucho me place, y os doy las gracias por tanta honra. Parto pues, y separándome de vos llevo la grata esperanza de que al gozar lo que yo gozo nos identificará una emoción.

—Id con Dios, Fadrique, dijo doña Leonor sonriéndose, no por el duque, sino por una idea que acababa de brotar en su mente como el fuego del pedernal cuando le hiere el acero. En cuanto luzca el primer albor del día me tendréis dispuesta con algunas de mis damas.

—Antes os despertará mi corneta de caza anunciándoos que os esperan los que vais á favorecer.

Y saludándola respetuosamente salió el duque de la cámara dejando sola á la reina, la cual así que fue ido tocó un silbato de plata, á cuyo sonido apareció como por encanto la fresca y risueña faz de un paje asomando entre los pliegues de la cortina de seda.

—Ramiro, dijo doña Leonor advertida de su presencia, decidle á Sancho Ramirez que venga.

Oida la órden se retiró el paje y la reina recostándose en su asiento se puso á reflexionar.

XVI.

Apénas era pasado un corto espacio cuando se presentó en la regia cámara Sancho Ramirez, señor de los Cameros.

El mayordomo de la reina de Navarra estaba en esa época de la vida que no es la virilidad ni la edad madura, en esa época en que las pasiones han ad-

quirido toda su fuerza; en esa época en que las tempestades son violentas y desoladoras, porque nada dejan en el foco donde fueron formadas.

De estatura atlética y desarrolladas formas, de serio y altivo continente, de pronunciada y dura fisonomía, revelaba á primera vista su persona una organización poderosa y bravía, una voluntad indomable y unas pasiones violentas en armonía con su sér. Si á este ligero bosquejo se añade que su tez era morena y pálida, que sus ojos eran grandes y negros como su espeso cabello y su profusa barba, y que esta le bajaba hasta el pecho, tendrán nuestros lectores una idea en lo físico del noble rival de Gonzalo de Figueroa.

Moralmente sólo hay que decir que era constante en su propósito, leal en sus afecciones, indomable en su altivez y extremado en sus resoluciones. Todo en él llegaba y pasaba los últimos límites que la conciencia y la razón han puesto al hombre en sus sentimientos y en sus aspiraciones.

Nunca el señor de los Cameros había puesto coto á sus ideas ni freno á sus deseos, que por dicha hasta entónces sólo habían sido de gloria ó engrandecimiento. Nada había herido su corazón duro como la coraza que lo defendía, y sin embargo, después de haber pasado su juventud sin sentir más emociones que las rudas del combate ó las acerbas del odio, conoció las del amor con todas sus agitaciones.

A Blanca le estaba reservado el hacérselas sentir, y desde el instante que en San Prom puso sus ojos en los de su jóven castellana y los encontró tan bellos, sintió imperiosamente la necesidad de que aquellos ojos le mirasen siempre y exclusivamente, y lo pretendió como lo pretendía todo sin contar más que con su voluntad.

La tutora y la reina estuvieron anuentes: ambas le ofrecieron que Blanca sería suya, y sin que en su orgullo lo dudara, ansiaba el instante fijado en la noche de su llegada á Valladolid.

Doña Leonor había hecho de él un privado, eligiéndole por su lealtad para consejero, por su valor para campeón, por su nobleza para que gobernase su casa con el título de mayordomo. Sancho la servía consagrándose á su causa que contribuía con sus esfuerzos para que siempre triunfara.

Usando de su confianza de privado el señor de los Cameros se acercó á la reina, y sin esperar á que le hablara le preguntó con solicitud y un eco de voz más dulce y grato de lo que era de esperar de su aspecto adusto y altanero:

—¿Qué manda V. A., señora?

Levantó la reina la cabeza, lo miró, le dirigió una sonrisa y le contestó con ese acento que revela el aprecio y la confianza:

—Que me digais francamente vuestro parecer.

—Estoy pronto, respondió el mayordomo inclinándose.

—Decid: ¿nos podríamos pasar en la empresa que meditamos sin el duque de Benavente y conseguir que don Enrique desista de su proyecto?

—Sí, por cierto, pues ya sabéis cuánto es vuestro influjo sobre el rey y cuánta la desconfianza que el duque inspira.

—Yo pregunto faltando el influjo y usando de resistencia, replicó doña Leonor con un tanto de impaciencia.

—En ese caso, no. Don Fadrique ha luchado con el rey, y si no ha sido vencedor, tampoco ha sido vencido.

—Es que parece olvidais entro yo en la contienda.

—¡Qué lo he de olvidar, si há dos dias que no me ocupo de otra cosa! Por lo demas, os diré que si os declarais abiertamente contra Castilla, teneis por enemigo á Navarra, que está acechando la ocasion de llevaros á su seno por cualquier medio que sea, y teneis por contrario al rey, que es el rey doña Leonor.

—Pero tengo á mi lado al conde de Gijon, que cuenta con las Asturias; tengo á Pedro de Castilla, cuyos estados son grandes...

—¡Poco vale el de Trastamara...!

—Os engañais; sobre ser poderoso es buen aliado.

—Pse, tal vez, pero aun no está decidido.

—Lo estará mañana ántes que el sol descienda de su zenit.

—Mucha confianza abrigais, dijo el mayordomo disgustado al observarla.

—¡Oh! Sancho, tuiérala en vos como en mí, y daría el éxito por seguro.

—Señora, contara yo con la lealtad ajena como cuento con la propia, y no titubearia en deciros: ¡alzáoos cuando querais, aunque sea contra todos los reyes de la tierra!

Y el señor de los Cameros fijó en doña Leonor una mirada tan resuelta y arrogante, que esta se sintió turbada y bajó la suya con desvío.

—Poco estamos de acuerdo esta noche, dijo la reina despues de un momento de silencio.

—Lo siento, respondió Sancho Ramirez con singular inflexibilidad; pero me habeis pedido francamente mi parecer, y os le he dadó como en conciencia debia. Os lo repito, esa resistencia que os habeis propuesto oponer sería temible y poderosa contando con el duque, que una vez decidido á obrar no retrocede ante nadie, que tiene gran prestigio en Castilla, eco en Portugal y muchos vasallos bajo su pendon. Sin él no triunfaréis. ¡Sabedlo!

—En su lugar contad al marques de Villena.

—El marques está en Aragon.

—Alfonso de Guzman está en Castilla, tiene grandes estados y será nuestro.

—Alfonso de Guzman será de su tio don Gonzalo, y el leal maestre de Calatrava es del rey.

Exaltada por la contradiccion levantó doña Leonor sus pardos ojos, y clavándolos en su mayordomo con despecho le dijo:

—¡Par diez, Sancho! á no tener pruebas de que no le conoceis, os diria que teniais miedo.

—Y yo os responderia que le tengo en efecto, pero es por vos.

—¡Basta! dijo la reina de Navarra cuyas mejillas estaban ardiendo. Mañana al romper el alba quiero que todo esté dispuesto para ir á caza con el duque de Benavente: me acompañaréis vos y Lope de Andrade. En cuanto á las damas irán cuatro, con que podeis retiraros á dar las órdenes que gustéis.

—Me despedis y os obedezco, replicó el señor de los Cameros con el acento serio y altivo que le era natural; pero ántes, reservándome lo que pienso, voy á manifestaros lo que siento.

Pronto, muy pronto estallará la rebelion que organiza vuestra mano, partiréis para Roa y os seguiré con los míos. Cuando termine la lucha, sea como Dios disponga, me tendréis á vuestro lado, y entónces os preguntaré: ¿quién ha sido más fiel, más valiente, más decidido y constante de cuantos con V. A. se unieron?

—Entónces estoy segura de que responderé: ¡vos! dijo doña Leonor convencida de lo que afirmaba; pero hasta tanto dejadme que escoja campeones entre los mejores de Castilla.

—No es estorbarlo mostraros los que no pueden serlo en esta lid, inclinándoos á los que os pueden valer.

—Sancho, una prueba de que sé escoger es el haberos escogido; fiad pues en mi perspicacia.

—¡Bien! dijo el halagado mayordomo encogiendo los desarróllados hombros, escoged á quien os plazca.

—Sí haré, y tambien daros un consejo á cambio del recibido.

—Estoy pronto á tomarle para enseñaros con el ejemplo. Dádmele pues, señora.

—Hélo aquí, dijo doña Leonor acentuando fuertemente. La señora de Ruitellan es demasiado bella para que no tenga muy encumbrados y audaces pretendientes; es tambien muy jóven, y fácil por esto que la fascinen. Velad por vuestra dicha, Sancho.

—Gracias, señora, lo haré. No he olvidado la recepcion real.

Y Sancho pensando en Enrique III frunció las pobladas cejas.

—No olvideis por eso que la cacería es al alba...

—¡Oh no! á todo puedo atender. ¿Irá Blanca?

—Blanca... ¡sí! es cazadora, le darémos ése placer...

—¡Gracias por ella! dijo Sancho.

Despues de darlas, se retiró el señor de los Cameros, iluminada su frente con un rayo de alegría.

En la puerta de la cámara tropezó en Diamante, que dió un agudo chillido. Sin embargo, pensando en Blanca pasara sin mirarle si el diminuto enano agar-

rándose á su pierna no se pusiera á cantar con su aguda y destemplada voz modulándola lo mismo que un pájaro:

Velad en el campo, en el campo, en el campo,
Porque hay cantores, cantores, cantores.

Recordó Sancho de súbito el consejo de la reina, que coincidía con el aviso de Diamante, y el corazon le dió un fuerte latido: en su imaginacion vió un rival, en Blanca una traicion.

Pronto para todo, cogió á Diamante de su áspera melena, y casi alzándole de ella le preguntó con imperio:

—¿Para qué he de velar, Diamante?

—Ji, ji, ji, para velar, contestó el enano estúpidamente, riéndose más estúpidamente aun.

—¡Rata del diablo! repuso el mayordomo tirándole fuertemente de sus lascias guedejas; de mí no os habeis de burlar. ¿Por qué me mandais al campo?

—Ji, ji, ji, para que cojais pájaros, pájaros, pájaros, ji, ji, ji.

Sancho se mordió los labios, y suspendiéndole del pelo replicó:

—¿Están en el Campo Grande, Diamante?

—Ji, ji, ji, pájaros, pájaros, pájaros, ji, ji, ji.

—¿Están de noche los pájaros, sabandija de Barrabas?

—Ji, ji, ji. ¿Los vais á coger con lazo? con lazo, con lazo, con lazo... ji, ji, ji.

—¡Tal vez! murmuró Sancho Ramirez soltándole.

Diamante puso los piés en el suelo y sacudió la melena como un perro las orejas.

—Idos á vuestro nido de alondra, le dijo el mayordomo dándole con la punta del pié, y como hace algun pájaro os prometo un vestido de escarlata cuajado de pedrería.

Diamante reprodujo su risa y el señor de los Cameros prosiguió su camino hondamente preocupado.

XVII.

Los últimos rumores del palacio de la reina de Navarra se habian extinguido hacia, quedando sumido en profundo silencio.

Por de fuera se notaba la misma quietud. Todo estaba callado.

El viento corria mansamente: la luna inundaba de luz el palacio y el campo se alzaba, y el sosiego y la calma llenaban su ámbito y su inmediacion.

Pero si la quietud y el silencio era mucho, no así el reposo y la tranquilidad,

pues dentro y fuera habia quien velaba y observaba con atencion profunda y ansiedad extremada.

Se habia cūmplido la órden de doña Leonor, trasladándose de un aposento á otro el lecho de Blanca, que fue colocado junto al de su tutora; y miéntras esta tendida en el suyo medio tapada con sábanas y cubiertas mostraba de lleno con la inerte inmovilidad del sueño los estragos de la vejez, aquella velaba recostada en sus almohadas, escuchando atentísima la respiracion fuerte y pausada de la anciana, que en vez de bendecirla como doña Leonor á sus hijas, la habia reprendido y amenazado.

La luz que ardia en una lamparilla de plata pendiente del artesonado con cadenas del mismo metal, iluminaba con su triste opacidad el rostro angustiado y peregrino de la jóven veladora, quien de vez en cuando enjugaba con el envés de su pequeña mano las lágrimas que copiosamente corrían por sus mejillas, lanzando á su severa tutora una mirada de amargo resentimiento.

Por de fuera vagaba Sancho Ramirez rebozado en su tabardo. Bajo de este asomaba la punta de su larga espada, indicando que el nocturno guardador del palacio iba dispuesto para lo que pudiera acontecer.

Sucedía á veces que el adusto rondador se recostaba en el muro, descubria algo su rostro y clavaba sus negros ojos en el azul y estrellado firmamento. A poco la dura expresion de su semblante se dulcificaba gradualmente adormeciéndose, digámoslo así, en su contemplacion silenciosa, apareciendo en él, como en un espejo de acero, las sensaciones que le producian los recuerdos que evocaba, los pensamientos que tenia, y las imágenes que entre sus ojos y el cielo se interponian fascinándole.

Entónces su aspecto cambiaba: todo era en él lánguido y dulce: su cuello se doblaba á pesar de la gola de hierro que lo defendía, y afirmaba su cabeza en el muro cediendo al influjo de aquel ensueño dorado.

Pero si un rumor lejano como de pasos lo sacaba violentamente de su éxtasis, su dureza y altanería recobraban de súbito el abdicado imperio. Enderezábase de repente, su estatura atlética aparecia colosal en la sombra, llevaba la mano á la cruz de su tizona, el recelo y la ira arrugaban su frente, y una mirada amenazadora cruzaba el espacio buscando á un rival.

Entre estas y aquellas impresiones la noche avanzaba. Argentada y blanquísima luz despedía la casta antorcha de la noche: las estrellas centelleaban en la diáfana y celeste bóveda, y el silencio se habia establecido al fin tan absoluto y profundo, que claramente se percibia el murmullo de las aguas que corrían del Pisuerga.

Por su parte Blanca, más desvelada é inquieta á medida que el tiempo adelantaba en su curso, continuaba sentada en el lecho llorando amargamente, cuando de pronto hirió su oído el eco de dos voces que contenidas aunque coléricas disputaban junto al muro y debajo de la ventana. Conoció la una y estremeciósela toda.

Incapaz de contenerse saltó al suelo murmurando un acongojado. ¡Dios mio! y resuelta y atropellada se precipitó á la ventana; mas ya ponía la trémula mano en la falleba, cuando un grito de doña Brianda se la hizo quitar y encogerse toda maquinalmente ademas.

Bajóse la anciana tambien, fuése á la asustada y sobrecogida niña, y agarrándola de un brazo intentó volverla al lecho tratándola de liviana.

Mientras esto pasaba en el aposento fuera habia cesado el sordo rumor de voces, mas en cambio se oía el choque de dos espadas reproduciéndose sus golpes y encuentros con tal velocidad que no parecia sino uno continuado.

Pálida y temblando escuchaba Blanca con la desencajada vista fija en la ventana, ínterin su tutora agraviándola con sus duras calificaciones pugnaba por separarla; pero ántes que lo consiguiera se oyó un ¡ay! ahogado seguido de un golpe como de un hombre que cae vestido de todas armas, luego los pasos de otro que se alejaba, y todo quedó en el antiguo silencio.

La curiosidad obró sobre doña Brianda, y soltando á Blanca que no tuvo accion para moverse, se llegó á la ventana, la abrió sin ruido, sacó la cabeza con precaucion y miró abajo.

Llevamos dicho que la luna era clarísima: á su luz distinguió un hombre tendido é inmóvil. Distinguió tambien un charco de sangre que se extendia al rededor de su cabeza.

Retiró la suya luego que se cercioró de lo que era, cerró la ventana, y dirigiéndose á su sobrina le dijo con expresion de horror:

—¡Un hombre muerto! ¡Dios lo haya amparado por su amor!

Blanca se retorció las manos silenciosamente y bajó la cabeza ocultando á la acusadora mirada de su tia la descompuesta faz; mas esta encaminándose á su lecho añadió implacablemente:

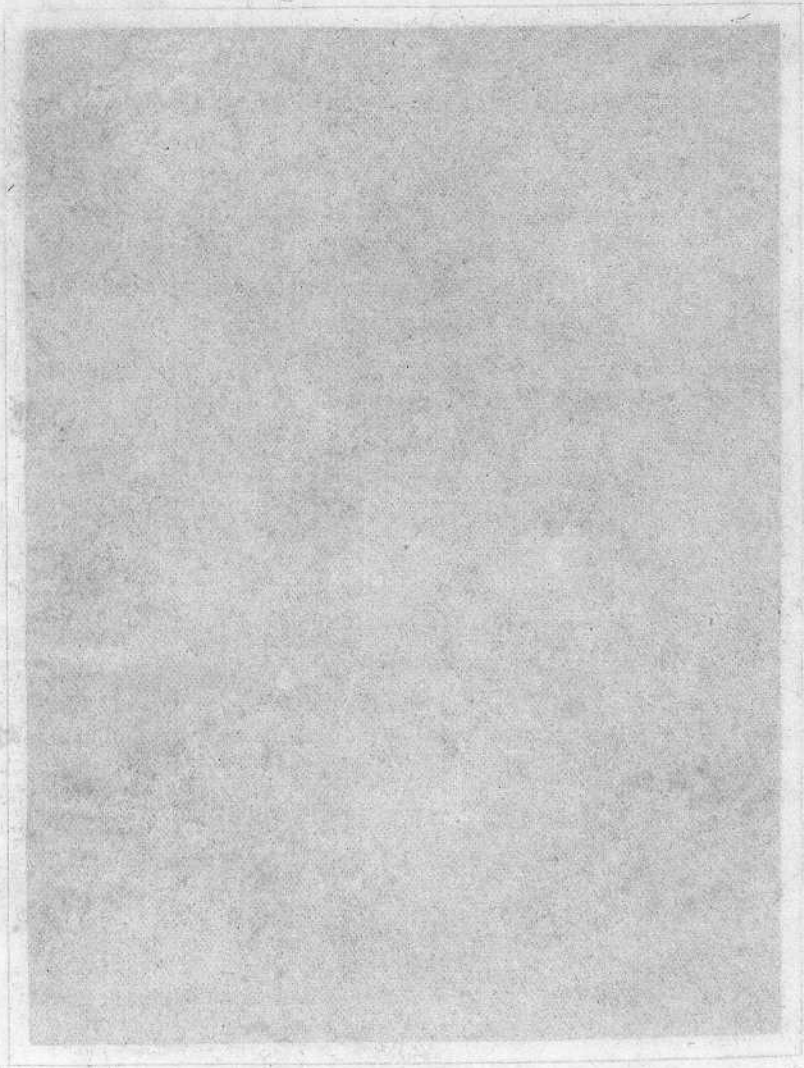
—¡Oh Blanca! bien hariais en rezar fervorosamente por su alma, pues sois la perdedora de su vida.

Su indicacion fue perdida. Blanca ya no escuchaba á la dura y atormentadora anciana, porque la emocion habia sido demasiado fuerte y acababa de caer sin sentido sobre el helado pavimento.

Volvió la cara al golpe doña Brianda, y viéndola de aquel modo murmuró poniendo la rodilla sobre el lecho:

—Si llamo para que la socorran, las dueñas se enterarán, y mañana su nombre irá envuelto en la aventura. Vale más que no lo haga; el mármol es frio y á poco la despertará.

Esto dijo; hizo luego la señal de la cruz sobre el rostro y pecho, y se tendió en el lecho acurrucándose en él, porque el fresco de la noche la habia penetrado y tiritaba.



à la fin de la ligne distinguer un nombre tendant

Incapaz de contenerse saltó al suelo murmurando un acobojado ¡Dios mío! y resaca y atropellada se precipitó a la ventana; mas ya ponía la trémula mano en la alfombra, cuando un grito de doña Brianda se la hizo quitar y encogerse toda instantáneamente.

Después la anciana buñaca, triste y asustada, y sobregogida niña, y agarrada a la cama, trató de sereno y serbio tratandola de liviana.

Mientras que en la sala (fuera había cesado el serlo rumor de guerra, pero en la sala se oían los golpes de dos espadas reproduciendo los golpes y empujes de la batalla) que no parecía sino que continuaba.

Palabras de doña Brianda Blanca con la de encajada vista iba en la ventana, pero el varón avanzandola con sus duras calificaciones pugnaba por separar al serlo rumor que lo consiguiere se oya un ¡ay! atogado seguido de un golpe como de un hombre que cae resido de todas armas, luego los pasos de otra persona se iba, y todo quedó en el antiguo silencio.

La doña Brianda se volvió hacia doña Brianda, y volviendo a Blanca que se tuvo en la cama, se volvió a la ventana, la abrió un punto, sacó la cabeza fuera, y volvió a cerrar.

Después de esto se volvió hacia Blanca, y al fin deteniéndose al hombre, se volvió a Blanca, y volviendo a Blanca, se volvió a la ventana, la abrió un punto, sacó la cabeza fuera, y volvió a cerrar.

Después de esto se volvió hacia Blanca, y volviendo a Blanca, se volvió a la ventana, la abrió un punto, sacó la cabeza fuera, y volvió a cerrar.

— ¡Oh, Dios mío! Dios lo haya amparado por su amor.

Blanca se volvió a la anciana silenciosamente, y bajó la cabeza ocultando a la acusadora mirada, y en la descompuesta faz, mas esta eliminándose a su lecho añadió un suspiro.

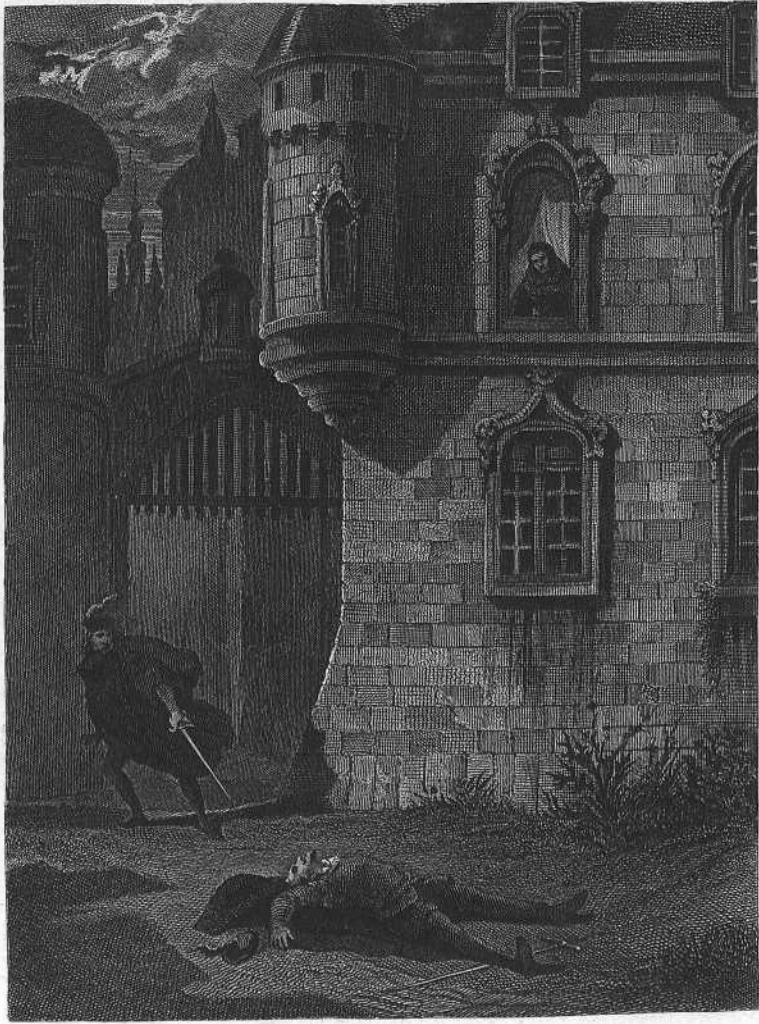
— ¡Oh, Dios mío! Dios lo haya amparado por su amor, pues sois la perdición de esta casa.

Su voz se volvió a Blanca, Blanca ya no escuchaba a la doña y atropellada anciana, y como la acusación había sido demasiado fuerte, y acababa de caer su sentido sobre el lecho, se tendió.

Vuelto la cara al golpe de doña Brianda, y viéndola de aquel modo murmuró palabras de confusión sobre el serlo.

— ¡Oh, Dios mío! Dios lo haya amparado por su amor, y mañana su nombre será conocido en la aventura. Vaie más que no lo haga, el mármol es frío y a parte de despedir.

Esto dijo, hizo luego la señal de la cruz sobre el rostro y pecho, y se tendió en el lecho, cerrándose en él, porque el fresco de la noche la había penetrado y helado.



PATOULET D^o.

LECHAR D^o.

... à la luz de la luna distinguió un hombre tendido.

XVIII.

Cada siglo marca su huella, ha dicho un ilustre escritor frances, y esto es tan cierto como que esa huella es imborrable y que nunca se reproduce semejante. Siempre en su curso inmutable avanza, y ni retrocede, ni se para ni estaciona, dando cima á su obra que es la perfeccion humana, y alcanzada esta su destruccion total.

Hubo uno en que el sentimiento religioso, que nacido el primero al pié de la cruz del Gólgota, se habia ido desarrollando y progresivamente creciendo en los que iban pasados, fue grande y predominante en todo, y aquel imprimió la suya en la capucha y el sayal. Alzáronse catedrales y monasterios, Dios fue todo para el hombre, á él se consagraba la virginidad, á él se sacrificaban las pompas del mundo. En su nombre se blandia la espada, por su gloria se hizo la guerra, y los mismos que le servian en los altares le glorificaban en el combate peleando para que fuera enaltecido.

La cogulla y la coraza se hermanaron, y nacieron las órdenes militares.

Rodando como iban, en pos de este vino otro, otro que fue el del valor. Su trascurso fue una continua lid, las conquistas engrandecieron las naciones, las victorias orlaron sus blasones de laurel. Las generaciones que en él se sucedieron fueron de héroes que le dieron lustre con sus altas proezas, y su sello quedó grabado más que en las fronteras que se habian dilatado en las costumbres que adquirieran. Todo fue marcial, juegos, fiestas y placeres.

Por eso aquellos hombres de hierro que al traves de la óptica por donde los miramos nos parecen feroces y crueles, cuando la guerra se suspendia por una tregua, se entregaban al placer de hacer gala de su valor y destreza en las justas y torneos, y más que á este al de la caza, único sin molicie, sin languidez: vivo, fuerte y excitante, como el peligro, la lucha y el triunfo.

Ansiosos de sensaciones necesitábanlas tan fuertes como su temple, y de aquí las célebres cacerías de la edad media, con su aparato cuasi regio, su estruendo marcial, sus peligros y su animado interes. La beldad que miraba palpitante combatir á los paladines en la arena del palenque, pronunciándose como débil por el que más fuerte era, tambien se sobreponia en la caza á la fatiga y al miedo propio de su débil constitucion, y arrojaba con su delicada mano aguda flecha á las fieras, y clavaba su cuchillo de monte en el cuello del rendido ciervo, que recibia la muerte á sus piés.

Pero dejando á un lado digresiones en que á nuestro pesar caemos siempre que echamos una mirada retrospectiva á la patria que nos envanece y á la edad

que de cierto calumniamos, nos ocuparemos en proseguir nuestra comenzada historia, que es lo que más principalmente nos atañe é interesa.

Las rojas y esplendentes tintas de la aurora, que asomando venía por el Oriente, introducían un rayo de encendida luz por las abiertas ventanas de doña Leonor de Castilla, notándose en su recinto movimiento y animación. Ya la reina de Navarra había dejado el mullido lecho y entre sus damas se hallaba, quienes á la vez que la ayudaban á vestir la comunicaban extrañas nuevas, nuevas que eran oídas con atención y marcado disgusto.

Tenían en verdad sus ribetes de misteriosas y su sabor de funestas, pues la contaban como debajo de las mismas ventanas del palacio había habido en hora avanzada de la noche una pendencia, de resultas de la cual Sancho Ramirez, que al parecer tomara parte en ella, estaba herido de un recio golpe en la cabeza, y su contrario no debía tampoco estar muy bien parado, por cuanto un no escaso reguero de sangre señalaba su retirada del Campo Grande hasta un gran trecho donde debió pararse á contenérsela.

Para doña Leonor las conjeturas eran las que debían ser; concordando en un todo con la misteriosa aparición de doña Brianda, atribuía el lance á un encuentro de su mayordomo con un rondador de la princesa doña Juana ó de la joven señora de Ruitelan, reservándose no obstante sus vehementes sospechas. Para las damas venían en parte á ser las mismas. Siempre se hablaba de un galán atrevido y de una dama que en secreto le favorecía, escapándose como sin advertirlo el nombre de Blanca en aquel relato animado con el colorido de la envidia y el deseo de perjudicarla.

Entre tanto doña Leonor, ya vestida ricamente de cazadora, recibió á Guillen de Arévalo, primer escudero de su mayordomo, que en nombre de este solicitaba verla; el cual le dijo como tenía hendida una parte de la cabeza de una cuchillada que en la noche pasada recibiera rondando el palacio, y que no pudiendo resistir la fatiga de la caza ni aun dejar el lecho, la rogaba lo excusase de asistir á la del duque, dignándose además cuando volviera pasar algunos instantes á visitarle.

Después de oírle atentamente doña Leonor le respondió mandando que le dijera á su señor que sentía gran pesar por su malaventura, y que asentía de buen grado á su demanda, excusándolo en todo y para todo, despidiéndole con esto. En seguida nombró quien sustituyera á Sancho Ramirez cerca de su persona, reunióse su séquito, acudieron las damas, entre ellas Blanca de Castro un tanto rojos los párpados del llanto de la noche, pero con la sonrisa en los labios porque su tutora se lo había mandado: los palafrenes estaban dispuestos, sin faltar otra cosa para partir sino que el duque viniera.

Y este no tardó en presentarse precedido del rumor que formaban las pisadas de hombres y caballos, el ladrar de los perros atraillados y el silbido de los monteros que los contenían y guiaban.

La corneta de caza de don Fadrique hizo oír una tocata de alborada así que se aproximó á la inmediacion del palacio; cuando llegó á su puerta desmontó y subió con el conde de Trastamara y el alcaide de los donceles á tomar las órdenes de doña Leonor. Dióla esta de partir despues de un corto y cortes razonamiento, y montó con singular gracia y ligereza en su palafren, ayudada de don Fadrique, quien cabalgando á continuacion rompió la marcha á una señal de la reina.

■ Salió al campo por la puerta que hoy llamamos del Cármen la numerosa y bien ordenada cuadrilla. Doña Leonor departía alegremente con el duque, que iba á su diestra, y con el conde que se la daba: las damas la imitaban platicando con los caballeros que las servian de uno y otro séquito, ménos Blanca que seguía inmediatamente á la reina, y Figueroa que iba en pos del duque, y por consiguiente uno junto á otro.

■ Pero aunque Gonzalo no hablaba á su hermosa compañera sólo de ella se ocupaba, notándose sin embargo en su rostro una palidez cenicienta y en sus ojos una irritabilidad tan inexplicable como extraña.

Conforme se acercaban al sitio donde se hallaba encerrado el ciervo, el regio aparato que rodeaba á los ilustres cazadores se desplegaba de un modo vistoso y sorprendente. El montero mayor del duque soltó su ventor que al instante se internó en el bosque para buscar la caza, y avisar su encuentro, los cazadores lo rodearon y esperaron la señal de los monteros, que en seguimiento del podenco iban para espantar la caza y hacerla partir dando con la corneta la señal de soltar las jaurías y comenzar la batida.

Los cazadores se habian dividido en grupos; los más diestros quedaron con las damas, y los más fogosos partieron con el duque á fin de apostarse en el paraje más á propósito para que el ciervo rompiera. De los primeros era el conde de Trastamara, que en la mano la ballesta, y abandonada la brida sobre el cuello de su noble alazan, cuidaba de doña Leonor, sobre quien caía un espléndido rayo de sol.

Desviadas un cortísimo espacio estaban las damas guardadas por Figueroa y algunos caballeros de los de la comitiva de doña Leonor, los cuales ménos se curaban de oír la esperada señal que de servir á las que á su valor estaban confiadas.

Aguardando pues al ciervo, que á ser perseguido no debia de tardar en romper el bosque, se comunicaban sus pensamientos, continuando las pláticas del camino, todo comedimiento y cortesía, en las que la palabra era la forma y la expresion la sustancia.

Por su parte la reina de Navarra, que como llevamos dicho estaba junto á don Pedro de Castilla, le plúgo tambien entretenerse departiendo, y mirando con sus expresivos ojos al conde, le dijo:

—Mucho tarda ese ciervo en huir. ¿No os parece, don Pedro, que ya es demasiado esperar?

—¿A mí? ¡Oh no! ¡Quisiera al contrario que no rompiera jamás!

—Mal haceis, replicó la reina sonriéndose, tanto más cuanto que en vez del placer de correr una pieza excelente os hais de consumir en la más menguada ocupacion, cual es la de esperar.

—Os diré lo que siento, y perdonad que lo haga. A vuestro lado, doña Leonor, ni veo, ni oigo, ni percibo más que á vos. Nada me falta, nada echo ménos, nada deseo ni me agrada como no sea vuestra presencia, y ved aquí la razon por que quisiera fuese eterna la cacería, no moviéndome de este sitio jamás.

Alzó doña Leonor su frente trigueña que el sol coloraba ligeramente, y tornando á mirarle con afectuosa expresion, le dijo moviendo la cabeza con aire incrédulo:

—Ved ahí, cortés don Pedro, lo que no os pediré yo nunca por juramento, por no oiros desdecir ó haceros perjurar.

—¡Probad! exclamó el conde que se iba inflamando por grados, más que por el ardor del sol con las centellantes y expresivas miradas de su prima.

—Os conozco, conde, repuso doña Leonor que empezaba su cacería particular dando el primer rodeo á la pieza.

—Doña Leonor, dijo el conde clavando en la reina una mirada que tenia mucho de amorosa, creedme y no me ofendais dudando. Como reina me teneis consagrado á vuestro servicio, como deuda decidido á derramar mi sangre por vos, y como mujer... estoy pronto á probar mi adoracion con mi sumision absoluta y mi profundo respeto.

—Os explicais que es un portento, dijo la reina dando de pronto á su mirada una expresion melancólica y grave; pero si la reina, la deuda y la mujer se hallaran en el caso de reclamar lo que tan ligeramente ofreceis, tal vez llegara el desengaño á mostrarle que no es cordura creer lo que afirma la más exquisita galantería.

—Que me mande la reina, que me necesite la deuda, que me honre con su preferencia la mujer, y así conocerá probándola lo que vale una promesa de Pedro de Castilla, y hasta dónde rayan los sentimientos que contiene dentro de su corazon.

Miró la reina por tercera vez al conde con penetrante fijeza; miró, decimos, detenida y profundamente á aquel hombre que así se enredaba en su red, y que sin embargo no tenia aun asegurado por amigo ni aliado.

Entre todos los encumbrados magnates que hicieron célebre la minoría de Enrique III el más poderoso habia sido el duque de Benavente, los más influyentes los arzobispos, los más leales los maestros de Santiago y Calatrava, el más revoltoso el conde de Trastamara.

Y no era porque su natural fuese más díscolo ni más osado, sino porque arrebataado de accion, iracundo de genio y débil de carácter, recibia impulso de la

voluntad que se proponia dominarle ó del acontecimiento que de súbito lo via. Unido por una estrecha alianza con el duque de Benavente fue su genio, pero rota aquella alianza el dia en que las córtes de Búrgos los separaron á la vez de la regencia á causa de la muerte violenta del sin ventura Dia Sanchez de Rojas, nada los habia podido acercar, siendo su amistad una frívola apariencia.

Hora la voluntad del conde flotaba á merced del viento que corria, ya soplara de la córte, ya de los altivos y descontentadizos señores que por oposicion aborrecian á los privados. Por eso doña Leonor, que sabia el influjo que en su voluntad podia ejercerse, contaba con dominarla; pero no queria aventurarse participándole sus secretos hasta no estar segura que se la rendian y lo ligaba á ella un pacto solemne y un más solemne juramento.

Quitando sus expresivos ojos de los de su primo, que con tanta firmeza como fuego la miraban, replicó:

—Poco tiempo queda para que lo probeis, don Pedro, y vos como yo sabeis que pronto nos separaremos.

El conde nada sabia, así fue que exclamó un tanto sorprendido:

—¡Yo no sé nada! ¿Dejais á Valladolid?

—Le dejaré si triunfan los que han resuelto mandarme á Navarra en breve.

—Los... ¿Acaso hablais de otros que no sean don Cárlos?

—De otros hablo, conde.

—Y ¿quién pretende tal en Castilla, donde sois tan acatada como Catalina de Lancaster?

—¡Quién ha de ser, don Pedro, sino los privados de don Enrique!

—¡Bah! No pueden tanto aunque quieran, y persuadíos de que les falta tiempo para pensar en quién mandarán á Granada y con qué pagarán las pocas huestes que hay en la frontera.

Sonrióse con desden doña Leonor, y replicó con cierta concentracion:

—Desgracia es que tan poco se os alcance de sus intentos.

—Lo confieso, doña Leonor, nada se me alcanza de ellos; pero á eso se añade que aunque los conociera y palpara no me inspiraria cuidado.

—¿Eso decis?

—Eso afirmo; á ménos que vos quisierais volver con don Cárlos vuestro esposo.

—Pues persuadíos de que no quiero, y sin embargo lo harán.

—Contad entónces, replicó el conde con jactancia, que no ciño yo esta espada y que está muerto este brazo que os proclamó la más bella en el torneo de Segovia, la más noble en el de Búrgos, y sobre todas discreta en el célebre de Zaragoza.

—Mucho tengo que agradecer á vuestra espada, don Pedro...

—No tanto como á mi corazon, replicó el conde llevando la cuestion al terreno en que le era grato ventilarla.

Revistió doña Leonor su expresivo semblante de gravedad, y repuso:

—Dejáos, don Pedro, de lisonjeras protestas, y hablemos por vuestra vida del porvenir, más oscuro y peligroso de lo que os parece.

—Ya os he dicho, doña Leonor, que no creo en los peligros, ni temo á los tres privados, aunque don Enrique los apoye.

—¡Os hallaréis dispuesto á ceder...!

—¿El qué, doña Leonor?

—Quinientos mil maravedís que alcanzais de las rentas del rey, y quinientos mil maravedís por lo ménos de las vuestras.

—Los primeros me los ha dado don Enrique...

—¡El los recogerá otra vez!

—¡Los segundos son herencia de mi padre!

—A quien Dios dé reposo en su seno.

—¡Amen! dijo don Pedro de Castilla desprendiéndose de sus ojos un relámpago de rencoroso sentimiento al recuerdo del asesinado maestro, insidiosamente evocado por la reina de Navarra.

En aquel punto de su plática resonó la corneta del montero mayor del duque, á que contestó el ladrar de los perros, el relinchar de los caballos, los ecos de las cornetas y las voces de los cazadores que se ponian en movimiento.

El ciervo iba huyendo y se dirigia á romper el bosque precisamente en el instante que el conde de Trastamara, serenada ya la nube que formara doña Leonor, le preguntó:

—¿Qué os hace sospechar...?

—¡Creer! dijo doña Leonor interrumpiéndolo bruscamente, porque creo en una persecucion y formidable,

—¿Con qué motivo? ¿á qué fin?

—Sencilla es la razon, y me maravilla que no se os ocurra. Los privados temen nuestro influjo con el rey y en Castilla, y se libran de él poniéndonos en prisiones ó enviándonos al destierro: son avaros y encuentran muy pingüe nuestra renta codiciándola.

—¿Para ellos?

—¡Oh! no, para el rey, respondió sardónicamente doña Leonor.

—Pues se engañan torpemente si creen que yo les dé en despojo ni una blanca de lo que poseo.

—¡Es que no tratan de pedir, sino de tomar!

—Es que yo no me contentaré con negar, sino que pasaré á defender.

—¡Si os anticipais á parar el golpe...!

—De mi diestra al pomo de mi fuerte espada ved qué corta es la distancia, y ¡ay de aquel contra quien se blandel dijo con soberbia arrogancia el bastardo del bastardo del rey don Alfonso XI.

—Así os salvaréis, conde. Seguid esa inspiracion.

—Y ¿vos, doña Leonor, qué pensais? ¿por qué os teneis por amenazada y aun más de cerca perseguida?

Fijó la reina de Navarra en el conde una mirada de indescribible expresion, y respondió con su simpática voz:

—Yo pienso que es cobardía dejarse despojar, que es mengua no combatir, que es justo asestar el golpe á quien con otro nos amenaza; pero ¡soy mujer! y necesito valedores.

Conoció don Pedro de Castilla toda la intencion de su respuesta y todo el poder de sus ojos seductores como pocos, y dominado por su doble influjo replicó con un arranque tan irreflexivo como caballeresco:

—Juro por el nombre que hizo célebre su nobleza y que llevamos los dos, serlo vuestro si os dignais admitir el apoyo de mi brazo.

—¡Oh! dijo doña Leonor fijando en su primo una segunda mirada más expresiva que la primera, es que más que el brazo necesito la voluntad.

—El uno ya le teneis consagrado, la otra enteramente rendida.

—Acepto porque así os hago fuerte, dijo la reina de Navarra, doblada con su triunfo la confianza que en sí propia tenia, aumentado su orgullo por su lisonjeada vanidad.

Sin que tuviera tiempo don Pedro para pedir á la reina una aclaracion de sus últimas palabras, resonó fuertemente en el espacio el agudo ladrar de los perros, el galopar de los caballos y los gritos de los cazadores, excitando á los primeros que, siguiendo el rastro del ciervo con un ardor indecible, se acercaban hácia aquella parte del bosque.

Tras de ellos venía el duque de Benavente, seguido de una parte de los monteros en persecucion del ligero animal, que abandonando el bosque corria hácia el Pisuerga con una velocidad tal, que dejaba atras perros y caballos á la vez.

Viendo don Fadrique al conde de Trastamara, le gritó espoleando su caballo:

—¡Se nos escapa, don Pedro!

Y siguió su carrera á rienda suelta.

—No lo creo de tan buen cazador como vos, le contestó don Pedro de Castilla alegremente.

—¡Sigámosle! exclamó doña Leonor incitada con el ruido atronador del bosque y con la aparicion de su hermano.

—¡Sigámosle! repitió el conde.

Y todos se precipitaron en pos suyo para reunirse y formar una sola cuadrilla.

Entre tanto el perseguido animal, con el instinto de conservacion que reside en todo sér, ejecutó uno de sus ardides, ocultándose entre unas zarzas con el vientre pegado á la tierra.

Perdida la pista, los perros se detuvieron, el duque dió orden de volver, y

los monteros se pusieron á buscar la huella, para poner los podencos en el rastro que acababan de perder.

Pero miéntras se discurría la refuga por los cazadores y se trataba entre ellos, como hábiles conocedores del terreno, por cuál parte la habria ejecutado, los perros lo habian encontrado en su escondite, y héchole partir de nuevo persiguiéndole con más ardor y más fuerte ladrido que al principio.

Animábanles los cazadores con sus voces, rendía la fatiga al acosado ciervo, pero á medida que su fuerza se gastaba, acudía á la astucia contramarchando y desviándose, haciendo por último un cambio que volvió á dividir la cuadrilla, dándose la mitad á perseguir á un corcillo ligero y montaraz y la otra mitad al ciervo que la burlaba.

Excitada doña Leonor por las fuertes emociones de la caza, que se reflejaban en su brillante mirada y en su frente que coloraba la fatiga y daban sombra las ricas plumas de su tocado, seguía en su rápida carrera á don Fadrique, quien con el alcaide de los donceles perseguía tenazmente al ciervo, miéntras que el resto de los cazadores volaba tras el inocente corzo que apenas rozaba la tierra con sus piés.

Pasado el primer ímpetu de la carrera Figueroa buscó á Blanca entre las damas, y no hallándola, volvió grupa y se lanzó á buscarla, temeroso no la hubiera sucedido algun azar; pero ántes de internarse en el bosque la vió salir de entre unos árboles sola y desalentada.

Gonzalo fué á su encuentro, y poniéndose á su lado le dijo con despecho:

—Hoy no reconozco en nada á la diestra y alegre cazadora de Ruitelan.

—¡Qué quereis! contestó Blanca resentida: es ley que todo se pierda en la córte.

—En cuanto á fe, sin duda alguna, replicó el alférez del duque con acento singularmente agresivo.

Blanca le miró fijamente un solo instante, luégo bajó la cabeza, y sacudiendo con su látigo el cuello de su manso palafren le hizo doblar la carrera.

Aligerando el paso del suyo Figueroa, se alineó nuevamente con ella, y observándola vió dos gruesas lágrimas corriendo por sus mejillas y otras dos suspendidas en sus luengas y negras pestañas.

Alargó la mano para tomar las riendas á la visiblemente trémula de la peregrina cazadora, preguntándole con un interes que superaba en mucho á su anterior acritud:

—¿Por qué llorais, Blanca? ¿Qué teneis que así os aflige?

Abandonó Blanca las riendas que le tomaban, y cubriéndose el rostro con ambas manos dejó escapar algunos sollozos á su garganta y á sus ojos todas las lágrimas que los anublaban.

No hay nada que conmueva como el llanto, y más cuando se vierte con angustia y lo vierten unos ojos hechiceros. Vivamente afectado Gonzalo con el

que Blanca derramaba, se detuvo y la detuvo, y le dijo con una solicitud subyugadora:

—Blanca, una palabra, y sea pronto dicha, porque esa cuadrilla que se aleja puede volver y separarnos. ¿Por qué llorais con esa desolacion? Decídmelo, Blanca. ¡Decídmelo por el cielo!

Blanca descubrió su rostro que inundaba el llanto, y contestó:

—Lloro como llorará ese ciervo que persiguen, próximo como yo á rendirse.

—Y ¿por qué os burlais de quien sólo piensa en defenderos?

—¿Yo?

—¡Vos!

—No me ofendais, Gonzalo, eso no es noble, y vos lo sois.

—¿Entónces á qué el juego de apariciones que anteanoche ejecutasteis? ¿Entónces á qué ocultarme que olvidando mi amor aceptabais el de otro? ¿Entónces á qué revelarle que yo rondaria vuestras ventanas? Si no así, no es posible comprenderlo.

—No puedo entrar en explicaciones, dijo Blanca enjugándose los ojos, porque me falta tiempo y calma para coordinar mis ideas. Dadme las riendas y andemos, no me eche de ménos la reina.

—¡Proferis con temor ese nombre! ¿Qué ha hecho con vos doña Leonor?

Blanca le contó en muy breves palabras lo ocurrido desde su cita, y con más concision aun lo de la noche de su llegada.

—Cuando le hablasteis de resistencia á doña Leonor: ¿teniais algun proyecto formado? le preguntó Figueroa.

—Mi primera idea fue huir y refugiarme en San Prom, pero la deseché por irrealizable. Despues sólo he pensado en el rey, cuya proteccion me ofreció. Yo puedo reclamar su tutoría: ¿no es cierto?

—Sí, pero no la reclameis si algo soy para vos, exclamó Gonzalo cerrándole aquel camino con toda la susceptibilidad de los celos.

—Pero si no la reclamo tendré que cruzar las manos y ceder. Todos están contra mí.

—Y ¡qué son ellos cuando yo estoy á vuestro lado! dijo Gonzalo en un impetuoso arranque. ¡Nada!

La esperanza brilló en la cándida frente de Blanca y una inefable sonrisa entreabrió sus labios encendidos.

—Desechad el temor, añadió Figueroa resueltamente, porque entre el altar que la reina de Navarra prepara y vos, arrojaré todo el influjo de don Fadrique, ó toda la sangre de Sancho Ramirez.

El bosque pareció atronarse con el súbito estruendo que formaban los gritos de los monteros, los ladridos de los perros y los ecos de las cornetas. Las cuadrillas se habian unido y perseguian con ardor al ciervo, que huia hácia aquella parte del bosque.

—Blanca, dijo Gonzalo con acento exigente y conmovido, promettedme ser fiel al amor que os juré bajo los robles de Ruitelan; promettedme oponer por algunos dias, por algunas horas, una resistencia firmísima á los ruegos y á las órdenes de la reina y su mayordomo; promettedme que esperaréis confiadamente en los esfuerzos que yo haga para arrancaros á la tiranía de vuestra tutora, y que no le concederéis al señor de los Cameros ni aun la delicia de una mirada.

—Os lo prometo, respondió Blanca aturdida con el ruido y sus propias emociones.

—¡Jurádmelo, jurádmelo! Con vuestra mano en la mia.

Y Gonzalo tendió la suya algo dura con el roce de las armas para recibir la pequeña y delicada que Blanca puso en ella, diciendo con esa fe viva que aun no ha entibiado el desengaño:

—Lo juro ante Dios, que aquí como en todas partes nos ve y nos atiende.

—Y yo juro como vos, tomando á Dios por testigo, que para salvaros de Sancho de todo os haré sacrificio, empezando por los temores que desde Valdestillas me impresionan y concluyendo por los celos que á mi pesar me acometen.

Y sin duda para dar más fuerza á su juramento oprimió la mano de Blanca, que á su vez le devolvió, quizá como aceptación, una presion ligerísima.

El ruido de las ramas al quebrarse anunció que el ciervo rompía por aquella parte, y con efecto fue así. Apenas tuvo tiempo Figueroa de apartar á su trémula compañera, cuando el ciervo perseguido de cerca por los perros salió, corrió un corto trecho, y viéndose rodeado por la jauría principió un combate en el que defendiéndose desesperadamente procuraba herirlos con sus dagas.

Los cazadores los cercaron, y el duque á riesgo de ser herido se abalanzó sobre él y le desjarretó con una destreza admirable.

Entónces cayó el ciervo sobre sus rodillas y doña Leonor le clavó su cuchillo de monte en la cruz.

En aquel momento resonaron todas las cornetas de caza celebrando con alegres tocatas la muerte del ciervo, los monteros dejaron á los perros que encarnaran en él, y los cazadores se reunieron despues de matar al corzo que cayó acosado por los ardientes podencos que lo perseguian.

Era ya medio dia: la satisfecha cuadrilla tomó alegremente la via de Valladolid, ocupándose en referir los lances de la cacería, que por cierto habian sido tan variados como peligrosos. Lo mismo que á la ida, el conde de Trastamara y Alfonso Alvarez de Toledo llevaban en su centro á doña Leonor y al duque, y aquella departia con este fraternal y agradablemente. De pronto se dirigió al alcaide de los donceles y le preguntó:

—¿Qué proyecta ahora de importante don Enrique, bravo Alvarez de Toledo?

Volvió el interpelado los ojos, y despues de contemplarla un brevísimos instante con cierta prevencion y desconfianza:

—Lo que proyectó el día de su coronacion, respondió: mejorar el reino que gobierna.

—Dios le dé vida y acierto para realizarlo, repuso doña Leonor con su natural y dulce acento. Y ¿sus privados, añadió impasiblemente, en qué tienen puesta su atencion?

—¡Oh! sus consejeros es otra cosa, replicó con su agreste franqueza Alvarez de Toledo; esos se ocupan en mejorar las rentas del monarca.

Doña Leonor dirigió á don Fadrique una expresiva mirada, pero este sólo le devolvió una indiferente sonrisa.

El alcaide notó una y otra.

—Y ¿qué medio han adoptado? tornó á preguntarle la reina aplicando la sonda diestramente.

—Ninguno todavía, porque andan divididos en pareceres. Hay quien pretende que le dé Castilla, y hay quien no lo cree necesario.

—Esa opinion debe preponderar, alcaide.

—Y preponderará de seguro, señora.

La reina miró esta vez al conde de Trastamara, el cual le manifestó con un signo comprenderla y comprender al alcaide, quien como ántes sorprendió aquella doble mirada.

Dió el duque otro giro á las ideas procurando separar la atencion del alcaide de doña Leonor, y lográndolo en parte entraron en Valladolid. Llegaron pues al palacio del Campo Grande, á cuya puerta descendió la reina de su palafren en brazos del duque, que como primero entre todos la servia de derecho.

Despidióle cortesmente, lo mismo que al alcaide, y permitiendo al conde de Trastamara que la ayudase á subir las gradas que daban ingreso á su fastuosa morada, le dijo en voz que sólo de él fuera oida:

—¿Oisteis al alcaide?

—¡Oh! sí.

—¿Comprendeis la realidad y la inminencia del peligro?

—Harto bien.

—Y ¿estais decidido á conjurarle?

—¡Con vos y por vos, á todo!

—Pues preparáos para combatir.

—Almenas tengo y ballestas.

—Buenas son, pero procuráos ante todo aliados y parciales, contando.....

—¡Con vos!

—Y con Alfonso Enriquez de Noroña.

El conde arrugó el entrecejo. Estaban ya en la meseta.

—¿Es vuestro Alfonso? la preguntó.

—¡Nuestro, conde, porque somos aliados!

—¡Será tambien el duque...!

—¡Oh! el duque está cansado. ¡Dejadle!

—¡Qué decis!

—Que os espero á la noche en mi cámara.

Y con un grácil ademan lo despidió.

Bajó don Pedro de Castilla las gradas del palacio, abriéndole paso el séquito de doña Leonor, que ordenadamente las subía, y montando con ligereza se colocó junto al duque, que le dijo con su glacial indiferencia:

—Presumo, galan don Pedro, que la cacería os ha sido bien fatal.

—Oh duque, no lo creais; jamas he tenido otra más afortunada.

—Eso os habrán dicho, pero no le deis asenso. La de hoy solo ha sido provechosa para Alfonso Alvarez de Toledo, que con mi alférez departe; mas ese no aumentará sus descubrimientos.

Y espoleando su caballo partió, dejando al conde con la palabra en los labios y no poca confusion.

XIX.

Cruzando don Fadrique de Castilla la serie de aposentos que conducian al suyo, hubo de volverse como buscando alguna persona entre las que le seguian, y no hallándola, le dijo al hidalgo Troncoso, que en pos suyo venía:

—¿Sabréisme decir qué se ha hecho Figueroa?

—Sólo os puedo responder que quedó apeándose, contestó el interpelado respetuosamente.

—Demasiado buen jinete es para que eso le entretenga, replicó el duque entrando en su aposento. Algo le detiene sin duda: id y vedlo, diciéndole que le aguardo si nada le acontece, ó en caso contrario venid á participármelo.

Y despues de dar esta órden y de quedarse solo, se dejó caer en un alto sitial con talante de displicencia tan pronunciada y de cansancio tan extremo, que en un largo rato no hizo movimiento alguno, ni aun alzó los ojos del pavimento donde los tenia clavados.

Pasaba el tiempo y ni aparecia Gonzalo ni tornaba Troncoso, y la displicencia del duque se trocó en mal humor y este en iracunda impaciencia. Mas cuando subiendo de punto amenazaba estallar cedió la entornada puerta, y entreabriéndose dió paso á su alférez que avanzó sin apresurarse, más pálido que por la mañana estaba y tan poco placentero, como que se conocia en la ligera contraccion de sus cejas y en lo apretado de sus labios que sufría una fuerte contrariedad.

Parándose delante del duque, que le habia visto entrar y acercársele sin dirigirle una palabra, le preguntó lacónicamente:

—¿Qué se os ofrece, señor duque?

—Preguntaros muchas cosas, respondió don Fadrique en su acceso de mal humor con tono seco y breve; y la primera es de dónde venis.

—En este instante del lecho, contestó Gonzalo despues de morderse los labios.

—Pues á fe que no os habeis fatigado en la cacería para necesitar reposo, porque en vez de tomar parte en la batida y perseguir la pieza como diestro cazador, os habeis estado mirándola con las damas, sin tomaros ni aun el trabajo de celebrarla con una nota de vuestra corneta.

—Con efecto, no la he aplicado una vez siquiera á mis labios.

—Bien que hoy todo es inexplicable en vos. Empezasteis por hacernos esperar largo espacio puesto el pié en el estribo, seguisteis no queriendo tomar parte en la batida, y concludis con retiraros muellemente á descansar, cosa que no habeis hecho cuando la fatiga del combate os debia abrumar pesadamente.

—Eso consiste, replicó Gonzalo con acento un tanto frio y negligente, en que durante la pasada noche, miéntras vos reposabais tranquilo en vuestro lecho, yo velaba léjos del mio, y en tanto que así reparabais vuestras fuerzas con el sueño, yo perdía una parte de las mias peleando cuerpo á cuerpo en un ángulo solitario de Valladolid. Luego el tiempo no quiso detener su curso por más que mi voluntad lo deseó, y ved la causa por que hubo de sorprenderme la hora de la cita entre las manos de maese Bertran, que ponía un vendaje á mis heridas.

—Y ¿porqué no lo dijisteis y os ahorrarais la fatiga sufrida y el peligro que en ella habeis corrido? exclamó don Fadrique reparando en su intensa palidez.

—Porque no queria faltar despues de estar anunciada mi presencia en la cacería á la reina de Navarra como anoche me dijisteis, y porque tampoco habia tiempo para ello, pues me estabais aguardando con la brida en la mano para montar.

Hé aquí, señor duque, el motivo de mi tardanza, de mi inaccion y de mi retirada á descansar, todo lo cual me pesa haya sido de vuestro desagrado.

—Os lo he mostrado por no saberlo, dijo el duque satisfaciéndole con nobleza. Disimulad que os haya contrariado por mi deseo de departir un rato con vos, y retiráos á descansar para reponer vuestras fuerzas con el auxilio del sueño y de maese Bertran vuestro escudero, hasta que ya recuperadas me podais contar vuestra aventura y lo que os ha venido diciendo el alcaide de los donceles.

—Está vencida la languidez que el cansancio me ha producido, respondió Gonzalo aprovechando la ocasion que se le presentaba de explicarse con el duque y poder cumplir su solemne promesa á Blanca; y me pongo á vuestras ór-

denes, cuanto más que lo del alcaide os está bien saberlo y tengo deseos de decíroslo.

—Pues en ese caso sentáos en este sillón y recostáos cómodamente para que departamos un rato sin que sufráis demasiado, pues os lo repito, si os hice llamar fue para que estuvierais conmigo, no para incomodaros ni reprenderos como en un arranque de mal humor he hecho.

—Estoy harto satisfecho de vuestra intencion, y hé ahí la causa por qué os dé gracias á pesar de vuestro reproche, dijo Gonzalo sentándose junto al duque y acomodándose para hablar.

—De nada podeis dármelas todavía, replicó don Fadrique que en odio como en servicios siempre devolvía con creces. Hasta ahora yo soy el que ha recibido y vos el que me habeis dado.

—Quizá tuvierais razon tratándose de un afecto sincero, profundo y deseoso de dar altas pruebas que no se le proporcionan por cierto, dijo Figueroa provocando diestramente una manifestacion de las del duque.

—Las he recibido buenas en profusion y sin que vacilaseis ante ellas, replicó don Fadrique haciéndola; mas os prometo que cuando vos necesiteis una del mio, superará á las vuestras en lo pronta y espontánea.

—Lo sé, repuso Gonzalo decidiéndose á exigirla, y hé aquí por qué cuando la hora suena, vengo á vos á demandarla.

—¡Oh! si es así hacedlo, en la inteligencia que, sea mi poder ó mi afecto, está pronto á satisfaceros. ¡Hablad!

—Sí haré, pero luego que os diga lo de Alvarez de Toledo.

—No: vuestras pretensiones primero, luego vuestra aventura, lo último lo del alcaide, que presumo y no me afecta.

—Sea como mandais, sólo que empezaré por mi aventura para que sirva de introduccion á las pretensiones.

—Ordenad vuestra narracion como querais, dijo el duque sonriéndose. Contad pues lo primero que os llevó á ese ángulo de Valladolid en hora avanzada de la noche.

—¡Oh! qué me habia de llevar sino unos ojos negros; los más bellos y embeladores de Castilla.

—Debí presumirlo y ahorraros esa respuesta. Sabido el motivo pasemos á la aventura.

—Figuráos que en el festin de la reina de Navarra tuve la felicidad de conseguir una cita de una dama. Acudí á ella con harta anticipacion, mas no logré sino ver una aparicion hechicera que huyó apénas mis ojos la miraron. La cita fue para hablar, y como no habia tenido el placer de escuchar una palabra de su boca y me importaba mucho oirla, no dándola por cumplida volví á la noche inmediata. Méno afortunado hallé la ventana cerrada y al pié de ella un hombre que tuvo la insensatez de pedirme cuenta de mi intencion. Se la negué

laconicamente, mandándole que despegara: me volvió la intimacion amenazándome, se descubrió, le conocí... y las lenguas callaron fiando á la espada su razon.

Esta no se decidió sino á medias, porque su buena hoja toledana tuvo el acierto de introducir su punta en mi hombro desgarrando la carne hácia el brazo, y la mia cayó sobre su frente y se la hizo hundir en el polvo.

Túvele por muerto ¡tan inerte quedó! Y emprendí la retirada no sin tener á poco que detenerme y medio vendarme la herida, porque perdía más sangre de la que era menester, y hé aquí narrada fielmente la aventura.

—Propia de vuestra edad, querido Gonzalo; mas aunque sea de paso, decidme por vuestra vida á quién honra el brazo esforzado que ha herido á uno de los más valientes y diestros paladines de Castilla.

—A un rival á quien no falta ni valor, ni poder: á Sancho Ramirez.

—¿Hablais del señor de los Cameros?

—Sí. ¿Os admira?

—¡Oh no! ¿Por qué? El adusto mayordomo de la reina de Navarra ha rendido como vos su cerviz. ¡Es la ley! Mas permitidme una pregunta que retiro á ser indiscreta: ¿qué dama ha rendido la fiereza de Sancho Ramirez y vuestra antigua indiferencia?

—Una muy jóven, en extremo bella y nobilísima, contestó Figueroa con una reserva que justificaba sus antecedentes, á quien su estrella ha colocado bajo el influjo de mi amor y el poder de mi rival que abusa del suyo para obtenerla.

—Eso será sin contar con vuestros esfuerzos para impedirlo.

—Que por cierto no serán menguados ni contenidos, tanto cuanto que mi empresa la hará fácil una palabra de vuestros labios, y ya teneis insinuadas mis pretensiones.

—Pero necesitais explanarlas para que yo comprenda lo que vos deseais y lo que yo puedo hacer. Decidme pues: ¿qué palabra es esa y á quién la he de dirigir?

—Una que apoye mi justa pretension, y que pronunciada por vos ejercerá su mágico poder sobre la reina de Navarra.

—¡Pesia á mí! Os engañais en el influjo que sobre ella me atribuis, Gonzalo, y si ella le tiene en vuestro amor, medrado estais.

Una incrédula sonrisa asomó á los labios de Figueroa, no obstante que la contrariedad y el disgusto se difundió en su semblante.

Todo esto que notó con alguna sorpresa el duque, hizo que tras una brevisima pausa le preguntara sin rodeos:

—¿Quién es la dama que pretendéis?

—La ricahembra de Castro, respondió Gonzalo observando atentamente la impresion que aquel nombre producía en don Fadrique.

— ¡La ricahembra de Castro! repitió el duque con una entonación de voz extraña. ¿Esa niña de ojos negros que parece por su indefinible encanto la primer ilusión de la vida ó su postrer esperanza?

— Esa niña es, repuso Figueroa recargando fuertemente cada una de sus palabras; esa niña es á quien amo desde su infancia, pero que la amo hasta el punto que la disputaría á todos y contra todos me volvería.

Más poderosa que su voluntad la sangre de don Fadrique se agolpó á sus mejillas enrojeciéndolas, advertido lo cual por Gonzalo se puso más pálido de lo que estaba.

Reinó por segunda vez el silencio algunos instantes; mas ántes que se hiciera embarazoso y violento le rompió el duque, preguntándole con un acento que vibraba con cierta concentracion y violencia:

— Y ¿es correspondido vuestro amor por la jóven señora de Ruitelan?

— Sí, respondió Gonzalo sin orgullo y con seguridad, no porque lo merezca, sino porque soy la primera impresion de su corazon sencillo y puro.

— Siendo así, bien se explica la resolucion que habeis indicado. Lo que no comprendo es lo que en medio de tanta dicha esperais de los demas.

— Pocas palabras os lo explicarán, señor duque. Blanca está bajo la tutela de su tia doña Brianda de Velasco, y esta señora entregada á la voluntad de la reina de Navarra, cuya privanza comparte con el señor de los Cameros. Sentado este precedente, os diré que la reina y la tutora están de acuerdo para dársela por esposa á Sancho Ramirez, y sin energía para luchar ni firmeza para resistir, se halla dominada por la triple autoridad que la oprime y tiraniza.

Temo pues que sucumba y dé su mano á quien le mandan, y temo al par que para sustraerse á la violencia que la hacen reclame la tutoría real y se ponga bajo el amparo del rey. Eso es lo que temo; lo que espero más fácilmente se concibe.

Para la tutora, la reina es Dios. Vos para la reina un hermano predilecto y atendido, para mí un mediador poderoso, cuyo omnipotente influjo puede darme la ventaja que apetezco, y se reduce á que no atropelle el señor de los Cameros á la dama que pretendemos, dejándola en libertad para elegir entre los que la solicitamos.

— Eso sería fácil si fuera como decis, un hermano predilecto y atendido, dijo don Fadrique despues de un momento de reflexion; pero no lo soy, Gonzalo, y siento decíroslo: no puedo por ese medio conseguir lo que pretendéis.

— ¿No podeis, don Fadrique?

— No, Gonzalo. Mis lazos con doña Leonor tiempo há que se aflojaron, y hoy hondamente resentida conmigo nada concederá á mis solicitudes ni ruegos.

— ¡Resentida con vos la reina...! ¡Oh! mal lo ha probado esta mañana.

— Se conoce que andabais por otras regiones más etéreas y floridas que las que nosotros llenábamos con el estruendo de la batida; si no, hubierais advertido

que la caza era un pretexto, y que mientras se levantaba la pieza ella hacia una alianza con el conde de Trastamara.

—Concedo que la haya ocupado un doble objeto; mas...

—Desengañaos, no la ha llevado mas que uno, y ese ha sido atraer al conde á su bando, del que yo he rehusado tomar parte, rompiendo mi negativa el último vínculo que nos unia.

—Permitidme que lo dude: doña Leonor os ama... me atreveria hasta asegurar que con preferencia á todo.

Arqueó don Fadrique las cejas, y moviendo lentamente la cabeza le dijo despues de contemplarle con la sonrisa en los labios y una compasion amarga y burlona en sus ojos:

—¡Sois el hombre de las ilusiones, Gonzalo!

—¡Oh! no tanto como se os figura, replicó Figueroa mirando frente á frente al hombre que le arrebatava una y acaso la más preciada; pero en todo caso perdóneos Dios la que me arrancais, señor duque.

Respaldóse en su sitial don Fadrique, fijó en su alferez una mirada de indefinible expresion, y le dijo:

—Sé, Gonzalo, que todas unas tras otras las iréis perdiendo, porque las ilusiones son las hojas frescas y lozanas del árbol que llamamos vida, para el que hay un otoño en que todas desaparecen dejando el tronco desnudo. No obstante esta conviccion, le dejo al tiempo su obra, y ya que estais en la época feliz de creer, no os anticiparé la de dudar. Sólo os diré que en vos se refleja lo que fue. Ved en mí lo que seréis refiriéndome á esperanzas y desengaños.

—No sé por mi vida si es que confundo el deseo en esperanza ó la ilusion en realidad, replicó Gonzalo rechazando con la fe de la juventud la triste prediccion del duque: pudiera suceder y no insisto. Mas aunque llegue el otoño, creeré como creo hoy en aquello que palpo y veo, porque tiene cuerpo y vida.

Don Fadrique tornó á su primera sonrisa.

—No vayais á figuraros, dijo Gonzalo animándose por grados, que yo busco en la vida otra cosa que la vida, ni en los hombres mas que á los hombres mismos. Yo sé harto bien que cual el cielo tiene sus celajes, sus nubes y sus tormentas, pero asimismo sé que despues recobra su pureza y brillantez, y que se mantiene así toda una estacion á veces, porque las tempestades son pasajeras y su estado natural la calma, aunque á intervalos se altere.

Yo veo en el amor lo que he visto y veré siempre, el rayo de sol de la vida, su luz dorada, su goce supremo...

Creo en él, don Fadrique, porque es una verdad, míresele como un trámite, porque pasa la criatura como una tendencia de la materia, como una emanacion del espíritu, como el fruto que necesariamente ha de dar la planta... Ello es que se siente, se inspira y de él emanan mil placeres. Hagamos, pues, del sentimiento

cosa, y démosle una naturaleza palpable para demostrar que no es una ilusion engañadora y falaz.

—Permitidme una observacion, Gonzalo, para que no os extraviéis en el examen y calificacion que habeis emprendido. Yo no dudó del amor... como pasion: lo he sentido como yo siento, y está dicho que habrá sido muy profundamente; mas tengo por ilusion el realizar esa dicha, ese deseo, ese anhelo, esa esperanza, eso, en fin, que no quiero definir en este instante, y que unas veces se desvanece como la niebla que el sol deshace, sin que nuestro afan se satisfaga, ó bien pierde, conseguido su encanto, cual el perfume la flor, cuando dos dedos ardorosos la marchitan con su contacto.

—Sin que convenga con vos en esa negacion absoluta, os diré que no soy de los que concentrando la felicidad en una mirada imaginan que á su luz la tierra se convierte en cielo. Hoy más que nunca tengo el convencimiento de la gota de hiel que cae en la copa de la ambrosía, mas su amargura no impide que esta sea dulcísima, regalada y embriagadora... ¡Confesadlo por Dios! señor duque de Benavente.

Dió un suspiro el duque, y despues de exhalado dijo:

—Embriagadora es, os lo confieso.

—Pues ahora que me habeis concedido una bellissima realidad, voy á probaros otra, repuso Gonzalo, vehemente y apasionado cuando salia de su habitual indolencia. Entre mucho dolo y mas egoismo, existen hombres que encierran dentro del pecho un gran corazon, y en el fondo de este nobles sentimientos, ardientes pasiones y afectos profundos: hombres que por cima de esos sentimientos y de esas pasiones, está siempre su voluntad resuelta á llenar sus compromisos cuando llegan á contraerlos, aunque les lastimen y les hieran, y esto no me lo negaréis, porque no os podeis negar á vos mismo.

Levantó el duque su frente altanera iluminada por una orgullosa satisfaccion, y colocándose en la altura en que su alférez le habia puesto, le dijo:

—No niego lo que me honra, Gonzalo. Os concedo esa segunda realidad.

—¡Oh! pues entónces, aunque las ilusiones se vayan de tropel: ¿qué me importa quedándole á mi vida esas dos realidades que ennoblecen los nombres del duque de Benavente y de la ricahembra de Castro? ¡Qué puedo temer si el amor de la una me lo garantiza la amistad del otro!

—Nada, Gonzalo, si eso os satisface.

—Cumplidamente, duque.

—Entónces os saludo como predestinado, porque en este mismo instante me dispongo para ir al palacio del Campo Grande, y si en algo se tiene, no mi influjo que murió, sino mi poder, os prometó que la peregrina señora de Ruitelan obtendrá la libertad que deseais, aun que otro pierda la suya. ¿Es eso lo que deseais?

—Eso mismo. Que ni la reina mande, ni la tutora obligue, pues á Sancho

Ramirez yo le tendré á raya si no me falta la diestra que le hizo caer desplomado junto al muro del palacio.

—¡Sendo golpe!

—Y tan sendo que ya le tuve por muerto.

—No es ese gran precedente para la reina de Navarra con quien priva.

—¡Bah! eso sería haciéndole valer yo, pero entre vos y él... ¡quién vacila!

—Para no contestaros os dejo, dijo don Fadrique levantándose.

—Es que aun no os he dicho lo del alcaide.

—Ni ya lo quiero saber. Idos, pues, á descansar gozando el más rico período del amor, la esperanza mecida por el deseo.

Gonzalo se levantó, y despues de insistir en contarle lo que el alcaide le habia dicho, no permitiéndolo el duque se retiró.

—Lleno va tú corazon, dijo don Fadrique viéndole alejarse, en cambio este que aquí late queda vacío para siempre. ¡Todo habrá sido soñar con un querubín...! y vivir echando ménos el sueño. Pero de mi prueba no está dada sino la mitad; completémosla noblemente.

XX.

Habia tendido la noche su negro y tachonado manto. Sola doña Leonor en su cámara esperaba á su primo don Pedro de Castilla, llena la mente con el vasto plan que habia formado, miéntras que sus hijas retiradas en sus aposentos escuchaban de boca de sus damas minuciosos detalles, ora de la cacería, ora de la misteriosa aventura del señor de los Cameros, sobre la que se hacian multitud de conjeturas, y este devorando soberbia y dolor yacia en el lecho entregado á sus pensamientos que no eran tranquilos ni risueños, á pesar que la reina habia pasado una hora con él y le habia confirmado la promesa de que Blanca sería suya.

Tal era el estado en que se encontraba el palacio en el momento de penetrar don Fadrique en su recinto, ni preocupado ni melancólico, sino con talante resuelto y altivo, talante que hacia recordar al arrogante y audaz gobernador á quien nadie resistia.

Muy léjos se hallaba doña Leonor de verle en el instante que penetrando en su cámara aparecia á sus ojos, así fue que la sorpresa que experimentó la hizo incorporarse en su asiento y pronunciar su nombre maquinalmente; mas dueña de sí siempre, la dominó recobrando su serenidad y con ella su seductora y noble expresion.

—No os esperaba, hermano, le dijo afectuosamente, pero por eso sois doblemente bien venido.

—¡Gracias, Leonor! contestó el duque despues de clavar una mirada investigadora en aquella frente noble y ancha que se ostentaba alegre y despejada, gracias al imperio de la voluntad que albergaba; por lo ménos de vos siempre escucho palabras gratas que grandemente os agradezco.

—Y eso, replicó doña Leonor con gracia, que no conoceis todo el afecto que las inspira.

—Sois seductora, Leonor, repuso el duque sonriéndose; no extraño todo el influjo que ejercéis sobre cuanto os mira y rodea.

Asestóle la reina de Navarra una mirada tan penetrante que pareció querer con ella leer en el fondo de su pensamiento, pero nada comprendió sino una súbita mudanza, y contestó en el mismo tono que ántes:

—¡Oh Fadrique! estais galante en extremo. Agradable os ha sido sin duda alguna la caza.

—Si á fe, aunque no me habeis distinguido en ella como á nuestro primo don Pedro.

—¡Qué quereis! replicó doña Leonor riéndose, vos corriais tan tenazmente tras el ciervo...

—Para hacerle caer á vuestros piés y que recibiera la muerte de vos. Mas si gustais y me lo permitis dejaremos los incidentes de la cacería para ocuparnos de otra materia, si no tan divertida mucho más interesante.

—Hablad, hermano, hablad, dijo doña Leonor con viveza. Ya me teneis escuchando con extremada atencion.

—Voy á satisfacerla; pero ántes os suplico me prometais concederme la primer peticion que os haga.

—¡Me admirais, duque! exclamó la reina de Navarra que en vano queria conocer el punto á donde su hermano se dirigia para esperarle en él prevenida.

—¿Por qué? preguntó don Fadrique, que pretendia lo contrario.

—Por vuestro acento ligero.

—¿Ligero decis, Leonor?

—Eso mismo, mi Fadrique.

—Pues entónces, hermana, no he adoptado el que conviene, porque me intereso vivamente en que me la concedais.

—Hora me asombra, no lo que decis, sino la expresion de vuestros ojos. ¡Cuánto fuego!

—Dejadles á mis ojos sus relámpagos fugitivos y no hagais caso sino de mis palabras, Leonor. Os he pedido una promesa: ¿me la quereis otorgar?

—Pedida por vos difícil será que la niegue, respondió doña Leonor dando una contestacion evasiva á la perentoria pregunta del duque.

—Tal creo y por eso la aventuro, replicó don Fadrique alzando su frente altanera con indecible presuncion.

—Entónces sólo resta para que la consigais hablar, repuso doña Leonor gravemente; hacedlo pues, y explicáos sin tenerme más tiempo suspensa y alarmada.

—¡Oh! no la deis tal importancia. Lo que demando es sencillo y gratisimo de hacer. Créo que sólo se es feliz cuando se hace á los demas...

—¡Explicáos duque, en gracia de mi impaciencia!

—Pues oid. Figuráos que uno de los más nobles, más apuestos y cabales caballeros de Castilla, á quien concedo mi amistad honrándome con la suya, pretende á una dama de vuestra casa, célebre por su nombre y su sin par hermosura y que corresponde á su amor, lo que su recato permite. Sólo que como una nube en el horizonte aparece en el de su dicha un rival que alcanza alta proteccion de vos, en la que se apoya para violentar su voluntad, voluntad que debe ser respetada por débil de quien se precie de fuerte. Mi ruego, pues, solicita de la vuestra, tan firme y soberana, que hagais sea libre esa dama para elegir entre los que la solicitan, y luego acatada su eleccion si recae sobre mi alferez el enamorado cuanto bizarro Gonzalo de Figueroa.

—¡Ay hermano! respondió con semblante apesadumbrado doña Leonor, comprendo por lo que decis y por lo que de dos dias acá llevo sabido, que de la ricahembra de Castro me hablais; mas por desgracia há tiempo en que dada mi palabra al señor de los Cameros, á quien su tutora la ha concedido, no la puedo retirar.

—Es decir ¿qué no me concedeis lo que os he pedido y rogado?

—Y ¡si me pesa, sólo mi corazon que se duele lo conoce!

—Permitidme que lo dude, dijo don Fadrique algo alterado.

—Haceis mal, muy mal en ello.

—Si lo sintierais, Leonor, os obligaria mi ruego.

—¡Oh! sí me obliga; pero con Sancho Ramirez no me puedo retractar.

—Señora, Sancho Ramirez creo que es vasallo vuestro.

—Y que lo sea ¿qué le hace?

—Mucho, porque como reina y señora suya que sois, con otra palabra vuestra podiais hacerle saber que la jóven señora de Ruitelan es libre para rechazar su amor y concederle á quien le plazca.

—Pues figuráos, Fadrique, que no há una hora le he ofrecido lo contrario.

—Há una hora no sabiais que yo os conjuraria á que la escuderais con vuestra indisputable autoridad: há una hora no sabiais que en conseguirlo está cifrado mi honor.

—¡Oh! ¡cuánto sufro, cuánto, hermano, al deciros que no puedo complaceros!

—Yo tambien, de ver interpuesto entre ambos un mayordomo ¡par diez! más influyente y más considerado que yo.

—¿Conoceis á ese mayordomo? preguntó doña Leonor cuyas mejillas ardián.

—De verle detras de vos, respondió altaneramente el duque.

—Pues tiene una doble faz que es preciso conocer para apreciarle y obrar.

El duque hizo un gesto expresivo de despreciativo desden, y la reina de Navarra prosiguió:

—Sancho Ramirez es constante y decidido, fuerte como un leon, intrépido y leal; brazo, en fin, tan robusto que puede sustentar un trono. Pero hacéos cuenta que el reverso es de un hombre feroz, vengativo, inflexible como el hierro, que no cede ni aun á... ¡Dios! y que es un enemigo formidable y cruel.

—Sea tal cual le pintais, replicó don Fadrique más altaneramente que ántes. Sancho Ramirez podrá ser temible á su rival, á un enemigo de su esfera, pero su cólera no alcanza á la vuestra en donde sois superior. Temerle sería rebajaros, y sois muy noble de alma y sangre para que os amedrente su odio.

Guardó silencio un breve instante doña Leonor; pero rompiéndole brusca-mente le dijo con enfereza y decision:

—Os diré lo que pienso, duque, y vos juzgaréis lo que hago. Críticas son las circunstancias que me rodean. Los privados me son contrarios, el rey está prevenido, Castilla tibia y Navarra importuna; pronto todo me será hostil, y necesito no sólo defenderme, sino atacar si no quiero sucumbir. En el trance más decisivo no puedo deshacerme del más valiente y resuelto de cuantos amigos tengo.

—Me agrada vuestra franqueza, Leonor, y os la voy á pagar como yo pago, con creces. Pocas horas son pasadas desde que sentada en ese propio sillón me revelasteis vuestros temores y proyectos, protestándoos yo que no participaba de los primeros ni me encontraba dispuesto á aventurar mi reposo en los violentos azares de una lucha con Castilla; mostrando que era impotente para moverme el soplo de las revueltas que tanto y tanto me han agitado. Pues bien, concededme lo que os pido, y me lanzo á ellas tan impetuoso como soy, os presto mi apoyo, os consagro mi espada, y creo que está bien pagada la pérdida de Sancho Ramirez.

La reina clavó en el duque su clara y penetrante mirada, y replicó con un acento en que el asombro y la reconvencion se mezclaban:

—Pero, Fadrique ¿lo que no habeis concedido á vuestro interes, al de vuestra hermana, os resolvéis á ejecutar sólo por la libre eleccion de una dama que ni aun para vos quereis?

El duque dió un suspiro y contestó:

—Sí, porque á la vez que pago una deuda prueban mis secos labios una gota de placer; y ¡son tan pocas las que me quedan que beber...!

Dejó caer doña Leonor la cabeza entre las manos y permaneció un corto espacio reflexionando. Don Fadrique la contempló algunos instantes con interes. Despues dió indicios de resentirle la lucha que agitaba su espíritu, y la interrumpió diciendo con altivez:

—¿Qué os dignais resolver, señora?

—Que me esperéis un corto espacio, disimulando el que os deje.

Y levantándose sin esperar respuesta se dirigió á la puerta de la cámara desapareciendo por ella.

Muchas veces hemos repetido que la reina de Navarra, talento elevado y superior, era prontísima en concebir una idea y decidida para ejecutarla.

La que le habia ocurrido durante la corta meditacion que hemos indicado era de esas que todo lo concilian, pero que son muy difíciles de llevar á cabo.

En el primer momento flotó indecisa ante la alternativa en que el duque la ponía.

Negarle su pretension cuando no era mas que pretension, no era difícil y lo habia hecho sin vacilar.

Negarla cuando iba acompañada de la oferta que don Fadrique le habia hecho, no era cuerdo ni oportuno en su mútua posicion.

Aceptarla y concederla como á su interes convenia, era poco digno, poco noble, porque el señor de los Cameros contó con su palabra espontánea y solemnemente empeñada.

Romper con el duque no queria, faltar con Ramirez tampoco, y entre aquellos dos extremos halló el medio de conciliarlos, obligando á Sancho á desistir de su pretension por sí mismo.

Doña Leonor conocia á los hombres y sabía lo que en ellos habia que herir, y aunque las fibras de Sancho Ramirez eran duras, no tanto que alguna no cediera á su influjo.

Egoísta era preciso hacerle generoso, y mientras con paso rápido se encaminaba á su aposento con la frente inclinada, buscaba una de esas inspiraciones que envuelven en su impetuoso giro la voluntad, la ventura y hasta la vida del hombre.

XXI.

—Sancho ¿dormis? le preguntó la reina de Navarra viéndole tendido, inmóvil y con los ojos cerrados.

—No, señora, respondió el señor de los Cameros abriéndolos sorprendido y fijándolos en ella.

Y viendo que llegaba al lecho, hizo un esfuerzo para incorporarse.

—No os movais, estáos quieto, atento sí para escucharme.

Y doña Leonor le impidió que se levantara con la voz y el ademan.

Sancho la obedeció, tornó á poner sobre la almohada su dolorida cabeza, y fijando en su visitadora los ojos guardó respetuoso silencio.

Fatigada doña Leonor por la precipitacion con que anduvo el largo trecho que de su cámara hasta allí habia, ó agitada ó conmovida, se afirmó á una de las retorcidas columnas del lecho, y sin mirar á Sancho que sentia un sobresalto instintivo, le preguntó con alguna emocion:

—¿Os acordais, Ramirez, lo que anoche me dijisteis?

—¿Sobre qué?

—Sobre el duque de Benavente.

—No recuerdo precisamente las palabras, señora.

—Lo siento, dijo doña Leonor apoyando tambien la frente en la columna donde se habia reclinado.

—¿Os mueve algun interes á que las recuerde y repita? la preguntó Sancho Ramirez mirándola con asombro.

—Sí, porque queria que las tuvierais presentes para que resolvierais sobre lo que ha venido á proponer.

—¿Quién, señora?

—El duque de Benavente.

—¿A V. A.?

—Sí.

—Y ¿es?

—Su alianza.

—¡Aceptadla! así venceréis aunque se lleven vuestras pretensiones al terreno de la fuerza, donde quereis que se ventilen.

—¡Es que pone una condicion!

—¿Condicion?

—Sí, y sin la cual no es aliado, sino enemigo.

Sancho la miró queriendo penetrar por sí solo aquel enigma, pero no desconfiándole replicó:

—Si no me la participais, no creo que la he de acertar.

—Ya os he dicho que ahí está don Fadrique, dijo la reina que se paraba para elegir las palabras que pudieran ser ménos fuertes é irritantes.

El mayordomo concentró todas las facultades de su sér en sus ojos, que continuaban fijamente clavados en la reina.

Esta continuó con acento cortado:

—Me brinda su alianza, me consagra su espada, me ofrece lo que es y cuanto puede...

—Y ¿pide?

—Pide que abdique mi autoridad de reina para sostener lo que mando, y apoyada en la cual os he prometido há una hora haceros dueño de la ricahem-

bra de Castro. Pide que ejerza mi influjo sobre su tutora para que deje en libertad de obrar á su pupila, y que sea respetada y aprobada su eleccion si recae en su amante Gonzalo de Figueroa.

Conforme doña Leonor iba diciendo las pretensiones del duque, iba trasmudándose el pálido y adusto semblante de Sancho Ramirez, advirtiéndose una sonrisa amarga y sardónica al proferir la reina su postrer acento. Fija tenazmente en ella su mirada la estuvo contemplando un breve espacio, pasado el cual le preguntó con una calma llena de hiel y de ironía:

—¿Todo eso pide el duque por su alianza?

Hizo doña Leonor un signo afirmativo, y despues de algunos instantes de silencio le dijo:

—Dictadme la respuesta, Sancho.

—No me cumple á mí darla, respondió el mayordomo enfrenando con trabajo la ira y el pesar que sufría.

—Lo sé, repuso la reina dando principio á su difícil empresa; pero yo someto hoy mi voluntad á la vuestra. ¿Qué le respondo?

—Lo que queráis, dijo Sancho en quien cada pregunta hacia el efecto de una puñalada.

—Sancho, replicó doña Leonor con un arranque de nobleza, para hacer lo que quisiera no vendría á consultaros, y de cualquier modo que lo hiciera estaría en mi derecho. Os lo repito, mi suerte y la vuestra están pendientes de vuestra resolucion: tomadla como os plazca, yo la acepto.

La simpática voz de doña Leonor obró sobre aquella organizacion. Dió un sonido la cuerda herida calculadamente, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí, dijo incorporándose impetuosamente:

—¡Voluntad por voluntad!

—¡Sea! murmuró doña Leonor, que no apartaba los ojos de su fiero mayordomo.

—La mia es que le concedais al duque su demanda, puesto que su alianza, como anoche os afirmé y poco há os he repetido, es indispensable para asegurar el éxito de vuestro plan.

—Miradlo bien, Sancho, replicó la reina conmovida con el sacrificio que le hacia.

—Bien lo veo, contestó su mayordomo reprimiéndose con toda la fuerza de su indomable voluntad.

—Y ¿os afirmáis sin violencia en vuestra resolucion?

Sonrióse Sancho Ramirez, pero aquella sonrisa fue acerba y fría.

—¡Ya lo veis!

—¿Desistis pues de vuestro empeño con Blanca?

—De mí no se hable, sino para decir que os he devuelto vuestra promesa, que os he aconsejado que accedais á las pretensiones del duque y á los deseos

de su alférez, que es cuanto os conviene y de presente necesitais. Lo que siento y lo que pienso no hay para qué ocuparse de ello.

Ahora permitidme una advertencia: no solteis la prenda hasta que su pago se asegure.

—Todo será como vos lo disponeis, dijo doña Leonor dando un suspiro.

—¡Yo no! ¡vos... ó Dios!

Y aquel grito del alma duramente articulado fue la única protesta del señor de los Cameros.

—No niego un influjo que nos domina y conduce, dijo la reina de Navarra con expresion; pero los hechos son consumados por los hombres, y el vuestro queda en mi memoria para agradecérosle como merece.

Esto diciendo doña Leonor le alargó la mano que el mayordomo llevó con malísima gana á sus labios contraídos por la rabia, en seguida se separó del lecho, salió del aposento, cruzó los que la separaban de su cámara, entró en esta, ocupó su sillón, y ya en él alzó sus ojos hácia el duque que al verla entrar se puso en pié.

Pasó un cortísimo espacio ántes que doña Leonor dominara su emocion y ordenara sus ideas, espacio que gastó don Fadrique en contemplarla inquieto y silencioso, hasta que repuesta la reina le dijo con fuerte y dulce acentuacion:

—Mi Fadrique, por vos, sólo por vos faltó á lo que no una vez sola he prometido á Ramirez, contrayendo con él una deuda que no sé cómo pagaré. Todo lo que vos valeis para mí lo dice una promesa quebrantada y la alegría que siento en haberlo hecho por vos.

—Bien haceis en manifestármelo, hermana, respondió el duque iluminado su altivo y desdeñoso semblante con un rayo de alegría.

—Déboos igualmente decir que la ricahembra de Castro queda dueña de su voluntad, y cuando le parezca dejar á su noble tutora por un esposo y con él mi palacio por su solar de San Prom, podrá hacerlo escudada con mi proteccion y poder.

—Gracias, Leonor, gracias por mí, y gracias por Figueroa, á quien podeis tener por tan reconocido, tan valiente y tan leal como al señor de los Cameros.

—Uno por otro, contestó doña Leonor sonriéndose, no los hubiera trocado. Por él ¡nada! todo por vos, hermano, y eso, Fadrique, que acabo de convencerme, de que no es así como vos repartis vuestro cariño.

La reconvenccion era justa; comprendiólo así el duque y sólo la contestó con tomarla la mano y estampar sus labios donde poco ántes Sancho Ramirez posara los suyos.

Sin retirarla le preguntó doña Leonor oprimiéndola ligeramente:

—¿Estais satisfecho?

—Sí: más aun, orgulloso.

—Ahora, Fadrique, decidme que esta mano...

Y mostró con sus fascinadores y pardos ojos la del duque que continuaba reteniendo.

—Sostendrá con todo su poder vuestra bandera, dijo don Fadrique completando la discretamente interrumpida frase.

—¡Oh! exclamó la reina con acento y ademan de enojo.

—Mantendrá vuestro derecho...

—Poco es, dijo doña Leonor arqueando las bien cortadas cejas.

—Pues ¿qué quereis?

—¡Que no se separen nunca...!

—¡Leonor...! sois peregrina ¡Os amo!

—Hé aquí una palabra, hermano, que vale más que todas las que habeis vertido, dijo la reina de Navarra feliz en el instante que triunfaba de la indiferencia del duque.

—No la echeis en olvido, replicó don Fadrique sonriéndose melancólicamente, siquiera porque rara vez se oyó en los labios de Fadrique de Castilla.

—Os prometo conservarla en mi memoria, y no querria desecharais de la vuestra, que de vos, lo que más me halaga es el cariño, lo que más me satisface, la confianza.

—¡Leonor!

—Idos ahora y lleváos ese recuerdo.

—A Dios, señora.

—Acompáñeos siempre, duque.

Ya iba á salir don Fadrique cuando la reina, en cuya frente quedaba un celaje, le llamó diciendo:

—Oid, hermano.

—¿Qué mandais? respondió el duque volviéndose.

—No quisiera que me llevaseis á Blanca hasta que tranquila Castilla, porque en breve se va á agitar, no haya pena ni zozobra para su plácida union.

—Decis bien, y no creo que Figueroa halle antojo que oponer.

—Y si lo hace le decis que yo pongo ese término á su deseo, no como orden, sino como ruego.

Pasó una sombra por la frente del duque y contestó:

—Desde este instante Blanca de Castro, que por su corazon pertenece á Gonzalo de Figueroa, queda depositada en nombre de este con vos sin temores por su parte aunque more dondè Sancho Ramirez, pues le garantiza su libertad nuestro acabado convenio.

Y saludándola nuevamente salió de la cámara quedando esta en silencio.

XXII.

Mientras que el duque de Benavente hecha su negociacion se retiraba á su morada para manifestársela á su herido y mal andante alférez, satisfecho y disgustado á la vez, y la reina de Navarra sumida en su coronado sillón, gozosa y orgullecida se felicitaba por la suya esperando á don Pedro de Castilla; en el alcázar de Valladolid y en la cámara de la reina se hallaban reunidos Enrique III, Catalina de Lancaster, el infante don Fernando, que apenas era entrado en la adolescencia, su esposa doña Leonor de Guzman, el mayordomo mayor Juan Hurtado de Mendoza, el condestable de Castilla, el alcaide de los donceles, el camarero mayor Juan de Velasco, Carlos de Arellano mayordomo del infante, y algunas damas de doña Catalina y doña Leonor.

Con su privilegio de hermano menor tenia don Fernando echado su brazo sobre el hombro de don Enrique, á cuyo lado se hallaba la reina contemplándoles con la sonrisa en los labios.

Hablaba Alfonso de Toledo contando los lances de la cacería en que por la mañana habia tomado parte, escuchándole todos, unos con interes, otros con atencion, cuál distraído y alguno quizá contrariado.

De los primeros eran el rey y el infante, de los segundos los privados, de los terceros la reina, el camarero del rey y el mayordomo del infante con la mayor parte de las damas, y del último doña Leonor de Guzman.

Los dos hijos de don Juan I habian sido unidos en la niñez á esposas que se hallaban en lo más florido de la juventud, y ambas habian sentido impresionarse su corazón ántes que sus esposos pudieran despertar un sentimiento tierno en él.

Doña Leonor biznieta como su esposo y doña Catalina de Alfonso XI, era la más encumbrada, la más opulenta y noble de las ricashembras castellanas. Mucha era su ambicion y muy altas sus miras que en el alcázar se fijaban, y á pesar de la disparidad de edades, consiguió el influjo del duque de Alburquerque desposaran con su hija al tierno infante.

Veledoso el duque de Benavente la galanteó en la corte cuando en ella se presentó, pero no siendo correspondido ó desistiendo de su empeño, cuando se pasó á Portugal solicitó y obtuvo la mano de doña Beatriz de Portugal, hermana del rey don Juan, asaz bella, muy jóven y con un crecido dote en villas y dinero.

Causó esta nueva no poco miedo á los gobernadores, porque con aquella alianza crecia el poder de don Fadrique hasta el punto de poder alterar cuando

quisiera la quietud del reino. Intentóse separarle de ella por los gobernadores, mas fueron vanos los esfuerzos que hicieron el maestre de Calatrava y el arzobispo de Toledo; y el matrimonio iba á realizarse cuando doña Leonor de Castilla, que en persona fué á Evora á verle le redujo á romper la alianza con Portugal y su enlace con doña Beatriz, con la condicion de darle por esposa á doña Leonor de Guzman ya desposada con el infante, concediéndole ademas ser el primero en la córte castellana.

Tal era el deseo de que no se aliara con el portugues, que todo se le otorgó, y doña Leonor convino en trocar los infantiles brazos de don Fernando por los del soberano bastardo que tan imperiosamente la exigian; pero cuando todo estuvo dispuesto y próximo á consumarse, el duque se retractó, dejó en descubierto á la reina de Navarra que habia mediado, y desairó descortesmente á su prima negándose á casarse con ella sin dar excusas ni explicaciones.

Sin embargo, las negociaciones siguieron: por su parte se avino á separarse de Portugal, y los gobernadores por la suya le aseguraron la compensacion del dote que perdía y una brillante recepcion en la córte.

Abochornada la ricahembra de Alburquerque y sin poder darse cuenta de lo que lo ocasionaba sintió la amargura del desengaño y el despecho del desaire, concibiendo tanto aborrecimiento al duque como á doña Leonor que la habia puesto en el trance de sufrirlo.

Entre tanto los gobernadores tornaron á su primitivo pensamiento; desposaron nuevamente al infante con ella, y andando el tiempo se celebró su boda con fiestas y regocijos.

Los acontecimientos, pues, la habian hecho enemiga del duque y de la reina, su casamiento la habia colocado en posicion de poderles perjudicar y la vengativa ricahembra no descuidaba la ocasion de malquistar al duque con el rey, á la reina con los privados, formando en la córte un bando agresor á cuya cabeza iba.

Hablaba el alcaide con entusiasmo de la batida, pintaba con vivos colores la destreza y el valor de don Fadrique, de quien ántes de ser gobernador fue grande amigo, y como al parecer todos escuchaban atentos manifestando simpatías por el altivo cazador, doña Leonor sentia enojo y lo ocultaba inclinando la cabeza sobre sus manos como si ocupara su atencion el continuo rollar entre sus blancos dedos las flotantes puntas de su ancho cinturon.

Así que el alcaide dió fin á su relato el infante con su viveza de niño le dijo:

—Pues, valiente Alfonso, nuestra cacería no ha sido por cierto tan afortunada ni divertida. Despues de perder mucho tiempo esperando á que las aves quisieran volar, mi azor ha cogido dos pardales y un zorzal, y Arellano no ha conseguido otra cosa que atravesar un buho junto á la cabaña del guarda del soto.

Las damas celebraron con algunos donaires la caza de Arellano, y don Enrique, despues de burlarse delicadamente del cazador de aves de mal augurio, dijo:

—Es un gran placer la cacería, muy aficionado soy á gozarle, y sin embargo rara vez me entrego á él.

—Sí, en verdad, replicó doña Leonor de Guzman ansiosa de darle otro giro á las ideas; pero os aseguro que todos los que hoy le han gozado le habrian cedido de bonísima voluntad, hallando más grato hacer lo que habeis hecho vos en el alcázar.

—Y ¿qué he hecho yo en el alcázar que tan grato sea á los cazadores de hoy?

—Recibir embajadores, que siempre es más satisfactorio que desjarretar un ciervo ó echar á volar un azor.

—¿Embajadores yo? Pues cierto, querida doña Leonor, que os comprendo ménos cuanto más os explicais.

—Pues ved que la culpa no es mia.

—¿Quién la tiene entónces?

—¡Oh! ¡quien no me entiende!

—Vamos, declaráos más, y tal vez logre hacerlo.

—¡Si ya os he dicho tanto como precisar un hecho!

—¡Falso, hermana!

—Si os tomarais la molestia de recorrer vuestra memoria encontrariais á quien habeis dado audiencia y levantariais esa calificacion.

—La recorreré para complaceros. Primero estuvieron el maestre de Calatrava y el conde de Niebla mis antiguos tutores, luego vino el condestable y el adelantado mayor...

—Seguid, señor, seguid, dijo doña Leonor encantada de absorber la atencion del rey y por consécuencia la de la córte.

—Despues... ¡sí eso es! se presentó el legado de nuestro Santo Padre; pero ese bien sabeis que hizo ya su primera presentacion.

—No me refiero á ese santo varon tampoco.

—Pues ¿á quién?... ¡Decid!

—¡Oh! á otro más humilde y sobretodo más castellano.

—Pues confieso que, ó estais chanceándoos con los supuestos embajadores, ó dais crédito á algun sueño.

—Señor camarero mayor, dijo doña Leonor dirigiéndose con un gracioso ademan á Juan de Velasco; venid á mi socorro, porque don Enrique no me quiere conceder la razon.

—¡Señora! yo no puedo ir contra el rey, respondió el discreto y diestro cortesano.

—No os pediré yo nunca que vayais, pero sin que lo hagais, bien podeis decirle que sí le han traído esta mañana una embajada.

—Lo que diré es que cada palabra tiene un significado y cada significado designa precisamente un objeto. Si la palabra no es propia, hace que desconozcamos aquel á que se aplicó.

—Mucho hablasteis y bien sin duda, replicó doña Leonor riéndose, pero poco habeis esclarecido la materia.

—Si gustais haré que S. A. comprenda lo que indicais.

—Hablad, Velasco, dijo don Enrique, y sin rodeos, porque mi curiosidad no los admite.

—Entónces os diré que doña Leonor trocó en embajada lo que no es mas que peticion, y en embajadores á los que sólo son enviados con el encargo de presentarla.

—De modo...

—Que se refiere al prior de San Juan y á Garci Gomez de Atienza.

—¡Ay hermana! esas no son embajadas, sino quejas y muy amargas, dijo Enrique III oscureciéndose su hermosa frente. ¡Oh! presérveos nuestro Señor de oirlas, porque sino pronto os faltaria esa alegría que os embellece.

—Triste es, pero ¡quien no las oye en el mundo!... replicó doña Leonor que como dama y hermosa estaba hartó engreida.

—Sí, pero hay quejas y quejas, doña Leonor. Vos, por ejemplo, las oís, mas son galantes y respetuosas, expresion siempre lisonjera para una dama de ternos y delicados afectos; pero á mí se dirigen como un grito de martirio, como la reprobacion de injusticias cometidas á mi nombre y como súplicas fervientes para que repare su estrago.

—Sólo que á mi parecer, señor, siempre es grato, muy grato que haya quien levante sus manos hácia nosotros, árbitros absolutos de su destino.

—Razon tendriais si á esas manos se les diera por las nuestras el consuelo que demandan; pero cuando son las de un hombre las que se elevan que nació en una prision, en la cual ha de morir y que no se resigna á ello... ¡Por Dios que solo produce una tristísima impresion!

—¿Don Juan?

—Don Juan se halla mal en una torre de la fortaleza de Soria. ¡Bien sabe Dios que lo siento! pero su suerte lo quiere y no puedo darle lo que ahincadamente pide.

—¿Compañía?

—No, que reclama libertad para sí y para su hermana.

—¡Qué locura!

—Extremada; pero; ¡qué quereis! ese es el sueño de los cautivos.

—Y ¿no la alcanzará nunca, Enrique? le preguntó Catalina de Lancaster interesada en el fondo del corazón por su primo.

—Mientras yo viva y mis hijos, no; respondió Enrique III con firmeza.

—¡Infeliz! murmuró Catalina de Lancaster con el acento, no de la compasion, sino del pesar; vivir y morir prisionero es horrible.

—Todo es acostumbrarse, dijo doña Leonor enemiga como descendiente de los bastardos de Alfonso XI de la descendencia del rey don Pedro I.

Volvió la reina la cabeza y fijó en doña Leonor una mirada severa y altiva, apareciendo en su frente plegada un profundo y amargo disgusto.

Esto pasaba entre cortesanos y cortesanos que confiando poco en la vida del rey atendían mucho á la reina, que representaba el porvenir. Juan de Velasco, medio oculto detras de doña Leonor, fijó en Catalina de Lancaster su penetrante mirada á fin de conocer sus sentimientos y asimilarse á ellos cuanto su elástica condicion permitia.

Pero las miradas y su intencion fueron sorprendidas por el condestable, cuyo consejo habia tenido parte en la negativa á las reclamaciones y súplicas del nieto de don Pedro, y dirigiéndose á la reina le dijo con la firmeza que da una íntima conviccion unida á su natural inflexibilidad:

—No es, señora, posible por desgracia lo que don Juan solicita. En la situacion del reino todo lo que puede servir de pretextó á una rebelion, de cabeza á un bando, es altamente peligroso, porque en rededor se agrupan los revoltosos señores que tascan enfurecidos el freno que la corona les pone. Él formaria una esperanza desatinada y vana sin duda, pero no le faltarian adictos que quisieran realizarla para aprovecharla en su pro; y hartos elementos de discordia tenemos entre nosotros para que se les añada uno más peligroso que los otros.

—Condestable, repuso Catalina de Lancaster con mesura, exagerais vuestros temores. Don Juan está exento de derechos y no puede dar esperanzas: don Juan es un niño, y don Juan es muy infeliz para que no adorara la mano que le diera la ventura.

—Don Juan, señora, replicó Ruy Lopez Dávalos sin considerar á la dama, seguro de servir á la reina, es nieto de don Pedro I de Castilla; don Juan es de carácter altivo, de genio indómito y de traviesa condicion; don Juan ama la libertad por el placer que con ella puede gozar; don Juan es ya un fornido mancebo, y don Juan por último sería, si se le abriera su jaula de piedra, un ave loca y liviana que se lanzaria sobre todo lo que halagara su vista.

—No, Catalina, aunque el corazon lo sienta, dijo don Enrique con afectuoso pero firme acénto, no debemos aumentarle á Castilla cargas y embarazos. Quédese donde se está.

—¡Oh! añadió la ricahembra de Alburquerque animada con el espíritu del odio, bastante hay que hacer con los que nos rodean y sólo piensan en conjuraciones y rebeldías. No se necesita un elemento más.

—¡Qué se ha de necesitar! dijo Juan Hurtado de Mendoza apoyando la indicacion de doña Leonor de Guzman; qué se ha de necesitar cuando hay en lontananza un desencadenamiento que no harémos poco si le contenemos en su ímpetu.

—Oyéndoos, Juan, exclamó Enrique III con una expresion ligeramente burlesca, se diria que estamos otra vez en pugna como cuando lo de Portugal.

—Tal vez, señor, os sintais bajo la impresion de un presentimiento, dijo Alfonso Alvarez de Toledo terciando en aquella sesgada conversacion.

—¿Por qué decis eso, alcaide? le preguntó don Enrique mirándole fijamente.

—Porque hay quien sospecha que va á ser atacada en sus intereses, y se me antoja que no ha de andar descuidada en lo que hace á defenderlos.

—¡Descuidada habeis dicho!... ¡Oh! ¿de quién estais hablando, Alfonso?

—De quien no quisiera hacerlo; de S. A. la reina doña Leonor.

—Con' quien habeis tenido la honra de cazar esta mañana, añadió Juan de Velasco con incalificable expresion.

—Sin duda que sí, respondió con prontitud y desembarazo el alcaide; mas esa honra la he debido al duque de Benavente.

—Hablad, Alfonso, dijo Enrique III preocupándose con lo anunciado por el leal alcaide; hablad y decid lo que habeis visto.

—No he visto nada, señor; sino así... ciertas señales que me llevan á bar-runtar que el viento que sople este estío por Castilla no ha de ser manso por cierto.

—Explicáos con claridad, alcaide, repuso el rey serio y grave. No me oculteis nunca ¡por Cristo! nada de lo que pueda afectar á mi Castilla.

—Siento haber excitado un cuidado más á V. A., señor, y siento no poder usar la claridad que exigis, porque lo que yo he notado es vago, es oscuro y sólo puede dar pié á présunciones como la que he aventurado.

—No me satisfacedis con eso, Alfonso. Os conozco y sé que cuando vos bar-runtais es porque, experimentado piloto, habeis visto señales seguras de borrascas. Manifestadlas.

—Yo explicaré á V. A. las repugnancias del alcaide, dijo Juan Hurtado de Mendoza despues de haberle observado. El valiente Alvarez de Toledo es tan leal, que su recto espíritu se niega á manifestar la traicion que ha sorprendido.

—¡Traicion no! exclamó el alcaide interrumpiendo bruscamente al privado para rectificar.

—Traicion es la rebeldía, noble Alvarez, y vos la sospechais, ó porque se os ha revelado ó porque vuestra rara penetracion la ha descubierto en la reunion de los tios de don Enrique.

—Nada se me ha revelado. ¡Lo afirmo por mi limpio honor! Nada he descu-bierto, porque á suceder, la lealtad de que me precio me obligaria á decírselo á don Enrique; mas repito lo dicho, presiento aquilones para el estío.

—Pero ¿qué os induce á presentirlos? le preguntó Enrique III estrechándole á que hablara.

—¡El ver formarse alianzas, señor!

—¿Entre quién, alcaide?

—Entre la reina de Navarra y vuestros tios.

—¡Bah! esa alianza no es temible si entra en ella doña Leonor, dijo don En-rique despejándose su noble frente.

—¡Oh, Enrique! exclamó Catalina de Lancaster rompiendo su reserva en un arranque de sentimiento. ¡Lo que puede en vos la sangre!

—Mia es la de cuantos acusan, y no absuelvo más que á quien no puede ser culpable, replicó don Enrique defendiendo contra todos á la reina de Navarra.

—Pero esos rumores que parten no sé de dónde y en todas partes resuenan, dijo Juan de Velasco, quien poseia el secreto de la intencion que animaba á los dos bandos, van á producir la guerra... irremediamente creo.

—No la producirán, repuso Enrique III con firmeza y seguridad, porque la prudencia puede evitarla y la prevision contenerla.

—Mucho pueden la prudencia y la prevision. Pero ¿y si no bastan? preguntó el condestable comprometiendo al rey para que hiciera una declaracion que recoger como prenda. ¿Y si arrojan atrevidamente su guante ante el trono que pretenden sojuzgar?

—Si le arrojan le alzaré quien le ocupa, respondió don Enrique levantando con noble y altiva expresion la frente para hacerla, y con un golpe de su maza aplastará para siempre la rebelion.

Luego, dirigiéndose á la reina que habia vuelto á quedar callada, trocando el acento amenazador y firme en afectuoso y galante, le preguntó:

—Catalina, ¿gustaréis de venir conmigo mañana á caza de cetrería?

—Enrique, le contestó con expresion, yo siempre gusto de lo que os place.

—Entónces irémos, por si las predicciones de mi tesorero se cumplen y tenemos que echar á volar azores.

—Prometo por el nombre de que me honro, dijo el mayordomo mayor con intencion, que no sucederá llegar á ese extremo V. A.

—Por si acaso no se cumple lo que prometéis tan decididamente, repuso don Enrique sonriéndose, cazarémos mañana tordos y faisanes. Hermana, añadió mirando á doña Leonor: ¿quereis animar la caza con vuestra presencia?

—¡Oh, si quiero! con gran placer os acompañaré, respondió la ricahembra de Alburquerque alegre y envanecida.

—Pues bien, conmigo, la reina, el infante y vos vendrán todos los que están en la cámara, más las damas que doña Catalina elija y mi adelantado Zúñiga.

Los presentes se apresuraron á mostrarse satisfechos y complacidos por la honra que el monarca les dispensaba, saliendo poco despues de la cámara real.

Próximo aun al alcázar, Juan de Velasco se reunió al alcaide de los donceles, y despues de cambiar una sonrisa le preguntó el primero al segundo:

—Decidme, Alfonso: cuando el buen Hurtado de Mendoza ha prometido que no llegará el extremo de deshacerse el rey de sus azores: ¿lo ha hecho contando con lo suyo ó con lo ajeno?

—Yo me figuro que con lo suyo, si por suyo entendeis las rentas de don Enrique.

—Y á mí me parece que el mayordomo mayor lo ha hecho contando con lo que no es de uno ni otro.

—Pudiera ser, pero se engaña, porque don Enrique no tomará sino lo que le pertenezca.

—Es que podrian pertenecerle los despojos de sus tios.

—Sí, pero los tomaria ganándolos en buena lid, y ya veis que rechaza la guerra con toda la firmeza de su voluntad.

—¡Oh! pero cuando vos la bárruntais, noble Alvarez, ¡guerra habrá!

—Puede que no os engañeis, mas tal vez no sea de sangre sino de intrigas. ¡Sabe tanto doña Leonor y la quiere con tanto extremo su sobrino!...

—¡Oh! no importa, alcaide: en este mundo todo cambia en un instante, y ¡muy bien pudiera ser que no acabara el mes en Castilla!

Y Juan de Velasco observó el efecto que aquella suposicion producía en el alcaide.

—¡Felicidad grande si así fuera! dijo el alcaide con su ruda franqueza, y más aun si en el destierro la acompañaran sus deudos.

Y sin añadir una palabra más le saludó con amistosa expresion, y cruzándose el tabardo se encaminó á su casa situada á un extremo de Valladolid.

XXIII.

El soplo de Hernan Perez de Villafranca habia formado la rebelion ofrecida al condestable de Castilla, y con gozo veia próximo el instante de cumplirle su promesa, pues doña Leonor conspiraba, se habia aliado con sus hermanos y estaba resuelta á soltar la prenda que el privado deseaba rebelándose abiertamente.

El tesorero seguia en su empresa incansable. Espiando por fieles y diestros agentes á su cuñado el comendador de Azuaga que se habia entregado en cuerpo y alma á doña Leonor, sorprendiendo sus secretos que en medias revelaciones confiaba á su hermana doña María, á quien por su parte arrancaba con halagos ó quejas y reconvenciones las confidencias que calculadamente le hacia su esposo, y que este escuchaba oculto entre cortinas y tapices; llegó á tener entre sus manos el hilo de lo que se tramaba en el palacio del Campo Grande, hilo que pasaba de las suyas á las de los privados, y de estas, siempre aumentando, á la córte, de donde descendia al vulgo que se conmovia y amedrentaba.

Entre el rey y sus tios se habia establecido una tirantez que aumentaba dia por dia: la córte estaba dividida, los dos bandos se movian y agitaban, los dos se

preparaban para obrar en un dia dado, y pronto se pudo asemejar Valladolid á una caldera inmensa cuyo líquido se encontrara en estado de ebullicion.

Por una y otra parte se temia, gracias á los manejos del tesorero, y la crisis que habia preparado diestramente se acercaba, porque el tiempo corria velozmente, y el mes, plazo que su perfidia pusiera, estaba cerca de su fin.

Uno de aquellos dias más inquietos y más efervescentes habia pasado y eran las primeras horas de la noche.

La antecámara de la reina de Navarra se encontraba llena de pajes y escuderos y de hidalgos castellanos.

En la cámara se hallaban en torno de doña Leonor el duque de Benavente y los condes de Gijon y Trastamara.

Distinta era la expresion que animaba á cada uno de los vástagos del bastardo de Alfonso XI, caracterizando sus rostros, en los cuales no se hallaba el más mínimo rasgo de semejanza.

Veíase en el semblante de doña Leonor una confianza íntima, una resolucion inalterable, la aspiracion á dominar y la pretension de dirigir:

Brillaba en la frente altanera de don Fadrique de Castilla, hondamente plegada, la desconfianza y en sus labios una sonrisa de supremo desden por las cosas y las personas.

Una osadía entusiasta, un ardor irreflexivo y mal reprimido se desprendia de la mirada del conde de Trastamara, miéntras sus cejas unidas con un pliegue profundo indicaban la fuerte contrariedad que sufría.

En cuanto á don Alfonso Enriquez de Noroña, mostraba en su faz morena el desabrimiento y la arrogancia.

Sin duda alguna se hallaban reunidos para ocuparse del fin que se habian propuesto en su liga formidable, pero en aquel momento no daban muestra de hallarse muy dispuestos para obrar ni avenidos entre sí.

Y así era, porque doña Leonor, despues de una réplica del conde de Gijon, mirándole frente á frente le preguntó:

—¿Con que á vos, conde, lo que os arredra es la prontitud con que la empresa se acomete?

—A mí no me arredra nada, contestó con arrogancia el bastardo de Enrique II; he dicho y lo repito que acometerla tan pronto es arrojarle á la lucha sin fuerza, lo cual es un reto de dementes.

Frunció las cejas doña Leonor y replicó con acento punzante por su ironía:

—¡Por Dios, conde! ¡pronto os hais desanimado y con poco perdeis los brios!

—¡Oh! repuso el soberbio don Alfonso con vehemencia; os engañais si tal creeis; á mí no me amilana ni la muerte, pero echo una clara mirada á lo futuro y veo que en vez de triunfar y dar la ley vamos á sucumbir y recibirla, sólo por apresurar el instante de hacer patente nuestro intento.

—Pero ¿qué bien tendríamos con que ese instante se dilatara? le preguntó el conde de Trastamara con impaciencia.

—Tendríamos todo el que perdemos.

—¿Quereis explicar cómo?

—No tengo dificultad.

—Pues hacedlo.

—Si en vez de partir mañana partiéramos pasado un mes, Pero Perez de Urdial acabaría de negociar el enlace de mi hijo con doña Beatriz de Portugal y las lanzas portuguesas darían gran peso en la balanza á la razon que sustentamos.

—Y ¿para qué hemos menester esas lanzas? le preguntó ásperamente don Pedro.

—Para que nos ayuden, contestó don Alfonso con acento breve y airado.

—¿Tanto miedo teneis y tan poco fiais de las vuestras?

—¿Miedo yo?... ¿Hablais conmigo?... dijo el conde de Gijon enviando al de Trastamara con su pregunta una retadora y fulminante mirada.

—¡Con vos hablo! respondió don Pedro poniéndose en pié erguido y amenazador.

—Si yo le abrigara... ya habriais vos perecido de él.

Y levantándose dió un paso hácia el conde, quien maquinalmente llevó la mano á la espada.

Extendió la suya doña Leonor con un ademan de autoridad tal que les contuvo y con su timbre de voz tan simpático y conmovedor, dijo:

—Señores, si dudais del éxito, aun es tiempo ¡retiráos! y Dios escude al que se quede indefenso.

Todos guardaron silencio.

—¡Hablad, hablad! añadió viendo torva y amenazadora la frente de don Alfonso y descompuesta por la ira la faz de don Pedro; hablad lo que sintais, discutamos con calma, y resuélvase lo que convenga. Vos el primero, duque, decid lo que penseis.

Levantó el de Benavente sus ojos negros aun llenos de fuego y de expresion, y con tanta altivez como firmeza, dijo:

—Señora, por mi parte dude ó no dude del éxito que os proponeis, ya os rebeléis hoy, ya dentro de un año, cumpliré lo que he ofrecido, alzando mi pendon al par del vuestro.

Una sonrisa y una mirada fueron la contestacion que dió la reina al duque, pero de sobra expresivas y elocuentes. Despues se volvió á don Alfonso, y le preguntó con el mismo acento:

—Conde, y ¿á vos, qué os parece más acertado?

—Caer como el rayo y derribar á los privados, respondió el de Trastamara exaltado por la ira y ofuscado por la reina.

—Don Alfonso, explicáos francamente, y si quereis retroceder hacedlo, le dijo doña Leonor al conde de Gijon.

—Soy el primero que se unió á vos para sostenernos mutuamente, y no me separaré de vos, aunque tenga el convencimiento de que la precipitacion con que obramos nos arranca nuestras ventajas, le contestó fria y resueltamente el conde. ¿Decidis que mañana partamos arrojando ántes el guante á los privados? ¡Pues mañana caerá el mio á sus piés!

—Gracias, conde, por el sacrificio que me haceis de vuestras convicciones y temores: ¡gracias! dijo la reina de Navarra con expresion. Nosotros acaso en nuestra fascinacion no apreciamos bien lo que algunos dias más podria mejorar nuestra causa; mostradlo, y si la ventaja es superior al peligro, arrostrarémos este para conseguir aquella. Decidme, pues, qué hariais del tiempo.

—Gastarlo en socavar el edificio del favor del triunvirato, hacer parciales hasta en la cámara real, negociar lo de Portugal y levantar en masa las Astúrias, fortificando á Gijon para tener ante sus muros un año y otro año á Ruy Lopez y su ejército. Enrique III ha jurado aplastar la rebelion con un golpe de su maza, y yo pretendo que esa maza se melle en las rocas que hacen inexpugnable á Gijon.

—Tiempo os falta para eso realmente, dijo doña Leonor pensativa, y tiempo necesitais.

—Pues bien, dádmele y os prometo que detendré á Castilla delante de mí, mal su grado, cuanto á mi voluntad cuadre y á vuestro interes convenga.

—Os le daré, dijo la reina con energía; pero entended, don Alfonso, que somos los cuatro ángulos de un edificio, y que ese edificio es el de nuestro poder y libertad. Entended, y no lo olvidéis por vuestro mal, que si uno falta se hunde todo.

Sacó impetuosamente su espada don Alfonso, tomóla con la siniestra mano por la limpia y bien bruñida hoja, y poniendo la diestra extendida sobre la cruz que formaba la cincelada empuñadura, dijo con arrogante y resuelto acento:

—Juro á Dios, y sobre este signo de nuestra sagrada redencion, que el que yo formo no faltará, aunque le vea entero confundirse.

Y paseó su altiva y fiera mirada sobre los que le escuchaban, con el rostro enardecido y descompuesto.

La reina de Navarra que se levantara, al *juro á Dios* del conde, dió un paso hácia él, puso la mano sobre el sacrosanto símbolo de la cruz, y dijo con soberana expresion de firmeza:

—Yo, Leonor de Castilla, juro por el santo nombre de Dios que el mio no faltará como no falten los otros tres.

Al oirla don Pedro avanzó hasta donde estaban, extendió la mano sobre la cruz y dijo:

— Por esta cruz, imágen de aquella en que espiró nuestro Señor, y por mi

limpio honor de caballero, juro consagrar á vos, doña Leonor, mi voluntad y á todos tres mis esfuerzos.

Clavó don Fadrique una penetrante mirada en don Pedro, y á pesar de que la incredulidad, el desden y la ironía se revelaban en su frente, en sus ojos y en su sonrisa, imitando la acción de los que le habían precedido, tocó la cruz y dijo:

— Por Jesucristo, por mi nombre y por mi fe, juro ser el primero en obrar para darle cima á vuestra empresa, sin levantar mano hasta que esté consumada. Y al que en el día de la prueba falte, faltén todos, y sea tenido por perjuro, por traidor y por infame.

— Amen, respondió el conde de Gijón con voz entera y sonora.

Y retirando el duque la diestra llevó don Alfonso á sus labios la cruz sobre que se había hecho el juramento, besándola con reverencia.

En seguida volvió el acero á la vaina y al hundirse despidió un metálico sonido agudo y electrizador.

— Señores, dijo gravemente la reina de Navarra, héténos ya estrechamente unidos con un lazo que solo Dios puede romper. Ahora que cada uno se consagra á la causa á que se ha ligado y cumpla lo que ha prometido, y para más obligaros yo daré el ejemplo, pidiéndoos me hagais la cortesía de dejarme sola para que lleve á cabo la promesa que he hecho á don Alfonso, dándole el tiempo que desea.

Todos tres se apresuraron á obedecerla, saliendo el uno en pos de otro de la cámara llevándose consigo su séquito, con lo que la antecámara quedó tan desierta como la cámara, en la cual sólo estaba doña Leonor meditabunda y abstraída.

Larga, muy larga fue su meditacion. Dos horas eran pasadas desde que los conjurados salieran cuando la reina alzando la inclinada frente salió de ella, lanzando al vacío una mirada profunda y luminosa.

A continuacion llamó: un paje y una dama acudieron.

— Isabel, dijo á esta, decid á doña Brianda que venga. Vos, Fernán, retiráos. Ambos obedecieron y se marcharon.

— De Juan de Velasco no me fio, murmuró doña Leonor respondiendo á su pensamiento; no sirve bien á su señor y á mí me serviría peor. Los secretos sólo son fielmente guardados de aquellos á quienes interesa que no se penetren. Demos pues de los míos la menor participacion posible.

Poco se hizo esperar doña Brianda, quien entrando cruzó la cámara, anunciándola el crujir de su larga falda de seda que arrastraba por el pavimento con la majestad que solía.

— Doña Brianda, la dijo doña Leonor cuando la tuvo delante, vais á cubrirnos con vuestro manto más amplio y oscuro, y seguida del más fiel de vuestros escuderos salis del palacio sin que de ello deis cuenta á nadie, buskais al doctor Mair y me le traeis aquí, pero por esa parte que conduce á vuestras

habitaciones, entrando por el oratorio en vez de hacerlo por la antecámara.

La dama hizo en silencio primero un signo de comprension y luego otro de asentimiento. Doña Leonor prosiguió:

—Os encargo que lo hagais tan discreta y recatadamente que ni en el palacio se sospeche ni en el alcázar se trascienda que vais porque os mando yo. Guardáos de todos y del camarero mayor del rey más que de nadie.

—Estad segura de que nadie lo sabrá, respondió doña Brianda tan complaciente para la reina como severa para sí. Yo sola iré á buscarle, yo le introduciré, y si fuere menester alguna explicacion dentro ó fuera del palacio, ahí está Blanca, cuya delicada salud un tanto quebrantada con sus devaneos viene de perlas para darla.

—¡Oh! mi buena dāma, dijo con efusion doña Leonor, se os ocurre cuanto deseo. Pero idos ántes que sea más tarde, porque esta misma noche quiero verle.

—Pues esta noche le veréis.

Y despidiéndose con un ademan se fué por donde viniera dejando sola á la reina, cuyo pensamiento volvió á fijarse en una idea, de la misma manera que sus ojos en una de las flores de su recamada alfombra.

XXIV.

—Señora, dijo doña Brianda de Velasco abriendo una puerta oculta bajo una rica cortina de seda y levantando esta con su mano huesosa y trasparente, el doctor Mair está aquí esperando que le recibais.

—Que entre, respondió la reina de Navarra sin volver el rostro; y luego que le introduzcáis pasad á la antecámara y cuidado de que nadie me interrumpa miéntras le consulto.

—¡Está bien!

Y continuando en sostener la pesada cortina en la mano, hizo la dama una seña al doctor paradó á cierta distancia de ella, el cual comprendiéndolo y obediendo penetró en la cámara tras su noble introductora, que dijo lacónicamente presentándole:

—Señora, el doctor Mair.

—Sea bien venido, dijo doña Leonor fijando en el individuo que habia hecho venir á su presencia una penetrante mirada.

Saludó doña Brianda y se fué á la antecámara, pero no habia aun pasado el dintel cuando deslizándose como una serpiente entró Diamante por la puerta del oratorio y se quedó agazapado bajo los tapices de la cámara.

El doctor Mair era judío, sabio, muy sabio, y médico del rey Enrique III.

Tipo puro y perfecto de la raza de Israel, en su abstracción había mucho de disimulo, y en sus ojos, cuyo brillo ocultaban á medias sus largos párpados, tanta penetración que nada debía ocultársele de lo que con ellos investigara, tratárase de un misterio de la ciencia ó un misterio del corazón.

Sin apresurar el paso había cruzado la cámara, y en pié, con actitud recogida y respetuosa, esperaba á que la reina se dignara hablarle; observando sin embargo con una mirada oblicua el continente de aquella.

Este era tranquilo y apacible, porque en fuerza del dominio absoluto que ejercía sobre sí doña Leonor y al que era deudora en parte del superior influjo que ejercía, mostraba á la mirada que la óbservaba una frente impenetrable y serena, un espíritu libre y una soltura de esa que se cimenta en el convencimiento de la propia superioridad.

Después de un instante de silencio y de mirarle doña Leonor de ese modo que parece que la mirada desciende en quien se fija, le dijo con acento natural y reposado:

—Sabio Mair, os he llamado á mi cámara tan entrada la noche para consultar con vos el remedio de cierta dolencia que me aqueja, causándome vivísima desazon.

Miró el descendiente de Judá la llena y sonrosada faz de la reina, y no advirtiendo en ella ningún síntoma que le revelara la clase á que pertenecía, contestó con el énfasis peculiar de su raza:

—La ciencia le dará, y mi mano dirigida por la del Eterno atacará al mal y le cortará por su raíz.

—Tal espero de vos, replicó doña Leonor acentuando lentamente. Necesito un remedio que me produzca un alivio instantáneo; dádmele, y la recompensa no será escasa, pues la reina de Navarra no es mezquina para sus buenos servidores.

—Fama es vuestra liberalidad, señora, pero la reina de Navarra no ha menester emplearla para estimular á su siervo Mair. Que hable y la comprenderá, que mande y la obedecerá.

—Hablaré para que me comprendais, dijo doña Leonor con una negligencia sostenida sin afectación. Dias há que no me hallo bien, sufro un malestar inexplicable; he caído en cierta languidez que degenera en postración y no puedo moverme sin peligro. Sé que mi sobrino don Enrique va á dar una órden que me obligará á partir, y ántes de emprender la marcha deseo reponer toda la fuerza que he perdido. ¿Comprendeis, pues, lo que espero de vos, sabio Mair?

Levantó sus largos párpados el médico de Enrique III, brotó de su pupila un rayo de vivísima luz que cayó en el semblante de doña Leonor como si quisiera esclarecer con ella el tenebroso giro de su pensamiento, y después de un rápido instante de exámen y otro de reflexión respondió:

—¡No, y perdonadme! porque hay á veces entre la inteligencia humana,

siempre falible é imperfecta y el objeto en que se fija y analiza, cierta vaguedad, cierta sombra, cierta fluctuacion, que forma como un velo que la ofusca, velo que se aclara ó se condensa, se hace impenetrable ó se corre, segun que el objeto se acerca y fija, ó se aleja y envuelve en vapores.

—Lo comprendo, repuso doña Leonor que atenta é impasible le escuchaba, y ¡os comprendo á vos, Mair! añadió lanzándole otra mirada tan clara y penetrante como la suya.

—¡Gloria es mia! dijo el judío inclinándose con respeto.

—¡Quereis, continuó diciendo la reina de Navarra, que el objeto se fije y se descubra! Le quitaré al velo su densidad y vuestro ojo penetrante le descubrirá al traves de su diáfana transparencia. Ya os he dicho que me aqueja un mal... que mi cabeza sufre un desvanecimiento súbito, que mis miembros están entorpecidos, que no me puedo mover, y que acaso mañana dé el monarca castellano una orden que me precise á partir... Yo necesito recobrar ántes mi fuerza. ¿Qué haréis para que la consiga? Porque vos que tanto sabeis ya debeis haber hallado el remedio.

—Le conozco, sí, sé cuál es, replicó el médico clavando en la reina una mirada profunda; pero le encuentro imposible de obtener... por mi ciencia.

—Habeis dicho ¡imposible! repitió doña Leonor como dudando.

—¡Sí! porque necesitais tiempo y los dias no los contienen la mano del hombre, sino la diestra del Altísimo.

—Así es; pero ese tiempo que yo pido puede correr para mí, *solamente para mí.*

—Pudiera ser, pero las esencias, los elixires, las composiciones más perfectas que elabora la mano de vuestro siervo Mair no alcanzan con su virtud á conseguirlo.

—Se alcanzan, dijo la reina de Navarra con intencion.

—¡Penetrais más que yo sus cualidades!

—Ménos, sabio doctor, pero espero más de sus aplicaciones.

—¿Qué quereis, señora, de la ciencia á que os dirigis? la preguntó el médico de Enrique III pretendiendo que se explicara con aquella pregunta terminante.

—¡Quiero de ella que impida lo que no ha sido! respondió doña Leonor desenvolviendo su idea; quiero que la orden que no se ha dado no pueda darse, y eso puede hacerlo quien tan sabio médico es.

El médico guardó silencio y se recogió en sí mismo por un brevísimo espacio.

—Ved, Mair, dijo la reina que ya no podia retroceder, que si me dais la salud he de agradecerósla en mucho.

—Tambien me la pide don Enrique, replicó el doctor Mair revelando en sus palabras y en la expresion con que las profirió que comprendiendo lo que se le exigia dudaba en concederlo.

—Y ¿os la paga como yo? le preguntó doña Leonor sacando de su limosnera una bolsa de seda repleta de doblas de oro, mostrándola y ofreciéndola.

—No es tan rico el monarca castellano, respondió el judío mirándola codiciosamente.

—Ni tan espléndido, creedme, añadió la reina de Navarra alargando el brazo para dársela.

—Vuestra es la salud, señora, dijo el médico de Enrique III adelantando su mano avara para recoger el precio de una traicion.

Tomó el oro Mair, y la reina dándole por comprado le preguntó:

—¿Quedais encargado de mi curacion?

—Sí, señora, contestó el judío velando con sus párpados el brillo que sus pupilas despedían.

—¿Me daréis tiempo?

—Cuanto queráis.

—Y yo á vos por él tal premio que os maraville.

—V. A. hará con su siervo lo que le plazca, fuera de una gracia que demando como recompensa del servicio que le hago.

—¿Os la puedo conceder? le preguntó doña Leonor demasiado diestra para comprometerse en alguna negociacion.

—Podeis, señora.

—Pues pedidla.

—Luego que esté hecho el servicio, dijo el judío resueltamente.

—¿Por qué os la reservais aplazándola? le preguntó la reina de Navarra, mirándole á fin de sorprender algun designio en aquel rostro impenetrable humildemente inclinado.

—Para más obligaros, señora.

No asomó la desconfianza á los ojos de doña Leonor, y eso que la respuesta de Mair hizo que la sintiera grande y profunda.

—Bien, Mair, le dijo tras una ligera pausa; pero entended que así como me sirvais será la recompensa que os dé.

—Sois una grande y poderosa señora y yo vuestro humilde esclavo, contestó el médico de Enrique III con tono enfático y sentencioso.

—¡Lo que quiere decir que esperais segun yo soy!... Hacedis bien ¡por vuestra vida! sabio doctor.

—Mas si os olvidareis allá en vuestra grandeza y prosperidad de la gracia que me habeis concedido, permitidme que os la recuerde por medio de esta prenda que he recibido de vuestra propia mano.

Y la mostró la bolsa que guardaba en la suya.

—Os lo permito, respondió doña Leonor que instintivamente se sentía impuesta con la insistencia tenaz del judío; pero ha de ser de la misma manera que ha sido hecho nuestro convenio; de vos á mí.

—Así será. Yo la reclamaré la primera vez aquí, solo y de rodillas.

Hizo la reina de Navarra un movimiento algo brusco y repuso:

—Y yo os prometo concederla si como os he dicho es asequible lo que pedis.

—¡Sin condiciones, señora! dijo el médico con una firmeza que rayaba en atrevimiento.

—¡Mair! exclamó la reina asombrada medio incorporándose en su dorado sillón.

—Sin condiciones me someto á vuestra voluntad, replicó inflexiblemente el judío; sin condiciones sea la recompensa que solicito.

Miróle escrutadoramente doña Leonor, pero nada expresaba aquella frente pálida é impassible, aquella mirada profunda pero obstinadamente fija en los pliegues del manto que ondeaban en la alfombra hasta donde descendían.

Por un momento estuvo suspensa entre conceder y negar, mas resolviéndose con prontitud le preguntó:

—¿Atañe esa gracia misteriosa á nuestra santa religion?

—No, contestó rotundamente el hijo del pueblo disperso.

—¿A nos?

El médico clavó en ella una mirada indefinible y contestó con una media sonrisa incalificable en su expresion:

—No: podeis concederla, sí, pero realizarla no.

—¿Es oro, Mair?

—Eso queda á vuestra voluntad.

Doña Leonor se mordió los labios y añadió:

—¿Se trata de vuestra raza?

—Tampoco.

—¿A qué se reduce entónces?

—Un dia se lo diré á V. A. si queda satisfecha de su siervo.

—No queda medio de conocerla, repuso doña Leonor plegada un tanto la frente que tanta voluntad é inteligencia encerraba; sin embargo, de nuevo os la prometo bajo la garantía del éxito de la empresa.

—Y yo cuento con ella como cuento con mi propio corazon.

El de la reina de Navarra latió de pronto con fuerza. ¿Era acaso un presentimiento?

—Explicáos, añadió el médico vuelto á su respetuosa y sumisa actitud, y dad órdenes á vuestro siervo.

—Quiero, dijo doña Leonor dejándose inspirar de su mal ángel, que un accidente cualquiera paralice la voluntad y el brazo del rey hasta que yo esté en estado de dejar á Valladolid.

—Don Enrique no podrá mandar hasta que V. A. lo ordene.

—¿Cómo lo impediréis? preguntó la reina cuyo corazon continuaba latiendo sordamente.

—Yo, de ningún modo... No puedo tanto.

—¿Entonces?...

—Serán sus dolencias las que lo hagan.

—A esas nadie resiste, dijo doña Leonor perdiéndose las sombras de su frente con el éxito de su negociación.

—Nadie; replicó el descendiente de Abraham y de Jacob revelando su frente más que sus palabras la sabiduría y sus ojos la malignidad del espíritu corrompido; porque son agentes que todo lo subyugan y nivelan.

—¿Estamos pues convenidos?

—Por mi parte sí.

—Y por la mía también.

El pacto estaba hecho y terminada la negociación. Doña Leonor llamó á doña Brianda, y la anciana dama, cumpliendo lo ofrecido, llevó al doctor Mair al aposento de Blanca, á quien miró mucho y habló poco, mandándole que como las mariposas vagara al sol por los jardines y se alimentara con el néctar de las flores.

XXV.

Ido el doctor Mair doña Leonor se levantó, dió algunos pasos por su cámara, llamó á sus damas y se retiró á su dormitorio. Tras las emociones de la noche y la fatiga del día que la habia precedido necesitaba descansar, y buscaba reposo esperando en el blando lecho un sueño reparador.

La cámara pues habia quedado sola; mal decimos, porque tras el tapiz estaba Diamante.

El diminuto favorito de la reina se mantuvo agazapado en tanto que las damas entraron y se fuéron, pero así que su oído le advirtió que nadie habia salido de su escondite lleno de polvo y desmelenado y escapó por la puerta del oratorio.

Para llegar á su aposento tenia que pasar por delante de los de las damas, y quiso su suerte que ántes de que llegara á la puerta del de Blanca saliera por ella doña Brianda con el doctor Mair. Pegóse á la pared para no ser descubierto y oyó como el médico de Enrique III le dijo á la dama de doña Leonor con su énfasis oriental:

—Dadle brisas, sol y flores, y recobrará el vigor y la alegría.

—Pronto saldrá de Valladolid cuyo clima le es contrario, respondió la anciana tutora con rígido y frio acento.

Nada más oyó Diamante, porque ámbos siguieron á tomar una galería que conducía á una escalera interior por donde las damas se servían.

Era tarde: la noche iba avanzando, y los que su deber no retenía junto á la reina se habian retirado cada cual á su aposento.

El pequeño espía se dirigía al suyo; más como ántes de llegar pasara por delante del de Sancho Ramirez y viera abierta la puerta y luz, entró dando brinquetes y palmadas.

En la primera estancia habia dos escuderos repartiéndose amigablemente, comunicándose todo cuanto habian llegado á penetrar acerca de la reunion de los tíos del rey en la cámara de doña Leonor. En la segunda se hallaba el mayordomo recostado en el lecho que aun no le habian permitido dejar, vendada todavía la frente, que á sumo pálida habia adquirido cierta blancura, desvelado y melancólico, fijos los ojos en la luz que ardia sin oscilar.

Al ruido de las palmadas que Diamante daba los quitó de la luz y los puso en él, sin manifestarse sorprendido de su nocturna visita, porque el favorito de la reina tenia con su servidumbre grandes privilegios y con Sancho singular acogida desde su aviso que justificó su encuentro.

En cuanto á Diamante, puso un escabel junto al lecho y se encaramó á este, dando una estúpida carcajada.

El adusto señor de los Cameros le dejó hacer en silencio, y cuando le vio regaladamente sentado con las piernas cruzadas como un sultán en su haren, ansioso de oír un nombre que no pronunciaba nadie en su presencia, le preguntó haciendo un rodeo para obligarle indirectamente á pronunciarle.

—¿De dónde venis, Diamante?

—Ji, ji, ji, de un nido de arañas.

—Y ¿qué haciais en él?

—Yo no sé, ji, ji, ji.

—Y en la cámara, ¿habeis estado?

—Ji, ji, ji. Tambien.

—¿Con las damas?

Diamante clavó en el mayordomo sus pequeños ojos redondos y salientes, con una expresion indefinible, mezcla de idiotismo y malicia y se puso á cantar á media voz con aire monótono, interrumpiéndose á cada estrofa con su estúpida y frecuente risa:

Era un perro, perro, perro.

Y le dieron oro, oro, ji, ji, ji.

—Cantad Diamante, cantad, le dijo Sancho Ramirez que recogía sus palabras cual sí fueran los de una sibila.

Diamante siguió cantando:

Ya se acercan al leon,

Le muerden en la cabeza, jji, ji, ji!

Van poniendo la corona,
Bajo el turbante del perro.

¡Ji, ji, ji! qué malo es el perro, perro, perro, ji, ji, ji; peor es la zorra, zorra, zorra.

—Mucho, Diamante, mucho; pero seguid ese romance ó lo que sea.

Varió de tono el enano, y se puso á cantar dando palmadas:

Todos quedan, todos quedan.

Y ¡á la garza, echan á volar...! ¡ji, ji, ji!

Sin antecedentes de lo que habia sucedido en la cámara de la reina Sancho nada comprendió en las primeras alusiones de Diamante, no así la última, que tomando la garza por Blanca, sospechando que prevaliéndose de su estado la separaban de su lado sacándola del palacio, impetuoso y violento se incorporó de pronto, le agarró por el cuello, y haciéndole sacar la lengua del brusco apretón que le dió, le dijo con duro y resuelto acento:

—¡Muñeco de Satanás! si no me decís todo lo que sabeis bien y claramente, os hago estírar el gznate despues de haberle retorcido.

La amenaza era muy de temer que se cumpliera, y Diamante, todo amoratado y convulso, le agarró las manos con que fuertemente le oprimia, y sin poder hacer uso de la lengua le hablaba con los ojos que se le saltaban de las órbitas en su parasismo de terror.

—No me hagais visajes de condenado, añadió Sancho aflojando el terrible lazo que sus manos formaban. Sé que teneis gran malicia y no es fácil embaucarme como á la reina y sus damas. No me rompáis pues la cabeza con cantares, y hablad, en razon y verdad.

Atemorizado Diamante repitió con la exactitud de un eco cuanto habia oido detras del tapiz y junto á la puerta de la ricahembra de Castro. Cuando terminó su revelacion, el mayordomo de doña Leonor, que la habia oido con un tanto de asombro, le dijo apreciando la tremenda trascendencia del secreto que sorprendiera:

—Escuchad, Diamante, y parad mientes en lo que os digo. Mañana os he de dar el vestido de escarlata que os ofrecí, y para que os le prendais, un broche de esmeraldas que no le hayais visto tan bello; pero os habeis de morder la lengua y no proferir jamas ni una sola de las palabras que me acabais de decir. ¿Lo haréis así?

—¡Ji, ji, ji, vaya, ji, ji, ji, ahora veréis!

Dicho esto hizo Diamante un gesto feísimo, abrió su boca un tanto hundida, y sacó la lengua que empezó á gotear sangre, mostrando las dos heridas que sus dientes la habian hecho. En seguida se puso á reir y á palmotear.

—No os quiero mudo, aunque sería lo mejor, sino callado, dijo Sancho Ramirez sintiendo una desagradable impresion al ver la bárbara mordedura.

En seguida llamó y entraron los escuderos.

—Beltran, dijo al más joven, hacedme el favor de darle á Diamante un sorbo de vino para que se enjuague la boca, y llevadle á su nido para que duerma.

Tal era la impresion de Diamante que no se pudo bajar del lecho. Los escuderos le pusieron en el suelo y se le llevaron, no sin que antes diera blandamente un golpecito á la mano que habia estado á punto de ahogarle.

XXVI.

Castilla empezaba á estremecerse como un cuerpo humano cuyos miembros se agitan convulsivamente en una lucha violenta. Patente ya la alianza de los tios del rey se esperaba hora por hora una rebelion que la conducia á derrumbarse, y como si todo se conjurara en su daño, la mano que podia contenerla, que podia apartarla, se hallaba inerte y paralizada.

Enrique III no salia del lecho presa de una dolencia tenaz, de la cual era producto una tristeza desoladora. Su cámara no se abria mas que á Catalina de Lancaster, al infante don Fernando, á los varones de Dios que le podian fortalecer con sus palabras, y al médico desleal y traidor que sujetaba las alas del ángel del dolor para que no se apartara del enfermo que confiaba en su ciencia para alejarle.

Empero con ellos entraban las aspiraciones de los que fuera se amenazaban, y hasta en su propia cámara resonaba en su oído la palabra rebelion y el nombre de privado.

Era de tarde: acostado en regio lecho el doliente Enrique III miraba tristemente preocupado la recamada colgadura que en hondos pliegues se abria á los lados, dejando libre un espacio por el cual podia ver á la reina, que apenada y descolorida se recostaba en su sillón, á Juan de Velasco, que la acompañaba silencioso y atento, y algo más separado al doctor Mair, que abstraído y meditabundo ni aun la respiracion parecia exhalar de aquel pecho que encerraba el secreto de la reina de Navarra.

En la antecámara se oian murmullos débiles y pasajeros como los suspiros del viento, y la luz del sol que entraba por las abiertas ventanas y templaban las cortinas que delante de ellas se corrian, heria de lleno la hermosa y noble frente del monarca castellano, dándole la blancura inanimada del mármol.

Un fuerte y prolongado suspiro, que al exhalar de la garganta hizo hinchar su pecho, interrumpió el triste y profundo silencio que reinaba, porque doña Catalina aprovechando la salida de su abstraccion le preguntó con solícito y blando acento:

—Enrique: ¿cómo os sentís?

—¡Mal! contestó el rey con un desaliento y una tristeza indecible; mal, Catalina, abrumado de angustia y agitado el espíritu. Acercáos, Juan, añadió dirigiéndose á su camarero mayor; descorred bien estas cortinas y las de esas ventanas; quiero ver el sol como se pone para aprender el modo como se muere.

Juan de Velasco obedeció complaciéndole. Todas las cortinas se descorrieron, y pudo ver desde su lecho el sol y las riquísimas tintas que adornaban el horizonte. Don Enrique se sentó respaldándose en las almohadas para contemplarle mejor, y dirigiéndose nuevamente al camarero mayor le dijo:

—Decidle á Mair que me dé una de esas pócimas que calman como el sueño. Esta tarde sufro más.

Sabido el estado del enfermo, el doctor Mair arregló en una copa de oro una pócima compuesta del jugo de algunas yerbas, en cuyo conocimiento era consumado, y entregándosela á Juan de Velasco, este la presentó á don Enrique, que ansiosamente bebió hasta agotarla: volviósela al camarero, que la entregó á Mair, y ambos tornaron al sitio en que ántes estaban.

En cuanto á don Enrique pasó un largo espacio mirando el horizonte. Vió pues descender el astro del día, tocar en su ocaso y hundirse. Vió tambien oscurecerse la vivísima lumbré que sus ardientes refléjos formara, y cerrando los ojos algunos instantes se puso sin duda á comparar el ocaso del astro con el de la criatura.

Viéndole en aquel estado la reina se levantó, le tocó suavemente en los párpados y le dijo:

—¿En qué pensais, Enrique mio?

—En lo horrible de mi destino, respondió don Enrique abriendo los ojos y fijándolos en Catalina de Lancaster. Hombre y rey, sólo he nacido para sufrir y luchar.

—¡Qué desaliento, Enrique!

—¡Ay, muy grande; mucho, mucho!

—Y sin motivo, porque de más graves dolencias habeis triunfado y de mayores borrascas salido. Hoy estamos en puerto, Enrique.

—¿En puerto, Catalina?... ¡Oh, nuestro Señor me perdone si desconfío, pero creo que para nosotros no le hay en la vida!

—Pero ¿qué es lo presente comparándolo á lo pasado? ¡Sombras y nada más!

—¡Ay, Catalina, eso lo decis por animarme! Pero volved los ojos en torno vuestro y ved si hay algo que nos halague. En todo resalta la pobreza que nos rodea, y aunque se arrostre con dignidad y se sobrelleven las privaciones sin mortificación, ata las manos á los reyes y pone coto á su voluntad. No he podido cumplir un voto, Catalina, y hallo en otra dolencia el merecido castigo por mi tibieza. Luego ¿en dónde están mis deudos? ¡Dicen que alzando á Castilla!

—Ellos se alzarán, pero Castilla no, Castilla es fiel.

—¡Pobre Castilla! dijo Enrique III con intenso pesar. ¿Quién le hará un car-

go si lo hace? Porque al fin es una nave sin timon, abandonada en el instante en que la mano que la dirigia la ha lanzado sobre escollos.

—¡Oh no! no, Enrique, no.

—Sí, Catalina, porque de ello me acusan todos, cada uno en un concepto.

—Los que tal hagan se equivocan.

—Acaso no, Catalina, y eso es lo que más me agita y desasosiega. En hora fatal una mano que merece ser maldecida ha prendido un fuego que se mantiene encubierto, pero que rápidamente puede propagarse y convertirse en un incendio voraz. Ese incendio se apagará y Castilla verá cubierta su haz de cenizas y ruinas. Las cenizas no fecundizan ni las ruinas embellecen un estado, pero con la lucha es menester aceptar sus consecuencias, y estas son las que se desprenden de ella. No es pues esto lo que me apena, sino una lucha interior que me mata: es que dudo, que fluctúo entre mis convicciones y los ajenos pareceres que las combaten.

—Pues bien, si eso os sucede, descended á vuestro corazon. Hay en él un fondo de rectitud y de justicia que se elevará sobre el interes y sobre las pasiones que forman los móviles de esos pareceres. Consultáos á vos mismo, ya que en vos reside la inteligencia que comprende sin el odio que fascina.

Dió don Enrique un hondo suspiro y replicó:

—Mi conviccion es la de un hombre sujeto á error como toda la humanidad, y ademas no tengo odio, pero siento afecciones muy profundas. Por eso busco consejo y por eso me altero cuando me le dan contrario y sostenido cada opuesto parecer con razones poderosas. Figuráos, Catalina, que vuelvo mis ojos á una parte y me dicen: Castilla sufre, está esquilhada, oprimida, es un pobre cuerpo en disolvencia, dadle el remedio á su mal ó perece... Y ¿sabeis el remedio que su ciencia indica? Pues es derribar á los hermanos de mi padre, las cabezas más encumbradas de Castilla... Llévolos á la otra y oigo: Tres hombres os separan de nosotros, columnas de vuestro trono, nos ofenden, nos odian, nos persiguen... Castilla se irrita con la mengua de su dominacion, con la afrenta inferida por ella á los hijos de sus reyes... Y ¿sabeis quién son estos tres hombres? Pues les hacen sobre cuantos alientan en Castilla superiores la sabiduría, el valor y la lealtad: son mis mejores consejeros, son los que tienen más altas inspiraciones...

Yo he pretendido extender mi mano entre ellos y contenerles en su odio, pero se necesitaba el poder de la que contiene las aguas en su límite de arena, y no he podido conseguirlo.

—Verdad es, Enrique, lo que decis y comprendo lo imposible de conciliar esos extremos. Mas en el conflicto en que os ponen os cumple reflexionar que ni es infalible Zúñiga ni razonable la exigencia de la reina de Navarra, y en ese afan que sentis separáos de su consejo y tomad el de vuestra conciencia.

—La conciencia es juez, Catalina, y nada más. Ella me dice que obro con

recto fin, pero ni le da salida á mis dudas, ni me asegura cuál sea el que tenga la lucha que va á empeñarse, sino está empeñada ya.

—Yo os lo predeciré, Enrique: será feliz.

—¿Para quién?

—Para Castilla, dijo Catalina de Lancaster en quien predominaba el influjo de los privados.

—¿Sabeis que va á pasar la guerra por su haz? ¿Sabeis que la guerra es una calamidad?

—Sí, pero presiento que pasará como un metéoro y despues se establecerá una paz que sea inalterable y fecunda.

—¡Oh! es que al lado de la posibilidad de hacer estable lo que hasta el presente ha sido efímero, está el de no conseguirlo empeorando su condicion.

—¡Dios mio! exclamó Catalina de Lancaster retrocediendo algunos pasos y dejándose caer en su sillón. ¡Muy grave es el mal que así perturba y desfallece su espíritu!

—Muy grave es, contestó Enrique III siguiéndola con su mirada, cuando mi voluntad no me puede arrancar de aquí donde la fatalidad me encadena.

—Recurramos á Dios, repuso Catalina de Lancaster penosamente afectada; yo le rogaré de rodillas y le ofreceré...

—No le ofrezcais, Catalina, dijo el rey interrumpiéndola con un arranque de amargura, acordáos del monasterio.

—El monasterio se labrará, replicó doña Catalina con energía; yo venderé todas mis joyas hasta la corona, y quedará cumplido vuestro voto. No penseis mas que en vuestro alivio y mañana os alzaréis de ese lecho recobradas vuestras fuerzas.

—Si no os tuviera á mi lado, Catalina, si no recibiera las caricias de mi hermano que me ama, quizá porque aun no ha puesto sus ojos en la corona que ciño, creeria que los reyes al vestirnos la regia púrpura renunciamos á los goces de la vida y perdemos el amor de la familia.

—Dos cosas tengo que responderos: primera que el cerco de oro de la corona oprime con los deberes que impone; sin ellos, ser rey sería ser Dios. Segunda que si relajan algun vínculo de sangre esos mismos deberes, está bien compensado el afecto que se pierde con el afecto que se gana, porque ¿qué es un hombre que nos aborrece en cambio de un pueblo que nos bendice?

—Poca cosa, dijo Enrique III lánguidamente. Sobre el rey no pesan mas que deberes, para él no existen mas que pueblos. Dios les debe de dar mucha fuerza ó quitarles el corazón, ¡si no se sufre tanto!

Y cerrando los ojos procuró sin duda olvidar algunos instantes que lo era. A poco don Enrique dormitaba.

XXVII.

Espoleando á sus fuertes pero cansadas cabalgaduras, entraban en Valladolid, espirando el día, dos jinetes tan cubiertos de polvo como aquellas de sudor, los cuales, tomando como quien bien las conoce las calles ménos frecuentadas, se dirigieron al Prado de la Magdalena, donde se alzaba un edificio inmenso con dos órdenes de ventanas, portada de mármol y sobre ella un escudo cuartelado con castillos y leones brisado en señal de bastardía, dos leones por soportes y una corona de conde sobre el yelmo que lo superaba.

Paráronse á la puerta, y apeándose con ligereza quedó el uno con los caballos y entró el otro en un espacioso zaguan, en el que sólo se detuvo para hacer una pregunta á un ballestero que encontró con otros muchos, todos con el escudo cuartelado en el pecho, subiendo así que le dieron la respuesta que fue breve por la ancha y bien labrada escalera, y penetrando en sus vastos y concurridos salones saludó sin detenerse á los hidalgos y caballeros que en ellos habia, y entró en un aposento que le indicaron y en el cual se oían dos voces varoniles en animado coloquio.

No bien resonaron sus pasos y con ellos el sonido de sus espuelas, volvieron la cara los que allí estaban, y reconociendo al que entraba, exclamaron con fuerte pero distinta entonacion:

—¡Pero Perez de Urdial!

—El mismo soy, señor conde de Gijon; el mismo soy, gentil don Enrique, respondió el recién venido con desembarazo, apresurándose á llegar á los que se adelantaban para recibirle; Pero Perez de Urdial que os trae buenas nuevas de la condesa mi señora, mejores de su negociacion y en extremo satisfactorias del rey don Juan.

—Sentáos, Pero, sentáos, dijo don Alfonso Enriquez regocijado con su anuncio; y apresuráos á dárme las, porque sobre esperarlas con indecible impaciencia, son favorables y placenteras.

—Sí haré, y empezando por lo que más os interesa, diré como doña Isabel queda en perfecta salud, honrada y complacida en extremo por todos; esperando ansiosamente á don Enrique para presentarle á don Juan y que se hagan los desposorios.

—¿Se firmó pues el convenio?

—Dos horas ántes que yo partiera.

—Y ¿qué se ha estipulado?

—Con ligeras alteraciones todo lo que habeis pretendido, pues la condesa ha sido tan diestra como afortunada para hacer la negociacion. Doña Beatriz dará su mano á don Enrique y con ella le hará dueño de las villas de Monfort y Verganza que le traerá en dote. Don Juan romperá la tregua con Castilla, dando por pretexto no haberla sancionado las córtes, y el mismo dia que se rebele Gijon, entrará por Olivenza el comendador de Urem con trescientas lanzas que se correrán hácia Zamora para tomar el castillo.

—¡Tome el mensajero por albricias! dijo don Alfonso sacanda de su cintura una daga con vaina de oro cincelado y riquísima empuñadura y dándosela á Pedro Perez de Urdial, quien la tomó dando muestras de hacer gran aprecio del don.

Sentáronse los tres, y el conde de Gijon le dijo á don Enrique, cuyo rostro juvenil revelaba más pesadumbre que placer:

—¿Habeis oido, Enrique? En Lisboa no se espera más que á vos; mañana pues partiréis.

—Perdonad, respondió el rubio doncel; pero ántes de presentarme en la córte portuguesa quiero calzar espuela de oro y pretendo ganarlas en la guerra que se prepara.

—No extraño vuestro deseo, querido Enrique, repuso el conde sonriéndose con paternal complacencia; mas falta tiempo para satisfacerle, porque en esta guerra ha de tomar parte Portugal, y no lo hará hasta que no os desposeis con la hermosa doña Beatriz. Ganadlas, y el rey don Juan os armará caballero.

—¡Ah!... pero... yo... dijo tímidamente el amante de doña Juana de Navarra, no quisiera ir á Portugal hasta que fuera esa guerra fenecida.

—Antes tiene que ser, dijo Perez de Urdial con franco y resuelto acento; porque si vos no cumplis lo pactado, tampoco lo cumplirá don Juan.

—Pero ¿qué reparo teneis en ir? le preguntó su padre un tanto fruncidas las cejas.

—Reparo ¡no! repugnancia...

—¿A que don Juan os dé el espaldarazo?

—¡Oh! no, tengo que dar mi mano á doña Beatriz.

—Y ¿por qué? preguntó don Alfonso no ya fruncidas las cejas, sino airada la frente morena y altiva.

—¡Por lo mismo que rehusó la reina el duque de Benavente!

—El duque de Benavente la rehusó porque toda Castilla se empeñó en que lo hiciera, y le dieron para indemnizarle á la ricahembra de Alburquerque; y vos, Enrique, no os hallais en este caso.

—No; pero me encuentro... en el de no amarla. No quiero la pretendida de tantos.

—¡Oh, don Enrique! dijo el viejo Perez de Urdial; eso lo decis aquí y ahora, pero luego que os miren sus bellos ojos la querreis tanto, que el tiempo que tarde se os hará largo, y no cesaréis de bendecir á quien os da tanta ventura.

—Lo que haré, replicó don Enrique con enfado, será maldecir á quien ha traído la nueva.

—Enrique, dijo el conde de Gijon con un acento que revelaba sobre la contrariedad y el enojo lo grande de su cariño paternal, yo tenia tres años más que vos cuando don Enrique vuestro abuelo me propuso á vuestra madre por esposa, en ocasion que yo andaba loco de enamorado de una dama castellana, bella como un sérafin. A pesar de que mediaba un convenio de rey á rey, rehusé, lo cual sirvió para que mandara y mandara amenazando. Entónces me rebelé, y para sustraerme á su autoridad me pasé á Navarra huyendo. Mi padre me envió á don Juan Ramirez de Arellano, quien me persuadió con dos razones de lo bien que me estaba el enlace negociado. La reflexion entró en mí y volví á Castilla, me avisté con don Enrique, y obedeciendo sus órdenes fui con mi tio don Sancho á Portugal y me uní con doña Isabel.

Si la he amado y si he sido feliz, vos lo sabeis; y esto que á mí me ha sucedido es lo que á vos va á suceder, hijo mio, perdiendo esas injustas preveniciones á la vista de doña Beatriz. Mañana, pues, partiréis á reuniros con vuestra madre.

—Si mandais que parta, partiré, dijo don Enrique que, carácter débil y dulce, no sabía resistir ni á las órdenes del conde, ni á las gracias de su prima.

La frente de don Alfonso se desarrugó enteramente con la sumision de su hijo.

—Monfort, Verganza, añadió radiando sus ojos de ambicion y de esperanza, las tierras y castillos de Traosmontos que posee vuestra madre, y los estados de Gijon, bien pueden constituir uno independiente y no pequeño, y mi ambicion, hijo mio, es que seais su soberano. Nietó de dos reyes, quiero que lo seais y fundeis una dinastía que, descendiendo de Castilla y Portugal, una sin brisura en un blason sus leones y sus quinas.

Don Enrique se sonrió con su plácida sonrisa. Era un niño, y le presentaban un trono en próxima perspectiva.

—Id pues á dar vuestras órdenes; en seguida volved, y ambos irémos á tomar las de doña Leonor vuestra tia.

Una sombra oscureció la frente del jóven Enriquez, sin embargo, se levantó sin replicar, y para obedecer á su padre se dirigió en busca de sus numerosos servidores.

XXVIII.

Dos horas despues de la escena descrita en el capítulo que antecede el conde de Gijon y su hijo entraban en la cámara de doña Leonor de Castilla. Sus hi-

jas, sus damas, Sancho Ramirez, Fernan Diaz del Alamillo y los más distinguidos caballeros de su casa la rodeaban. Uno y otro fueron lisonjeramente recibidos, y después de corteses y comedidas razones, don Alfonso le comunicó á la reina particularmente las nuevas que Pero Perez de Urdial le habia traído. Cuando concluyó le dijo:

—Gijon no espera para alzarse mas que á su señor, y ese tardará en presentarse lo que tardeis vos en mandárselo.

—Idos ya, conde, respondió doña Leonor; Valladolid es un volcan, y la erupcion no debe cogernos en él. Partid mañana si os parece, que yo muy en breve os seguiré.

—Mañana parto, repuso el conde de Gijon, más aun que por convenir, porque vos me lo ordenais.

—Al separarnos, dijo con emocion la reina, os recuerdo el juramento que nos une. ¡No lo olvideis, don Alfonso!

—Os repito lo que os dije cuando le presté: ¡no faltaré aunque falten los demas!

Y se levantó para retirarse. La reina le imitó, y ciñéndole el cuello con sus brazos, le dijo:

—Os ha unido la que os ama, consiguiendo lo que calificasteis de imposible. Sea en lo sucesivo el lazo que fuertemente os estrecha y la voluntad que os dirija, siquiera porque me rebelo para salvaros.

El conde la abrazó con efusion. Separándose de él, llamó la reina á don Enrique.

—Sed muy feliz, le dijo abrazándole; pero no olvideis allá en Portugal que habeis nacido castellano.

—No puede olvidarse quien tiene su corazon en Castilla, respondió visiblemente afectado.

—Os vais, le dijo doña Juana, que habiendo oido lo de Portugal adivinó para lo que iba.

—Me voy, contestó su primo clavando en ella sus ojos con indefinible expresion, pero os prometo que volveré.

—Os vais, repitió la princesa cuajándosele los ojos de lágrimas, y no volveréis. ¡Séaos muy grato Portugal!

Don Enrique dió un acongojado suspiro, y siguiendo el ejemplo de su padre se retiró.

Sin reponerse de su emocion, doña Leonor se dirigió á Fernan Diaz del Alamillo y le dijo:

—Fernan, haced que vaya un paje y les avise á don Fadrique y don Pedro de Castilla que necesito verles y les espero.

En seguida despidió á sus hijas: despidióse Sancho Ramirez, fuéronse las damas, y quedando sola con doña Brianda:

—Dadme un pergamino, le dijo, unas tijeras y la cajita de oro con arabescos azules que debe estar en mi joyero.

Buscó doña Brianda cuanto la reina le pidiera, y todo se lo puso en las manos.

—Ahora dejadme y preparaos á hacerme un favor, añadió doña Leonor tomándolo, más importante que el que no há mucho me hicisteis.

—Siempre lo estoy para serviros, respondió la anciana dama retirándose.

XXIX.

El adormecimiento que produjo en Enrique III la pócima del doctor Mair se prolongó un largo espacio. Durante él entraron en la cámara y se fueron despues de dolerse del estado de don Enrique y de soltar especies más ó ménos alarmantes, el infante don Fernando y los obispos de Palencia y Cuenca. La reina permanecia en su sillón sin salir de la cámara ni aun para ver á la tierna doña María y Juan de Velasco. Doña Isabel de Osorio y el doctor Mair no se separaban tampoco un punto de ella.

Una de las veces que doña Isabel salió á la antecámara para dar alguna orden de la reina, hubo de tardar algo más del tiempo que se necesitaba para transmitirla, y cuando entró suspendiéndose en las puntas de los piés se llegó á doña Catalina, y le dijo dándole con su acento gravedad al anuncio:

—Señora, el mayordomo mayor solicita hablar con V. A. un breve espacio.

—¿Sabeis qué tiene que comunicarme? le preguntó doña Catalina ligeramente sobresaltada.

—No, pero presumo por algunos indicios que ha de ser para participaros nuevas algo alarmantes.

Acreció el sobresalto de la reina, y despues de un instante de irresolucion le dijo:

—Decidle que le recibiré.

—¿Aquí ó en vuestra cámara?

—Aquí. Don Enrique dormita, y desviada como estoy del lecho, no se puede percibir desde él el ténue rumor de nuestras voces.

Salió la dama y á muy poco tornó con el mayordomo mayor que la imitaba en lo de andar de puntillas.

Juan Hurtado de Mendoza aparecia notablemente preocupado; la reina lo observó y su sobresalto tomó un carácter pronunciado de ansiedad.

—¿Qué os trae á esta hora á mi presencia, leal Mendoza?

—Me trae, respondió el mayordomo mayor con acento un tanto conmovido,

el peligro que tomando cuerpo día por día es á esta hora inminente. Pero ante todo, ¿cómo está don Enrique?

—¡Mal! respondió Catalina de Lancaster anublándosele los ojos de lágrimas.

—¡Fatalidad de Castilla! exclamó el privado con la expresion de una violenta pesadumbre.

—Pero ¿qué hay de más hoy que ayer? ¿esta noche que esta mañana? le preguntó la reina latiéndola fuertemente el corazón.

—Hay que los acontecimientos se precipitan, que los tres tios del rey despues de haber hecho pública alianza, públicos aprestos de rebelion, los están haciendo á esta hora de marcha, y mañana salen de Valladolid.

La ya afectada doña Catalina sintió que el desaliento la paralizaba, y sus hermosos ojos fijos en la faz expresiva del mayordomo mayor lo revelaron claramente. Comprendió el privado, y con toda la energía de su carácter le dijo:

—En tan crítica situacion es necesario obrar, porque es necesario contener el torrente que se desborda; para eso es menester salir de la funesta inaccion en que la dólencia del rey nos tiene, tomar la iniciativa y parar el golpe. Hágalo V. A. si don Enrique no puede.

—Yo no le tomo á esa mano el cetro ni por un día, respondió Catalina de Lancaster señalando la de don Enrique que descansaba inerte sobre el lecho. ¡Oh no! no quiero hacer lo que sé que no quiere que se haga.

—Y sin embargo, señora, sucede que en circunstancias dadas hay que sobreponerse á nuestros deseos y á los de los demas. La regencia ejercida hoy es una carga que abrumará vuestros hombros; pero esa carga es un deber el imponérsela cuando lo reclama el interes de vuestro esposo, el de vuestra hija, el de esa Castilla que si no se la sostiene se desploma.

Catalina de Lancaster rompió en un llanto copioso. Tenia demasiada resolucion, demasiada firmeza, demasiado interes Juan Hurtado de Mendoza para retroceder ante el llanto y la repugnancia de la reina; así fue que añadió con un acento mezcla singular de respeto y reconvencion:

—Por piedad, señora, no os apoqueis á ese extremo. Ponéos en vuestro lugar y acordáos que sois la descendiente de doña María la Grande.

—Mendoza, replicó la reina enjugando el llanto que inundaba sus mejillas, no necesito el recuerdo de mi noble antecesora para animarme, porque ni me pesa la corona ni me arredran los peligros. Me resisto á ejercer la regencia en la enfermedad de don Enrique, no porque no me crea capaz, sino porque no quiero herir lo que respeta, y sé que mi mano se ha de ver impulsada á derribarlo. Muerto el rey haria frente á todo, porque sólo á Dios deberia cuenta de mis obras; viviendo no la hago á nada, porque se la he de dar á él; y yo, yo, que conozco los secretos de su corazón, de su voluntad y de su deseo, sé que no le podria satisfacer.

Tenia demasiada penetracion el mayordomo mayor para no conocer que la

reina se resistía, temiendo verse colocada bajo el influjo que sólo mantenía en un límite la firmeza de Enrique III. Esto precisamente era lo que el privado pretendía, y para conseguirlo principió por tranquilizarla diciéndola:

—Si V. A. teme que alguna voluntad trate de dirigir la suya ó no fía en los consejeros que la rodean, vengan cuantos tiene don Enrique y guíenla con sus inspiraciones; mas entre tanto no olvideis que esos hombres que se rebelan lo hacen en el exceso de su orgullo para dar la ley al trono, y que este cuando la recibe se rebaja.

—Lo sé, repuso Catalina de Lancaster con dignidad, y os aseguro que si yo le ocupara sola, primero que recibirla despojaría mi frente de la corona y la cubriría, como mi abuelo don Pedro, con la punta de un sudario. Mas yo que así por mí obraría, ni puedo ni debo hacerlo á nombre de don Enrique.

—Don Enrique haría lo mismo, señora, don Enrique quiere paz. ¿Cómo no contendría la guerra si supiera que está en su mano hacerlo?

—¡A su mano tal vez, Mendoza, pero á la mía...!

—Igualmente. ¿Qué le falta para que lo consiga? ¡Estar autorizada y querer!

—¡Oh! aun que así fuera: ¿quién le dice á don Enrique que se despoje de su poder y me le transmita á mí?

—En la confianza que tiene don Enrique en V. A., con sólo una insinuacion lo hará. ¡Es momentáneamente, señora!

—¿Quién en su estado le dice cual es el en que Castilla se encuentra?

—V. A., señora.

—¡Oh! que es muy duro oírlo.

—Perded ese temor, señora. El temple de don Enrique es muy elevado, muy fuerte. De esa inercia fatal saldría como Lázaro del sepulcro si una voz le dijera: Castilla pelagra, le amenaza en el corazon la guerra y en la frontera una afrentosa invasion. ¡Levántate para salvarla!

Catalina de Lancaster bajó la cabeza y guardó silencio.

En aquel momento se oyó un leve ruido á la puerta. Doña Isabel acudió á ver lo que era, y enterada le hizo una seña al doctor Mair. Fué allá el judío y tomó de mano de un jóven vestido como él y como él flaco, meditabundo y de frente pálida y pensadora, una pequeña bandeja cubierta de frascos de plata herméticamente tapados. En el centro se notaba la falta de uno, pero en su lugar venía una caja de oro con preciosos arabescos.

Mair tomó la bandeja, y notando la falta y la sustitucion, le dirigió una mirada interrogadora.

—Abridla, dijo lacónicamente el digno discípulo del doctor.

Y saludándole se alejó. El médico penetró nuevamente en la cámara, puso la bandeja encima de una mesa, y ántes de abrir la caja se ocupó en arreglar los frascos despues de reconocerlos.

Saliendo en tanto de su meditacion, Catalina de Lancaster alzó la frente y le dijo al privado con resolucion:

—Lo que está hecho nada puede impedirlo, Mendoza. Dejémos pues pasar las horas que faltan á este dia, y si mañana don Enrique no está en actitud de hacerlo, yo mandaré á su nombre, contando con el infante y el consejo.

—Y entre tanto se van...

—¡Dejadles ir!

—Es que van á encender la guerra.

—Dávalos la apagará.

—Y ¿no sería mejor sofocarla?

—Sería, pero entónces la agresion estaria de nuestra parte, y os diré, si no lo sabeis, cuál es la resolucion del rey. Si le provocan, luchar; pero si no le provocan, disimular y conciliar.

—Mañana será patente su provocacion.

—Pues bien, mañana, os lo repito, mandará ó don Enrique desde su lecho, ó yo desde su cámara, y será con la energía que las circunstancias reclamen.

—Acepto en nombre de Castilla vuestra promesa, dijo el mayordomo mayor inclinándose para besarla la mano.

Dióselo la reina y el privado se fué. Interin esto sucedia el judío Mair habia abierto la preciosa caja y sacado de ella unas pequeñas figuras recortadas de pergamino. Observó con una furtiva mirada si álguien se ocupaba de él, y como viera que la dama y el camarero mayor estaban embebecidos en lo que decian doña Catalina y Mendoza, se puso á examinarlas y halló que eran caractéres de escritura.

Asegurado por una segunda mirada principió á ordenarlas, y despues de variar algunas letras formó una palabra que descompuso en seguida separándola. Hizo lo mismo con algunas de las que quedaban, y resultó otra y luego otra; las tres decian: *Devolvedle la salud*.

Confundiendo la última, las volvió á meter en la caja, cerró esta y se la guardó en el seno, quedando impasible y en la expectativa del enfermo don Enrique.

Más inquieta y afectada desde la salida del mayordomo mayor, Catalina de Lancaster pasó un largo espacio entregada á pensamientos que por instantes recargaban las sombras de su frente. Dominada por ellos, hizo una seña al doctor Mair para que se acercara.

Cruzó lentamente el judío la distancia que le separaba de la reina, y postrándose á sus piés se dispuso á escucharla con respetuoso recogimiento. Doña Catalina fijó sus ojos enrojecidos del llanto en la pálida faz del médico, y le dijo con acento mitad exigente y mitad suplicante:

—Sabio Mair, yo quiero que el rey salga de ese lecho que lo devora como el sepulcro su presa, que le anime un nuevo soplo de vida recobrando energía y

accion, y os prometo una recompensa que exceda á vuestros deseos y corresponda á la obra que ejecutais.

—Si tal hiciera por el estímulo de una recompensa, poco digno de ella sería, señora. Creed que si mi mano tuviera su salud, no yacería don Enrique en lecho de dolores.

—No es eso lo que digo, ni lo que creo de vos. Pero en vuestra ciencia poderosa está todo agotado: ¿no habrá un reactivo fuerte que le reanime?

—¡Es tan frágil la constitucion de ese sér, que acaso no le pudiera resistir!

—Yo he observado mucho á don Enrique y estoy segura que la dolencia que sufre no es de las que de continuo le aquejan, repuso Catalina de Lancaster insistiendo en su pretension; tiene un desaliento que le paraliza, y esa paralización le mata; pues bien, una gota de rocío reanima á la planta que se muere. ¡Dios la bendecirá, dádsela!

Mair inclinó la frente y se puso á meditar. A poco levantó la cabeza y le dijo á doña Catalina:

—Rogad al Eterno, señora, para que le dé á su siervo el espíritu de acierto. De él vienen las grandes inspiraciones.

Cruzó las manos Catalina de Lancaster y rogó alzando los ojos al cielo. Verdad es que á ellos asomó el alma.

Levantóse el doctor, fue á la bandeja, eligió entre todos los frascos uno, le destapó y echó del líquido que contenia en una copa hasta colmarla.

—Rogad más, señora, dijo el farisáico judío presentándosela. Que el que bendijo la descendencia de Abraham, bendiciendo esta copa haga de lo que contiene el elixir de la vida.

—¡Dios mio, en vuestro nombre! dijo la reina en su sencilla piedad con una fe ardiente y suplicante expresion.

Y sin vacilar despertó al rey.

Juan de Velasco le sirvió la copa que apuró don Enrique con ansiosos tragos, despues echó la cabeza en la almohada y á poco quedó dormido, pero con un sueño tranquilo y reparador.

La reina y Mair velaban observándole cuidadosamente. En las altas horas de la noche se le administró una dosis igual á la que habia tomado, y continuó dormido hasta que el sol penetró en la cámara alegrándola.

—¿Estais mejor, Enrique? le preguntó doña Catalina mientras el doctor se apoderaba de su mano para contar los latidos de sus arterias.

—Creo que bueno, respondió Enrique III con una expansiva sonrisa.

—¿Es verdad eso, Enrique mio?

—Sí, por cierto, como que temo moverme por no perder este grato bienestar.

—Podeis hacerlo, señor, dijo Mair con grave acento. El mal ha sido vencido.

—¡Looado sea Dios! exclamó Catalina de Lancaster enviando al cielo una mirada de supremo reconocimiento.

Y desprendiendo de su vestido un broche de oro sencillo, se lo alargó al ju-
dío diciendo:

—No os doy oro porque no le tengo, ni joyas porque están destinadas á otro fin; pero como recuerdo de esta noche guardad esto, y cuando sea ocasion os prometo rescatarle concediéndooos la gracia que me pidais.

—Sois una grande y magnífica señora, repuso el médico guardándole en la misma caja de la reina doña Leonor.

XXX.

La convalecencia de don Enrique fue rápida, y eso que le abrumaban los cuidados y le asediaban vivísimos temores.

Con pretexto de la enfermedad del rey, don Alfonso Enriquez de Noroña, que fue el primero en abandonar á Valladolid, ni se despidió ni tomó la venia para partir, contentándose con enviar un mensaje al alcázar para advertirlo.

Siguió en pos don Pedro de Castilla para sus estados, y el duque de Benavente marchó á los suyos, quedando en Valladolid doña Leonor, alma de la rebelion más poderosa y más inmotivada de cuantas hasta entónces habian alterado el reino.

Leon, Astúrias y Galicia, dónde el poder é influjo de los tios de don Enrique era mucho, estaban en conmocion. Los turbulentos señores de la época cuyos dominios é intereses los aproximaban á los rebelados, siempre dispuestos á sustentar pretensiones y á dirimir contiendas con el acero en la mano, reunian sus mesnadas y armaban á sus vasallos, preparándose á tomar parte en la que suscitaban los antiguos gobernadores, de cuyas manos habian recibido mercedes y larguezas; y Portugal, disponiéndose á cumplir su pacto, acercaba á la frontera las lanzas que le habian de alcanzar en despojo algunas villas y castillos.

Tales nuevas llegaron á Navarra, y reanimando las decaidas esperanzas de don Carlos, pensó en sacar partido de ellas reclamando á su esposa doña Leonor; pero esta vez participando del espíritu de agresion que animaba á Portugal, agolpó gente de armas sobre Alfaro y Calahorra, inspirando á sus enviados los fueros del que exige á mano armada, en vez de la templanza y mesura del que solicita demandando.

Entre tanto viendo doña Leonor justificadas las revelaciones del comendador de Azuaga con la venida de los enviados de don Carlos, apresuró su marcha pa-

ra dar desde Roa la señal de rebelion que á un tiempo debia estallar en todas partes; pero entendida tanto como previsora, no quiso separarse de su sobrino sin verle, y léjos de arrojar el guante ante el trono como audazmente hicieran sus hermanos, fué por el contrario á consignar con un acto el respeto que merecía.

Horas ántes de la fijada para partir fué la reina de Navarra con sus hijas y su numeroso séquito á despedirse de don Enrique y doña Catalina, que por cierto tristemente prevenidos y en extremo disgustados la esperaban con más ceremonia que placer.

Convaleciente como la primer vez que vino á verle, Enrique III estaba en su cámara rodeado de algunos cortesanos, entre los que descollaban el leal alcaide de los donceles, los privados y el tesorero del rey, veinte años rejuvenecido con el triunfo próximo de su oculta y bien manejada maquinacion.

En el punto á que las cosas habian llegado aquella entrevista era asaz violenta para los que la tenian y presenciaban colocados como estaban unos frente á otros como enemigos. La reserva, pues, imprimia su sello sobre todos y la ironía se creia percibir en todo.

Aegida un tanto glacialmente doña Leonor, y apercibida de ello despues de pasear una mirada profundamente despreciativa sobre los consejeros de su sobrino, dijo á este con simpática voz y reposado acento:

—Vengo á daros mi postrer abrazo, don Enrique, luego que os demande permiso para trasladarme á mi villa de Roa, y os dé como á doña Catalina mi afectuosa despedida. Vengo tambien á recordaros que deposito en vos mi confianza dejándoos el encargo de defenderme, así como los enviados de Navarra le traen de perseguirme.

Enrique III la miró fijamente, porque bajo el influjo de su voz y de sus ojos sentia la reaccion de su afecto cuasi filial próximo á dominar sus resentimientos.

—Para todo no hallaréis en mí sino condescendencia, le respondió tras algunos instantes de silencio. Os otorgo el permiso que demandais, me complace vuestro propósito, y por lo que hace á vuestro encargo, os doy mi palabra de cumplirlo obrando siempre como rey y caballero.

En la prevencion de doña Leonor le pareció la respuesta de don Enrique irónica y amenazadora. Sin embargo, ni apareció la más leve inquietud en su frente, ni se alteró su voz al replicar con intencion:

—Tengo pruebas de que sois buen caballero y mejor rey para dudarlo.

El sarcasmo á pesar de ser apaciblemente dicho era tan cortante, que hirió á don Enrique, el cual replicó plegándose su noble frente:

—Si no las he dado aun, será porque la ocasion haya faltado, no porque ignore los deberes que esta doble condicion me impone, ni rehuse en ningun caso cumplirlos por violentos que me sean. Y esto ha sido hasta ahora y será tambien en lo sucesivo, con la ayuda de Dios, mi firme voluntad y las luces de mis leales y entendidos consejeros.

Y don Enrique mostró con un ademan á los privados, los cuales en silencio y profundamente se inclinaron.

Una sonrisa compasiva más punzante que el desprecio, y el desden apareció en los labios de doña Leonor, prolongándose en tanto que su mirada se mantuvo fija con singular expresion en el grupo que formaban y que espiró al contestar:

—Separad al rey, don Enrique, y dejadle que se inspire en sus leales servidores y entendidos consejeros, y quede en frente de mí el deudo y el caballero, que es á quien confío sustentar mi razon.

—Acaso no sea dable esa separacion, señora, pero para vos en memoria del rey don Juan prepondera el deudo que os proteja sobre el rey, que en interes de su reino no debiera hacerlo tan cumplidamente como deseais y os ofrece.

—Con esa seguridad, replicó la reina de Navarra con tanta ironía como soltura, parto más confiada que si yo misma hubiera de responder á los enviados de don Cárlos.

—Id tranquila, que en Valladolid quedo yo. Por lo demas, añadió Enrique III despues de una ligera pausa, gozad en vuestra villa de Roa cumplida calma y grato solaz, ya que tanta es vuestra premura en partir á pesar de los rumores que corren.

—¿Rumores? repitió doña Leonor sonriéndose.

—Sí, y de tal especie, que si conforme sólo somos prudentes fuésemos desconfiados, no gozaria libertad quien tal vez abusa de ella, dijo don Enrique acentuando fuertemente sus palabras.

—No sé qué es lo que decis, ni sobre qué se propalan, repuso glacialmente la reina de Navarra; mas permitid á mi cariño que os diga son los rumores populares alimento grosero del vulgo y no digno de que un monarca los saboree.

—Y con la franqueza de la lealtad os responderé que me ocupan aunque los desprecio, no así la causa de donde nacen y la que directamente vamos á buscar en cuanto despachemos á los enviados de Navarra.

—Buscadla en buen hora, repuso doña Leonor sin turbarse por las claras alusiones de don Enrique; pero buscadlas vos, vos que sabeis con vuestro clarísimo entendimiento y con vuestra precoz experiencia que brotan puras y saludables las aguas de un manantial, y no obstante á veces suelen llegar emponzoñadas á algunos labios que ansiosamente la beben.

Y despues de terminar su réplica le dió una significacion más clara, más precisa, más agresiva, dejando caer su mirada del condestable al mayordomo, y del mayordomo al justicia. Estos sintieron penetrar el dardo en su corazon, sin que la más leve contraccion alterara la gravedad de su semblante impasible y frio.

El de Enrique III, por el contrario, manifestó en sus expresivos rasgos que le

irritaba la marcada hostilidad de la reina á sus consejeros tan sin rebozo mostrada.

—Cierto es que sucede, la dijo recargando de intencion sus palabras, y cierto tambien que nos halleemos preservados de esa desgracia, porque primero examinamos los hechos, luego apreciamos la intencion y los juzgamos rectamente sin hacer caso de frases y protestas.

—Algunas hay que no lo merecen, replicó doña Leonor excitada con la presencia de sus enemigos y fuerte con la conciencia de su poder; algunas se han pronunciado que no debierais desoir; pero ya que sólo obras quereis juzgar, dejad que os diga, y perdonad que os aconseje, que ántes de hacerlo busqueis el origen, no condenando los efectos sino cuando hayais examinado las causas.

—Es lo primero que investigo, repuso Enrique III irguiendo su descolorida y hermosa frente, y no fiando de mí mismo, busco otra luz para poder penetrar en el fondo de las cosas y esclarecer lo que en ellas es oscuro.

—Y ¿á quién se la pedis, don Enrique?

—¡A Dios! señora, con fervientes invocaciones, y tambien á los que la edad, el saber, la virtud y el más augusto ministerio elevan sobre los hombres y las pasiones.

Levantándose doña Leonor le alargó la mano y le dijo con un viso de resentimiento:

—Quedaos con ellos, don Enrique, y no olvideis á vuestra tia en el retiro á que va.

Imitó su acción el rey y estrechando en la suya la mano de su tia, respondió con algun enternecimiento:

—¡Os vais en mal hora y lo siento! Mas espero tanto de vos, que creo he de veros volver pronto.

Y abriéndole los brazos la atrajo sobre su pecho. Doña Leonor le abrazó con tibieza.

Dirigiéndose á Catalina de Lancaster, la abrazó con ceremonia y le dijo:

—No me olvideis, señora, y conservadme vuestro afecto.

—No creo lo primero posible, y en cuanto á lo segundo, ya le conoceréis el dia en que lo reclameis, le respondió severamente doña Catalina.

Separándose la reina de Navarra de la de Castilla, dió un á Dios de despedida á los cortesanos, y pasando junto á los privados mudos, altivos y ceremoniosos, les hizo una imperceptible inclinacion á que contestaron con una media reverencia.

Salió, pues, doña Leonor, siguióla su numeroso séquito, y don Enrique la acompañó con su mirada hasta que se perdió en el fondo de la antecámara. Luego que los que fuéron á despedirla volvieron, dijo:

—Condestable, dejad asegurada la frontera de Granada y llamad á Valladolid cuantas lanzas castellanas haya. Enviad aviso á Ucles y á Ocaña donde se ha-

llan los maestros de Santiago y Calatrava para que vengan, y yo escribiré á los arzobispos de Toledo y Santiago para que se trasladen á nuestro lado. Preparados para lo que avenga, dejemos seguir á los acontecimientos su curso.

Y despidiendo á los cortesanos, se puso á escribir á los dos famosos prelados sus antiguos tutores y gobernadores del reino.

XXXI.

El alzamiento de los tios de don Enrique, como estaba convenido, tuvo lugar en el mismo dia; y por una extraña y singular coincidencia, en el mismo logró fugarse del castillo de Soria, donde desde su nacimiento habia vivido prisionero, don Juan de Castilla, nieto del rey don Pedro y de doña Juana de Castro.

Como si esto no bastara para alarmar los ánimos ya de suyo prevenidos, se supo en el alcázar el próximo casamiento de don Enrique Enriquez de Noroña con la bastarda doña Beatriz de Portugal, y las condiciones con que habia sido ajustado, condiciones que aumentaban el poder de don Alfonso al punto de hacerle temible para el reino de que formaban buena parte sus estados.

Las nuevas llegaban unas en pos de otras á Valladolid, y con ellas el temor y la agitacion. Las esperanzas que habian nacido con la despedida de doña Leonor, de una reconciliacion entre el monarca y sus tios, caian como caen las espigas de un sembrado con la piedra de una nube, y la efervescencia y la espectacion reinaban en su seno.

Castilla pues se hallaba nuevamente dividida en bandos; la córte la imitó con prontitud y empezó el favor de los privados, contra quien se levantaba aquella deshecha borrasca, á oscilar y disminuir.

El comendador de Azuaga, ardiente partidario de la reina de Navarra, trabajaba sin tregua ni descanso en favor de los rebelados, alcanzando su influencia que se inclinara á su parte don Lorenzo Suarez de Figueroa, el cual vino de Ucles, ya porque don Enrique le llamaba, ya para terciar y favorecerles mediando. El maestre de Calatrava llegó de Ocaña, donde estaba celebrando capítulo; pero como los condes de Niebla y Alburquerque, se puso al lado del rey siendo extraño á la contienda. Los arzobispos les habian precedido y dado el ejemplo.

Sin mostrarse parte los privados llevaron el fuego á do podia prender, y Enrique III hizo suya la ofensa, resolviéndose á castigarla con la misma firmeza que habia mostrado para rechazar todas las sugerencias que tendiesen á desavenir los ánimos y turbarle á Castilla su ficticia paz.

Entre tanto el comendador de Uren apareció en Olivenza, empezando á hacer

correrías con su gente de armas, y los enviados navarros llegando á Valladolid reprodujeron las pretensiones de don Cárlos, exponiéndolas con energía, apoyados con seiscientas lanzas que se extendían por la frontera.

Eran tan azarosas las circunstancias que obligaron á don Enrique á atenderles á pesar de sus fueros, consiguiendo de este modo ganar tiempo, aplazando la contestacion para cuando se avistara con su tia. Los enviados permanecieron en Valladolid á esperar que se reunieran.

Amenazada Castilla en dos de sus fronteras y complicadas las cosas como ligeramente hemos expuesto, se habló de paz por los partidarios de los rebelados y se hizo un cargo gravísimo á los privados de haberla alterado con su exclusivismo á la privanza del rey y sus conatos á rebajar las rentas y amenguar los privilegios de sus tios, rechazándola en aquella violenta crisis por odio y obstinacion.

A su vez los privados hicieron el mismo cargo á los que les acusaban y clamaron por paz muy alto aunque deseaban ardientemente la guerra; y Enrique III, á quien repugnaba y dolía verter la sangre de sus vasallos y que se veía obligado á derramarla en abundancia, hizo el último esfuerzo para evitarlo y habló de paz también.

Castilla tenia grandes simpatías por el duque de Benavente que la dominaba con su poder, con su arrogancia, con sus extremadas pretensiones y su independencia altanera. Don Enrique las sentia vivísimas por la reina de Navarra á quien admiraba y queria, y en su deseo de conciliar se dirigió á quien aquella contemplaba y amaba su corazon.

Escribió pues á su tia una carta expansiva y amarga, y buscando una mano leal que la entregara, puso sus ojos en el alcaide de los donceles, áspero pero conciliador, fiero pero independiente á todo influjo, y dándole el sellado pergamino para doña Leonor le dijo:

—Tomad, alcaide, entregádselo á la reina de Navarra en su propia mano y recibid lo mismo la respuesta. Ahora hé aquí mis instrucciones:

Inmediatamente partis y os dirigis á Benavente á ver á mi tio don Fadrique. Le decis que yo le llamo y le persuadis para que venga. Convencedle ¡por Santiago! de que aun hay en Valladolid aura de paz para él, y que sólo se salvará de una caída funesta viniéndose á respirarla.

Con un mensajero fiel me avisais el éxito de vuestra negociacion, porque de allí os vais á Roa y le entregais este pergamino á doña Leonor, decidiéndola por vuestra parte á que se separe de la alianza de los condes de Gijon y Trastamara, y si el duque hubiera accedido á mis deseos sometiéndose á mi orden, porque si se resiste, se la daréis terminante de venir, con su ejemplo la obligais. Hablad de paz, Alfonso, mas hacedles entender que es la última vez que la propongo, y que si la rechazan en su soberbia, he jurado por la sangre del Redentor que caerán ó que caeré.

—Mejor soldado que embajador no tengo gran confianza en mi elocuencia,

señor, respondió el honrado y leal alcaide aceptando el encargo que le confiaban; pero os prometo por mi honor que desempeñaré mi mision inspirando mi espíritu en el vuestro.

Una hora despues salia el alcaide de Valladolid, y miéntras con paso ligero se lanzaba por el camino de Benavente, se preparaba interiormente para la entrevista que iba á tener con don Fadrique.

XXXII.

Caminaba Alfonso Alvarez de Toledo por la via de Benavente montado en un fuerte y negro bridon, todo cubierto de hierro y sin más compañía que la de dos donceles y dos escuderos que le llevaban la robusta lanza y el blasonado escudo, ocupándose con sus jóvenes compañeros Fernando de Bobadilla y Ramiro de Arévalo en avizarar el campo, donde encontraba mayor número de lanzas que árboles de que formarlas.

Mas aquello no era sino el preludio, porque así como entró en tierras de Villalpando no vieron sus ojos sino aprestos de guerra, y tan formidables, que el honrado y leal alcaide suspiraba comparándoles á los que en Valladolid podrian hacerse.

Desde Villalpando á Benavente la ira substituyó al disgusto, porque á cada paso se veian detenidos y examinados, yendo como prisioneros desde Cerecinos, donde les dió una escolta Alvar Perez de Carvajal, que mandaba cien buenas lanzas del duque.

La espesa nube de polvo que levantaban los piés de sus caballos advirtió á los vijías muy léjos aun su venida, y cuando Alfonso Alvarez de Toledo se detenía delante del ancho foso que desbordando sus verdosas aguas cortaba el paso, sintió rechinar las cadenas que sostenian el puente levadizo, vió caer este con estrépito, dejando franca la entrada que guarnecía dos filas de arqueros con la alabarda en el brazo.

Antes que el alcaide alzara la visera se le introdujo en el castillo, y siguiendo sus observaciones vió el patio principal lleno de arqueros, la sala de armas henchida de hidalgos y entre estos algunos señores de horca y cuchillo, mesnaderos todos, poderosos algunos, los cuales siguiendo la bandera del duque y defendiendo su causa, le daban tal fuerza que se necesitaba para contrarestarla levantar media Castilla y lanzarla contra sus muros altaneros cual su señor.

Alfonso Alvarez de Toledo declaró quién era y de parte de quién venía, solicitó ver al duque y pidió ser inmediatamente recibido. Contestósele con mucha

cortesía, pero se le hizo esperar un regular espacio ántes que apareciera don Fadrique, altivo, mesurado y ceremonioso.

Ofendido el alcaide de que le hubieran hecho esperar, mal dispuesto con las aventuras del camino, acabó de colmarse su enojo con el aire soberano del duque. Protestando pues sus agravios, el regio enviado le dijo severamente:

—No creí, señor duque, juzgando por mi lealtad, que la primer palabra que hubiera de proferir en el castillo de Benavente fuera para formular una queja.

—Ni yo esperé, apreciando mi cortesía, le contestó con glacial orgullo don Fadrique, que el huésped que me apresuro á recibir la vertiera ántes de saludarme.

La ancha y tostada frente del anciano alcaide se enrojeció con un impulso de cólera excitada por el reproche del duque; pero recordando que Enrique III quería paz, y que paz traía á Benavente, la dominó y repuso dulcificando un tanto la altiva aspereza de su acento:

—Tendriais razon, señor duque, si fuera un huésped como decis, si representara bien ó mal á un rancio hidalgo solariego que se llama Alfonso Alvarez de Toledo; pero como soy un enviado del rey don Enrique mi señor, y como á tal me anuncié al pisar vuestras tierras señoriales, exijo consideraciones y tomo acta de los vejámenes que sufro.

—En mis estados no se veja á nadie, señor alcaide, replicó el duque siempre frio y mesurado; podrá vigilarse y eso es todo. Por lo demas y en cuanto á mí, ignoraba que veniais en nombre del rey de Castilla, y si se os abrió la fortaleza aun ántes que llamarais á su puerta, fue por reconocer vuestro bridon con el que fuisteis á caza honrando la última batida que dí en Valladolid. Benavente pues se ha abierto por su espontánea voluntad para recibir á un amigo que á él venía; mas puesto que no lo es, sino solamente un enviado del rey de Castilla, el cual llega exigiendo atenciones y respetos, voy á conducirlos á la sala del trono, porque su señor le tiene.

Y dirigiéndose á una puerta primorosamente tallada, la hizo abrir dejando ver al alcaide un vasto salon de techo artesonado que ostentaba pesados tapices, ricas alfombras, estrado, trono y dosel, sobre el cual habia una corona de ocho flornes surmontados, diferenciándose solamente de la real, en que no tenia diadema.

Avanzó por ella á paso lento y majestuoso, subió al estrado, y sin sentarse en el trono quedó de pié dando la derecha ceremoniosamente á Alfonso Alvarez de Toledo, cuya franca y abierta fisonomía revelaba el disgusto claramente.

—Señor enviado del rey de Castilla, dijo el duque afectando á lo sumo el respeto y la ceremonia exigida; permitid que ante todo os pregunte qué pretende de mí S. A.

—Os lo diré en dos palabras, respondió el alcaide de los donceles con un laconismo algo brusco: ¡que vayais!

—¿A Valladolid, señor alcaide?

—¡A Valladolid, señor duque!

—¿Para qué, noble Alvarez?

—¿Para qué ha de ser, don Fadrique...? ¡Para teneros á su lado!

—¿A mí? preguntó el duque con irónica sonrisa.

—¡A vos! respondió el alcaide con gravedad y firmeza.

—¡Bah! señor alcaide, creo por mi fe que no es eso lo que don Enrique desea, repuso don Fadrique con desdeñosa indiferencia; sóbrale con sus privados y no le hacen falta sus deudos.

—Si le sobra ó le falta con sus consejeros, no lo penetra mi pensamiento, replicó el alcaide harto leal para ser buen diplomático; lo que sí sé, porque claramente me lo ha dicho, es que os tiende la mano si os apresurais á ir para estrecharla.

—Y ¿de qué nace ese súbito deseo... esa incomprendible preferencia...? Supongo que me lo podreis explicar.

—Sí puedo, señor duque, y con sólo una indicacion la comprenderéis fácilmente. Nace de una acusacion formidable que se alza contra vos de todos los ángulos de Castilla; acusacion que no se desmiente sino con vuestra presencia en la córte, y el rey la quiere ver desmentida siquiera por vuestra fama.

—¿Tanto mira el rey por mi honra? le preguntó sardónicamente el duque.

—¡Tanto! repitió afirmativamente el leal enviado, que no se hallaba en su terreno.

—Y ¿qué acusacion es esa que así duele á don Enrique?

—¡De lesa traicion, señor duque! dijo el alcaide mirándole frente á frente.

Los ojos del duque de Benavente despidieron un ardiente relámpago de ira, pero aquel fuego no hizo mas que brillar y extinguirse al punto, sustituyendo una indiferencia despreciativa y glacial.

—Repetidla tal cual Castilla la formula, dijo con calma don Fadrique, y sepamos si es digna de que un reino la proclame y un rey se preocupe de ella.

—Lo es de sobra, señor duque, repuso Alfonso Alvarez de Toledo con agreste franqueza; Castilla os acusa de conspirar contra su paz, coligándoos para alterarla con la reina de Navarra, con los condes de Gijon y Trastamara, y hay quien afirma que con el prófugo don Juan de Castilla tambien. Castilla os acusa de atentar á la integridad de su territorio, dejando descubierta la frontera para que la rompa Portugal con quien os habeis aliado. Castilla os acusa de romper al torrente su dique, dique que sin vos le contendria, porque él por sí no tiene fuerza para destruirle y pasar por cima. Castilla en fin os acusa de rebelion, y bien sabeis que la rebelion es un crimen, y que ese crimen lo prueban las lanzas que se extienden desde Villalpando á Benavente.

—Conozco, dijo sardónicamente el duque, que bajo el peso de esa acusacion deberia mi memoria quedar oscurecida, negra; pero como la protesto hoy, la protestaré mañana delante de los acusadores que enmudecerán de pavor.

Alfonso Alvarez de Toledo irguió altivamente su frente tostada del sol para protestar contra la amenaza lanzada á Castilla audazmente por el duque.

—Confieso, prosiguió diciendo con el mismo sarcasmo don Fadrique, que esos clamores del reino no han de haber afectado al rey; pues bien, si en él hallan eco, si le inquietan, tranquilizadle con lo que os voy á decir, rogándoos que fielmente le trasmitais mis palabras, que repetiré donde quiera y cuando quiera, en la córte y en el campo, porque para mí todos los sitios son buenos, desde la arena del combate hasta la cámara del alcázar. ¡Oid!

Redobló su atencion el descontento alcaide, y el duque de Benavente con resuelta y fiera expresion dijo:

—Le diréis á don Enrique que no me he coligado con la reina de Navarra, ni con sus nobles valedores, pero que sostengo á quien me sostiene. ¡Es la ley de la conveniencia! Le diréis que no haré alianza jamas con los descendientes del verdugo de mi abuela doña Leonor de Guzman. Le diréis que no la he celebrado tampoco con don Juan de Portugal, porque mis ofensas no necesitan para vengarlas sino mi brazo; que no guardo la frontera porque no es mi cometido; que no me he rebelado contra él, pero que es natural y prudente guardarse de un enemigo, y yo lo hago tras mis almenas, no abandonándolas con necia confianza ni crédula candidez.

—Resumiendo, dijo el alcaide severamente, todos los cargos en uno, le dais más peso con vuestra réplica, señor duque. Rebeldía es no obedecer al rey.

—No me ha mandado, presumo, contestó don Fadrique midiendo altanera- mente al alcaide con su desafiadora mirada.

—Pues presumis mal, replicó Alfonso Alvarez de Toledo dominándole con su acento y con su ademan: don Enrique manda que os presentéis en la córte donde sois el primero de sus vasallos.

—Eso es adularme, señor alcaide. El primero es el infante don Fernando. Yo soy el segundo, si mi orgullo no me engaña.

—Primero ó segundo, sois vasallo, replicó con áspera energía el alcaide; el rey os llama. ¡Id!

—Sí haré, noble alcaide, asegurádselo á don Enrique; pero será cuando no estén á su lado los que le han impulsado á despojar á sus deudos para enriquecerlos á ellos. Esa es mi resolucion invariable; anunciádsela como tal, y termine- nos una cuestion que hiere como un arma de dos filos.

—Como enviado del rey don Enrique de Castilla la doy por concluida, y tomo por contestacion vuestra desobediencia que el monarca castigará ó perdonará, segun le plazca y resuelva.

—Espero tranquilo su fallo, dijo con tibieza el duque, y le espero en Bena- vente.

El alcaide frunció las cejas con despecho y guardó silencio un breve instan- te. Pasado este, dió un paso hácia el duque que le contemplaba impasible y frio,

y le dijo con una cordialidad que revelaba como sincera su fisonomía de tan franca y leal expresion.

—No he concluido aun, don Fadrique; pero ante todo os advierto que el enviado de don Enrique desaparece y deja en su lugar al viejo Alfonso Alvarez de Toledo vuestro amigo, aunque no vuestro parcial.

—Vaya aquel léjos de mí, respondió don Fadrique suavizándose su acento y tomando su expresiva mirada dulce y benévola expresion; y bien venido sea el corazon afecto, la intencion más leal de Castilla, aunque vierta su lengua palabras tan ásperas como las emanaciones de esos bosques que nos rodean.

Dicho lo que antecede ambos se cubrieron, y bajando del estrado se sentaron en dos anchos taburetes.

—Don Fadrique, dijo el alcaide de los donceles con su ruda franqueza no desmentida nunca por ninguna consideracion, ¿os habeis dejado arrastrar á la rebellion por la reina de Navarra, que ofuscada por su mal ángel está encendiendo la guerra civil, esa guerra desastrosa que va á pasar por Castilla como un incendio devorándolo todo y devorándola á ella que va á ser la primera víctima. La lucha va á empeñarse de un momento á otro, y la lucha va á ser mortal. Don Enrique no sucumbirá en ella porque tiene el derecho, la razon y más fuerza que los rebelados, y con los caidos no habrá perdon. ¡Está resuelto! La estrella de los descendientes de Enrique II va á entrar en conjuncion y no saldrá de ella con brillo; esto es seguro, tan seguro, duque, como lo está un secreto en el pecho de un cadáver.

El duque se sonrió con incrédula y desdeñosa expresion.

—¡Oh! por Santiago, duque, no tengais esa confianza que es fruto de una presuncion funesta. Os llaman, ¡idos! contemplan, ¡ceded! y no perdais tanta honra, tanto crédito, tanto poder, tanto goce como Dios os ha dado en una aciaga jornada.

—Alfonso, dijo el duque sonriéndose irónicamente, mucha fe os inspira el derecho, la razon y la fuerza con que creéis investido á don Enrique, dicho sea con verdad á sus privados.

—Mucha, duque, respondió el alcaide con singular conviccion y más tristeza que animosidad, y mucha inquietud vuestro fatal alucinamiento.

—Alcaide, dijo don Fadrique con firmeza á pesar de que una densa nube velaba su altanera y hermosa frente, me está recordando vuestra presencia el dia en que ofrecí con toda la solemnidad de un juramento no apartarme de mí ó de su propósito (es igual), sea quien quiera el que le haya formado. Pensad si despierta mi memoria por vos que sois tan leal, faltaria yo á mi palabra separándome de la alianza que los hijos de Enrique II hemos formado para defendernos de las agresiones traidoras de los privados del rey, de esos menguados, que por deshacerse de la reina doña Leonor mandan emisarios á su esposo, sugiriéndole que arroje su guante á Castilla si no complace su deseo.

—Eso no es cierto, duque. Los privados, como os empeñais en calificarles, no han enviado emisarios á Navarra, no persiguen á doña Leonor excitando los deseos conyugales de don Cárlos, ni provocan un reto entre ambos reyes, ni una guerra entre los dos estados. Navarra es la que se prevale de la rebeldía de que su reino es cabeza, y amenaza para confusion de Castilla, mandando á la frontera fuertes haces. Pero aunque así fuera, duque, dejad á la reina que los combata, dejad á los condes seguir su suerte, y puesto que de vos no ha nacido esta rebeldía inmotivada, aceptad la paz que os brindan y quedáos junto al trono. A Valladolid, don Fadrique, y dad al diablo la alianza que os despeña.

El duque de Benavente le estuvo mirando un corto espacio con profunda y melancólica expresion. Despues le dijo:

—Alcaide, no vendo á mis aliados, ni aun por todo el favor de Enrique III.

—Romper un pacto no es vender, duque...

—He recibido una prenda, alcaide.

—Devolvedla.

—¡Oh! si tal hiciera se disolveria el último lazo que embellece algunos momentos de mi vida perdida en el vacío, en la nada, alcaide. No puedo hacerlo, no quiero: y venga lo que viniere.

—Pero...

—Permitid que concluya: ademas de no poder, de no querer, se añade el no convenir. Desprecio á los privados y se lo he dicho; ellos me odian y me han jurado guerra. Si les venzo, me pondré á su lado en sus manos, porque de mí reciben gracia; pero entre tanto sólo me verán de léjos, entre almenas, y si me provocan, entre lanzas.

—No llegueis á ese extremo, duque, os lo ruega vuestro amigo.

—¡Alfonso! ¡cuánto me recordais! Castilla ha recibido mi ley.

—Eso más tiene que vengar, y ¡por Cristo! presiento que la hora va á llegar, está sonando.

—¡Suene si quiere! dijo el duque indiferente y frio. Concluyamos esta enojosa materia, y aunque os parezca rebeldía mi retraccion, tomadla por cautelosa prudencia.

—¡Sea, duque! y ojalá las nubes que se amontonan sobre vuestro horizonte se desvanezcan como las que forma el humo sobre la cabaña del pastor.

—Alcaide, no temais por mí dijo el duque sonriéndose. ¿No habeis visto el espesor de estos muros y las torres que los flanquean?

—Sí, duque, las he visto; son sólidas, son fuertes y están bien defendidas.

—Pues entónces conoceréis que se necesitan muchos rayos para desunir sus piedras.

—¡Uno y caen! dijo el alcaide levantándose.

—No tiene Castilla para conseguirlo bastante electricidad en el foco de sus tempestades, repuso el duque con indecible arrogancia levantándose á su vez.

Alfonso Alvarez de Toledo se quitó en silencio el guantelete de la diestra.

—Duque, dijo presentándose la desnuda, venga esa mano y permitid á vuestro amigo el estrecharla, por si es la última vez que lo consigue.

Don Fadrique se la dió, y apretando con alguna emocion la del alcaide le dijo:

—¡Triste prediccion, Alfonso! dejadme que la rechace.

—Plegue á Dios que no se cumpla, respondió diríase que con sentimiento el enviado de don Enrique. Os dejo, pues, sin más seguridad que la de unos muros que no son sino piedras amontonadas, y me parto á Valladolid, donde á vuestra negativa seguirá el aprestar arietes y catapultas, hondas, arcos y venablos para destruirlos.

—Dejadles que reúnan sus pertrechos, alcaide, y no nos ocupemos de ellos. Por lo demas, detenéos en Benavente algunas horas. Hemos convenido en que el enviado regio no está.

—Ha vuelto; respondió el alcaide descubriendo de nuevo su cabeza calva y encanecida.

El duque de Benavente pasó á su izquierda despues de descubrir la suya.

—Os dejo, señor duque, tanto más pronto cuanto que no he terminado mi comision y en Castilla se esperan los resultados para obrar. Luego que como al salir de la fortaleza he de encontrarme en tierra enemiga, quiero para atravesarla que luzca la luz del sol.

—En cuanto á eso os diré que si no os he recibido en el límite de mis estados, es porque ignoraba la honra que don Enrique me hacia. Sabiéndolo, me pertenece ir sirviéndoos y acompañándoos, como haria con aquel á quien representais.

Esto diciendo se dirigieron á la sala de armas, cruzáronla, siguieron la galería, bajaron al patio y repasaron el puente.

El alcaide montó en su bridon y el duque en un arrogante alazan; imitáronles Gonzalo de Figueroa y los donceles Bobadilla y Arévalo seguidos de los escuderos del primero y de los pajes de lanza del segundo, salieron á la avenida y de esta al camino de Valladolid por el que velozmente se lanzaron.

A la caída de la tarde llegaron á Villalpando, y ántes de entrar en el pueblo deteniéndose don Fadrique le dijo al alcaide cortesmente:

—Aquí debemos separarnos; si gustais hagámoslo.

—Como querais, duque, respondió Alfonso Alvarez de Toledo dando un involuntario suspiro; para don Enrique todo lo que no es ir á Valladolid es nada: para mí el llegar hasta donde lo habeis hecho sólo es honra y cortesía, por la que os quedo obligado.

—Valladolid no necesita mi presencia, alcaide...

—Sí, la necesita, don Fadrique, replicó el leal alcaide haciendo el postrer esfuerzo; y la prueba la teneis en que os la reclama.

—Si así es, noble Alfonso, que haga un sacrificio y la tendrá.

Pensó el alcaide en cuál villa ó ciudad codiciaria el duque, pretendiéndola por premio de una altanera sumision á la corona, y una nube pasó por su frente oscureciéndola. Sin embargo, le miró con expresion complaciente y le preguntó resuelto á entrar en negociacion:

—¿Decid cuál?...

—Que lance léjos de sí á los privados, respondió el duque de Benavente, quien en su indiferencia por todo apénas sabía que pedir.

—¡No hay quien tal mengua cometa! replicó energicamente el anciano alcaide recobrando su carácter su agreste aspereza una vez roto por la atrevida exigencia del duque el último hilo de su negociacion.

Y clavando en su enojo el agudo acicate en el ijar de su bridon, entró á rienda suelta en Villalpando, mientras que el duque y su alférez desandaban el de Cerecinos, donde resolvieron hacer noche.

Instalándose Alfonso Alvarez de Toledo delante de una mesa en la posada de Villalpando, se puso á escribir en un pergamino que llevaba prevenido la resolucion del duque de Benavente y por consecuencia su rotunda negativa á la órden terminante de don Enrique, todo esto muy lacónicamente y sin detalles ni comentarios, y entregándoselo cerrado y sellado á Ramiro de Arévalo, le hizo partir ganando horas con encargo de entregárselo al rey en su propia mano.

XXXIII.

Era la villa de Roa la mansion predilecta de doña Leonor de Castilla, era dominio suyo, era su córte y córte no mezquina, sino opulenta y brillante.

Entónces sus muros eran fortísimos y dobles, sólidos y robustos sus torreonnes, magnífico su palacio, ricas sus iglesias y populosa y floreciente ademas. Era en fin una de las muchas y no preciadas joyas que Enrique II habia desprendido tan profusamente de su usurpada corona.

A la sazón hallábase animada con un nuevo soplo de vida parecido en verdad al que comunica la fiebre á un cuerpo humano.

Ocupaba su palacio doña Leonor, y llenaba su recinto el conde de Trastámara, quien despues de abastecer y fortificar los castillos de sus estados de Leon alzando en ellos el grito de rebelion, habia venido como paladin á defenderla con los infanzones y caballeros que se habian unido á su causa ansiosos de revueltas, por ambiciosos ó mal contentos, dando con su presencia movimiento, ruido y animacion, fuerza y seguridad tambien.

Dicho está que doña Leonor se habia rebelado abiertamente contra el monar-

ca castellano. La confianza y el orgullo la dominaban, y en su vértigo se creía tan fuerte que daba por cumplidos sus deseos con sólo manifestar su resuelta voluntad.

Una vez en su vida su mano hacia girar por sí, por su solo antojo, aquella rueda de intereses y ambiciones tan diversos, buscándola como á su centro todos sus rayos convergentes. Una vez en su vida veía como se agitaba Castilla á su soplo, del mismo modo que una luz al del ambiente. Una vez en su vida iba á combatir en campo abierto, no por otros sino por sí misma, valiéndose para alcanzar el triunfo de sus poderosos y temidos aliados y de sus entusiastas y esforzados paladines.

No era pues extraño que al ver moverse todo dócilmente á su impulso, sintiera crecer su orgullo y aumentarse su confianza en sí misma y en su poder, y se desvaneciese y ofuscara ante su propia importancia y su omnipotente influjo.

A él se había rendido aunque de distinto modo la suprema indolencia de don Fadrique, los rencores de don Alfonso, la versátil y antojadiza voluntad de don Pedro de Castilla. A él se había subyugado el feroz resentimiento, las violentas pasiones del señor de los Cameros, y á él en fin se sometían otras más generosas y caballerescas que animaban á los valientes campeones que por su causa se declaraban.

En el apogeo de su dominacion, en la cumbre adonde había querido subir, la reina de Navarra era feliz. Acaso á sus piés se abría un abismo, pero ante sus ojos sólo se presentaban demostraciones de amor, de adhesion, de entusiasmo y en perspectiva sólo veía conquistas y poder.

En cuanto al conde de Trastamara, campeón el más ardiente de los suyos, saboreaba con delicia las fuertes emociones de los genios revoltosos en el primer período de resistencia, período de riquísimas ilusiones y de deslumbrantes esperanzas. Sin que la duda le inquietara contaba con dar la ley á Castilla y á su rey, placer supremo de su orgullo; contaba con adquirir ricos despojos arrancados al triunvirato que pretendía derribar, y contaba con ser necesario á la reina y dominar entónces á la dama.

Detras de aquellas dos figuras arrogantes y enaltecidas que aparecían en primer término en el animado cuadro que formaba la fuerte villa de Roa, se destacaba la atlética y sombría de Sancho Ramirez con su altiva mirada, con su adusta frente, con su concentrado pensamiento y su enérgica voluntad.

Apénas cicatrizada su herida, había vuelto á cubrir su erguida cabeza con el duro casco de acero, á vestir fuerte armadura, enarbolando su misma mano la bandera de doña Leonor que ondeaba en la fortaleza.

Pero si la herida abierta por la espada de Figueroa sólo presentaba una ancha y roja línea, la de su corazón cada día era más profunda y más se desgarraba y más incurable se hacia.

El tiempo no obraba sobre ellas para siquiera calmarlas; al contrario, en su

curso las enconaba más y más las exacerbaba, y ocultando á fuerza de orgullo y de voluntad su mal, dejaba obrar á todos sin parecer ocuparse de sí mismo; mas aquella calma sólo era una apariencia ficticia y engañadora.

Nutrido con hiel aborrecia á Gonzalo con un odio intenso por rival y afortunado; aborrecia á la reina de Navarra porque en su egoismo le habia despojado de sus adquiridos derechos; aborrecia á doña Brianda porque habia sancionado el convenio de doña Leonor, y aborrecia cuanto le separaba de Blanca, empezando por el espacio y concluyendo por sus deberes.

Ello sí, aun tenia sobre su voluntad un absoluto dominio. Resuelto á no reclamar, á no pedir, lo estaba asimismo á tomar en su hora lo que le habian dado y vuéltole veleidosamente á quitar, sin dar indicio de ello hasta que aquella hora sonara.

Sancho pues, á pesar de lo convenido por la reina con el duque de Benavente, estaba decidido á interponerse entre la señora de Ruitelan y Gonzalo, á luchar con este, á vencerle de cualquier modo y por cualquier medio, y á sobreponerse á todo, puesto que á nadie tenia que considerar.

Allá en el fondo de su pensamiento, en lo íntimo de su corazón, el señor de los Cameros miraba á Blanca como suya y como suya absorbía en una mirada todo el encanto de su ser tan débil y tan dulce, de la misma manera que se absorbe en una fuerte aspiracion el embriagante aroma de una flor, y como suya la seguia, la velaba, la protegía, y miéntras su lengua era muda y su varonil semblante serio, á pesar de la fiereza de su carácter, á pesar de su inmenso orgullo y de su condicion fuerte y bravía, Sancho Ramirez suspiraba junto á la peregrina ricahembra de Castro, y apresuraba el latir de su corazón cuando sus ojos se encontraban con los suyos.

Así pasó un corto período, mas á poco empezó á sentir fiebre, empezó á delirar y empezó á vacilar en sus resoluciones. Entónces le pareció el esperar un tormento y tuvo por una insensatez el sufrirle. Quiso ponerle término, y como sólo le veia en el de la guerra que amenazaba, llegó á desearlo como desea el agua el sediento.

Por su parte la jóven señora de Ruitelan vivia intranquila y triste. Sancho Ramirez la comunicaba cual el viento á las hojas que sacude sus fuertes y continuos estremecimientos. Como su sombra constantemente ó la precedía ó la seguía, y en todas partes le hallaba. Siempre él, mudo y contenido; siempre él, pensativo y concentrado la abrumaba con su presencia y su mirada tenaz.

Para todos corria el tiempo en Roa lentamente, pues todos esperaban que en su curso se resolviera su destino ó se realizaran sus mágicas esperanzas. Para todos se hacia pesada la expectativa, y eso que la explosion tan fuerte pudiera ser que acaso les derribara.

XXXIV.

Incansable el leal alcaide de los donceles salió de Villalpando en la alborada del siguiente día encaminándose con toda diligencia á Roa, donde debía terminar su comision entregando la carta de don Enrique en manos de la reina de Navarra, y recibiendo de las mismas la respuesta que en su prevision no imaginaba por cierto fuese muy lisonjera para quien tan impaciente la esperaba.

Desde Aranda á Roa descubrió, como desde Villalpando á Benavente, rebelion y hostilidad, con la diferencia de que en el último camino que hacia estaba más disimulada, tomando su carácter el matiz de la traicion.

Era de mañana cuando llegó á Roa el alcaide. Introducido en la villa y á presencia de doña Leonor, despues de saludarla cortes y respetuosamente la dijo presentándole el pergamino sellado con el sello real.

—Tomad, señora. Mi señor el rey don Enrique os le envia, encargándome que yo propio le pusiera en manos de V. A., y que de las mismas recibiera la contestacion.

Arrugó la frente doña Leonor poniendo un ligero ceño y le preguntó con intencion:

—¿Os ha dicho esas mismas palabras don Enrique, señor alcaide de los donceles?

—¿Lo dudais, señora? la preguntó á su vez el alcaide algo ofendido por la duda que mostraba.

—Si vos lo afirmais, ¡no! contestó doña Leonor hábil para suscitar querellas lo mismo que para acabarlas; pero lo encuentro muy extraño en mi sobrino, porque ese encargo forma una órden, y estas no deben trasmitirse por el jefe de su guarda á una reina que es su huésped y su deuda.

Comprendió Alfonso Alvarez de Toledo que doña Leonor buscaba pretextos para un rompimiento ostensible con el rey, y resuelto á no darlo á su falacia, repuso con tanta dignidad como comedimiento:

—No me parece incompatible, señora, tener el cargo más noble que hay en la córte con la honra de entregaros una carta, tanto más que quien se enorgullece de haberla conseguido ha besado no una vez sola las manos en que la ha puesto. En cuanto á la órden no ha sido dada sino á mí, que como las acato y cumplo la he entregado á V. A., y lo mismo recibiré la que os sirvais dirigir á don Enrique.

—Está bien, señor alcaide, repuso la reina de Navarra con tibieza. Verémos

lo que nuestro sobrino nos dice y resolverémos aquello que bien esté. Entre tanto como enviado del rey de Castilla sed bien venido á Roa, y dejáos honrar como mereceis.

Y volviéndose al señor de los Cameros, añadió:

—Alojad al buen Alfonso Alvarez de Toledo en palacio, y si es posible en el mismo ángulo que yo ocupó, no descuidando en nada su buen servicio.

—Señora, dijo el alcaide más impuesto con la reserva de la reina que con la declarada rebelion del duque, permitid os declare que mi tiempo está medido y contadas las horas que en mi vuelta he de gastar.

—Eso y más creo de *los* que os envian, repuso doña Leonor que cumplia lo que se habia propuesto, estar impenetrable.

—*Los* habeis dicho y no es exacto, replicó el alcaide que á su pesar se sentia mal en aquel resbaladizo terreno; *el* debisteis decir, porque es don Enrique quien me envia, y el tiempo quien le ha medido soy yo para probar mi diligencia.

—Pues bien, si es así, señor alcaide, tendrémos presente vuestra impaciencia.

Hecha esta promesa, la reina de Navarra despidió al alcaide con un ademan.

Poco satisfecho el leal enviado de don Enrique salió de la cámara acompañado de Sancho Ramirez, y apénas ido entró el conde de Trastamara avisado de la venida de aquél, y doña Leonor se encontró sola con don Pedro.

Así que esto sucedió, cortó la reina la cinta que sujetaba el doblado pergamino, quitó el selló y se puso á leerle con un tanto de emoción. Cuando terminó su lectura se lo alargó al conde, quien al devorar su contenido se puso pálido frunciéndose sus cejas con terrible enojo.

En su carácter no era extraño el efecto que la lectura le producía, porque don Enrique habia trasladado con harta viveza de su mente al pergamino sus impresiones, sus convicciones y sus resoluciones. Una parte de su carta eran quejas amarguísimas sobre la culpable rebelion de sus tios: otra sólo contenia promesas tan generosas como sinceras, la restante se componia de órdenes formuladas con firmeza y energía.

Estas eran tres: la primera, que hiciese salir de Roa á don Pedro de Castilla, fuera de la ley por traidor: la segunda, que se separara de una alianza que comprometia su fama y seguridad: la tercera, que se presentara en Valladolid donde era necesaria su presencia para contestar á los enviados de Navarra, que solicitaban su vuelta y la de sus hijas con don Carlos, y que habia sido aplazada para cuando se avistaran y entre ambos lo convinieran.

Miéntas el conde torvo y demudado leía, doña Leonor se daba á la reflexion:

Sabia que la conflagracion era general, por lo tanto imponente y acaso incontrar estable.

Veía que la solicitaban, y se tuvo por poderosa.

Veía llegado el momento de obrar, y comprendía la necesidad de hacerlo, pronta, decidida y enérgicamente.

Ofuscada por el orgullo se creyó sobre el nivel del mismo Enrique III. Equivocóse en parte en cuanto al espíritu de aquella tentativa conciliadora. Tuvola por hija del miedo, emprendida entre apuros y conflictos, y se ensoberbeció con ella.

Por lo que hace á don Pedro la ira le cegó. La violencia de su carácter se exaltó, y evocó la tempestad con insensata arrogancia.

En aquella disposicion de espíritu tan contraria á las aspiraciones de don Enrique, tan análoga á los deseos de los privados, se celebró un consejo en la cámara, y dominando su influjo se decidió arrojar el guante á Castilla, reteniendo al alcaide prisionero y enviar á Benavente y Gijon la nueva para que todos se lanzaran á la arena, llevando así el sobresalto al corazon y la flaqueza al ánimo que pretendia sojuzgar.

En consecuencia se le previno al alcaide que á la noche sabria la resolucion tomada.

XXXV.

En su inmensa confianza la reina de Navarra vió llegar la hora señalada para dar contestacion al enviado de Enrique III, y cubierta con un manto de brocado, ceñida á sus sienes rica diadema de perlas, rodeada de sus hijas, de sus damas, de sus paladines y sus servidores, y cuanto Roa encerraba de más noble y esclarecido; de una córte en fin que pretendia neciamente deslumbrar, ébria de ambiciosas esperanzas, recibió al alcaide de los donceles incapaz de ofuscarse ni aun con el brillo del sol.

A su lado estaba don Pedro de Castilla, erguido, presuntuoso y amenazador.

El noble alcaide se encontró oscurecido entre tantas galas y preseas; pero vestido de hierro estaba más altivo, más sereno, más convencido de la superioridad que representaba, que la reina, el conde y sus arrogantes parciales de la que tanto les engreía. Doña Leonor le hizo acercar junto á sí y le dijo con su acento siempre grato hasta cuando revelaba la falacia:

—Señor alcaide, esta mañana reclamasteis contestacion á la carta del rey don Enrique, de la cual habeis sido digno portador, y esta noche principio á dáros-la, pero en un lenguaje que no admite equivocaciones ¡en obras!

—¡Me place! respondió el enviado de Enrique III sobresaltándose y disimulando lo mejor posible.

—Para lo cual, añadió doña Leonor cargando de intencion la frase, permaneceréis á nuestro lado.

—Señora, contestó Alfonso Alvarez de Toledo comprendiéndola, siento tener que recordar á V. A. que estoy al servicio de don Enrique.

—No lo habia olvidado, noble alcaide, repuso la reina glacialmente.

—Pero sí á lo que parece que no obedezco más que á él.

—Tampoco, señor alcaide; pues al contrario, lo hemos dado por supuesto.

—Entónces, señora, añadió algo bruscamente el enviado de don Enrique, seguiréis suponiendo que no cumplo más órdenes que las tuyas.

—Lo que á nuestros ojos os realza.

—Y que habiéndome dicho «volved pronto,» si esas obras de que hablais no son hechas en lo que falta para mañana, tomaré el camino de la córte y me iré sin presenciárlas, lo cual equivale á partir sin contestacion.

—Os diré á eso, replicó doña Leonor poniendo de manifiesto su designio; que ahora estais en Roa donde se acatan mis órdenes.

—Eso lo hará esa córte, dijo con desden el alcaide señalando con su dedo á la que en torno de doña Leonor se agolpaba; esa córte, fragmento desprendido de la del monarca de Castilla; mas no yo que soy su enviado.

—Señor alcaide, replicó altivamente la reina, si habeis aprendido en aquella el respeto que merece la corona, advertid que yo la ciño.

—En Navarra, dijo terminando la frase Alfonso Alvarez de Toledo.

—Señora de Roa ademas, añadió doña Leonor conteniendo el resentimiento que hizo colorar su frente, dentro de cuyo recinto no discutimos; mandamos.

—Ni lo niego, ni me incumbe, replicó el alcaide más inflexible, más duro que el hierro de su coraza; pero yo que he nacido vasallo y de condicion leal, hago alarde de no obedecer más que al rey á cuyo servicio estoy. Segun sus órdenes obro, y hé aquí por lo que reclamo respuesta á la carta que he tenido la honra de poner en vuestras manos, y me iré tan pronto como mañana.

—Os repito que la llevaréis de obra y no de palabra.

—¡Sea en buen hora, pero pronto!

—Pronto no puede ser, porque se necesita tiempo. Por eso no partiréis mañana porque iriais sin ninguna y yo quiero que la lleveis.

—Llevaré una, señora, harto significativa por cierto y que don Enrique apreciará en lo que vale. Llevaré la que forma vuestro silencio, porque mañana parto como ya tengo anunciado.

Clavó doña Leonor su penetrante mirada en el alcaide, que ostentaba tan firme y resuelto talante que le pareció empresa difícil vencerle. Miró luego á don Pedro de Castilla y vió que con esfuerzo retenia las palabras próximas á desbordarse en torrentes de amenazas y que acaso no podria contenerle á sola una que vertiera, y aquella voluntad que habia ofrecido decir: ¡basta! cuando conviniera á su interes se encontró por algunos instantes dominada y fluctuando entre aquellas otras tan resueltas y encontradas.

Conociendo con su exquisito talento que una réplica más podria llevar la

cuestion al terreno de los reproches y que estos desprestigian siempre: convenci-
da de que todo su poder no tenia más base que su mágico influjo, oportuna siem-
pre como discreta, dijo con dignidad cortándola:

—Muy avaro de tiempo estais, señor alcaide; prométoos pues que no lo des-
perdiaréis en Roa.

Y despidiéndole con un ademan y una mesurada inclinacion de cabeza añadió:

—A don Enrique y á mí nos podeis esta vez satisfacer.

—Si es compatible lo haré.

Y esto diciendo el leal alcaide salió de la cámara y se retiró al aposento don-
de le habian alojado.

XXXVI.

Blanca de Castro salió con otras damas de la cámara de la reina, cruzó las
llenas antecámaras un tanto triste y distraida, se separó de aquellas al entrar en
una galería que conducia á su aposento, y dirigiéndose á este penetró en él y en-
tornó la puerta en seguida.

En la última antecámara la vió Sancho Ramirez y siguió sus pasos como
otras veces, mas esta cuando llegó á la puerta entornada ya como hemos apun-
tado, no se volvió, sino que ante ella se quedó parado.

Y al ver la fija mirada que el señor de los Cameros clavaba en ella, las tres
arrugas que surcaban su frente, la inmovilidad cuasi extática que guardaba, su
profunda abstraccion podia colegirse, sin temor de equivocarse, que en su mente
se estaba resolviendo su destino y el de la peregrina pretendida de Gonzalo de
Figueroa.

De pronto recobró su accion, extendió con arrogante y audaz ademan el bra-
zo, y empujando la puerta entró por ella diciendo con acento decidido:

—¡Adelante!

Entornó nuevamente la puerta, y así que lo hubo hecho lanzó por el violado
recinto una mirada tan atrevida como de indescribible avidez.

El aposento de Blanca era dilatado; en el fondo estaba su lecho de una sen-
cillez virginal, frente á la puerta habia una ventana, por la cual se veia el cielo
azul y despejado que tachonaban fúlgidas y rutilantes estrellas, y en el alfeizar
de la ventana, que caia á un florido jardin, se recostaba Blanca, ocupada en des-
prender algunas flores de sus cabellos, miéntras respiraba con ansia el ambiente
tibio y perfumado.

Del techo se suspendia en caladas cadenas una pequeña lámpara oriental que

iluminaba con su luz suave y templada el aposento, quebrando sus rayos blancos como los de la luna en el vaporoso ropaje de la jóven ricahembra de Castro, hechicera en su descuidada y graciosa actitud.

Despues de contemplarla algunos instantes, Sancho avanzó resueltamente. El ruido de sus pisadas hizo que Blanca volviera el rostro á ver quien le causaba, y que reconociéndole se enderezase como si un resorte la impulsara, y que saliéndole al encuentro le preguntase con acento de sorpresa:

—¿A qué venis, señor mayordomo?

—A que me oigais un breve espacio, respondió lacónicamente Sancho.

—Nada tengo que escuchar de quien tan descortes como audaz invade mi aposento, replicó Blanca trémula de ofendida; nada tengo tampoco que decir á quien viola el retiro de una dama: en consecuencia ¡salid!

Y le señaló la puerta con un expresivo ademán.

—He pasado ese umbral para hablaros, sin hacerlo no me voy.

—Eso es obligarme á que yo lo haga, bien. ¡Paso!

Blanca le dió para salir, pero Sancho poniéndose delante para impedirlo le dijo:

—Ni lo pretendais porque estoy resuelto á evitarlo, ni me bagais reconvencciones porque á ello me arrojo. Cada sér obra como su destino quiere ó su desgracia le inspira; la mia me lleva á imponerme ¡lo siento! pero lo haré.

Blanca no se dignó contestarle, mas insistiendo en su resolucion dió otro paso para salir.

El señor de los Cameros repitió el mismo movimiento de oposicion en silencio, mostrándole al mismo tiempo con un significativo ademán un sitial que estaba próximo.

—¡Oh! exclamó Blanca irritada con tanto atrevimiento; ¡paso, señor mayordomo!

Y poniéndole irreflexivamente la delicada mano en el pecho, pretendió separarle y pasar.

—Blanca, exclamó impetuosamente el señor de los Cameros cogiendo brusco y descomedido por la muñeca la mano que ligeramente rozara su corazon; Dios es y oye, oidme y no os resistais.

La emocion de Blanca fue tan violenta como el arrebato de Sancho. La primera en su natural debilidad sucumbió, faltóle pues accion y se dejó conducir al sitial donde se sentó. Entónces Sancho la soltó, mas quedóse delante, en pié y dispuesto á secundar su violencia en el instante que tratara de resistirle.

En cuanto á Blanca, obligada sin duda por el dolor que sentia, miró sus muñecas donde una señal blanquecina mostraba la huella de los dedos que acababan de oprimirlas, y exclamó con ironía:

—¡Alta proeza, señor mayordomo; gloriáos de ella si os parece!

—Yo no me glorió de nada, ni me arrepiento tampoco, replicó el soberbio

atropellador cruzando los brazos. Obro porque es necesario obrar, y ante la necesidad me rindo. Haced lo mismo y oidme.

La réplica de Sancho y el modo con que fue dada hizo que Blanca sintiera la impresion del miedo apoderarse de ella, haciéndola perceptible la palidez de su rostro, el ligero pasmo de su mirada y el temblor de sus manos, que fuertemente cruzadas comprimian las palpitations del corazon sobre el que graciosamente se hallaban extendidas.

Sancho Ramirez contempló un brevísimos espacio en silencio la delicada y poética figura que revelaba en su faz, en sus movimientos y en su actitud el terror, la cólera y el desden, y luego la dijo:

—Trémula y alterada estais, Blanca, con mi presencia: tranquilizáos, no veais en mis obras mas que la intencion, y ya que para fijarla en mí no tenga vuestra mirada la luz con que el amor la irradia, no esté tampoco impregnada de ese desden orgulloso, ni de esa cólera impotente que en este instante la anima.

Blanca no le contestó, pero acordándose sin duda de Gonzalo, veló con sus largos párpados sus destelladoras pupilas para no concederle ni aun el favor de una mirada. Conmovido Sancho hasta un extremo difícil de fijar, sin variar de postura ni separar de Blanca su mirada tenaz y atrevida, añadió con acento breve y un tanto cortado:

—Resuelto á explicarme con vos, para que me comprendais, sino bien, algo, necesito deciros que os amo; pero tan extremadamente que en el fondo del corazon os he levantado un altar, que os he colocado sobre él, cual á un ídolo, consagrándole como ofrenda el sér que anima... como culto sus aspiraciones y deseos...

Siempre en silencio, Blanca ni alzaba sus ojos fijos en el mosaico del pavimento; nada turbaba pues la expansion del señor de los Cameros impetuosa como el sople del huracan.

—Lo que se ama se desea... lo que se desea se pretende hasta conseguirlo, razon por la que solicité vuestra mano. Sucedió que por consideracion á mi calidad ó á mis merecimientos me la concedieron, me la prometieron, me aseguraron solemnemente su posesion. Ni contaba ni contaron con que otro se me hubiera adelantado con vos, mas era así y se interpuso entre ambos y con él altos influjos. La reina avaluó á los pretendientes, tuvo en más al duque y os concedió á su alférez satisfecha con que yo le diera libertad de hacerlo, sin parar mientes en que al que así despojaban de sus derechos, fuerte y audaz, no conoce como virtud la resignacion, que de su lado no os arrancaria nada, nadie, ni nunca, que ellos pactaban y que él protestaba, que ellos preparaban y que él consumaria... como sucederá hoy que nadie puede ya retroceder.

Levantó los ojos Blanca y le miró. La incredulidad y el espanto aparecian en la media sonrisa de sus labios y en la expresion de su fija y penetrante mirada.

—Sí, Blanca, sí, añadió Sancho Ramirez dulcificando su fierá mirada hasta hacerla acariciadora. Cada uno se ha ocupado de sí mismo, yo tambien; sólo que al hacerlo de mí lo he hecho de vos.

Yo he comprendido despues de conoceros una cosa, y es que ese grado de felicidad que parece sueño, idealismo... es realizable; mas tengo el convencimiento de que como el humo del incienso que se quema en el pebete envuelve en nubes perfumadas embriagando con su aroma.

Para mí, esa felicidad inmensa que yo concibo, pero que no acierto á definir, sois vos... para vos no sé qué forma tiene; mas yo os la presentaré en todas sus faces hasta hallar la que os satisfaga.

¿Os halaga la grandeza, Blanca? Si os agrada os daré un palacio por morada, tanto séquito como tiene la más encumbrada y opulenta dama castellana, tantas galas, tantas joyas como vuestro capricho desee y vuestra fantasía imagine...

¿Predominan en vos los recuerdos de vuestra infancia? ¿Quereis como las flores brisas puras y libres? Pues bien, yo os daré un retiro delicioso que no excluya la magnificencia entre los frondosos bosques de Navarra, en medio de los jardines orientales de Sevilla, allá en Ruitelan si preferis vuestras montañas... Os haré con mi voluntad un oásis aunque sea entre rocas y quebradas, porque os lo repito, yo no quiero mas que á vos, pero quiero para vos todo cuanto existe en la tierra.

Sacudió Blanca sus negros rizos con un ligero y gracioso movimiento, y acabando de desviarlos de su frente con su pequeña y linda mano, le dijo con más firmeza y gravedad que sus años y condicion prometian:

—Poco tengo que contestaros, señor mayordomo. En nuestra mútua situacion no es posible ese cambio de felicidad que imaginais, porque ni os la puedo dar, ni de vos la debo recibir. A esta declaracion añado las gracias que de mi parte merecis por vuestro amor y toda esa dicha que generosamente me brindais, y que rehuso y rehusaré siempre que insistais en ofrecérmela, quedándoos, eso sí, muy agradecida por ella.

—No useis de ironía, Blanca; sienta mal en vuestra boca infantil.

—Soy muy leal para gastarla, replicó orgullosamente la ricahembra de Castro; lo que siento digo, y en ese concepto oid. Motivos que no os puedo revelar, ni me es posible definir, nos separan. Nada nos puede aproximar ni nada nos aproximará, esto es seguro; y de consiguiente os aconsejo que desistais de vuestro empeño, y que en vez de atropellarme para exponerlas respeteis la voluntad que ha garantizado un convenio.

—No puedo respetarla porque me perjudica, y nadie procede contra sí mismo.

—Pues ved la razon porqué os rechazo con toda la energía de que soy capaz, replicó Blanca con ingénua expresion.

—¡Oh, y qué poca es! dijo Sancho Ramirez midiéndola con la suya, que puesta en accion era irresistible y arrolladora.

—Es que si no bastara reclamaria á la reina su proteccion, replicó Blanca dispuesta á hacerla valer, y la reina me la dará porque así lo tiene pactado.

—Ni la reina, ni su hermano, ni el mundo entero os sustraerán á mi poder, repuso con íntimo convencimiento el mayordomo. No os hagais ilusiones, Blanca, ceded al torrente que os arrebatá y tendedme esa mano que es mi sueño. Si no me la tendeis ¡la tomo! y la tomo esta noche misma.

—Las ilusiones sois vos quien os las haceis; mi mano está ofrecida, está garantida y no está al alcance de la vuestra, porque os lo repito, entre vos y yo está la reina y un tratado.

—Me obligais á que os desengañe. La reina está desde esta noche á merced de mi lealtad, porque yo mando en su palacio y no hay quien desobedezca la órden que emane de mí, y á Roa la defienden más que sus arqueros y parciales mi mesnada y mis amigos. La reina dispondrá lo que yo quiera y lo dispondrá cuando me plazca, porque sabe cómo defiende mi brazo y cómo persigue mi odio.

—Pues bien, falte la reina á su palabra empeñada, inducida por los servicios ó las amenazas de su mayordomo y campeón; á mí me protegerá el que contiene con sólo decidirlo no el atrevimiento de un hombre, sino el furor de un elemento.

Y Blanca clavó en el terso y azul firmamento una mirada de suprema y viva confianza.

—Dios está en el cielo, Blanca, y nosotros somos dos átomos perdidos en la tierra, átomos que una bendicion va á unir pronto, muy pronto, porque ya no puede diferirse.

—Dios está en el cielo, replicó Blanca con fe y energía, pero desde la alta region en que mora inspira á los que se encuentran perdidos y atribulados en esta. Dios alzará entre vos y yo fuerte barrera.

—Blanca, dijo el mayordomo mirándola de una manera indefinible: ¡sois inocentísima! Persuadíos de que lo que quiera haré en Roa... que de aquí á Benavente hay gran distancia... entre vuestro deseo de pedir auxilio á los que en él se encuentran y su ejecucion está el tiempo, y entre vos y yo ¡nada!

Y para probarlo dió un paso acortando la distancia que los separaba. La sangre que fluía en las venas de Blanca hizo sentir su influjo, púsose en pié orgullosa y altiva, desvió el sitio con un brusco movimiento, y retrocediendo el paso dado por Sancho, le preguntó con acento trémulo y cortado:

—Señor mayordomo de la reina de Navarra; ¿habeis tomado en cuenta que la dama que atropellais se llama Blanca de Castro y es noble, ricahembra y castellana?

—Lo he tenido, contestó Sancho Ramirez devorando la mirada altiva y rutilante que en él se fijaba. Por eso la amo.

—Y ¿no habeis presumido que huérfana, no protegida, y villanamente amenazada, usaria de mi derecho reclamando la proteccion y tutoría de mi señor natural el rey Enrique III?

—¡No, y luego, Blanca, Enrique III está lejos...!

—Pero Alfonso Alvarez de Toledo que le representa está cerca, y me pondré bajo su amparo.

—¡Ni la reina ni vuestra tía os dejarán...!

—Poco me importa; los que no me pueden proteger tampoco alcanzan á detenerme.

Blanca estaba tan resuelta que impuso á Sancho con su amenaza.

—Blanca, exclamó cayendo á sus piés, soy altanero y amenazo, perdonadme y olvidadlo. Siento mucho: las sensaciones en mí se suceden como las olas que encrespa la borrasca, y esta lengua mía es osada y torpe para expresarlas. Será la causa que las emociones que han agitado mi vida han sido otras, todas fuertes, todas rudas, ninguna dulce; pero en el fondo de mi corazón hay una ternura inmensa, tendré para vos una abnegación profunda, tanta gratitud por un favor, que os le compensaré dándoos desde mi nombre hasta mi vida... todo lo que soy... todo lo que queráis.

Y tomando un pliegue del ondulante vestido de Blanca lo apretó convulsivamente entre sus manos.

Blanca pasó sucesivamente las dos suyas por su frente empapada de sudor.

—Abandonad ese pensamiento; Blanca... quedáos en Roa y... dadme, dadme vuestra mano.

Sancho fué á tomársela, pero Blanca tirando de su vestido y resistiéndole, murmuró blancos los labios como un jazmín:

—Dejadme... ¡oh!... dejadme.

—¡Blanca! ¡no puedo!

—¡Oh! ¡alzá! ¡dejadme...!

—No os iréis, ¿es verdad...? Tendréis en cuenta que os lo he rogado.

—Sí que me iré, mañana mismo, señor mayordomo.

—Pero ¿estais resuelta...? le preguntó sombrío y descompuesto pasando sin transición del enternecimiento á la ira.

—Sí, ¡oh! sí, repuso Blanca tirando segunda vez de su vestido.

—Yo os lo impediré, dijo el señor de los Cameros soltándola y levantándose estallante y amenazador.

—¿Os atreveriais á mí? exclamó Blanca horriblemente asustada ante la resolución de Sancho.

—A todo, y por mi nombre os juro que de Roa no saldréis. ¡Oh! conmigo el que lucha cae.

Y bajando la cabeza salió del aposento, cayendo Blanca cuasi desmayada en el sitial.

XXXVII.

La tempestad formada por los vapores que la reina de Navarra habia condensado con su voluntad comenzaba á rugir sordamente. Las nubes se amontonaban sobre su cabeza como la más encumbrada, su cielo se oscurecía... mas ella aun lo veía despejado, terso y diáfano, y todo lo encontraba fácil y de feliz solución.

Sola en su cámara despues que el alcaide fue ido, reflexionaba en lo acaecido con él y en sus inmediatas consecuencias. Comprendia harto bien que la batalla se habia empeñado ya, y que para ganarla necesitaba reunir á las lanzas de sus aliados los recursos de su talento, las luces de su experiencia, la energía de su carácter y el influjo que su nombre y su prestigio ejercian.

Sola pues como llevamos dicho, hallábase meditando en su empresa y en el modo de darla cima felice, cuando vino á distraerla Sancho Ramirez entrando en la cámara precipitadamente y sin anunciarse.

Levantó los ojos doña Leonor, miró á su mayordomo cuya faz torva y descompuesta revelaba la agitacion de su espíritu, y le preguntó un tanto sorprendida y disgustada:

—¿Qué es esto, Sancho? ¿No encontrasteis en la antecámara á ninguno que os anunciara?

—Es que no le busqué, señora, respondió Sancho Ramirez con acento breve y nervioso. Sabía que estabais aquí, que estabais sola, y de consiguiente que podía veros en el instante como á todo trance queria.

—Y ¿para qué ese empeño y esa perentoriedad? le preguntó de nuevo doña Leonor, quien observando su aspecto se puso en cuidado con él.

—¡Oh! para demandaros una gracia en premio de mi adhesion, de mis servicios, de mi lealtad... Para eso vengo.

Convenciéndose la reina de que Sancho estaba bajo el imperio de una sensacion violenta, y no adivinando cuál fuese, le miró con expresion de un vivo interes y le dijo:

—Dominad esa exaltacion que me admira extremadamente en vos; explicáos con franqueza y decidme cuál es la que de mí solicitais.

—No puedo ostentar la calma que no tengo, porque estoy agitado lo mismo que el Océano cuando en deshecha borrasca se amontonan sus olas rugiendo, replicó el señor de los Cameros, quien con efecto lo estaba de un modo terrible.

—No os comprendo, repuso doña Leonor inquieta y sobresaltada. ¡Hablad! añadió viendo la violencia que su mayordomo se hacia para contenerse; decid qué os preocupa así, qué demandais: ¡explicáos!

—Nada de explicaciones, dijo Sancho cada vez más breve y decidido. Tengo por inútil manifestar lo que siento, porque ó no lo comprenderéis, ó no lo sabréis apreciar. Diré sí lo que pido, y es que despidais en este mismo momento al alcaide de los donceles.

—¡Sancho! exclamó la reina asombrada. ¿Estais en vos...?

—Sí, señora, por eso lo solicito demandándolo como gracia.

—Pero, ¿os habeis olvidado de lo que há poco presenciasteis...?

—No por cierto.

—Y siendo así, ¿me pedis que ¡yo! ¡yo! que ante todos le he negado la contestacion exigida aplazándola indefinidamente para cuando me convenga darla; que en consejo he manifestado la resolucion de detenerle prisionero como rehen, le despida?

—Siendo así os lo pido, prescindiendo del inconveniente que presenta para vos.

—No hay duda, Sancho, ¡estais loco! dijo doña Leonor con severidad y desvío.

—Podré volverme, pero no lo estoy, replicó su fiero mayordomo, audaz hasta para ella; creedme por vuestra salvacion y la mia.

—Entónces, repuso la reina frunciendo las cejas, tan desatinado como descomedido.

—¡Lo estaré! dijo el señor de los Cameros con el acento breve é incisivo que convertia en dardos sus palabras.

Vivamente ofendida doña Leonor, pero más que ofendida alarmada, fijó en su mayordomo una penetrante y severa mirada y le dijo:

—Pensad lo que decis, Ramirez, y no olvidéis que es conmigo con quien hablando estais.

—La prueba de que no lo olvido la teneis en lo que torno á demandaros.

—Y yo lo dudo más y más, cuando pienso que lo que solicitais es una consecuencia ridícula hasta de proponer.

—¡Será! pero yo os suplico que la cometais, y bien os consta que no suplico jamas.

—Dadme al ménos el motivo.

—Sólo os puedo decir sobre él que es una necesidad de mi acerbo y contrario destino.

—¿Una necesidad de vuestro destino decis?

—Sí, y cuya importancia que sólo mi mente comprende porque sólo ella abarca su inmensa y terrible trascendencia, le reservo como un misterio en el fondo de mi pensamiento.

—Pues bien, ocultadle cuanto querais, dijo doña Leonor con sequedad é impaciencia. En cuanto á vuestra extraña pretension os diré que, resuelto que se quede, no partirá hasta que convenga.

—No sé si conviene á vuestra causa que permanezca aquí el alcaide; de lo que estoy seguro es de que á la mia importa mucho que se vaya. Despedidle en el instante, y yo os prometo que ganaréis con creces de otro modo lo que por este podais perder.

—¡Sancho! exclamó la reina con altivez, he rechazado, rechazo y rechazaré toda petición que trate de imponerse aunque proceda de un rey, y ese rey tenga sobre mi voluntad indisputables derechos; considerad lo que haré con la vuestra que se manifiesta embozada y amenazante.

—Sí, hace tiempo, repuso el señor de los Cameros reconviniéndola con acre amargura, que V. A. no duda en sacrificar mis deseos y mis intereses á otros que considera algo más; así es que no me sorprende ni su negativa ni su enojo; mas en circunstancias dadas de todo se prescinde, y yo lo hago de mi resentimiento para insistir y rogar. Despedidle, doña Leonor, y que el nuevo día le halle léjos de aquí.

—Pero ¿qué temeis de su permanencia en Roa? ¿en qué os afecta? ¿en qué os contraría?

—En tanto que no encuentra palabras mi lengua para explicarlo.

—Siempre las hay para sentar una razon. ¡Hablad!

—Y ¿para qué he de demostrarla si os conviene que se quede? dijo Sancho Ramirez sonriéndose sardónicamente.

—Decis bien, replicó la reina con altivez herida, de un modo profundo con aquella cortante ironía; y si no teneis mas que decir, os podeis retirar desde este momento.

Y apoyó la frente en la mano y el codo en el brazo del sillón.

El mayordomo, léjos de obedecer á la reina, permaneció en su presencia, y despues de dejar pasar un corto espacio, dió un paso hácia ella y le dijo:

—Una palabra todavía, doña Leonor.

—Decidla, contestó esta sin moverse ni mirarle.

—¿Seréis inexorable?

—¿En qué?

—En no concederme lo que os he pedido por gracia, por premio y por recompensa.

—¡Cómo concebir esta obstinacion! exclamó la reina con impaciencia. ¿Qué esperais con alcanzarla...?

—¡Mucho! Sino, ¿haria lo que hago?

La reina se quedó pensativa.

—Si tanto esperais, dijo tras una breve pausa, mañana le enviaré á Valladolid.

—Es que lo habeis de despedir esta noche.

—Eso no puede ser, dijo doña Leonor con firmeza.

—¡Oh! ¡hacedlo! Mirad que os servis á vos misma.

—Repito que no, Sancho.

—Mirad que los que os han aconsejado detenerle están ofuscados por sus resentimientos, sus odios y sus pasiones.

—No creo, replicó la reina con intencion, que acallais mucho las vuestras.

—Aun las domino lo suficiente para ver claro en el porvenir.

—¡Basta! exclamó doña Leonor irritada. El mio me pertenece y yo me cuido de dirigirle.

—Entero os le dejo sin reservarme otra mision que la de serviros y defenderos, repuso Sancho Ramirez luchando con una obstinacion incansable por conseguir su demanda. Yo no soy mas que el brazo y la voluntad consagrada á vuestro deseo; pero acceded á lo que he solicitado en memoria de aquel dia en que os dije sobreponiéndoos á mí mismo: ¡concededle al duque de Benavente lo que os pide!

Inclinó la reina su frente bajo el peso de aquel recuerdo que contenia una acusacion de egoismo, y evocando en aquel instante otra más odiosa de ingratitud.

Aquel movimiento hizo presumir al mayordomo que cedia, y doblando sus esfuerzos se hincó de hinojos y le dijo:

—¿Es verdad que lo vais á despedir...?

—No, porque es el hacerlo acreditarde de inconsecuente, ligera y poco mirada. No, ni puedo ni debo despedirlo, á lo ménos con esa inconveniente premura.

—¿Estais firmemente resuelta?

—Irrevocablemente.

—Yo tambien.

Y Sancho Ramirez se levantó, volvió la espalda y se dirigió á la puerta.

—Oid, Ramirez, dijo doña Leonor, quien por aquella vez no comprendió que lo que se encerraba en el pecho de su mayordomo podia producir una erupcion más terrible que la de un volcan.

—¿Se os ofrece algo? la preguntó Sancho parándose y medio volviéndose.

—Sí, contestó doña Leonor, quien sola en sí misma pensaba.

—Y ¿es?

—Que no olvideis que estamos en la hora del peligro. Vigiland el palacio y la villa confiada á vuestra lealtad.

—Dormid segura, señora; Sancho Ramirez no se vuelve nunca atras de lo que una vez ha prometido.

Y haciéndola una altiva inclinacion salió de la cámara, dejando á la reina una impresion más sobre las muchas que en aquel dia recibiera.

XXXVIII.

Era trascurrido un no corto espacio de tiempo desde la salida del señor de los Cameros del aposento de Blanca, y aun permanecía esta sentada en el sitial, sin que vieran sus ojos otra imágen que la de Sancho Ramirez amenazadora y sombría, y sin sentir su cuerpo casi desfallecido mas sensacion que la experimentada al contacto de la mano de hierro que oprimiera su muñeca dejándola cárdena y dolorida.

Pero á la accion paralizadora de su pasmo siguió una reaccion violenta, y Blanca, despues de examinar con alguna lucidez su situacion, se decidió á ponerse bajo la proteccion del enviado de don Enrique, único medio que le quedaba practicable para sustraerse al poder y las amenazas del mayordomo de la reina.

Sacudiendo pues su abatimiento se levantó, tomó precipitadamente un manto, se rebujó con él, y abandonando su aposento se deslizó por la galería, cruzó salas y salones, y se detuvo ante la puerta de uno donde con indecible sorpresa vió establecida una guardia.

Viéndola parada el que estaba de faccion la preguntó con acento brusco pero amigable:

—¿Qué busca la dueña aquí?

—Al enviado del rey de Castilla, respondió Blanca en voz apénas perceptible.

—¿A quién? tornó á preguntar el archero que era un despierto y gentil mancebo, acercándose para reconocer á la encubierta.

—Al señor Alfonso Alvarez de Toledo, dijo Blanca cruzando bien el manto á fin de que no lo consiguiese. ¿No es este su alojamiento?

—Tanto que sí, contestó el centinela dejando caer la alabarda del brazo para que descansase sobre las losas de mármol que formaban el pavimento.

—Pues entónces dejad paso.

Y la jóven ricahembra de Castro hizo accion de entrar.

—Perdonad, replicó el listo centinela interponiéndose para evitarlo; no se entra.

—¿Por qué? preguntó, empezándole nuevamente el corazon á latir.

—Porque el señor mayordomo de S. A. doña Leonor acaba de darle á mi alferez el señor Hernando de Harillo, orden terminante de no permitir que se moleste con visitas ni preguntas al noble alcaide de los donceles.

—Eso no se entenderá con las damas de la reina, replicó Blanca insistiendo.

—Más que con sus pajes, señora mia, repuso el archero tomándola por lo que era; y la prueba es que el señor Hernando ha hecho la prevencion para todo lo que sean faldas.

El calofrio del miedo estremeció nuevamente sus miembros. Sancho se la habia anticipado cerrándole el único camino expedito que tenia; pero ántes que se resolviera á insistir ó á retirarse, acertó á salir del aposento del alcaide el hidalgo Harillo, el cual dijo en voz alta dirigiéndose á uno de los archeros del grupo:

—Fernan de la Encina, acercáos al aposento donde se aloja el doncel Fernando de Bobadilla, y decidle que el señor alcaide le llama para darle sus órdenes.

—Voy al punto, señor alférez, contestó el archero Fernan de la Encina cuadrándose militarmente.

Con lo cual echó á andar, encaminándose con diligencia á uno de los aposentos que daban á la galería que cruzó Blanca al salir del suyo.

En cuanto á esta, iluminada de una súbita luz que aclaró su pensamiento un poco ofuscado con la órden del mayordomo, y temerosa ademas de que el hidalgo Harillo la conociera, murmuró un:

—Con Dios quedad.

Y siguió decidida y palpitante los pasos del archero, recatándose en la sombra que proyectaba la medio abierta puerta del doncel para que no la viera aquel, cuando saliese de desempeñar su poco importante comision.

Entre tanto el alférez de la guardia del alcaide, que sin quitar sus ojos de Blanca siguió atentamente su marcha ligera, le preguntó al centinela luego que á su vista se perdió:

—Mendo Mendez, ¿qué hacia aquí esa dama que se aleja?

—Pretender entrar á ver al alcaide.

—¿Dijo quién era?

—No, mas me figuro ha de ser una dama de S. A.

—Teneis razon, Mendo, y dicho sea con verdad, á ser la que me presumo, no serán gracias las que os dé ni el mayordomo ni la reina.

—A vos será, que no á mí, replicó el nada lerdo archero, pues para estorbar su entrada sólo he necesitado manifestar la consigna y vuestra prevencion.

—Téngoos dicho, repuso enojado su alférez, que de estas no hableis jamas; pero á vos os gusta darle á la lengua como si fuerais mujer y dueña.

El reprendido no replicó, y el reprensor añadió estirándose el jubon y rizándose el bigote:

—Voy á acercarme á la antecámara de la reina, y si la encuentro y es ella, le haré entender lo que importa.

Tomada tan cortés resolucion se encaminó á las habitaciones de doña Leonor, pero ántes de entrar en ellas encontró á Sancho Ramirez que salia.

Notando su visible preocupacion y el ceño de su frente dudó si hablarle ó no; mas venciendo el deseo de cerciorarse, fuése á él oficiosamente, y le dijo despues de saludarle:

—Permitidme, si os place, una pregunta, señor mayordomo.

—Hacedla, respondió Sancho parándose.

—¿Venis de ver á la reina?

—Poco há la dejó. ¿Por qué me lo preguntais?

—Por si visteis á su lado alguna dama.

—Ninguna habia, contestó el mayordomo dando un paso para alejarse.

—Es decir, añadió el hidalgo Harillo siguiéndole, que la que se ha presentado á la puerta del alcaide solicitando verle no seria enviada por S. A.

Los ojos de Sancho Ramirez despidieron un vivo y luminoso relámpago.

—¿La habeis conocido? le preguntó al alferez parándose y fijando en él una mirada escrutadora y chispeante.

—Yo aseguro que sí.

—Y ¿era?

—La más bella de Castilla.

—Claramente, alferez, ¿la tuvisteis...?

—Por la señora de Ruitelan.

—Y ¿entró?

—¡Me habiais prevenido lo contrario!

—Pero ¿entró...?

—No. ¿Hice mal?

—El que cumple la consigna que se le dá, no hace nunca mal, alferez.

—Y si volviera ¿qué hago? le preguntó Hernando de Harillo exigiendo una orden terminante para escudarse con ella de cualquier resentimiento.

—Si vuelve... respondió el mayordomo con voz sorda, ¡que entre!

—Está bien, dijo el alferez tornando por despedida á saludarle.

Y volviendo pasos atras fué á darles orden á los archeros para que si de nuevo se presentara alguna dama inmediatamente le avisasen.

Sancho no le miró siquiera, mas así que se alejó alzó los ojos, fijos por algunos instantes en el pavimento, y exclamó con una concentracion feroz crispando la mano:

—Ella me precipita, ¡sea! Ni para mí, ni para Gonzalo, ni para Enrique III.

XXXIX.

Mientras esto acontecia á la inmediacion de la cámara de la reina, el arche-

ro Fernan de la Encina desempeñaba sin rodeos su comision, y saliendo á pocos instantes se fué más ligero que despacio á dar cuenta de ella á su alferez, que por su parte aun no habia regresado de su corta expedicion.

Blanca le dejó alejarse todo cuanto su priesa permitia y su peligro reclamaba de precaucion; así que cuando se perdió el ruido de sus pasos salió de la sombra y penetró en el aposento, con tal precipitacion que tropezó con Fernando, que salia tan dispuesto como diligente.

Retrocedió un paso el antiguo paje de Elvira admirado de tan brusco y singular encuentro, hizo Blanca una exclamacion de sorpresa, y cayósele el manto sobre los hombros, mostrando á los ojos de Fernando su hechicera faz y el susto y la turbacion que cual una nube la cubria.

—¡Ah, señora! perdonad, dijo el doncel haciéndole una cortes y profunda reverencia, y discúlpeme de ignorar vuestra venida, pues á saberla hubiera estado en el umbral aguardándoos.

—Lo creo de vuestra mucha cortesía, respondió Blanca tímidamente, así como que disimularéis la molestia de que os detenga en el momento de iros á donde os llaman.

—¿Que disimule el ser detenido por vos...? replicó el doncel siguiéndole hasta el fondo del aposento. ¡Oh! pues si apariciones como la vuestra son tan celestiales que dejan en el alma del afortunado mortal que las tiene el bienestar y la ventura.

—¡Pluguiera á Dios que así fuese! Porque entónces tendria más valor para presentarme á vos.

Fernando, que no habia separado los ojos de su visitadora, notando en su peregrino semblante consternacion y ansiedad, se sintió tan conmovido como interesado en su favor. Reflexionando ademas que ser galante no es ser cortes, se apresuró para hacer su recepcion dignamente á unir esta cualidad á la otra, y conduciendo hasta ella un asiento y presentándosele respetuosamente, le dijo:

—Sentáos, señora, si os servis honrarme haciéndolo. En cuanto á mí, me pongo á vuestras órdenes.

Sentóse Blanca y el doncel continuó en contemplarla más complacido que confuso ni admirado.

—¿Sabeis quién soy? le preguntó la jóven ricahembra de Castro tomando la iniciativa.

—No se puede dudar viendo vuestra sin par hermosura. Sois la señora de Ruitelan.

—Vos el doncel Fernando de...

—Bobadilla, dijo este haciendo un ademan afirmativo con indecible soltura.

Despues de su mútuo reconocimiento ambos quedaron callados: Blanca afectada y trémula, Fernando atento y en expectativa.

—Yo he venido hasta aquí, dijo Blanca venciendo la repugnancia y embara-

zo que sentia para explicarse, buscando auxilio, socorro, quien me salve del atropellamiento y la violencia que me amenaza; por lo que prescindiendo de toda consideracion me dirijo á vos en la esperanza de que lo podais conseguir. ¿Os sentis dispuesto á favorecerme...?

—Dispuesto me hallo para todo cuanto querais y me mandeis, respondió pronta y resueltamente el doncel encantado con la aventura. Contad pues con mi brazo y mi espada consagrada desde este instante á vuestro servicio. Con esta seguridad decidme lo que os apena, ó más bien cuál es la empresa que deseais acometa en vuestro pro.

—Hay ocasiones en la vida, repuso Blanca, que en su innata delicadeza era reservada, en que se sale de aquella situacion en que la suerte nos ha colocado, y en esas ocasiones seres tan débiles como una mujer necesitan un apoyo que las sostenga, un brazo que las defienda, si no quieren sucumbir.

Atentísimamente la escuchaba Fernando, compartiendo su admiracion entre el eco dulcísimo y vibrante de su voz y su rostro de tan singular hermosura.

—Esa fuerza, prosiguió diciendo Blanca que se habia detenido, porque sus fauces con sus violentas emociones estaban secas; esa fuerza que nos empuja, que nos arrastra en momentos supremos, me impele en este y me hace obrar. Cerca veo uno de esos acontecimientos que no se preven, pero que se desploman sobre nosotros cual las piedras de una bóveda que fuertes arcos nos sustentan, y ante él retrocedo como ante un abismo se retrocede. En tal extremo he resuelto huir abandonando este palacio, donde ya no hay para mí sino riesgos y peligros; mas ha de ser tan pronto como esta noche, y tan sigilosamente que solo Dios lo sepa, porque á trascenderse, sobre perderme, no puedo medir cuáles serian sus consecuencias, funestas de seguro para quien no quiero perjudicar.

Dentro de Roa no tengo en mi afan á quién volver los ojos, porque soy huérfana, seor doncel, no tengo padre que haga respetar mi debilidad con su valor; soy menor, y á mi lado no hay uno solo de los servidores de Castro, quien para defender á la hija de sus señores harian frente á los hombres y á la muerte... No tengo á nadie, ¡á nadie! ni aun para pedir consejo, porque á quien pudiera... inútilmente lo haria.

Cándida y leal como soy, he creido que me dejarian obrar dentro de mis derechos; mas no ha sido así, y cuando he ido al aposento del enviado de don Enrique resuelta á ponerme bajo su amparo, prevenidos por mí misma de mi intento, me han negado la entrada... Y ¡ha caido muerta mi esperanza!

¡Ah! pero aun estaba palpitando desolada, cuando he oido pronunciar vuestro nombre, y entónces cediendo á una inspiracion de mi buen ángel sin duda, me he vuelto á vos y ha renacido mi esperanza. ¿Será vana? ¿me faltaréis tambien? ¡Decid!

—¡Oh, no! Puédaos favorecer y estad segura que lo haré... cumplidamente, dijo el doncel reflexivo y grave cual requería el asunto que le ocupaba y la da-

ma que le oia. Os daré amparo defendiéndoos esforzadamente de quien ose violentaros ú ofenderos; os sacaré de Roa si tan en peligro estais; mas esto que prometo solemnemente quede un tanto condicional, en razon á que no sé si podré cumplirlo, pues por lo que he visto se ha hecho esta noche en el palacio con el noble enviado de don Enrique, colijo que nos tienen presos en su recinto para hacernos rehenes tal vez.

—¿Es decir? preguntó Blanca flotando penosamente en la region de lo incierto.

—Que si Dios hace que no lo esté, y eso lo sabré muy pronto, os sacaré de la villa.

—¿Esta noche misma?

—¿No es esta noche la que habeis designado en vuestro proyecto de fuga?

—Sí, porque pesa sobre mí llenándome de terrores, como debe pesar la muerte cuando se espere.

—Pues esta noche será... si estoy libre, repuso Fernando con la confianza del hombre que tiene fe en sí mismo contando con los recursos de una fértil imaginacion y con los prodigios que obra la serenidad y el valor.

—¡Dios mio! ¡por tu gloria, que lo esté! exclamó Blanca cruzando las manos y levantando los ojos al cielo con suplicante expresion.

—Pedido así, es imposible que no lo conceda, dijo el doncel que en su naturaleza de hombre miraba como irresistible á la bella y conmovida rogadora. Entre tanto sería muy oportuno que conviniésemos en el modo de ponernos de acuerdo para obrar con acierto y seguridad. ¿Dónde ó cómo os volveré á ver para participaros lo que descubra y prepare?

—En verdad que no lo sé, respondió Blanca poniéndose pensativa; porque ya me estará esperando la princesa doña Juana, y hasta que se acueste y se retire á su aposento mi tutora, no quedaré en libertad.

—Y ¿eso sucede muy tarde?

—¡Oh! á veces cerca de la media noche.

El doncel hizo un gesto.

—¿Es un contratiempo? le preguntó Blanca cuidadosa.

—¡Pse! no. De cualquier modo todo se reduce á que vuestra incertidumbre se prolongue ó que ignoréis el cómo si es realizable la empresa. Vuestro aposento ¿en dónde está?

—No léjos de este por cierto. Mirad, saliendo de ese salon que hace frente, se entra en la galería á cuyo extremo hay una pequeña antecámara con dos puertas: la de la izquierda es la mia.

—¡Bravo! estamos en el mismo ángulo; eso es ya una ventaja. Pues bien, oid. En las horas que faltan para llegar á esa media noche en que quedais en libertad, intentaré cuanto me sugiera la imaginacion para conseguir lo que deseais. Si mis esfuerzos son infructuosos os avisaré del mismo modo que si es

realizable la empresa, con anticipacion y de una manera indirecta, pero sobre cuyo significado no os equivoqueis, esperándome en el segundo caso dispuesta para dejar el palacio.

—¿De qué medio os valdréis para anunciármelo?

—¡Oh! de uno muy sencillo. Si es posible arrojaré mi guante dentro de vuestro aposento; si no lo es, mi puñal.

—Y yo si recojo el guante, aguardaré con luz y la puerta entornada.

—Dicho está: si sucede lo primero, esperad tranquila, y si lo segundo...

—Aceptaré mi destino, dijo Blanca levantándose; pero de un modo ó de otro espero que guardéis como un secreto de honra lo que acaba de pasar entre los dos. ¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo por mi honor.

—Así si me salvais el éxito lo explicará todo, si no... ahorraré ese goce de orgullo al vencedor. A Dios ó hasta luego, señor doncel.

Y dirigiéndose á la puerta desapareció por ella á la mirada de Fernando que sin cesar de admirarla la siguió.

XL.

El rostro franco y risueño de Fernando, rostro que conservaba mucho del paje burlon y travieso de la sobrina del arzobispo de Santiago, estaba serio é impresionado cuando se presentó en el aposento donde se alojaba el alcaide en el que no tuvo ninguna dificultad para penetrar.

Tampoco la marcada y abierta fisonomía de Alfonso Alvarez de Toledo indicaba tranquilidad ni contento, ni el continuo golpear en el pavimento con el talon haciendo oír el metálico sonido de su espuela prometia mucha quietud en el ánimo de quien tan poca tenia en sus miembros.

Sin levantarse ni variar de postura dejó acercarse á su doncel predilecto, y cuando le tuvo delante, alzando los ojos y observando la nube que oscurecia su alegre y gracioso semblante, le dijo:

—Se os conoce que pensais como yo pienso ¡ira de Dios! en que hemos caido en una trampa traidora.

—No pienso tal, señor alcaide, respondió Fernando sobreponiéndose á la impresion que su aventura le habia dejado. Lo que imagino es que valemos mucho y á vos os tienen en tanto que os guardan como un preciado tesoro.

—En cuanto á tenerme, es preso, doncel, en la misma morada de esa mal aconsejada señora, á quien don Enrique hará muy bien de mandar á Navarra con los que han venido por ella.

—Tal digo en cuanto á lo segundo, pero por lo que hace á lo primero, aun no se sabe si esa guardia es para reteneros en prision ó para honraros con ella.

—¡Por los clavos de Cristo! que no seré yo quien lo indague. Desde que me la pusieron he desdeñado salir.

—Y ¿por qué, señor alcaide?

—Porque no quiero saberlo.

—Singular es vuestra idea.

—No tanto como pensais; pues de cerciorarme sufro un agravio cuya satisfaccion será terrible y una mortificacion superior á mi paciencia.

—Entónces ¿qué disponeis?

—Que esteis lo primero sobre aviso.

—¡Oh! lo estoy algo más de lo que os figurais.

—Mañana pediré una audiencia á doña Leonor y le hablaré tan claro que me persuado comprenda lo que le diga; y si por su mal ó por el nuestro no sucede, entónces reclamaré enérgicamente nuestra garantía de enviados, y si atentan á ella, protestarémos.

—Y ¿de qué servirá la protesta? le preguntó tranquilamente Fernando.

—¡Par diez! de recargar su responsabilidad.

—Lo cual es algo, pero no lo suficiente á impedir que si se les pone en mientes nos trasladen á la fortaleza.

—Claro está ¡voto á todos los traidores! que la fuerza no se resiste con fórmulas ni palabras; pero no creo que haya otra cosa que oponer en la situacion en que estamos.

—Pues yo pensaba en la astucia.

—Y ¿qué pretendéis alcanzar con ella?

—Burlar su traicion.

—No os entiendo, Fernando. ¿De quién os habeis de burlar?

—¡De quién quereis que nos burlemos, sino de quien presume aprisionarnos!

—Pero ¿cómo?

—Eso es lo que voy á decir.

Y el doncel inclinó un tanto medita-bunda aquella frente juvenil sin arrugas y sin sombras, miéntras mordía su rubio bigote pensando en Blanca y su promesa.

—¡Por Santiago, Fernando! dijo el alcaide notándolo. ¿Qué meditais que así os absorbe?

—¡Mi plan! contestó el doncel recobrando su confianza un poco osada y su jovialidad un tanto resuelta.

—Veámosle por último.

—Convinimos ántes en que os guardan...

—¡Ya lo veis!

—Y ¿que pueden si se les antoja enviaros á la fortaleza...?

—¡Bah! como que no somos mas que seis en todos, y la resistencia no les ha de descalabrar su ejército.

—¿Pero que vos no estais resignado á podriros en una prision?

—¡Oh! ¡Pero veis lo que son faldas...! atrevidas. ¡Cómo con ellas no se ha de tratar á mandobles...!

—Eso es segun, señor alcaide. Aun las hemos de ver retar si se las deja seguir por el camino que llevan.

—Enredan al mundo entero. ¡Oh! cuánto me pesa haber venido á Roa.

—¡Pues á encontrar la salida! Marchémonos, y esta noche si os parece, dijo Fernando abordando la cuestion.

—Pero ¿y lo que ántes convinimos?

—¡Poco dá! Si nos cierran la puerta salimos por la ventana, replicó el doncel tan resuelto como sereno.

—Esa salida no conviene á mi carácter.

—¿Por qué, señor alcaide?

—Porque soy enviado del rey don Enrique, y un enviado regio se deja prender, se deja ahorcar de una almena como un cuervo de una encina, pero no huye furtivamente porque tiene miedo de que suceda.

Y esto fue dicho con tal firmeza como decision.

—Otra cosa, dijo Fernando pensativo.

—Decidla.

—En Valladolid se os espera para obrar.

—Así es.

—¿Quereis que yo le lleve al rey noticias de lo que os detiene aquí?

—¡Pse! no sería malo; pero me parece paso prematuro.

En aquel momento se oyeron los fuertes y acompasados del archero que venía á relevar el centinela.

—Este, por lo ménos, dijo el doncel extendiendo el brazo y señalando el sitio donde resonaban, es por lo atrevido y significativo digno de tenerse en cuenta.

—¡Oh! exclamó con un arranque de ira Alfonso Alvarez de Toledo. ¡No hay que dudarle, estoy preso!

—Y ¡á su vista! añadió Fernando atizando calculadamente su cólera.

—Pero ¿sabeis lo que habeis hecho, mala huésped de Castilla, enemiga desleal...? exclamó alzando el puño.

—Ella sabe todo lo que cumple á su provecho, así es que se proporciona con vos un rehen de gran valor é importancia, obliga á Castilla á permanecer en la inaccion, y aprovecha un tiempo precioso para ponerse de acuerdo y caer como una bandada de buitres sobre la presa mal guardada.

—Escuchad, dijo el alcaide á quien habia hecho honda impresion las palabras de su doncel. ¿Os alcanza á vos mi cautiverio?

—No lo sé, porque tampoco he salido de este recinto.

—Pues ¿con qué contáis para realizar vuestro plan?

—Con vuestro nombre, con la suerte y con mi resolución.

—Exponedlo, doncel.

—Vedlo aquí, dijo Fernando hablando como discurría su fecunda imaginación. Ante todo reconocer la situación de Roa, buscar su flanco más débil, su parte más mal guardada. Salir de ella aunque sea arrojándose por una tronera: proporcionarme en el primer pueblo ó aldea un caballo con el oro de mi escarcela, y llevar la noticia al rey de la negativa del duque y la prisión de su enviado por la reina de Navarra. Hecho esto, volver con la misma diligencia y entrar como me sea dable, pero entrar á todo trance á participar vuestro destino y daros cuenta de las órdenes ó instrucciones que me den en Valladolid.

—No es mal plan, doncel. Pero ¿y si mañana nos enviara doña Leonor á Valladolid con la respuesta pedida?

—A eso os diré que no obra de modo que lo deje esperar; pero en todo caso yo os habré precedido algunas horas, y eso poco tiene de trascendental ni notable.

El alcaide quedó pensativo. Fernando estaba sobre áscuas y ambos en silencio.

—¿Dijisteis, doncel, que esta noche hariais esa tentativa?

—Si me lo permitierais, ¡sí!

—Pues bien, intentadla, pero no os expongais ligeramente á ser descubierto, porque entónces... lo mejor que dirian es que les temo y pido auxilio.

—¡Oh! en cuanto á eso perded cuidado, respondió el doncel ocultando su alegría con una sonrisa de jactanciosa expresión; mas estad seguro que si no puedo hacerlo, no lo haré, desistiendo sin que nadie lo perciba. Vuestro amor propio no ha de ser mortificado por el mal éxito de la empresa, ¡os lo fio!

—Pues si así es, obrar y obrar pronto.

—Voy á hacerlo.

—Bien está; idos pues, y no olvideis la prudencia.

—Tal no la olvido, que ella me obliga á preveniros una cosa ¡dos!

—Y ¿son?

—Que desde este instante en que me retiro hasta el en que yo me presente, ni me llameis ni preguntéis por mí.

—¡Oh! lo demás sería descubriros sandiamente. Y ¿la otra?

—Que me deis alguna comision que desempeñar en la villa.

—¿Comision? le preguntó con extrañeza el alcaide.

—Sí.

—¿Para qué, doncel?

—Para salir del palacio, que por lo pronto es cuanto necesito.

—Y ¿de cuál os podré encargar?

—De cualquiera, la más trivial.

—Comision... comision... ¡Si no se me ocurre ninguna!

—¿Me dais facultad para que yo me la tome?

—Sí, doncel, dijo el alcaide mirándole con benévola expresión. Teneis una imaginacion más expeditiva que la mia, y ademas uno de esos caracteres que no abusan de la confianza que en ellos se deposita.

Una sombra de pesar empañó la radiante fisonomía de Fernando, pesar que nacía de la reserva guardada con el alcaide de la especie de doblez que con él usaba; pero resuelto á ejecutar punto por punto cuanto le habia ofrecido, recordando su serenidad, le dijo halagado y satisfecho:

—Gracias, señor alcaide, por la que os merezco, y en cuanto á lo primero pretendo probároslo si me concedéis con un favor la ocasion.

—Concedido, respondió el alcaide mirándole con complacencia; y tal cual á vos os agradan, sin condiciones.

—Así le añadís nuevos y muchos quilates al que tan sólo se reduce á permanecer junto á la puerta hasta que yo me aleje de ella.

—Me admiráis con su insignificancia.

—¡Qué quereis, señor alcaide! las cosas tienen las más veces un interes relativo, y esta es una por mi fe.

—Me empeñáis más para que os siga.

Y levantándose siguió con efecto los pasos de Fernando que le precedía haciendo resonar los suyos con tan pesada igualdad, que de un hombre solo parecían.

Próximos ya á la puerta le hizo una cortes reverencia de despedida y señal para que se detuviese, correspondida la primera con afecto y la segunda con otra de comprension y asentimiento.

Salió el doncel y acercándose al archero, le dijo con su soltura habitual:

—¡Sus! escuchar.

El centinela se cuadró dispuesto á oírle.

—El hidalgo Hernando de Harillo vuestro alférez, ¿dónde está?

—Ahí cerca, en un aposento contiguo, á mano derecha saliendo.

—¿Estará ocupado acaso?

—No lo sé. Pero ¿se ofrece algo al señor alcaide?

—Nada que yo sepa; á mí es á quien se ofrecía pedirle un pequeño servicio, tal cual una noticia y un guia; pero me pasaré sin el segundo si vos me podeis dar la primera.

—Decid y veré.

—Se reduce á saber hácia donde cae un monasterio de benedictinos que se llama San Pedro del Muro, creo, y por dónde se vá á él.

—San Pedro del Muro se llama, seor doncel, y está junto á la puerta de Guzman, en el extremo opuesto del palacio; y en cuanto á ir, se va por todas partes.

—Lo creo, pero yo quisiera saber por cuál se llega más pronto.

—¡Oh! qué sé yo que os diga, pues por donde quiera que tomeis teneis mu-

cho camino que andar y muchas travesías que hacer. Necesitais guia si no que-
reis extraviaros en calles y callejuelas.

—Lo siento, porque más ganas tengo de dormir que de andar; pero necesito ir á visitar al abad y no puedo dilatarlo. Voy á buscar al alférez.

Y echó á andar, tomando con indecible resolucion el camino que conducia á la habitacion indicada, penetrando en ella sin vacilar.

Allí estaba el alférez de la reina entre un grupo de pajes y escuderos, entretenido en echar unos relucientes dados de marfil, á que era segun fama muy inclinado. Fernando se dirigió á él y le dijo:

—Buen Harillo, ¿me haréis el favor que uno de vuestros perillanes me acompañe á una diligencia que tengo encargo de evacuar?

—Elegid el que más os cuadre, seor Bobadilla, contestó cortesmente el hidalgo: los que aquí veis, y señaló los archeros de la guarda del alcaide diseminados á la inmediacion de la puerta, están á mis órdenes y yo para serviros á las vuestras.

—Gracias por tanto favor, señor alférez; y pues permitis que venga uno, acérquese el que quiera y sígame.

Diciendo esto Fernando miró como al acaso al que más cerca estaba, el cual creyéndose elegido se dispuso á acompañarle con gran satisfaccion de aquel, que sin mostrarla saludó al complaciente Harillo y se fué con su guia cortado en un todo á medida de su deseo.

Latiéndole el corazon bajó la escalera principal del palacio, cruzó su espacioso zaguan y se encontró en la calle.

Una vez en ella, dijo al archero que era tan corpulento como un roble, con una cabeza enorme y la mirada más estúpida que puede partir de los ojos de un mortal:

—Guiadme á San Pedro, pero hacedlo por el camino más derecho que co-
nozcais.

—Derecho no hay ninguno, respondió el archero satisfechísimo; en todos es menester torcer.

—¡Qué perla! murmuró el doncel siguiéndole por el que emprendió; ni pintado podía haber escogido mejor guia.

Y sin hacer más advertencia ni soliloquio continuó internándose en las calles de la villa, notando con sorpresa una soledad impropia de la hora.

—Desiertas están las calles de la villa. ¿Dónde se esconden sus moradores? preguntó.

—Sus moradores están afilando sus armas, respondió el archero con flemma.

—No es lo que yo me figuraba, se dijo á sí mismo Fernando, y dirigiéndose á su guia añadió: El que se prepara á la guerra, ronda y vigila, y por Santiago que ni un hombre de armas llevo visto.

—Oh! no hay necesidad de que se cansen en eso, replicó el archero que si

no entendia en achaque de caminos estaba impuesto en el de defensa de la villa. En la fortaleza hay un vigía avizorando el campo con una corneta en la mano, y á la más leve novedad que observe un toque de ella anunciará á Roa que tiene enemigos á la descubierta.

—Sí; pero el que está prevenido...

—Es que aquí todos lo están: mil combatientes tiene la villa.

—Y ¡qué son mil para los que traiga don Enrique! dijo Fernando que trataba de adquirir cuantas noticias pudiera.

—Ni diez mil toman eso, replicó el archero con ciega confianza señalando las fuertes almenas de la fortaleza que se recortaban en el azul firmamento. Aquí se está seguro, seor doncel: dos murallas y quien bizarramente las defiende.

—Hoy por hoy, y nada más, seguridad brinda; mas decidme: esa masa oscura que á nuestra derecha se alza, ¿es el monasterio adonde vamos?

—El mismo. ¿Distinguis esa puerta que hay bajo el arco? Pues es la de la portería; por ella entraremos si á él venis.

—A él vengo y no de priesa, respondió el doncel alarmado un tanto con el *entraremos* de su guia.

En esto llegaron al arco, y parándose delante de la puerta que era fortísima y estaba cerrada, tiró el archero de una cadena de hierro que junto á ella pendia; seguidamente se oyó el eco de una campana, y Fernando resuelto á deshacerse de su guia á todo trance, le dijo con ese tono que no admite réplica.

—Aquí empieza mi comision y termina la vuestra. Agradézcoos mucho vuestro servicio por el que quedo obligado. Id con Dios.

—Él quede en vuestra compañía, contestó el archero despues de un momento de irresolucion.

Pero vencida esta, giró sobre sus anchos talones y se fué por el mismo camino que habia traído.

—Vamos á ganar tiempo y á ver si el sesudo Sancho Perez del Padron recuerda á su antiguo conocido.

Y esto diciendo tiró Fernando nuevamente de la cadena.

XLI.

Por una parte resonaban las fuertes pisadas del archero alejándose acompasadamente, y de otra se percibieron unas suaves y medidas que lentamente se aproximaban.

Suspendiéronse estas en el punto que aquellas se perdian, extinguiéndose el rumor que formaban: abrióse un postiguillo en la pesada puerta de encina cla-

veteada de hierro y asomó por el enverjado una cara mística y compungida que debia pertenecer á un cuerpo diminuto y flaco, y despues de observar los ojos de aquella cara que el visitador era uno, dijo con voz atiplada y contrito acento:

—¡Alabado sea el santo nombre de Jesus!

—¡Por siempre sea bendito! respondió respetuosamente el doncel descubriendo su cabeza juvenil.

—¿Qué se os ofrece, hermano? preguntó el monje portero en el mismo tono.

—Hablar con el reverendo abad dos palabras de suma importancia para mí.

—Voy á anunciárselo si tal es vuestro deseo. ¿Quereis decirme vuestro nombre?

—No es necesario; basta con que le digais le quiere ver un antiguo conocido que lo es asimismo del reverendísimo arzobispo de Santiago.

Ante aquel nombre no hubo ninguna objecion que hacer: el monje se retiró más de priesa que habia venido: el abad, merced sin duda al mismo influjo que daba celeridad á las flacas piernas del portero, no opuso ningun reparo para recibir la visita que se presentaba á deshora, evocando el poder de un recuerdo y el prestigio que circundaba al ilustre prelado de Santiago.

La puerta se abrió, Fernando cruzó un claustro solitario, subió la ancha y descansada escalera, atravesó grandes piezas sin otro adorno que delicados relieves y esculpidos artesonados llenos de figuras simbólicas, y llegó á la celda abacial iluminada por una lámpara de hierro que derramaba sus débiles rayos sobre una tarima, un escabel y un crucifijo, que sobre un modesto altar y bajo un dosel que formaba una penumbra á su cabeza espirante y tristemente inclinada, constituia todo su adorno.

En el fondo de aquella celda desnuda y humilde estaba el abad inmóvil y con los brazos cruzados. Era de estatura elevada: la capucha daba sombra á su rostro y el hábito que dejaba ver sus piés desnudos le hacia aparecer en perfecta armonía con el sitio y la actitud en que se hallaba.

El doncel se detuvo un instante en la puerta, lo examinó todo con una rápida y segura mirada, y descubriendo su frente despejada entró con soltura diciendo:

—Salud, padre abad.

—Y ¡bendicion, hijo mio! respondió una voz entera y varonil fuertemente impregnada de esa uncion que el misticismo da y la hipocresía imita á la perfeccion.

Pero no bien hubo dado el doncel algunos pasos para acercarse al abad entrando en el radio de la luz, cuando este saliéndole al encuentro y tendiéndole ambas manos exclamó con alborozo:

—¿Sois Fernando de Bobadilla el paje de la sobrina de don García Manrique?

—El mismo soy, contestó aquel apretando las manos que se habia apresurado á tomar; el cual es hoy doncel de S. A. el rey don Enrique y viene á vues-

tra celda para admirar lo que hay de más grande en la tierra: el desprendimiento voluntario y la pobreza evangélica.

—Pues no merece admirarse un sacrificio que tiene un premio de infinito más valor, repuso el abad de San Pedro del Muro con profunda y melancólica expresión. En todo hay egoísmo, Fernando, hasta en esta austeridad, que si nos priva de los bienes temporales y sus efímeros placeres, es por la dulce esperanza de alcanzar otros inefables y eternos.

—¡Oh! permitid que siga admirando lo que yo no tengo fuerza para imitar, repuso el doncel con una franca sonrisa. Cierto es que en ello ganais el cielo, pero es por un camino tan áspero que se necesita mucha firmeza, mucha abnegación para seguirle.

—A lo cual no os veo dispuesto, añadió el abad con afectuoso acento.

—¡Qué quereis! replicó Fernando con despejo, ¡todo va en vocaciones!

—O en circunstancias, dijo el abad dando un paso hácia el escabel con el cual brindó á su jóven visitador.

—¡Tal vez! exclamó este sentándose al lado de su antiguo amigo, que se colocó en la misma punta recogiendo su hábito para dejarle ancho sitio; pero por favor, añadió mirándole, echad esa capucha algo atras para que yo reconozca esas facciones y vea.....

—¿Si son las de vuestro conocido Sancho Perez del Padron, paje del reverendísimo don Garcia Manrique, cuando vos lo erais de su sobrina doña Elvira?

—Os lo confieso, sí, eso deseo conocer.

—Pues mirad y convencéos de la identidad que existe entre el paje y el abad.

Y al decir esto echó la capucha sobre los hombros y dejó ver un rostro como de treinta años, prolongado, flaco y descolorido, cuya frente ancha, recortada por el cerquillo monacal, caracterizaba la inteligencia y la meditacion; cuyos ojos negros y penetrantes acentuaban fuertemente arqueadas y pobladas cejas; cuya barba puntiaguda y saliente indicaba la energía, y cuya demacracion y palidez revelaban la consagracion de un cuerpo humano á la penitencia y de un espíritu profundo al estudio.

Y sin embargo, en aquel semblante habia un no sé qué indefinible que lo hacia simpático y singularmente dotado de atraccion, inconcebible al notar la austera expresión de sus ojos, y explicable por medio de una semi sonrisa de indulgente y afectuosa dulzura que vagaba en sus labios delgados y descoloridos.

Fernando le miró mucho y largo tiempo, y por fin bajó los ojos y exhaló un suspiro.

Nada se escapaba á la penetracion del abad, ni lo que buscaban ávidamente las miradas del doncel, ni lo que pasaba en su mente. Sonrióse al oirle suspirar como hemos dicho que lo hacia, y le preguntó:

—¿De qué os quereis asegurar para hablarme, Fernando, y qué os parece que me falta para que lo hagais con franqueza?

El doncel hizo un movimiento involuntario como replegándose en sí mismo, y el abad continuó con inefable dulzura:

—¿Queriais ver si era vuestro amigo como cuando en la córte éramos pajes, vos travieso, alegre y burlon, de la dama de la reina Catalina, yo sesudo y estudioso del reverendísimo don Garcia? ¡Pues sí, lo soy, Fernando! siquiera en memoria de aquellos tiempos en que aun era dueño de mis afecciones de hombre.

El interrogado doncel clavó en el abad sus rasgados ojos con una atencion profunda, con un interes visible, con una intencion decidida y marcada de leer algo de aquel pensamiento que penetraba el suyo como la luz el cristal.

—¿Quereis saber tambien ántes de hablar si os sabré comprender...? ¡Fernando, sí haré! Ved, tengo un corazon formado como lo está el vuestro. Cuanto me digais lo siento ó soy capaz de sentirlo.

Y el convencimiento de su flaqueza se reveló en su frente con una expresion de humildad sublime.

—No es eso todo. ¿Quisierais saber hasta qué punto guardaré el secreto que de mí vais á fiar...? ¡Oh! á eso os responderé que hace cinco años que soy confesor.

—Nada tengo que deciros, porque habeis leido en mi pensamiento como en uno de esos libros que tantas veces he sorprendido en vuestras manos, le contestó el doncel infiltrándose su acento de gravedad ingénua y noble. Nada quiero ocultaros tampoco, y así os diré que cuando llamé á la puerta del monasterio, sólo pretendia sustraerme á una persona que me acompañaba, para lo cual formé el propósito de veros. Así que os ví, sentí vivos impulsos de confiarme á vos, y ahora que os habeis revelado tan lleno de prudencia, tan lleno de bondad, me resuelvo á pedirlos, no consejo, porque es tarde para tomarle, sino ayuda en una árdua empresa en que me he comprometido, y que para darla cima no cuento mas que con mi resolucion y mi voluntad de ejecutarla.

—Y ¿os puedo yo dar ayuda? ¿Cómo? ¡Explicáos! Y si el secreto de esa empresa os abruma, partidle conmigo; si no, guardadle en vuestro pecho, pero de un modo ó de otro decidme lo que esperais de mí.

—Guardo el móvil de esa empresa porque es un secreto jurado, y de consiguiente impartible y sagrado.

—Y que soy el primero en respetar; entendedlo y proseguid.

—Prosigo y añado que esta noche huyo de Roa... tal vez para volver mañana.

El doncel se detuvo un instante para observar el efecto que su confidencia habia producido; pero en el semblante del abad nada se notaba, absolutamente nada. Su voz fue la misma al decirle, viendo que no proseguia:

—Hablad lo que querais, lo que más os cumpla, porque yo ya no os pregunto.

—Yo he formado un plan, estoy cuasi seguro de su éxito; sólo me falta para llevarle á cabo el auxilio de Dios y...

—¿Qué? ¡Decid!

—Una cuerda, la que con mengua de mi ingenio sea dicho, no sé de dónde sacarla.

Mientras esto decia Fernando, el abad le miraba con ojo escrutador. Cuando acabó le dijo:

—No es necesario me digais que recurris á mí para que os la facilite, porque harto lo indican vuestros ojos. Pronto estoy á dárosla, sólo que ántes he menester que me respondais con franqueza á lo que os voy á preguntar.

—Os contestaré con verdad á lo que pueda, callaré á lo que no pueda, respondió Fernando impuesto un tanto con aquella penetracion, á la cual ni sabía ni quería resistir oponiendo disimulo ni falsedad.

—¿Perjudica á doña Leonor de Castilla esa empresa?

—No, que yo sepa.

—¿Huis temiendo algun funesto acontecimiento?

Vaciló un instante el doncel temeroso de aventurarse en una afirmacion ó en una negacion, y por último contestó:

—Lo presumo, pero no tengo seguridad.

—Y ¿ese acontecimiento debe influir sobre vos ó sobre otro?

—Yo soy enteramente extraño á los estragos que pueda causar.

—¿Luego por vos no temeis?

—¡Oh no! Por mí nada temo. Y ¡qué quereis que os diga! Tampoco huiria del peligro si supiera que existia.

—¿Repórtará de ello algun perjuicio para álguien?

—Lo ignoro; pero si fracasa mi plan y no se realiza mi empresa, estoy seguro de que habrá muchos y terribles.

—Delicada pregunta, Fernando, pero no puedo eximirme de hacérosla. Decidme: ¿obrais de acuerdo con vuestros deseos, en pro vuestro, ó acaso ajena y desinteresadamente?

—Os voy á contestar con el corazon: creedme pues lo que diga. Me aventuro en mi extraña empresa, cumpliendo severamente uno de los más imperiosos deberes de hombre y de caballero, cual es el de socorrer al débil: no creo conseguir mas recompensa que la de una interior satisfaccion por haber procedido hidalgamente cuando se ha presentado la ocasion, esto es, saliendo bien en mi empeño, que pudiera frustrarse por algun accidente de esos que no se alcanzan á prever.

—¿Dijisteis que tratais de volver?

—¡Oh sí! á reunirme con el alcaide, preso segun parece, en el palacio.

—¿Sabe don Alfonso que os vais?

—Sí.

—¿Sabe lo que vais á intentar?

—Sí.

Y Fernando se refirió á la fuga.

—Y ¿lo aprueba?

—Por lo ménos lo permite.

—Entónces, Fernando, nada opongo á vuestro designio. Daros he lo que pedis, y Dios asista vuestra obra si es digna y benefícosa como me habeis asegurado.

—Amen á esto, y gracias por lo otro, contestó Fernando con júbilo al ver el buen éxito de su impulso.

—Os veo alegre, dijo el abad fijando una mirada profunda pero benévola en el doncel, y mi corazón se dilata porque el vuestro goza cuando cumple un deber.

Ni una leve sombra oscureció la expresion de contento que iluminaba el gracioso rostro de Fernando, lo cual, observado por el abad, le confirmó en su formado concepto, y de consiguiente en su anunciado propósito.

—¡Cuerda, cuerda! repitió levantándose y dando algunos pasos por la celda. ¿Dónde la encontraré yo?

Y pensando dónde podria hallar una que sirviese para lo que la necesitaba su antiguo amigo, se fué despues de decirle que se esperase en tanto que iba á buscarla por todos los rincones del monasterio.

Pasó un buen rato ántes que volviera, pero por fin apareció trayendo un lio de una cuerda bastante gruesa y estirada, sobre la que echó el doncel una codiciosa mirada, exclamando alegremente:

—¡Buena, magnífica!

Y apoderándose de ella una vez ofrecida por el abad, la ocultó bajo su tabardo, colocándola de modo que no se notase cuando entrara en el palacio.

—¡Os vais, Fernando! le dijo el antiguo paje de don Garcia Manrique con dulce y grave expresion. Os vais lleno de esperanza á acometer una aventura, tal vez expuesta, pero creo que honrosa para vos. Ni os detengo ni quiero desanimaros con advertencias en que quizá vierais tristes presentimientos; sólo os diré, eso sí, que para emprenderla habeis necesitado á un amigo y le habeis hallado en Sancho Perez del Padron; pues bien, si al terminarla hais menester al abad del monasterio de San Pedro del Muro, venid á él; en esta celda encontraréis lo que hoy esquivais, consejo, y siempre paz, benevolencia y consuelo.

—No creo que la aventura que se me presenta altere mi tranquilidad ni comprometa en nada mi porvenir, respondió el doncel gravemente tambien; pero si sucede, si acaso de ella emanan otras que me sean funestas y no preveo, vendré á vos y depositaré en vuestro corazón los temores ó las amarguras que asalten el mio y le carcoman. Mas entre tanto, dejad que estreche la mano á mi amigo Sancho Perez del Padron, y que le demande su bendicion al santo abad, que brinda consuelos para el dia del sufrimiento.

En todo fue complacido Fernando, y separándose los dos antiguos pajes, dirigióse el del arzobispo de Santiago al coro á rezar maitines, ínterin el de la sin ventura Elvira Manrique, todo precaucion y astucia, reconocia el doble muro de la villa buscando el sitio que fuera más á propósito para escalarle, y la parte por que estaba ménos guardado.

Hechas sus observaciones tornó al palacio penetrando en él sin obstáculos, gracias al archero que le aguardaba y á Hernando de Harillo que cortesmente lo introdujo.

Un poco despues cruzaba la galeria de las damas, entró en la antecámara, reconoció si estaba sola, y como así fuese, llegó á la puerta de la izquierda, la empujó con suavidad y arrojó dentro el guante de su mano derecha. Volvió á cerrarla sin ruido, salió de la antecámara con precaucion, y se fué por la galería á su aposento á esperar la hora en que todo estuviese en reposo.

XLII.

Preocupada como quien acababa de tomar una resolucion tan extremada y trascendental, teniendo á Sancho Ramirez ante sus ojos cual un fantasma implacable y amenazador, dominada de un terror indefinible pero violento, la peregrina ricahembra de Castro estuvo con la linda Constanza de Andrade en la cámara de doña Juana hasta que la princesa se acostó para olvidar en el sueño sus tristezas y desengaños.

Las dos damas se retiraron, y Constanza á una indicacion de Blanca la fué acompañando hasta su aposento, porque á la jóven señora de Ruitelan le parecia que en pos suyo iba el mayordomo de la reina tan descompuesto y sombrío cual lo habia visto al separarse de su lado.

Así que su amiga la dejó, lo primero que intentó fue cerrar la puerta, pero en vano, porque el cerrojo hallaba un obstáculo que lo impedia. Sin parar mientes en ello desistió de su propósito contentándose con entornarla solamente, y tomando la luz se puso á buscar palpitando de ansiedad el guante ó el puñal del doncel.

Efecto de que arrojado con fuerza habia caido á bastante distancia y de su estado de aturdimiento, tardó en hallarle un corto espacio; pero una vez en su mano aquel aviso de pronta libertad, experimentó una sensacion tan fuerte que estuvo á punto de desvanecerla.

Su dueña, la altiseca Sancha, y una doncella jóven y ladina entraron á prestarle sus servicios; pero no los admitió pretextando tener que hablar con su

tutora, y despidiéndolas se fueron sin concebir la más ligera sospecha, gozosas además de poderse ir á reposar.

En cuanto á Blanca, así que definitivamente se quedó sola, se arrodilló en su reclinatorio y se puso fervorosamente á rezar para que Dios la asistiera y asistiera á su libertador.

Pronto en su ansiedad cesó de orár, principiando su angustiosa expectativa.

XLIII.

Ya estaba algo avanzada la noche cuando doña Brianda salía de la cámara de la reina de Navarra después de recibir algunas órdenes para el siguiente día, y cruzando salones y galerías llegó á su aposento, donde la esperaban dos espartadas doncellas para prestarle sus servicios, que empezaron á prodigarle sin que se dignara concederles el favor de una mirada.

La anciana dama estaba en un alto sitial, y próxima á ella, encima de una mesa, ardía una lámpara de mano. La noche era calorosa y las ventanas del aposento estaban abiertas, y mal cerradas las cortinas que las cubrían apenas dejaban paso á una ligera brisa que refrescaba el pesado ambiente sin que fuera bastante poderosa para hacer oscilar la luz.

A una seña de la severa y altiva dama habían comenzado las doncellas su obra de despojo por la cabeza quitándola la delicada toca que la cubría, apareciendo con toda su blancura la no escasa cabellera, haciendo resaltar la palidez de su frente y la dureza de su lineamento.

Luego desabrocharon el rico traje de seda recamado, y sacándosele con cuidado quedaron desnudos sus brazos albos y descarnados, y su garganta donde se marcaban sus músculos descubiertos y tirantes transparentándose por su rugosa y áspera tez.

En seguida se arrodillaron ambas; cada una cogió un pié y en el mismo punto de desatar los lazos de sus puntiagudos zapatos turbó el silencio un súbito y fuerte aleteo sobre sus cabezas, oscilando la luz de tal manera que en poco estuvo el no apagarse.

Alzaron todas tres la cabeza buscando con sus bien abiertos ojos lo que aquello pudiera ser, y quiso la suerte que fuera y viesen con no poco espanto una enorme y feísima lechuga cerniéndose torpemente sobre ellas, la cual, sin duda para restablecer el orden que interrumpía, se posó en el respaldo del sitial que ocupaba doña Brianda.

Dió la dama un agudo chillido, y levantándose precipitadamente huyó del

ave siniestra refugiándose en el más apartado rincón desde donde clamaba toda asustada:

—Echad ese pajarraco horrible, echarle pronto y cerrad las ventanas.

Las doncellas tomaron lo primero que hubieron, y no fue otra cosa sino el mismo traje de su señora, y diéronse á perseguirle sacudiéndole con furia en el aire, y el ave á revolotear con inciertos giros, y ellas á correr del mismo modo, trabándose la pelea con tan igual denuedo y tenacidad, que ninguna de las dos partes beligerantes conseguía quedarse dueña del campo.

Rendidas las doncellas hicieron alto un instante: cansada asimismo el ave nocturna trató de recobrase para entrar en la batalla con nuevos bríos, y terminando su pesado vuelo se lanzó entre las colgaduras del lecho colocándose sobre las talladas flores que remataban su altísima cabecera, es decir, tan próxima á doña Brianda cuanto le fue posible estar.

Un nuevo grito de la anciana dama que abandonaba precipitadamente sus trincheras fue causa de que tornase á encenderse la guerra con más encarnizamiento que ántes, pero preciso es confesar, en honor de la imparcialidad, que en tan reñida lid el habitante del aire llevaba mejor parte que las que lo eran de la tierra.

Tornaron las doncellas á suspender las hostilidades cesando el zangoloteo y sacudidas, y tornó la lechuza á refugiarse en lo más elevado que halló, y quiso la mala estrella de doña Brianda que por tercera vez fuera tan inmediata á ella que percibió el aire que agitó con sus alas rozar su frente cubierta de sudor, con lo cual creció de punto su terror; y no fiando en la destreza de su ejército de operaciones, y sin esperar á que terminara la acción que empeñada tenían, ni á que le pusieran las ropas de que ya estaba despojada, destocada y en saya se pronunció en retirada abandonando su aposento y encaminándose al de su sobrina, por cuya puerta entornada se escapaba un estrechísimo rayo de luz.

Tanto gozo experimentó doña Brianda al penetrar en la estancia de Blanca como el náufrago al pisar la tierra de salvación; y el mismo susto recibió Blanca viéndola entrar que aquel viajero que al llegar á la cumbre de áspera y altísima montaña siente que sus piés resbalan y violentamente se despeña.

Tras la descompuesta y azorada dama venían sus dos campeones trayendo traje y tocado, pero tan palpitantes y sofocadas como si vinieran de sostener una horrible lucha con endriagos y jayanes.

Dejóse caer en el primer asiento que halló doña Brianda, acercóse trémula pero solícita su sobrina, cercáronlas las doncellas, y todas cuatro se pusieron á hablar sin que mutuamente se entendieran y sin que por aquella vez, acaso la única de su vida, el orgullo de la anciana impusiera silencio á sus criadas.

Después de hablar como decimos todas á un tiempo, y de repetir á trio una misma cosa la señora y sus doncellas, supo Blanca la medrosa aventura con gran copia de detalles, y supo asimismo también una resolución que destruía la suya,

y que una vez tomada por su tutora no podía sustraerse á sus consecuencias.

Doña Brianda venía á pasar la noche con ella.

El edificio de su esperanza tan penosamente construido caia desplomado por sola la aparicion de un ave y el superticioso terror de su tutora.

Consternada Blanca con aquel imprevisto obstáculo que no era posible superar, y temerosa de que pasada la primera impresion de su tía la pidiese cuenta del motivo que la tenia levantada cuando debia dormir, y abierta la puerta que debia estar cerrada, no osó replicar, sino que aparentando complacencia, le dijo con la posible soltura:

—Habeis dispuesto bien: acostáos en mi lecho; yo os velaré y se hará de modo que mañana se cojan cuantas aves de esas haya en Roa y sus alrededores.

Egoísta doña Brianda y profundamente impresionada con su aventura, aceptó la oferta de su sobrina, y acabando de desnudarla sus doncellas se acostó. Blanca le arregló las almohadas, la cubrió cuidadosamente y se sentó á su lado luego que las doncellas se fuéron y que hizo como si cerrara la puerta.

Doña Brianda se volvió para verla, sacó un brazo, la cogió una mano, y reteniéndola en la suya le dijo con una preocupacion extremada:

—Sabeis, Blanca, que no puedo olvidar esa espantosa aparicion? ¿Qué vendrá á presagiar?

—¿Qué quereis que presagie? ¡Nada! respondió Blanca procurando tranquilizar á su tutora. Al fin no es más que un ave.

—Sí, hija mia, pero ave es tambien el cuervo y sólo olfatea carne y sangre.

—¡Por Dios, por Dios! exclamó Blanca harto recargada de terrores para poder sufrir un aumento. Desechad esas ideas tan lúgubres é importunas. Esa lechuza habrá venido buscando aceite, al cual es muy aficionada, y la luz la ha atraído.

—Puede que sea eso, pero su aparicion es un augurio tan funesto...

—Reíos de él, dijo la señora de Ruitelan que, supersticiosa como una montañesa, daba crédito cumplido á las aserciones de su tutora.

—No me rio, Blanca, porque de seguro alguno de nosotros va á morir.

Blanca sintió un calofrio precedido de un brusco estremecimiento, pero contestó dominándose:

—La muerte se anuncia, señora, de otro modo; no penseis en eso: tranquilizáos y dormid.

—Para convenceros os voy á contar una historia harto cierta por desgracia, dijo doña Brianda sin soltar la mano de su sobrina. ¡Veréis cómo los presagios se cumplen y se cumplen en un breve plazo!

Palpitante y en congojosa ansiedad, léjos de prestar atencion á la historia que doña Brianda anunciaba, Blanca tenia fija la suya en los ruidos exteriores que débiles y lejanos de tiempo en tiempo se percibian.

—Siendo muy jóvenes vuestra abuela Leonor y yo vivíamos en nuestro solar de Leon, castillo fortísimo en tierra de Campos y el único acaso que en diez

leguas en contorno pudiera sostener un cerco sin estar guarnecido por más gente de armas que la necesaria para defender las dos torres que flanqueaban la entrada. En la roca que lo sustentaba anidaban las águilas, y en la aldea, que por el llano se extendía, los buhos y lechuzas que gritaban de noche desde lo más alto del campanario de la iglesia y en la cerca de piedra del cementerio donde los aldeanos se enterraban dando tristeza y pavor.

Habia muerto el rey don Alfonso y habian muerto á doña Leonor; mandábalo todo la reina viuda y privaba el de Alburquerque: mi padre se habia salido disgustado de la corte, y habitábamos en Arlancilla, esperando mejores tiempos. Era esto por el verano.

Una noche estábamos sentados en la sala de armas, cabe una de las ventanas del Sur, desde las que se dominaba la aldea, mi padre, el capellan del castillo, Leonor y yo. Me acuerdo que lamentaba mi padre la muerte de Garcilaso y maldecía la crueldad del rey don Pedro, citándole para que diera cuenta de ella ante el tribunal de Dios, cuando de pronto una lechuza, tan grande y tan horrible como la de esta noche, tomando vuelo sin duda desde el campanario inmediato, se lanzó á la ventana, plantándose en medio de ella cual si fuese la rota hendidura de una almena ó la seca rama de un árbol.

Leonor y yo dimos un grito al verla y nos levantamos asustadas; mi padre volvió los ojos para ver lo que era, y viéndola casi junto á sí, alargó el brazo y la espantó; pero ella, léjos de huir, desplegó sus alas, tomó vuelo y se entró en la sala, por la que dió algunos giros, hasta que derecha como una saeta se lanzó sobre un trofeo de los muchos que adornaban el recinto, y queriendo posarse sobre él, le derribó causando un fuerte estrépito.

Mirámos cuando nos pasó el miedo Leonor y yo, y vímos que yacia por tierra la armadura de mi padre; lo dijimos, y el capellan, que era un setuagenario que habia nacido, vivido y envejecido entre los Arias, exclamó poniéndose pálido: ¡Mal presagio! Para vos que le temeis, padre Alvaro, contestó mi padre burlándose. O para vos que no quereis comprender el aviso, replicó el capellan retirándose.

Nunca, nunca olvidaré aquella noche: en toda ella cesó de gritar aquel funesto pájaro, pero tan lúgubrememente, que aterraba. Durante otras tres se oyeron sus siniestros gritos, ya en la sala de armas, ya en la galería del Sur; los últimos los dió en las ventanas del aposento de mi padre. Pues bien, Blanca, horas despues estaba delante de Dios: Leonor y yo llorábamos á su lado, y el padre Alvaro rezaba las preeas de difuntos. El presagio se habia cumplido.

Diez años despues apareció otra; mi hermana Leonor murió. Ya veis que esas aves son para los Arias de funesto augurio y que su presencia es de temer.

—No lo niego, dijo Blanca cuando su tutora terminó el relato; pero ellas no traen la muerte, no, no.

—No la traen, pero la anuncian.

—¡Acaso no!

—No dudeis, hija mia; esa ave es á los Arias lo que el roble para los Castros de Ruitelan. Mas ya siento la necesidad de reposar. Apagad la luz... porque temo no la atraiga. Sí, sí, apagadla; es lo mejor.

Para que no la quedase ninguna contrariedad que sufrir, le ocurrió aquel deseo á doña Brianda. La luz era su seña con el doncel; no obstante, la dió un soplo y tornó á su puesto junto al lecho. Su tutora le cogió nuevamente la mano, y con ella asida se fué adormeciendo, cayendo por gradaciones en un sueño de pesadez cuasi letárgica.

Por corto espacio se mantuvo Blanca recostada sobre el borde del lecho. Cuando se cercioró de que su tutora dormía, desprendió con mucho cuidado su mano, y se preparó para lo que pudiera acontecer.

—Dicho se está que las tinieblas llenaban el aposento: en la pequeña antecámara, de que hemos hecho mención, y en la galería ardian algunas lámparas que empezaban á languidecer; el silencio era absoluto, y al fin la villa y el palacio dormían profundamente.

En su expectativa Blanca rezaba con el pensamiento y escuchaba con el corazón, oyendo por último, y cuando empezaba á desesperar, pasos ligeros y recatados aproximarse, alejarse y tornar ante su puerta.

El instante de la crisis había llegado: Blanca no vaciló. Inclinándose sobre el lecho rozó con sus labios la frente de su dormida tutora con un sentimiento filial, luego tomó un manto dispuesto y á la mano en un sillón junto á la puerta, y abriendo esta con gran cuidado se encontró cara á cara con el doncel.

Pero este, sin cambiar con ella una sola palabra, la empujó suavemente, entrándola en su aposento, y cuando ambos se hallaron en él, la dijo muy quedo, pero con su habitual serenidad:

—Perdonad que os detenga, mas ó mi oído me engaña mucho y no lo creo, ó un hombre se acerca por la parte misma á donde nos dirigimos para salir.

—Y ¿qué hacemos? le preguntó Blanca con vivísimo sobresalto.

—Esperad á que pase, y sobre todo cerrad la puerta ántes que llegue.

—Es imposible, no sé qué estorbo hay que no se pueda conseguir; y además con intentarlo pudiera mi tutora despertarse, y entónces ambos nos perdíamos sin remedio.

—Ignoraba ese otro peligro, murmuró Fernando acercando su boca al oído de Blanca; porque la sutileza del suyo ya estaba claramente demostrada, pues se percibían los pasos de un hombre en la antecámara, á pesar de ser lentos y contenidos.

Aquellos pasos se acercaron, detuviéronse á la puerta, recibió esta un cauto empuje, abrióse y penetró por ella un hombre, que se detuvo un instante ántes de internarse en la oscura y silenciosa estancia.

Con una presencia de espíritu asombrosa y una delicadeza de movimientos

admirable, el antiguo paje de Elvira hizo retroceder á Blanca hasta la pared, la medio envolvió con la cortina, y quedóse él inmóvil y observando, entre la dama que sostenia con una mano y la puerta que al abrirse proyectaba sobre él una sombra densa y protectora.

Mientras el que acababa de entrar estuvo parado, sólo se percibió la pausada respiracion de la dormida doña Brianda; Fernando contenia la suya, y sin olvidar á Blanca á quien sofocaba la cortina, esperaba muy sobre sí, pero con la diestra en la empuñadura de su daga de Toledo y la sangre en las mejillas, el fin de aquella escena tenebrosa.

Debilísimo el rayo de luz que entraba por la puerta casi abierta, se perdia entre los pliegues de la descompuesta colgadura del lecho, que en el fondo como entre un lánguido crepúsculo se distinguia, y al cual se encaminaba lentamente la figura negra y colosal del recién entrado con las dos manos extendidas hácia adelante.

Por lo demas, no se oia ni aun sus pisadas que ahogaba la alfombra.

Aquel silencio imponente y pesado se prolongó hasta que llegó al lecho. Entónces fue interrumpido por un crujido sordo que dió aquel como si lo estremecieran, por un quejido ahogado y lúgubre, por el pequeño estallido de un beso seguido de un sollozo triste y prolongado como el primer rugido del huracan.

Inmóvil Fernando, sentia el sudor inundando su frente ancha y leal, erizarse su rubio bigote y latir su corazon con una violencia atroz.

Felizmente en la vida humana las situaciones violentas son breves. Aquella aparicion siniestra se desprendió del lecho, y á pasos precipitados se lanzó á la puerta, que dejó sin entornar.

En cuanto la traspuso, el doncel sacó osadamente la cabeza y lo reconoció á la luz de la antecámara.

Entrándola así que se aseguró de lo que queria, descubrió á Blanca que se hallaba próxima á sucumbir, y conduciéndola á un asiento donde se dejó caer casi sin fuerza, la preguntó:

—¿Sabiais que ese hombre habia de violar con su presencia esta noche nuestro aposento?

Blanca se ruborizó vivamente y contestó:

—¡Oh, no!

—¿Le habeis conocido?

—No le he visto, pero adivino en su atrevimiento quien sea.

—¿Es de él de quien huis?

—¡Ah, sí!

—¡Oh! bien haceis, porque de todo es capaz.

Y el doncel alisó su descompuesto bigote.

—Sólo el haber visto caer sobre mí su amenazadora mirada me llevó á pe-

diros el auxilio que el alcaide no podía darme. Ahora ¿decidme si me salvaréis sacándome de Roa, donde su poder domina sobre el poder de la reina?

—Dios nos ayude y pronto lo habré conseguido. Entre tanto que se aleja haced por tranquilizaros.

Pasados algunos instantes, Blanca, que envuelta en la ancha cortina nada había visto ni oído, le preguntó:

—Y ¿á qué ha venido? ¿qué ha hecho?

Cualquiera que fuesen las sospechas de Fernando ó sus descubrimientos, no los aventuró en aquel momento, temiendo sin duda la impresion que pudiera causar en quien tan sobrecogida estaba. Lo que hizo fue darle la mano para levantarse, y cuando lo hubo hecho, conduciéndola á la puerta, le contestó:

—Tiempo sobrará para que lo sepais. ¡Ojalá yo pudiera eximiros de ello!

Soltó Blanca su mano, retrocedió algunos pasos, y parándose á escuchar, exclamó despavorida:

—¡Mi tutora no duerme... y yo no la oigo!

—Ni la oiréis... ¡Vámonos...!

—¿Por qué...? ¿en dónde está...?

—Está separada de nosotros por espacios inconmensurables, dijo el doncel profundamente afectado, y su voz no se alzará más en este mundo de crímenes y borrascas.

—¡Horror! murmuró Blanca torciéndose las manos con desesperacion. ¡Por matarme la ha muerto!

Dió Fernando un hondo suspiro, y contestó con acento solemne:

—¡La voluntad de Dios se ha cumplido! ¡Vámonos!

Y pasando su brazo nervioso y duro por el endeble talle de Blanca, la condujo cuasi suspendida hasta su aposento, en el que se detuvieron el tiempo preciso de cubrirse Fernando su cabeza y tomar la cuerda recibida por el abad.

Así que lo hubo hecho, se acercó á la jóven señora de Ruitelan, y le dijo con su tono cortes que habia recobrado con su serenidad y resolucion:

—Os ofrecí sacaros de Roa: voy á cumplir mi promesa arriesgando, no mi vida, sino altas consideraciones. Por vuestra parte disimulad el modo y prestáos amablemente á lo que os diga; porque como os haréis cargo, ni las puertas del palacio, ni las de la villa han de abrirse con sola mi voluntad.

—¡Obrad como juzgueis conveniente, respondió Blanca tan aturdida como afectada. Yo me pongo bajo vuestra proteccion, con la confianza de que será nolemente concedida. Fio en vuestro honor, y os sigo.

—Venid sin temor, porque con ella os consagro cuidados desinteresados y circunspectos, y mi voluntad firme y respetuosa. Pero no perdamos el tiempo: á huir. Y el doncel la condujo á la ventana que abrió.

—Por aquí vamos á salir, añadió con ese acento que tranquiliza por su seguridad. Vos primero, y nos serviremos para ello de esta cuerda.

Miéntas hablaba Fernando, formaba con la del abad una especie de lazo, en cuyo centro hizo colocarse á Blanca, la cual dócilmente siguió sus indicaciones, y asiéndose á ella se dejó deslizar sin mostrar temor ni repugnancia, hasta que sus piés descansaron en el suelo: así que esto sucedió echó el cabo el doncel, empezando su descenso con sin igual agilidad, aprovechando repisas y resaltos, gateando y escurriéndose, logrando llegar felizmente al lado de la fugitiva, que dió mil gracias á Dios.

Recogió lo primero la cuerda, y dándola en seguida el brazo, se alejaron rápidamente del palacio, encaminándose al muro que escalaron con igual éxito, gracias al previsor reconocimiento del doncel y al inapreciable don del abad.

Cuando Blanca se vió en campo abierto le pareció que se habia salvado, y en la explosion de sus violentas sensaciones dió gracias al Omnipotente y á su intrépido libertador.

Quedó la famosa cuerda pendiente del muro, y Fernando mirándola por última vez, dijo á la peregrina fugitiva algo filosóficamente:

—¡Singular destino de las cosas!

—Sí, por cierto, replicó ella sin entenderle. ¿Pero á cuál os referis, que no acierto á comprender?

—¿Veis esa cuerda que tan bien nos ha suspendido en las regiones del aire?

—No la distingo ya; pero conozco todo el servicio que nos ha prestado.

—Pues bien, ¡quién dijera cuando pocas horas há un reverendo lego tiraba de ella que habia de servir para uso tan distinto de anunciar vísperas y maitines á una santa comunidad!

—¡Pues qué! ¿Esa cuerda es de campana?

—¡Sí, á fe! y par diez, aun me parece que trasciende al olorcillo del lego que á ella debe colgarse de continuo.

Dijo esto Fernando con la jovialidad del paje, miéntas que con la galantería del caballero le presentó ceremoniosamente el brazo para que se apoyara, diciendo con la energía de su carácter:

—Vamos á Berlanga donde os puedo proporcionar cuanto gustéis.

Y la jóven y fugitiva pareja echó á andar con tanta precaucion como ligereza.

XLIV.

Poco y mal durmió doña Leonor de Castilla la noche del horrible asesinato de su dama doña Brianda de Velasco; así pues, cuando los matutinos albores pe-

netraron en su regia cámara anunciándole la llegada del día, llamó para empezar á dar órdenes con que envolver á Castilla en una general rebelion que la postrara á sus piés.

Pero en vez de doña Brianda, depositaria de sus secretos de mujer y de sus intrigas de bando, vió aparecer el rostro abobado de doña Sancha de Haro, la más noble y pacata de sus damas. Esto despues de oir un ligero murmullo en la antecámara y de esperar un brevisimo espacio.

—¿Cómo es que os presentais en lugar de doña Brianda? le preguntó con desabrimiento doña Leonor.

—Señora, lo ignoro, contestó confusa la pobre dama.

—¿Ignorais por qué venis? replicó acremente la reina de Navarra.

—¡Oh, no! Yo vengo porque llamais; lo que quise decir es que no sé por qué la dama de Velasco no está en la antecámara como acostumbra.

—Como que es la primera vez que se necesita, llamadla. Id y hacedlo.

Obedeció la dama sin replicar, y la reina tornó á reclinar la cabeza en las blandas y blanquísimas almohadas.

Poco tiempo era pasado cuando tornó doña Sancha presentándose nuevamente anhelosa y más confusa todavía.

—¿Avisasteis? la preguntó doña Leonor frunciendo las cejas al verla llegar sola.

—No he podido, porque no está en su aposento.

—¿Ni sus dueñas?

—Ni nadie; está cerrado y silencioso.

—Es extraño ¡por vida mia! Estará en la capilla tal vez. Id allá y vedlo.

Doña Camila volvió á irse, mas tornó en breve, diciendo con muestras de estúpido asombro:

—Tampoco se halla en la capilla, señora, y á nadie que le pregunto la ha visto.

—¡Raro est

—Y ¡tan raro!

—Pero como yo la necesito, es menester indagarlo.

—¡Sí!

—Para lo cual iréis y le preguntaréis á su sobrina la de Castro, que sin duda lo sabrá.

Por tercera vez salió la buena señora, y la reina continuó en su regalada postura, que se prolongó un largo espacio, porque ni una ni otra dama parecia.

Impaciente y contrariada llamó de nuevo, y se presentó una jóven y experta dama, tan diligente como risueña.

—Isabel, le dijo doña Leonor con sequedad; id al aposento de Blanca de Castro: ved si está en él su tutora, y si así es, le decis que la estoy esperando. Si no está, mandadme á Blanca, y luego que cumplais vuestro cometido, buscadme

á doña Sancha, y decidla que se me presente para que le dé gracias por su prontitud en servirme.

Ligera como el pensamiento se marchó la linda y vivaz dama, y doña Leonor se sentó en el lecho para esperarla.

Poco fue lo que su enviada tardó en volver, pero venía tal que la reina palideció al verla, haciendo su solo aspecto que le preguntara con sobresalto y viveza:

—¿Qué traes, Isabel? ¿Por qué venis de ese modo?

—¡Porque lo que he visto me ha aterrado! contestó la dama lívida y descompuesta.

—Pero bien... ¿Blanca?... preguntó la reina con interes.

—Blanca no está en su aposento... ni creo que en el palacio.

—¡Maldicion! exclamó doña Leonor entreviendo el conflicto que la esperaba con el duque si era así. Y ¿su tia?

—Muerta violentamente, tiesa y fria, dijo la dama estremeciéndose á su recuerdo.

—Pero ¿es cierto eso?

—¡Oh! ¡sí lo es! Sólo que no está en su aposento, sino en el de Blanca, y en el mismo lecho de esta, que se halla empapado de sangre y lleno el pavimento que forma charcos en redor.

—¡Dios eterno, qué desgracia! murmuró la reina estremecida de horror.

—¡Si la vierais... os helariais de terror! Da espanto mirar su faz horriblemente contraída... sus ojos desgarradamente abiertos... su boca tan desencajada... ¡Oh! si la llevo delante de mis ojos. Fuerte soy cuando no he caido desplomada al verla como á doña Sancha le ha sucedido.

—Pero y sus dueñas ¿qué dicen?

—Sus dueñas no sabian nada, y esperando á que las llamara, como tenia de costumbre, no han entrado hasta que han oido mis gritos.

—Todo esto es menester aclararlo, dijo doña Leonor profundamente preocupada; llamad, Isabel, á esas damas, y principiad á vestirme.

Entraron las damas visiblemente afectadas con la nueva que publicara Isabel en su tránsito por la antecámara, y ayudaron á vestir á la reina, que habia salido del lecho; y concentrada en sí misma, se abismaba en un mar de suposiciones y conjeturas sobre aquel doble y funesto acontecimiento. Cuando terminaron aquellas su tarea, doña Leonor se dirigió á la jóven que habia descubierto el asesinato de doña Brianda, y le dijo:

—Dad orden á uno de mis pajes para que avise á mi mayordomo Sancho Ramirez; le espero para darle las mias.

Luego volviéndose á las damas, añadió:

—Os podeis retirar, y hasta que llame no entre nadie.

Y dejando caer la cabeza entre las manos, continuó ocupándose del horrible atentado que habia tenido lugar en el recinto mismo de su palacio.

Naturalmente se presentaba á su imaginacion la exaltacion febril de su mayordomo, la noche anterior cuando le pidió que despidiese al alcaide de los donceles, y si bien coincidía con la desaparicion de Blanca, no explicaba la muerte de su tutora, que siempre tuvo por él una ciega predileccion. El raptor lo adivinaba, pero al asesino no.

Fluctuando entre dudas y sospechas se hallaba doña Leonor, cuando Sancho Ramirez entró en la cámara con planta segura, firme continente y adusta y altiva faz, tan amarilla empero como las muertas hojas de los árboles.

La penetrante mirada de doña Leonor se clavó sobre él, y tenazmente se mantuvo durante todo el tiempo que gastó en cruzar la cámara, llegar hasta ella y saludarla con fria y altiva expresion.

En aquellos rápidos instantes la reina de Navarra comprendió que una misma mano era la del raptor y el asesino, y una de aquellas sospechas informes y oscuras que ántes se insinuaban sin fuerza en su mente, creció hasta el punto de ser vehemente y acusadora, sólo con ver dos círculos profundos y amoratados rodeando los ojos que abrillantaba el fuego de la fiebre, la altanería de su actitud revelando el insensato placer de una venganza satisfecha, y las tintas apagadas de su tez, sobre la que parecia extenderse toda la hiel de su corazon.

—Ramirez, dijo doña Leonor rompiendo bruscamente el silencio; ¿sabeis el crimen que se ha perpetrado esta noche pasada aquí, en mi propia mansion?

—¿Crimen? repitió el mayordomo interrogándola friamente.

—Así le califico, y el mundo entero conmigo, repuso la reina de Navarra severa y conmovida; porque tal es un asesinato cobarde y alevoso, sobre el que vos, como jefe de mi casa que sois, vais á hacer tales pesquisas, que en esta misma mañana sea encontrado el que le ha cometido para juzgarle.

—¿Qué justicia, señora? preguntó el señor de los Cameros asomando á sus labios una sonrisa sardónica.

—La mia, señor mayordomo, respondió la reina de Navarra alzándose en pié con indescribible arrogancia.

—Ella le hiera si le alcanza, repuso Sancho Ramirez cruzando los brazos y mirándola rostro á rostro con retadora expresion.

—Sancho, replicó doña Leonor con energía, mi justicia alcanza á todo lo que encierra el palacio, la villa y mis estados, alto y bajo; lo mismo que los rayos que se desgajan del seno de las nubes derriban á los robles y abrasan los tomillos. En consecuencia, proceded.

—Para ocuparme del crimen y del asesino, dijo Sancho Ramirez siempre glacial y sardónico, me retiro.

—Aun no, señor mayordomo, repuso la reina de Navarra deteniéndole con firmeza y autoridad; todavía tengo otra orden que daros, y entended que me interesa tanto el que sea bien cumplida, que he de vigilar el cómo se lleva á efecto. En cuanto salgais de aquí, y yo poco os detendré, vais á mandar cuanto hay

de más diligente y diestro en el palacio y la villa en busca de la ricahembra de Castro que ha desaparecido esta noche, tan fecunda en mal, de su propio aposento según parece.

—¿Qué habeis dicho? exclamó el señor de los Cameros destellando de sus pupilas un siniestro resplandor.

—Que me busqueis á Blanca de Castro, respondió doña Leonor con acento breve y seco, sustraída ó Dios sabe si villanamente escondida en este mismo recinto.

Se pasó Sancho Ramirez su mano ancha y musculosa por la frente amarilla y altanera, y replicó:

—No entiendo bien eso... ¡Perdonad!

El color más subido de la púrpura animó las mejillas de la reina de Navarra, que repuso con acento acusador:

—Creo ¡por Dios! que el asesino de doña Brianda os dará más claras explicaciones que yo. ¡Preguntadle, que bien podeis!

—Pero ¿es doña Brianda... la que han muerto?... la preguntó el mayordomo mirándola con las pupilas dilatadas.

—¿Lo dudais? le preguntó á su vez doña Leonor con ironía.

—¡Sí, porque... no comprendo eso bien!

—No os puedo dar detalles, señor mayordomo, ni tampoco creo que los necesiteis. Repito pues lo mandado: traedme á Blanca... y eso inmediatamente.

—Blanca ¡oh! ¿Blanca no está en el palacio? ¿Quién la esconde, quién...? porque el alcaide no es.

—¡Que ha de ser! eso lo hace la mano que mancha la sangre de su tutora, dijo la reina de Navarra no pudiendo contener su indignacion; la mano de un caballero que merece ser cortada.

—Pero si eso sólo pudo hacerlo una ofuscacion de Satanás, murmuró Sancho Ramirez contestando á su pensamiento.

—Es que hay hombres feroces, cuyas pasiones desenfrenadas no contiene Dios, para nuestro castigo sin duda, así como deja descargar sobre los campos las tempestades que arrasan.

Sancho Ramirez miró fijamente á la reina, dió un paso más hacia ella, y apareciendo de pronto en rebelion contra todo, le dijo ebrio de hiel:

—Hombres hay así, y yo soy uno. Hombres que no quieren ser víctimas, y cómo son fuertes, se convierten en verdugos; pero hay seres que de todo usan en su provecho, y que todo lo desatienden en su egoismo. Seres que insensatamente creen que todo les pertenece, y hacen de lo que les rodea instrumentos, armas, prez... y que sin embargo son ingratos y denostadores.

—¡Mal caballero, salid! gritó doña Leonor ofendida. ¡Salid! y que mi oído no perciba vuestra voz.

—¿No os recuerda esa órden, dijo Sancho Ramirez friamente, que anoche os

supliqué de rodillas y no quisisteis concederme mi demanda porque era inconveniente para vos? ¿No os recuerda que tambien me despedisteis y me volvisteis á llamar para encomendarme la seguridad de Roa?

—Anoche os ví torvo y agitado, amenazador y audaz, y rechacé vuestra súplica porque era atrevidamente hecha, y me obligaba á inconsecuencias que no cometo jamas. Os fuísteis, y os llamé transigiendo con vuestra indomable altivez, porque aun os tenia por muy noble y más leal. Hoy ya no os tengo, y podeis iros para no volver jamas, porque no os recibiré.

—¿Rompeis nuestro pacto?

—¡Sí! dijo con altivez y dignidad la reina de Navarra; para probaros que lo que mi conciencia rechaza no lo considera mi interes. Sí, le rompo.

—¡Roto sea para siempre! repuso Sancho Ramirez con fiereza. Si fuera capaz de besar, besaria la mano que desata el lazo que me ha sujetado torturando mi voluntad. Soy libre, y como el leon voy á defender mi presa.

—Corred, corred si quereis tras esa torpe esperanza, replicó doña Leonor con energía; pero contad que no se realizará nunca, porque si no bastara el aborrecimiento de Blanca y la sangre de su tia, lo estorbaré yo con todo mi poder.

—Sobre mí ejerceis muy poco, señora.

—No tan poco, repuso doña Leonor exaltada, cuando os puedo hacer en este instante encarcelar y mañana decapitar.

—Siento quitaros esa ilusion, dijo sardónicamente el señor de los Cameros; pero á mi fuero no alcanzais. Y luego que si llevarais á juicio vuestras sospechas... yo responderia con hechos de esos que hacen vacilar la cabeza sobre los hombros.

—Si se necesitara algo más de lo que habeis hecho para arrancaros mi afecto y lanzaros de mi lado, bastaria para conseguirlo esa amenaza cobarde que acabais de fulminar, propia sólo de un demente. ¡Sancho, idos! añadió la reina de Navarra mostrándole la puerta de la cámara con un ademan imperioso. ¡Idos! os lo repito otra vez.

—Sea en el instante, dijo Sancho Ramirez resuelto y altanero.

Y doblando apénas la cabeza que erguia el orgullo, salió de la cámara á paso lento.

Agitada y enardecida la reina no se dignó contestar á su saludo; pero en cuanto desapareció á sus ojos, exclamó con explosion dejándose caer en su asiento:

—Aciaga es la mañana por cierto, no tanto por lo que es, sino por lo que puede resultar en esta funesta complicacion. Lo primero, como más urgente, es buscar á Blanca, porque entre el duque y yo es un lazo: despues es preciso ver á don Pedro para atender al aleaide, porque si no se precipitan los acontecimientos, nos pueden precipitar.

Esto diciendo compuso su rostro movible y expresivo, y llamó á una dama que apresuradamente entró.

—Decid á mi escudero Fernan Diaz del Alamillo que venga á tomar mis órdenes.

La dama se fué, y á poco entró un apuesto hidalgo leonés, de tan agraciado semblante como elevada estatura.

—Diaz, le dijo doña Leonor serena ya, á lo ménos en la apariencia; desde este instante cesa Sancho Ramirez en su empleo de mayordomo, quedando vos en su lugar hasta tanto que otra cosa no disponga.

El hidalgo Diaz del Alamillo la miró no con asombro, sino con estupefaccion, pero en su respeto contestó sin permitirse una pregunta ni aun una exclamacion:

—Eso ordenais, eso haré.

—Bien. Ademas, tengo que deciros hagais avisar al justicia de la villa Juan Sanchez de Rivagorza, anunciándole que le espero para encomendarle un asunto importantísimo. Asimismo mandaréis un paje al alojamiento del conde de Trastamara, citándole para mi cámara tan pronto como le sea posible; y luego le decis á Hernando de Harillo que vaya á saludar al alcaide y le comunique en mi nombre que esta mañana le recibiré para darle la respuesta que solicita.

—Todo será hecho como lo habeis dispuesto.

—¡Oh! escuchad, que aun tengo más órdenes que daros. Quiero que se avise á todos los sacerdotes y religiosos de Roa para que vengan á orar por el alma de la infeliz doña Brianda, y que se disponga su funeral y enterramiento luego que Sanchez de Rivagorza la reconozca y practique todas las diligencias que conceptue oportunas.

—¿Mandais otra cosa?

—Sólo que cumplais las que os he encargado.

Fuése el nuevo sucesor de Sancho Ramirez, y doña Leonor recibió á sus hijas, que la hicieron mil preguntas sobre los sucesos de la noche, á quien no tuvo á bien contestar; y despues de abrazarlas tiernamente las despidió para entregarse á sus pensamientos, que no eran dulces, y á sus ocupaciones harto graves y perentorias.

XLV.

El primero que se presentó en la cámara de doña Leonor fue Juan Sanchez de Rivagorza, anciano lleno de saber, experiencia y prevision, el cual desempeñaba recta y dignamente la alta justicia señorial que en la reina residia.

—Señora, dijo así que doña Leonor le participó los tristes acontecimientos de la noche; la jóven y hermosa señora de Rutehan no está en la villa, y todo induce á creer que tampoco inocente de tan horrendo crimen.

—Buen Sanchez de Rivagorza, replicó la reina con la firmeza del convenci-

miento, si me decis que ha sido la causa os diré que sí, pero sin que su voluntad haya tenido parte en ello; esto en cuanto á lo último que habeis dicho, que por lo que hace á lo primero nada sé, ni nada presumo.

—En ese caso os diré que su desaparicion coincide con una cuerda encontrada en el muro esta mañana, y con la cual se han servido para escalarle: á nadie se echa de ménos en Roa... luego ha servido para Blanca.

—Quizá, y no os diré lo contrario, pero habrá sido arrancada del palacio con violencia, y con violencia extraida de la villa.

—Nada tengo que oponer á lo que asegurais, porque es harto posible por desgracia; pero hay circunstancias acusadoras, y una de ellas es la perpetracion del crimen en su aposento.

—Desechad ese pensamiento que os aleja de la verdad, Sanchez. Blanca es un ángel, Blanca está pura de la sangre de su tutora.

—Quiero creerlo, señora; pero hasta que la verdad no se desentrañe, los indicios no le son favorables.

—Pues ved lo que quiero que hagais, desentrañarla; pero sobretodo que hagais buscar á Blanca: más... que me la encontreis.

—Haré cuanto sea posible, señora; y pasando á otro asunto no ménos interesante, os diré que la efervescencia reina en vuestra misma morada, y que he visto á vuestro mayordomo en la galería rodeado de hidalgos y caballeros, arengándoles con una energía incendiaria.

—Sanchez, dijo la reina de Navarra con intencion, vos que conoceis bien leyes y fueros, privilegios y sanciones, decidme: ¿quién deberia juzgar á Sancho Ramirez si se le acusara de asesinato?

—Enrique III, señora.

—Y vos ¿no podriais hacer su prision?

—Teniendo pruebas, sí.

—¿No bastaria una conviccion poderosa?

—No, señora. Es menester que le acusen.

—Violento es eso, dijo la reina pensativa. Id, añadió decidiéndose con la prontitud que le era propia; id y ved si se puede rastrear algo sobre el crimen cometido; examinad, inquirid, haced cuanto os corresponda, pero sin olvidar que lo que más me interesa es encontrar á la ricahembra de Castro. Con ella se aclarará todo.

—Señora, voy á buscarla en el palacio, en la villa, en los alrededores... irán mis emisarios hasta Aranda: haré cuanto sea posible hacer; mas no os ocupeis de esto, sino de las arengas de Sancho Ramirez.

—No las echaré en olvido, descuidad, repuso la reina de Navarra impresionándose con la advertencia.

Fuése Juan Sanchez de Rivagorza, y se presentó el conde de Trastamara.

—Primo, le dijo doña Leonor dominando sus inquietudes hasta el punto de

presentar una frente serena y una mirada radiante; de anoche acá han ocurrido algunos incidentes que han hecho variar la resolución tomada de acuerdo por ambos sobre el alcaide de los donceles, y os he llamado para participároslo y ver si aprobais lo que he dispuesto.

—Yo apruebo cuanto decidais, respondió galantemente don Pedro.

Doña Leonor se sonrió graciosamente y continuó:

—¿Ya sabréis los acontecimientos de esta noche pasada en el palacio?

—No se habla de otra cosa en Roa. Cuajadas de corrillos están las inmediaciones.

Recordando lo que le había dicho Juan Sanchez de Rivagorza, doña Leonor se mordió los labios ántes de proseguir, diciendo, pasando por cima sin tocarlos:

—Pues bien, á causa de ellos, palabras descompuestas de mi mayordomo me han obligado á separarle de mi lado, y en venganza él lo hará de nuestra causa, y creo que muy en breve abandone á Roa. Con él se irá su mesnada, y no quisiera que el enviado de don Enrique note el vacío que deja.

—Y ¡bien!

—Luego, conde, que la inacción es fatal en estas empresas, porque hace desmayar el brio y entusiasmo que con la acción se aviva y robustece; y convenida como estoy de esto, he resuelto, contando con vos, despedir hoy al alcaide y avisar á Benavente y Gijon para que rompan las hostilidades y se entren por Castilla arrollando cuanto encuentren.

—Despedidle en buen hora, doña Leonor; y si os place, como campeón vuestro, le mandaré mi guante al rey.

—Harto sabe que lo sois, don Pedro, y lo que reclama nuestra situación no son ceremonias, sino energía.

—Me sobra, señora, para retarle y combatirle; me sobra para probar que don Pedro de Castilla arrostra el poder de un rey.

—No lo dudo, conde, por eso os entrego mi pendon. Id, reunid á cuantos hidalgos, caballeros y ricoshombres hay en Roa, y ponéos á su frente. Mandad fieles emisarios á Benavente y Gijon, y yo en tanto despediré al alcaide con palabras que equivalgan á vuestro reto.

—Convengo en todo lo que disponeis, porque vuestra voluntad es la mía; pero llevadme á la arena para que os pruebe que cuando he dicho *vuestro campeón soy*, es porque puedo hacer triunfar vuestra causa.

Tal jactancia, tal presunción tenía el biznieto de Alfonso XI. Sobrábale además el entusiasmo, y en aquel momento creía poder lo que ofrecía.

Doña Leonor le miró con sus expresivos y bellísimos ojos, y le dijo:

—Mucho ofreceis, conde; pero más todavía espero de vos.

—Y no lo esperais vanamente si le dais fuerza á mi mano rozándola con la vuestra.

Volvió á mirarle la reina de Navarra, y alargándole la mano que don Pedro se puso de hinojos para recibir, le dijo con expresion:

—Si la vida, la fuerza y cuanto reside en el corazon pudiera trasmitirse de sér á sér como se trasmite el calor de una mano á otra con el contacto, os haria participe de todo cuanto aquí hay.

Y doña Leonor señaló su corazón con indefinible gracia.

—A Dios, conde, añadió, y que esteis tan elocuente con esos varones impresionables y fieros como bizarro sois y galante.

—Y vos, señora, tan altiva y resuelta con el enviado de don Enrique como discreta y hermosa sois.

Volvió el conde á estrechar la mano de la reina de Navarra, la besó tierna y respetuosamente, y levantándose salió de la cámara quedándose sola en ella.

XLVI.

El palacio de doña Leonor de Castilla y su villa de Roa habia adquirido en las pocas horas que iban pasadas de su mañana un aspecto tan singular como alarmante. En el primero se notaba un movimiento general, una preocupacion profunda, un disgusto pronunciado; en la segunda se advertia un desasosiego extraño, y una efervescencia más extraña todavía.

Era natural, porque la atroz muerte dada á doña Brianda, la desaparicion de la ricahembra de Castro, y la separacion de su cargo del mayordomo de la reina, producía tantas sospechas, tantas conjeturas, tantas hablillas y murmuraciones, que hasta la misma venida del alcaide fue olvidada en el recinto en que estaba prisionero.

Lo que no lo era sin duda alguna es que los parciales de la reina de Navarra se cruzaran en todas direcciones con una agitacion que nada á la apariencia justificaba.

Pero á nadie habian herido los dos primeros sucesos narrados por los archeros de su guardia como al honrado Alfonso Alvarez de Toledo, porque vió una coincidencia fatal y acusadora entre el proyecto de su doncel predilecto y los terribles acontecimientos de la noche.

Parado delante de su puerta escuchaba con avidez detalles y más detalles que sin cesar se repetian por los archeros, y cuando oyó el de la cuerda y escalamiento, ya no dudó que aquel doble crimen fuera cometido por Fernando. Entónces frunció sus cejas duramente y se pronunció el fallo condenándole con la severidad de su carácter y la inflexibilidad de su voluntad.

No hay que decir si Harillo cumplió la comision que le encargara la reina de

Navarra, y el alcaide prevenido por el cortes alferez se dispuso para lo que pudiera acontecer, resuelto á romper por todo. Sus escuderos entraron á recibir sus órdenes y á manifestarle que el doncel no estaba en el palacio, pero Alfonso Alvarez de Toledo les contestó diciendo con su resuelto y áspero acento:

—Al que pronuncie ese nombre en público ó en secreto, en la villa ó en el palacio, le he de cortar la lengua para que no lo haga segunda vez.

Callaron los amenazados escuderos, y dejando el sitio á un paje de doña Leonor que venia á decirle al alcaide le esperaba su señora, se fuéron á esperar á su vez que les llamara su señor, el cual de no muy buen talante se encaminó á la cámara de la reina para recibir la respuesta ofrecida.

—Señor alcaide, le dijo doña Leonor pasados los preliminares de presentación y recibimiento, solicitasteis ayer contestación á la carta que mi sobrino el rey de Castilla tuvo á bien mandarme con vos y el permiso para partir á llevarla. Una y otro voy á daros, no como la exigisteis de mi mano, porque así no me cumple darla, sino de mis labios, que me place más.

—Llevaré la que me deis aunque me plazca ménos que sea como la anuncios, repuso el alcaide ofendido con aquel lenguaje altanero.

—Fiola* pues á vuestra memoria, y estadme atento para que la tomeis bien en ella.

El alcaide la prestó profundísima, y la reina continuó:

—Le diréis á don Enrique, vuestro rey y señor, que resido en Roa porque es villa mia y porque soy dueña de fijar en ella mi mansion. Diréisle tambien que no la dejo porque me encuentro bien en su recinto, y que no voy á Valladolid, como pide ó manda, porque estoy mal en una córte donde son escuchados y atendidos los enviados de Navarra; diréisle asimismo que el conde de Trastámara es mi huésped, y que por esta consideracion si otras no tuviera, me es tan sagrado, que en vez de arrojarle de donde se halla violando un derecho respetable, le concederé un asilo por tanto tiempo quanto quiera; y diréisle por último que pese la razon en mejor balanza y la conceda á quien la tenga.

—Punto por punto referiré á don Enrique lo que me acabais de decir; pero me holgara más que os sirvierais consignarlo en un pergamino, autorizándolo con vuestra firma y sellándolo con vuestro sello.

Precavida como nadie, doña Leonor no lo hacia porque no queria soltar una prenda de aquel valor, así fue que replicó con resuelto acento:

—Merece vuestra lealtad mi confianza tan cumplidamente, que con más seguridad fio mis palabras á vuestra memoria que á un fragil pergamino que puede borrarse tan fácilmente, como un sello romperse.

—Repito que cumpliré fielmente lo que me encargais, trasmitiendo vuestras palabras al rey mi señor; y haga la suerte que mi acento, aunque no tan dulce como el vuestro, atenue alguna parte del resentimiento que son propias á excitar.

—Sea cual sea su efecto, repuso doña Leonor con tibieza, no será culpa vuestra ni mia; lo será únicamente de quien previene al que ha de oirlas.

Fué á replicar el leal alcaide, pero doña Leonor se lo impidió añadiendo:

—Creo no tengo necesidad de deciros que sois libre para dar cima á vuestra regia comision, marchándoos cuando gustéis, y tambien me parece inútil recordar la diligencia á quien para contenerle ha sido preciso...

—Aprisionarle, dijo Alfonso Alvarez de Toledo concluyendo la frase de doña Leonor; prision que Dios solo puede conocer lo que cuesta y costará, añadió plégándose su ancha y desarrollada frente.

El alcaide hacia referencia á la fuga del doncel y á la muerte de doña Brianda, y doña Leonor creyó ver en la reconvencion una amenaza, por lo cual contestó alvivamente:

—En todo caso no faltará quien satisfaga. Por lo demas, os repito que libre sois.

—Y yo os afirmo que tanto es mi deseo de partir que en este momento lo haré, pues acaso hasta á V. A. misma importe mucho que llegue en breve á Valladolid.

—Pues idos en buen hora, señor alcaide, dijo doña Leonor despidiéndole con un mesurado saludo.

—Buena sea para todos, respondió Alfonso Alvarez de Toledo saliendo de la cámara sin besar la mano de la reina, favor que no obtuvo ni pidió.

Retiróse á su aposento donde permaneció el tiempo necesario para que sus escuderos ensillaran, y así que lo hubieron ejecutado, montó á caballo y salió de Roa, no sin dar lacónicamente orden para que dejasen como olvidado el caballo de Fernando.

La desaparicion de este sólo habia sido notada del alcaide y sus escuderos, quedando desapercibida de todos.

XLVII.

La doble indicacion que Sanchez de Rivagorza hizo á doña Leonor de Castilla acerca de su mayordomo, y que doña Leonor comprendió impulsándola á precipitar los sucesos, no habia sido por cierto una observacion suspicaz; harto fundado el temor del anciano justicia, justificóle muy en breve los acontecimientos que Roa presenció con asombro y la reina con la amargura que acompaña á la primera decepcion y el resentimiento que inspira una culpable inconstancia.

Herido por ella Sancho Ramirez, contra ella se volvía, pero se volvía como el leon cuando siente romper su carne por una bala encandecida, resuelto á encarnar sus garras en el corazon de quien la dispara.

Vengativo, impetuoso, feroz, exaltadas sus violentas pasiones al último grado que pueden llegar en el período de algunas horas, diéronle con su irritación una energía terrible; y soberbio, audaz y sin freno como era, púdosele comparar al salir de la cámara de la reina á las espumosas aguas de un torrente desbordado que envuelve en sus remolinos todo cuanto encuentra á su paso.

Es indudable que las palabras cuando salen del corazón al corazón van á parar. Sancho Ramirez, acusando en alta voz á doña Leonor de Castilla de egoísmo, de ambición, de inconstancia, de anteponerse á todo y sobreponerse á todos, sentía lo que decia, y cuantos en torno suyo se agrupaban escuchándole, se convencian de lo que su elocuencia incisiva y áspera implacablemente demostraba.

Cierto es también que cuando una acusación es súbita y formidable y se presenta con audacia, se acoge sin reflexión.

Los hidalgos castellanos que en su propensión á las querellas y en sus hábitos de bandería se unieran á doña Leonor para combatir á los que propendían á sujetarles y medrar á la vez en las revueltas que se preparaban, creyeron las que el señor de los Cameros formulaba apasionadamente con toda la hiel de su resentimiento. Impresionables y quisquillosos, diéronse por ofendidos en él, por despreciados en él, por sacrificados á sus miras con él; y cuando Sancho Ramirez al frente de su numerosa mesnada salia de Roa, cuarenta caballeros de los de más pro y nombradía del bando de la reina de Navarra, seguidos de quinientos infantes que mantenian á su sueldo le imitaban, esparciéndose por caminos y veredas del mismo modo que las secas aristas de una era levantadas por un récio vendaval.

Aquella noche se asemejaba la villa en un todo á un cuerpo humano, en el momento que desvaneciéndose su cabeza conoce que se desploma. Sentada en su sillón doña Leonor se entregaba á profundas meditaciones, plegada la frente que radiaba de confianza el día anterior, sin oír la conversación de sus hijas que se hallaban á su lado, ni los gritos de Diamante imitando el canto de un alcaravan; y el conde de Trastámara, retirado en su mansión, sentía los primeros síntomas del desaliento helando su entusiasmo, y que la inquietud se apoderaba de su espíritu con las deserciones del día tan numerosas como inconcebibles.

En cuanto al vulgo revuelto y preocupado, concebía temores con la exageración que le es peculiar, y retirado en sus humildes hogares se daba á murmurar acusando con su ruda energía á quien habian oído acusar, esto es, á su señora doña Leonor de Castilla.

XLVIII.

Para la mejor inteligencia de esta historia, dejáremos, con el beneplácito de nuestros lectores, á la reina de Navarra dirigir su nave por entre los negros escollos sobre que la habia lanzado, á don Pedro de Castilla luchar para retener á su lado á los que el perjudicial ejemplo del señor de los Cameros alejaba, al alcaide de los donceles encaminarse hácia Aranda silencioso y de mal talante, y á Sancho Ramirez seguir su huella, entregado todo á un pensamiento dominante, cual era el de buscar y encontrar á la señora de Ruitelan; y nos ocuparemos inmediatamente de esta y su favorecedor, retrocediendo al mismo punto en que alejándose de los muros de Roa tomaban por resolucion de Fernando el camino de Berlanga con toda la ligereza que el temor pone en los piés cuando es necesario huir del peligro que amenaza.

Apoyada la peregrina fugitiva en el brazo del doncel, anduvo rápidamente y sin pararse á tomar aliento la distancia que media de Roa á Berlanga, encontrándose á la vista de esta empezando á romper el dia. Como no era prudente presentarse á aquella hora en ninguna parte, Fernando llevó á su compañera bajo una oculta y frondosa enramada, y brindándola un asiento de blando y mullido césped, la dijo sentándose á sus piés:

—Descansad algunos instantes, que por cierto no serán perdidos, si en ellos os servis participarme lo que resolveis sobre vos misma, dándome cuantas órdenes os plazcan.

—Voy á deciros cuanto por ahora se ocurre á mi cargada imaginacion, contestó Blanca indecisa y llena de timidez; os lo diré, y vos me diréis lo que os parezca. Mi pensamiento cuando me dirigí á vos en vuestro aposento, era ir á Valladolid, presentarme al rey y como huérfana y rica hembra castellana ponerme bajo su tutela. Os repito que este era mi pensamiento y mi único y supremo recurso tambien; mas luego, recordando que hay quien lo pueda reprobar... quien de seguro lo reprueba, temo hacerlo, y estoy fluctuante sobre la resolucion que he de tomar.

—No me atrevo á preguntaros hasta qué punto os afecta esa reprobacion, repuso el doncel con cierta frialdad que chocó á su interlocutora y nacia de su sencilla confidencia.

—Me afecta al extremo de poderme producir un amargo pesar, repuso Blanca pensando en lo que Figueroa la habia dicho el dia de la batida del duque de Benavente; mas en la situacion en que me hallo, si es necesario á vuestro parecer que lo haga, la arrostraré presentándome á don Enrique.

—Necesario no hay nada, dijo el doncel dominando el despecho que le había causado la consideracion que su seductora compañera tenia al mortal reprobador de sus determinaciones. Podeis y debeis hacer lo que mejor os esté, segura de que os conduciré lealmente á donde vuestra voluntad decida.

Despues de pasados algunos instantes, Blanca, que habia estado reflexionando en silencio, fijando sus hechiceros ojos en Fernando, le dijo:

—Me sostengo, bien reflexionado, en mi primera resolucion, reclamando la tutoría real.

Un rayo de alegría iluminó la frente del doncel, á quien aquella decision favorecia grandemente, facilitándole los medios de poder llenar sus dobles y sagrados compromisos.

—Llevadme pues á Valladolid, pero llevadme muy pronto, todo lo pronto que sea posible. Ante todo necesito alta y poderosa proteccion, y el rey me la concederá cumplida porque así me lo tiene ofrecido; hay que dar prolijas explicaciones acerca de mi fuga y del horrible crimen que en mi aposento se ha cometido; á la sombra de don Enrique yo las daré en alta voz, y si hallara contradictores, la vuestra le dará gran fuerza con su testimonio. Esto sea si os parece.

—Si esa es vuestra voluntad, lo es asimismo mia. Pongámonos en marcha, añadió levantándose el doncel, y entre tanto servíos honrar nuevamente mi brazo, apoyáos en él, y sigamos este camino que un presentimiento me hizo elegirle sin duda por ser el que deseabais seguir.

—Andemos, dijo Blanca poniendo su diminuta mano sobre el vigoroso brazo que cortesmente le ofrecian; pero no echeis en olvido la precaucion, pues el dia ya es entrado, y de Roa nos buscarán en todas direcciones así que nos echen ménos, que por mi parte será en cuanto entren en mi aposento.

—Ya está eso previsto. Ahora y en andando como medio tiro de ballesta, tomaremos un sendero que alejándonos de Berlanga nos conducirá á una rústica ermita habitada por un anciano que nos dará hospitalidad por el tiempo que necesitemos, el cual será muy poco, porque yo os dejo confiada al ermitaño; me voy á Berlanga, me proporciono un disfraz y dos caballos, vuelvo por vos, os vestis, montais, y nos lanzamos camino de Aranda veloces como dos flechas.

—Dos temores me asaltan, repuso Blanca inquietada por ellos; primero, que nos detengamos tan cerca de Roa; segundo, que no encontreis lo que buscais.

—Desechadlos, tranquilizándoos completamente. Una escarcela bien provista, conocimientos en el pueblo, como que en él me he criado con mi abuelo Alvar Gomez de Bobadilla, y disposicion para proporcionarme lo que me hace falta, asegura el buen éxito en cuanto á lo último. Ademas, el tiempo que nos detengamos será recobrado en lo que acortemos, tomando sendas y veredas que conozco perfectamente, y que quizá ignoren los que nos busquen.

Con esto tomaron el sendero que conducia á la ermita, la cual á poco divisaron medio escondida bajo el frondoso ramaje de unas seculares encinas.

—Si lo permitis, dijo Fernando á su compañera cuando estuvieron cerca, os anunciaré al hermano Lope con el título de hermana, que explica por sí mismo el que hagamos juntos un viaje sin que comprometais vuestro secreto.

—Me place que lo hagais, contestó la ricahembra de Castro ruborizándose; y ese título que me dais le conservaré todo el camino para ocultar un nombre que sólo en otra situacion deseo que sea conocido.

—Queda á vuestra disposicion el mio para usarle miéntras os convenga, replicó el doncel con alguna mortificacion; pero no perdiendo su singular cortesía.

Extrañó Blanca su acento, como habia extrañado la frialdad de su primera réplica, y alzando hácia él sus negros ojos repuso con una expresion que á notarla el alferez del duque de Benavente le hubiera hecho fruncir las cejas, experimentando el tormento de los enamorados: los celos.

—Es que le seguiré usando toda mi vida, conmoviéndome cada vez que le pronuncie.

Satisfecho Fernando no replicó, y á poco llegaron á la ermita, donde fueron recibidos por un anciano cenobita, cano, flaco y cejijunto, á quien entregó el doncel su compañera recomendándosela hasta su vuelta, el cual la rodeó de cuidados con agreste aspereza, huyendo de ella así que no le necesitó, como pudiera del diablo, dejándola encerrada en una estrecha celdilla.

Por su parte el doncel se trasladó á Berlanga, hizo sus diligencias con mediano éxito, pues sólo pudo lograr un andador alazan y un hábito de peregrino, y regresó á la ermita en brevísimo espacio.

Dió el hábito á Blanca para que se le vistiera, y miéntras lo hacia se sentó bajo las encinas á almorzar con el hermano Lope un pedazo de pan blanco, pero duro, acompañado de unas cuantas nueces un tanto amargas por verdes; y concluido su frugal desayuno y el tocador de la señora de Ruitelan, se despidieron del anacoreta encargándole el sigilo, y montando Fernando tomó á la peregrina en sus brazos, y partieron en direccion de Valladolid, por sendas y travésías acertando camino y evitando encuentros temibles y miradas indiscretas.

XLIX.

Caminando siempre por sendas solitarias, no entrando en ningun pueblo, y no tomando descanso sino en cabañas donde la peregrina hallaba compasion y el doncel grata acogida, proporcionándose con su oro espléndidamente gastado cuanto necesitaban, vieron acercarse el término de su rápido viaje.

Ya estaban pues próximos á Valladolid, y Blanca más pensativa, más triste, medía su situación perdiendo su poca energía al contemplarla, no en sus inconveniencias sino en sus dificultades. También Fernando hacia profundas reflexiones: conocía que se hallaba envuelto en una red fatal y no acertaba de qué manera sería rota.

Entre tanto el sol se elevaba en el horizonte, reverberando en la fuerte coraza del doncel y en los arreos de su alazan. Hundíanse en la seca y removida tierra los herrados cascos del fuerte troton, levantando una espesa y asfixiante polvareda que los envolvía como una espesísima nube.

Con la tez encendida del calor y los ojos cerrados constantemente, Blanca respiraba con ansia el aire que agitaba en su rápida carrera. Si alguna vez abría sus ojos, ó se deslumbraban con los ardientes reflejos del sol ó se encontraban con los de Fernando siempre fijos en ella. En este caso la sonrisa aparecía en sus labios, una sombra densísima oscurecía su frente medio oculta en la capucha, y volvía á cerrarlos dando indicio de que sufría al morderse los labios tenazmente.

Cerca de medio día llegaron á Puente de Duero. Antes Blanca había descendido saltando al camino, y apeándose el doncel la seguía llevando de la brida su alazan. Por aquella vez entraron en la posada para tomar un refrigerio, descansar algunos instantes y proseguir su viaje que felizmente llegaba á su fin.

Galante y previsor el doncel dispuso cuanto su compañera necesitaba, y cuando terminaron sus minuciosos cuidados se dirigió al cuarto donde Blanca había sido hospedada, entrando en él sin que fuera advertida su presencia.

Hizo pues un ligero ruido, y la ricahembra de Castro salió de su abstraccion.

—Vais á tomar, le dijo Fernando sonriéndose, un corto refresco para que calme el calor que habeis sufrido, despues una ligera refaccion para reponer vuestras fuerzas, y luego me daréis vuestras órdenes, porque Valladolid no dista mas que dos leguas y con la jornada terminamos el viaje.

—Fernando, contestó la señora de Ruitelan tímida y conmovida, os dije cuando íbamos á entrar en la ermita de Berlanga que aceptaba para siempre el título de hermana vuestra, y hoy, próximos á separarnos, os aseguro que no es un título vano él que tomo, sino que á el queda reunida una ternura y confianza propiamente fraternal.

—Si me la concedeis como recompensa, replicó Fernando con su habitual soñura, la rechazo vivamente; mas si os la merezco como un sentimiento espontáneo, de esos que se insinúan en el alma sin que la mente pueda dar cuenta de ellos, la acepto con toda la emocion del placer, con todo el envanecimiento del orgullo.

—Mi afecto le inspira vuestros merecimientos, no mi gratitud á vuestros servicios. Esa deuda no se redime con él, queda para su día, que no sé cuándo podrá llegar, pero que estoy segura llegará.

—Desechad esa idea de vuestra mente; nada me debeis, porque proteger y

dar amparo á una dama es un severo deber de todo hombre que se precie de hidalgo y caballero.

—Sé lo que habeis hecho, y sé lo que merece; mas no hablemos en este instante de lo que jamas olvidaré. Voy á deciros lo que deseo, manifestándoos lo que espero de vos aun, despues de tanto como he recibido.

—Hablad, dijo Fernando preocupándose con el tono agitado de su seductora protegida.

—Muchas reflexiones llevo hechas durante esas horas de fatiga y de ansiedad que han seguido á nuestra salida de Roa, repuso Blanca explicándose con alguna violencia; ellas me han revelado que hay situaciones en la vida que no pueden explicarse, porque hay siempre en ellas algo oscuro é improbable, y esas situaciones deben ser ignoradas. ¿No es verdad?

—No me atrevo á afirmar ni á negar, porque ni comprendo vuestro pensamiento, ni adivino á dónde se dirige, replicó el doncel que con efecto se hallaba suspenso con aquel grave exordio.

—¡Pues lo siento! dijo Blanca visiblemente contrariada.

—¿Tanto sentis explicarme lo que en mi torpeza no penetro?

—Hay cosas que no se prestan á ello y esta es una, cosas que se comprenden y se aprecian y deben ser respetadas.

—No lo dudo, pero si no me engaño me pedisteis parecer, y no sabiendo sobre qué, ni dignándoos decírmelo, me teneis en un conflicto. Decidme vuestro deseo, y él acaso me dé luz.

—¿No os lo revela mi emocion? exclamó Blanca afectada.

—¡Oh! ¡tampoco! Debo ser extraño á él, porque no le presento.

—Pues no lo sois, porque de vos, como os dije, espero su realizacion.

—Y ¿qué esperais de mí?

—Dos cosas.

—¿La primera?

—Que aquí sea donde nos separemos.

A su pesar subió la sangre á las frescas mejillas del doncel enrojéndo las como el fuego, pero no titubeó en contestar con tanta prontitud como soltura:

—Os prometo que así será. ¿La segunda?

—Que me jureis por lo que más sagrado os sea no decir á nadie que me habeis sacado de Roa, que me habeis acompañado en mi rápido viaje, ni aun que me habeis visto, hasta el dia en que yo misma os releve del juramento.

—Rompeis con él mis armas de defensa, dijo Fernando con decision; pero ni aun así os le rehusó. Bastaba mi palabra, pero pues pedis un juramento, lo haré tan solemne como un cristiano puede.

Puso la mano en la cruz de la espada, y añadió con firme acento:

—Juro por la suprema majestad de Dios no pronunciar palabra alguna que

con vos ni con vuestra aventura tenga relacion, suceda lo que suceda. ¿Es eso lo que quereis?

—Sí, contestó la señora de Ruitelan aligerada de un peso enorme con el obtenido juramento.

—Me place, replicó el doncel ocultando su disgusto con una sonrisa violenta; y para que quedemos enteramente de acuerdo, no os diré como esta mañana cuándo gustais que marchemos, sino cuándo mandais que me vaya.

—Cuando me hayais hecho el postrer favor...

—¡Ah! exclamó el doncel con intencion. ¿Os puedo aun servir de algo?

—¡Fernando! dijo Blanca fijando en él sus rasgados ojos; hoy no comprendis nada de lo que se agita aquí.

Y se llevó la mano á la frente, que los ardientes rayos del sol habian tostado en el viaje.

—Y eso, añadió con expresion, que nadie como vos deberia conocerlo y disculparlo.

—Pues ved como os engañais: ahora que todo lo comprendo, lo respeto profundamente.

—Gracias por ese delicado sentimiento, y gracias por todo lo que debo á vuestra generosidad y proteccion.

—¿Qué necesitais más? le preguntó el doncel con una solicitud que encerraba una reconvencion.

—Un guia que me acompañe hasta Valladolid. Tan cerca de la córte nada temo, y con este hábito nadie me conocerá.

—Pero ¿vais á hacer el camino á pié?

—Soy montañesa y no me canso fácilmente; soy peregrina y no me estará mal el hacerlo.

—Mas...

—¡Buscádmele, es ya lo último que os molesto!

—Le buscaré como mandais; yo tambien tengo que ir á Valladolid, y puesto...

—No, no, exclamó la ricahembra de Castro cortándole bruscamente la palabra, juntos no.

—No es mi ánimo acompañaros, replicó Fernando ocultando su resentimiento con un velo de cortes deferencia muy trasparente. Iba á deciros cuando me interrumpisteis temerosa de que no cumpliera lo ofrecido, que cada uno irá por un camino aunque yo tenga que rodear para conseguirlo. Tranquilizáos pues, venid y tomad una ligera refaccion, luego os buscaré ese guia mercenario á quien os confiais, y en seguida montaré á caballo, partiré el primero, y estad segura que no me hallaréis en el camino.

Y sin añadir una palabra más condujo á Blanca á la mesa donde humeaban groseros pero suculentos manjares, de los cuales uno y otro apenas probaron.

Concluida la silenciosa comida y levantado el mantel, Fernando fué á buscar el guia pedido por la señora de Ruitelan, y despues de pagarle espléndidamente y recomendársela con eficacia un tanto amenazadora, ensilló su alazan y entregándosele á un mozo subió á despedirse de su compañera.

—El guia, la dijo saludándola, espera vuestras órdenes, lisonjeándome el creer que cumplirá las que reciba. Tambien yo las espero si sois servida en darme alguna.

—Ninguna me queda que darós, respondió Blanca levantándose. Sólo me ocurre pedirós admitáis este broche de mi vestido en memoria del viaje que terminamos.

Y le alargó uno de oro que servia para sujetar aquel sobre su esbelta garganta, y acababa de desprender.

Retrocedió un paso Fernando y replicó con viveza:

—No necesito un objeto material para mantener en mi memoria lo que nunca olvidará. Permitid pues que lo rehuse.

—Mezquino es mi don, repuso Blanca humillada con la negativa del doncel; mas no pensé que por eso desairarais á la mano que os le da.

—Para mí tiene un valor inmenso, dijo el doncel con firmeza, y si lo rehuso es porque no me conceptúo digno en ningun concepto de poseerlo. De esta aventura estoy pagado con la satisfaccion de haberla dado cima. ¡A Dios, señora!

—En Valladolid nos verémos...

—Y por mi parte, estad segura que no os reconoceré sino en el fondo del corazon. ¡A Dios!

Y haciéndola una profunda y respetuosa reverencia salió del cuarto, bajó á la calle, montó en su alazan y echó á campo travieso para buscar otro camino como habia ofrecido.

Poco espacio llevaba andado, cuando volviéndose de pronto y echando sobre la posada que empezaba á confundirse entre los árboles una mirada en que el despecho y el pesar se confundian, exclamó:

—Si conforme soy Fernando de Bobadilla, doncel del rey don Enrique, hubiera sido un Enriquez, un Guzman, un La Cerda ó un Castilla, no hubiera esquivado el presentarse conmigo en la córte; pero no es así, y se deshace del oscuro protector cuando ya no le necesita. ¡Oh! mas aun puede echarme de ménos ántes de penetrar en la cámara del rey.

Hecho este soliloquio espoleó á su alazan y se lanzó como un torbellino en el espacio, deseoso de llegar á Valladolid y desempeñar la comision que al alcaide interesaba.

L.

Muchas dificultades le quedaban á Blanca por vencer ántes de conseguir lo que se propuso al fugarse de Roa. La primera de todas emanaba de ella misma, y consistía en una fátiga abrumante, así que hubo andado una cuarta parte del camino que tenia que hacer para llegar á Valladolid, y que habia emprendido bajo el peso de un sol canicular que caía á plomo sobre su cabeza mal defendida con la negra capucha de peregrina.

Mas no era aquella por cierto la que le imponía, á pesar de que su respiración era anhelosa y la sangre parecia brotar de sus encendidas mejillas. No era aquella, repetimos, la que la obligaba á morderse los secos y encarnados labios con una angustiosa y creciente inquietud conforme se iba acercando al término de su viaje, haciendo inclinar su frente de diez y seis años.

Tanto tiempo como habia pasado desde su salida de Roa, tanto tiempo que Blanca no cesaba de preguntarse á sí misma dos cosas que la reducian á un estado de insufrible ansiedad. Estas dos cosas eran cómo juzgaria Figueroa su resolución, y cómo sería acogida por su deudo Juan de Velasco, á quien necesariamente tenia que acudir para presentarse al rey como pretendia.

Otro temor importuno se añadía al temor de que Gonzalo se resintiera y su deudo la recibiera con tibieza; aquel temor era á lo que pensara y dijera el rey y la córte de una dama que abandona furtivamente su mansion, que deja á su tutora espirando y se entrega á la proteccion de un doncel.

En su completa inexperiencia creyó que en cuanto al mundo le quitaba pretextos que reprobaban ocultando la última circunstancia, y hé aquí explicado el juramento exigido y la anticipada separacion de Fernando.

De Roa á Puente de Duero la habia sostenido un brazo vigoroso, una voluntad resuelta, un respeto que rayaba en rendimiento, una solicitud que todo lo prevenia. De Puente de Duero á Valladolid se encontró sola, porque no era compañía un labriego tosco y andador, sin más fuerza que la suya débil y desfalleciente, sin otra voluntad que la suya indecisa y fluctuante, sin más apoyo que el que á sí misma se prestara, y entónces le pareció que el camino se alargaba y no habia de llegar al fin.

Pero sí le tuvo: Valladolid apareció á su vista envuelto entre ligeras nieblas que se elevaban del Pisuerga. El sol se habia hundido en el ocaso, algunas estrellas comenzaban á brillar trémulas y plateadas, y las gentes regresaban á sus hogares despues de un grato esparcimiento por las frescas orillas del rio.

Palpitante Blanca se sentó en un ribazo para descansar algunos instantes, despidió á su guia, se quitó el hábito de peregrina, lo arrojó hecho un apretado lio al Pisuerga, y cubriéndose con su manto cuidadosamente guardado entró en la córte de Enrique III.

La noche y el bullicio la asustaban; los requiebros que la dirigian estudiantes y soldados, ofreciéndose á acompañarla, la asustaban más; y tal fue que echó á correr á pesar de que sus rodillas se doblaban, y á carrera abierta cruzó las calles que faltaban para llegar á la del doctor Cazalla, donde vivia el camarero mayor.

Léjos estaba Blanca del pensamiento de su deudo en el momento en que sin anunciarse entró precipitadamente en su estancia, y se arrojó á sus brazos pronunciando con voz trémula su nombre.

—¡Blanca! exclamó el cortesano reconociéndola. ¡Vos aquí!

—Y en salvo... porque estoy á vuestro lado.

Y Blanca se apoyó en su brazo porque no se podia sostener.

—Pero, añadió el camarero mayor reparando el desórden de su vestido y lo tostado de su tez, ¿qué es esto hechicera prima? ¿De dónde venis tan sola y descompuesta? ¿Quién os persigue ó acompaña? ¿En dónde queda vuestra tutora y mi deuda?

Aquellas preguntas tan naturales abrian el juicio en que Blanca iba á entrar, juicio que tanto le imponia y para el que no se hallaba preparada. Así fue que léjos de contestar terminantemente rompió su copioso y acongojado llanto.

—¡Blanca, Blanca mia! dijo Juan de Velasco un tanto afectado; mucho me hace temer vuestra súbita aparicion y ese llanto tan amargo. Venid, prosiguió diciendo miéntras la conducia á un asiento, sentáos, enjugad vuestros ojos y decidme qué pasa en Roa que os apena, porque miéntras no lo hagais me tendréis tan confuso como inquieto.

Y realmente se sentia inquieto el ilustre y encumbrado cortesano, porque de la venida y afliccion de su hermosa prima no presagiaba nada bueno.

En cuanto á Blanca, intentó hacer una explicacion de lo ocurrido en Roa, pero en su miedo á lo que podria pensar, trató de ocultar lo que á su parecer podria perjudicarla en su concepto, y entre unas cosas que ignoraba y otras que se reservó, hizo un relato cortado, oscuro y contradictorio.

—Cara prima, dijo Juan de Velasco suspicaz como hombre de mundo, y pundonoroso como quien de la honra hace un Dios y le rinde culto. Hablemos por partes si os parece, á ver si logro comprender mejor ese nudo de acontecimientos que relatais, algo embolismado y oscuro; para lo cual yo, que estoy más sereno, preguntaré, y vos, que estais enterada, me responderéis explicando sencillamente los sucesos.

Levantó Blanca los ojos para mirar á su deudo, pero sus ojos no vieron sino el rostro impasible del juez. Ya no estaba allí el primero, ni tampoco el galante

cortesano; delante de ella sólo se encontraba el hombre dispuesto á inquirir la verdad por medio de un interrogatorio.

—¿Cuándo salisteis de Roa? la preguntó Juan de Velasco mirándola con atención.

—Há dos dias, contestó Blanca adoptando el mismo laconismo que su interrogador.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Sola vos, cuando ibais á emprender tan largo y expuesto viaje?

—No reparé en peligros ni en obstáculos, y sola le emprendí.

—¿Furtivamente?

—Sí.

—Alguien os daría ayuda para realizarlo, dijo el interrogador observándola.

¿Quién fue?

—Esas casualidades que á veces salvan á la criatura, contestó la interrogada insistiendo en su primera negativa.

—Muchas debieron reunirse en vuestro favor para lograrlo, pero de esto luego hablaremos, porque no son más que detalles. Permitid pues que os haga otra pregunta que debió ser la primera. Decidme, Blanca, decidme: ¿por qué tomasteis tan violenta resolución?

—Ya os lo he dicho: porque el mayordomo de la reina airado y descompuesto me amenazó y le temí.

—¿Cómo fue?

—Violando el retiro de mi aposento me obligó á que le oyera cuanto quiso decirme, y exigiéndome una preferencia que no podía darle, me dijo que ¡ni Dios! me sustraería de su poder.

—¡Atrevido estuvo el mayordomo!

—¡Oh! ¡si estuvo, mirad!

Y la jóven ricahembra de Castro alzó la manga y mostró á su deudo las señales de sus dedos en las manchas amoratadas que rodeaban sus delicadas muñecas.

—Creedme, primo, añadió con acento de verdad; si he huido de Roa atropellándolo todo, ha sido cuando se ha convertido para mí en un abismo. No he querido precipitarme en él, y arrostrándolo todo, lo he evitado.

—Pero por una accion...

—Natural, repuso Blanca ligeramente exaltada con sus recuerdos de Roa; porque todo sér que no es fuerte para defenderse, huye cuando se ve acometido, y el señor de los Cameros pretendió encerrarme en un círculo tan estrecho como el dogal que ajusta el verdugo en el cuello de su víctima.

—Eso es indigno y merece un castigo severísimo que no quedará sin recibir. Mas decidme: ¿por qué no se lo contasteis á vuestra tutora para que pusiera coto y freno al desmandado mayordomo?

—Mi tutora, dijo Blanca, no lo hubiera conseguido ni la reina tampoco; y luego que no lo hubiera intentado, ¡oh! Dios haya sido ménos inflexible con ella, que ella lo era conmigo.

—¡Dios haya sido! repitió Juan de Velasco sorprendido. Pues ¿que es muerta para haber sido juzgada?

—¡Muerta es! respondió Blanca cruzando las manos y bajando la frente que cubrió una densa sombra.

—¡Muerta doña Brianda! exclamó su sobrino asombrado con aquella inesperada noticia.

La duda pasó por la mente de Blanca, y sin reflexionar lo que decia repuso:

—Pudiera acaso no estarlo.

—¿Pues que no lo sabeis con certeza? la preguntó subiendo de punto su sorpresa y aumentándose sus prevenciones. Pues que ¿la habreis abandonado en la hora suprema de la muerte?

Se pasó Blanca la mano por la frente, miéntras que en silencio y fijos dis-
traidamente los ojos en su interrogador, repelia su pensamiento el mismo cargo á su conciencia.

—Explicad, explicad, Blanca, este arcano siniestro, dijo Juan de Velasco des-
pues de una corta pausa. ¿Qué es de vuestra tutora, ó mejor dicho, qué era cuando os separasteis de ella?

—Os diré lo que sé... lo que presumo, respondió Blanca confundida y tur-
bada como un reo. Mi fuga estaba preparada, y sólo esperaba la hora para rea-
lizarla. Aguardando á que sonara, entró mi tutora en mi aposento toda amedren-
tada y temblando porque en el suyo habia penetrado una lechuza, y en su terror
le abandonó trocándole por el mio. Quiso acostarse en mi lecho, y lo hizo dur-
miéndose profundamente. A poco y ya á punto de evadirme, entró un hombre...
y yo creo que la mató, porque cuando salió... ¡Oh! ¡no respiraba! ¡la habia
muerto!

—Con que ¡la noble, la anciana doña Brianda ha muerto asesinada en el le-
cho de su sobrina!

Y el camarero mayor clavó en Blanca una mirada que le sobraba horror y
reprobacion.

Bajo el peso de aquella mirada, Blanca, sin energía y sin resolucion para de-
cirlo todo, ó para hacer frente á todo, se encontró abrumada y confundida. Juan
de Velasco continuando su interrogatorio le preguntó:

—Con que ¿vos estabais allí cuando aconteció tal desdicha?

—Sí.

—Y á su lado ¿no la defendisteis siquiera con un grito?

—Yo no ví nada, estaba escondida.

—Pues ¿cómo supisteis que la habian muerto?

—Ya os lo he dicho; porque no respiraba.

—Admito que sólo por eso lo presumierais. Pero ¿cómo concibiendo tan terrible presuncion no tratasteis de cercioraros? ¿Cómo la dejasteis sin socorro pudiendo necesitarlos?

—Quise hacerlo, mas....

—No os dejaron, se comprende, repuso el camarero mayor viendo á su deuda abrumada con aquel cargo, que como el anterior á sí misma se repetia.

Dió Juan de Velasco un paseo por la fastuosa habitacion, y volviendo junto á Blanca la dijo con acento grave y decidido:

—Voy á haceros la postrer pregunta; sed sincera en la respuesta, prima, porque acaso os vaya en ello mucho. Vos habeis sido inducida y conducida por álguien en vuestra fuga. ¿Quién es este? Decidme su nombre, porque como deudo vuestro y deudo de doña Brianda tengo que pedirle muchas y graves explicaciones.

—Nadie me ha inducido, nadie tiene parte en mi resolucion ni en mi empresa, respondió Blanca negando por generosidad lo que ántes negara creyendo favorecerse.

—Blanca, repitió Juan de Velasco con calma: ¿olvidasteis haber dicho ser de noche cuando huisteis?

—¡No olvido nada, don Juan!

—Pues explicadme entónces cómo abristeis un palácio y una villa murada con fuertes puertas, y esas puertas bien guardadas.

—Todo lo hizo como os dije ántes la casualidad que fue en mi ayuda, respondió Blanca negando obstinadamente.

—Prima, dijo el camarero mayor despues de contemplarla un breve instante empleado en resolver en su mente la sentencia inapelativa de su deuda, el honor de una familia como la nuestra no admite manchas, sombras que lo deslustren ni empañen. Cuando en uno de sus miembros cae una, aquel miembro se corta, y el cuerpo, como sucede al árbol que se le despoja de la rama seca ó enfermedad, se robustece y eleva. Como cabeza de este cuerpo me incumbe su conservacion; no extrañeis pues que sea severo con vos, porque es un deber el serlo.

Esas ambigüedades, esas contradicciones de que está lleno vuestro relato, prueban que no decís la verdad, y la verdad sólo se oculta cuando perjudica el publicarla. Yo la buscaré con afan en otra fuente más clara, y obraré cuando la encuentre como corresponda al lustre del nombre que ambos llevamos.

Entre tanto, Blanca, habeis buscado en mí un apoyo, os habeis arrojado á mis brazos, y ellos os defenderán y os guardarán; sólo que léjos de dar publicidad á vuestra venida y aventuras, léjos de presentaros en la córte para que derrameis en ella con vuestras palabras las sospechas, os conduciré á un convento en el que permaneceréis ignorada y oculta hasta tanto que aclarados los acontecimientos puedan publicarse sin mengua de vuestra honra.

Muchos y amargos pensamientos pasaron por la mente de Blanca, mientras escuchaba las duras razones de su deudo. La escasa energía de su carácter se había gastado en las anteriores pruebas, y ante el primer desengaño sucumbía y se postraba. Nada tuvo pues que contestar sino una protesta de inocencia.

Por lo que hace al camarero mayor se ciñó su espada, tomó su gorra adornada con delicada pluma, y dirigiéndose á Blanca le dijo con fina y cortes expresión:

—Voy á entregaros yo mismo á la maternal solicitud de la abadesa de Santa Clara, deuda mia aun que no vuestra, y que tendrá por vos los más solícitos cuidados. Seguidme pues, porque vos reclamais descanso y tranquilidad, y á mí me espera don Enrique, y quizá me haya echado ya de ménos.

Y presentándola su brazo sin esperar su respuesta, la condujo desde la fastuosa estancia á la calle, y de esta por muchas otras á la portería del convento ya cerrada á aquella hora, y á la cual llamó Juan de Velasco con fuertes y repetidos golpes.

Después de esperar un corto espacio á que la puerta se abriera y luego á que la hermana tornera anunciara á la abadesa la venida del opulento y encumbrado cortesano, y que la prelada se personase en el locutorio y á él fuéran los nocturnos visitantes, y aquella diera sus excusas por no haberles recibido con más ceremonia y prontitud; Juan de Velasco la dijo ocupándose del objeto que allí le conducía:

—Yo á mi vez os pido perdon por haber turbado vuestro recogimiento y sosiego; pero he tenido urgente precision de hacerlo para traeros una huérfana, niña aun, bella y noble, que necesita vuestra proteccion, vuestros cuidados y vuestra vigilancia. Recibidla bondadosamente, añadió el cortesano cargando de intencion sus palabras que lentamente acentuaba; os la recomiendo con empeño, no apartéis de ella vuestros ojos maternales; es un tesoro y merece ser guardado, porque hay muchos que lo codician. Esto os pido y me lo habeis de conceder si en algo estimais á vuestro deudo.

—Os lo prometo, Juan, y con la ayuda de Dios y de su santa Madre lo cumpliré: perded cuidado por ella, que yo la guardo.

Luego sacando el descarnado brazo por los claros de la doble y fuerte reja para dar la mano á la recomendada del ilustrè camarero mayor, añadió dulcificando algo su acento glacial:

—Bien venida seais, hija mia. Entrad en nuestro santo recinto sin temor, porque entre el mundo y vos se extenderá mi báculo, y quedaréis sustraída de sus lazos y perfidias.

La misma impresion recibió Blanca al oír la recomendacion de su deudo y la promesa de la prelada, que la que causa en el prisionero oír por primera vez el ruido de la llave que da vuelta sobre vuelta para encerrarlo en su prision. La montañesa de Ruitelan, la jóven ricahembra de Castro, hija de la libertad y ha-

bituada á la fastuosa opulencia del palacio de doña Leonor, miró con repulsivo horror aquella bóveda que opacamente alumbraba una lámpara suspendida con cadenas, aquella figura sombría y misteriosa que aparecía á través de la espesa reja y fue menester un supremo esfuerzo de su parte para contener los sollozos que hinchaban su pecho y anudaban su garganta, pero no pudo contener gruesas y abundantes lágrimas que por sus mejillas se deslizaron, cuando oyó á Juan de Velasco decir con su impasible y decidido acento:

—Tranquilo quedo dejándoosla. Mandad pues abrir la puerta para que os haga mi depósito.

—Voy á mandarlo y á salir yo misma á recibirlo.

Y como una sombra fantástica se deslizó la abadesa, desapareciendo por entre los arcos del fondo.

—Oid, exclamó Blanca, vencida su timidez por el terror que sentía: yo he arrojado todos los peligros y todas las consideraciones que detienen á una dama para venir á Valladolid á reclamar la tutela real. No tengo por qué esconder mi frente pura hasta de un mal pensamiento en la oscuridad de un claustro, y la puedo mostrar á todas las miradas que desafío escudada con mi inocencia. Yo no me quiero quedar aquí; no quiero misterios, sino luz y verdad: dejadme pues que vaya á declararla; sino soy perdida, porque con mi confianza en vuestra protección, imprevisora y desatinada he roto el hilo que podía servir para descubrir crimen y criminales probando lo que declaro.

—Niña arrebatada, si no culpable, respondió el cortesano severamente, el mundo no se fascina como á vos os han fascinado. Perdida seriais si os dejara consumir vuestra deshonra, miétras que ocultándoos se oculta con los velos del misterio que pretendéis explicar.

—Pues bien, y aunque así sea, mi nombre que conmigo concluye, es mio; su lustre á mí me pertenece el mantenerle, y quiero que no le empañe las sospechas del mundo, como le empañan las vuestras. Puedo desvanecerlas. ¡Dejadme que lo haga!

—Es inútil vuestro ruego, Blanca, porque nada he de concederle en este instante. Si doña Leonor viene á Valladolid, ó don Enrique va á Roa, yo inquiriré la verdad, y si vuestra inocencia se prueba, os presentaré en la corte; pero si no se proba... bien os estará el velo, Blanca.

—Mal deudo, dijo la señora de Ruitelan con orgullo, no os ruego más; pero rechazo abiertamente vuestro amparo y reclamo el de mi señor el rey don Enrique de Cas'illa.

—Ya se abre la puerta, repuso friamente el camarero mayor oyendo descorrer los cerrojos de la puerta reglar á donde la habia conducido; no me obligueis á un acto de violencia que sentiria eternamente.

—No... no quiero... entrar, exclamó retrocediendo y resistiéndose Blanca. ¡No quiero!

Mas la puerta se abrió, y Juan de Velasco la tomó de la mano y la llevó hasta el dintel, donde estaba la abadesa con el velo levantado, acompañada de dos religiosas, la una con las llaves, la otra con una lámpara en la mano, y ambas veladas y silenciosas.

—Os entrego, dijo el camarero mayor presentándola con ceremonia, á mi deuda Blanca de Castro, señora de Ruitelan; acogedla como madre.

—La recibo como á hija, contestó la anciana prelada alargando su mano descarnada para asir la de la jóven.

Blanca se estremeció al contacto de aquella mano húmeda y huesosa que agarraba la suya trémula y abrasadora, y la atraía hácia ella blandamente, dirigió una mirada de súplica acongojada y conmovedora al cortesano que se mantuvo impassible, y pasando la puerta fatal se encontró en el término de su viaje.

Entónces bajó la cabeza sobre el pecho y oyó simultáneamente la despedida del camarero mayor fria y lacónica, los cerrojos de la puerta rechinando al pasarlos, un *venid* un tanto severo de la abadesa, y las sordas pisadas de las religiosas que respetuosamente las precedían. Dejóse pasivamente conducir á una celda que en su presencia se abrió, y rendida de cansancio, llena de afliccion y de terror, se acostó en el lecho que le prepararon, cerrando sus párpados á poco el sueño agitado de la fiebre.

LI.

A pesar de lo que rodeó el doncel Fernando de Bobadilla llegó á Valladolid mucho ántes que Blanca, y sin detenerse ni aun á sacudir el polvo que profusamente le cubria, se fué derechamente á casa del condestable de Castilla Ruy Lopez Dávalos, á quien afortunadamente encontró en el instante mismo de partir para el alcázar.

Conocía el privado de don Enrique al doncel favorito de Alfonso Alvarez de Toledo, y cuando le vió llegar solo, empolvado y presuroso, le preguntó con prontitud:

—Doncel, y ¿el alcaide?

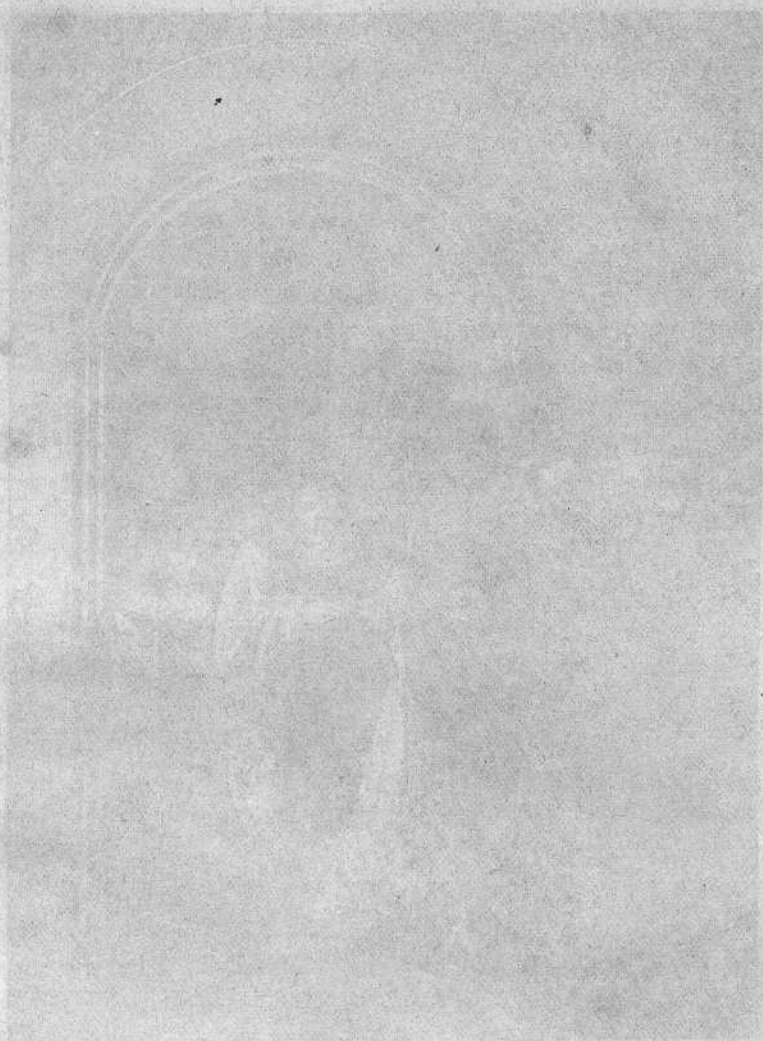
—En Roa, contestó Fernando saludándole con respeto.

—Y ¿cómo aquí vos sin él?

—Porque salí de la villa furtivamente para preveniros lo que en ella pasa.

—¡Por Santiago, doncel! explicáos pronto, porque el rey me espera y quiero llevar las nuevas que traigais.

—Pues palabras no han de sobrar, dijo Fernando con su acostumbrada soltura. Hé aquí las nuevas en resúmen: Roa está en abierta rebelion, fortificada, per-



... ..

Mas la puerta se abrió, y Juan de Velasco la tomó de la mano y la llevo hasta el diazo, donde estaba la abadesa con el velo levantado, acompañada de dos religiosas, la una con las llaves, la otra con una luz que en la mano, y ambas vestidas y descubiertas.

— ¡Buena noche, Sr. D. Juan! — dijo la abadesa con ceremonia, a mi demerceda carde. Castrejo, que me ha traído a casa como marido.

— ¡Buena noche, Señora! — dijo Juan de Velasco alargando su brazo descubierta para besar la de la Señora.

Habia en el momento al Sr. D. Juan una mano humeda y fría que agarraba la suya, y él se volvió y se miró a sí mismo con un sentimiento, dirigiéndose al Sr. D. Juan con una voz que le hizo volver la cabeza, y se mantuvo en silencio, cuando se oyó la voz de la abadesa que le dijo: — ¡Buena noche, Sr. D. Juan! — y las sordas bisbas de las religiosas que se oían en el fondo de la iglesia. Juan de Velasco se volvió a una parte de la iglesia, y se quedó en la puerta de la iglesia, y se quedó en la puerta de la iglesia, y se quedó en la puerta de la iglesia.

II

— ¡Buena noche, Sr. D. Juan! — dijo la abadesa con ceremonia, a mi demerceda carde. Castrejo, que me ha traído a casa como marido.

— ¡Buena noche, Señora! — dijo Juan de Velasco alargando su brazo descubierta para besar la de la Señora.

- ¡Buena noche, Sr. D. Juan! — dijo la abadesa con ceremonia, a mi demerceda carde. Castrejo, que me ha traído a casa como marido.
- ¡Buena noche, Señora! — dijo Juan de Velasco alargando su brazo descubierta para besar la de la Señora.
- Porque sali de la iglesia, y me fui a prevenir lo que en ella pasa.
- ¡Por Santiago, don Juan! — dijo la abadesa, porque el rey me espera y quiero llevar las nuevas que traigan.
- ¡Pues palabras no ha de hacer! — dijo Fernando con su acostumbrada solemnidad. He aquí las nuevas en resumen. Hea está en abierta rebelion, fortificada, per-



—La recibo como á hija...

trechada y guarnecida. La reina de Navarra, ofuscada y enorgullecida, se halla resuelta á rechazar la razon con la fuerza, y so pretexto de dar al leal enviado de don Enrique contestacion á la carta que le llevó en obras, le retiene preso en su mismo palacio con una guardia en la puerta de su aposento.

—¿Cuándo salisteis de allí?

—En las altas horas de la noche del dia en que llegámos.

—¿Os envia Alfonso?

—Sí.

—Con que ¿venis?...

—A deciroslo todo, y en seguida á volver como me tiene mandado.

—Entónces venid, vamos juntos al alcázar.

Y los dos se encaminaron á la morada de Enrique III, preguntando siempre el condestable y respondiendo el doncel.

Sobre Enrique III, el único rey bueno de la raza de Trastamara, batia en aquella hora la tristeza sus negras alas.

Castilla habia retrocedido, á pesar de todos sus esfuerzos para evitarlo, á sus dias de calamidad. Como algunos años ántes se hallaba hondamente dividida y pronta á estallar una guerra civil formidable y desastrosa. Sobre ese mal en extremo deplorable se acumulaba otro, y la guerra era, no solo con los tios del rey en el interior, sino que amenazaba comunicarse al exterior en tres de sus fronteras, ó acceder á las pretensiones de Navarra, sufrir la ley que quisiera imponer Portugal, y no poner coto á los desmanes que la odiada media luna cada dia cometia con la impunidad que gozaba desde que el adelantado de Andalucía mandó sus lanzas á Castilla.

Conducido al último extremo Enrique III, estaba resuelto á entrar en lid haciéndole frente á todos, decidido á quedar en el palenque muerto ó vencedor, terminando una situacion que no podia prolongarse sin mengua de su honra y la del reino.

Empero aquella resolucion firme y digna era alternativamente combatida y fortificada con empeño, porque dicho se está que en su consejo existia la misma division que en Castilla, y segun á la parte que pertenecian los consejeros así le abatian con sus funestas predicciones, ó le alentaban con risueñas esperanzas.

Las que habia de un avenimiento á la partida del alcaide de los donceles murieron con las noticias de que fuera portador fidelísimo Ramiro de Arévalo; y sin fe en el éxito de la segunda tentativa de Alfonso Alvarez de Toledo, se esperaba su regreso con ansiedad para obrar con energía, si como se presumia nada podia conseguir.

Cuando Ruy Lopez Dávalos y el doncel penetraron en la cámara de don Enrique no se hallaba esta desierta. Hallábanse en ella los arzobispos de Toledo y Santiago, los obispos de Zamora y Cuenca, los maestros de Santiago, Calatrava y

Alcántara, los privados, el adelantado mayor de Castilla, el alférez mayor del rey, el tesorero Hernan Perez de Villafranca y el comendador de Leon.

En aquel momento como siempre, y allí como en todas partes, los dos arzobispos, antiguos gobernadores del reino, estaban uno frente á otro, mostrando sus cabezas encanecidas y augustas por el sacerdocio y la vejez, que todo lo que es grande subsiste, subsistiendo su odio sin perder un átomo de su intensidad.

El condestable presentó el doncel á don Enrique, y Fernando dió cuenta de lo que habia ocurrido en Roa y con el alcaide habia convenido, sin recargar su relato de detalles y sin olvidar nada de lo que constituia el fondo de las cosas, y las caracterizaba y daba fuerza.

—Con que ¿Roa se alzó con su señora? dijo Enrique III con una amarga sonrisa cuando el doncel concluyó. ¡Bien, bien por la reina de Navarra!

Ninguna exclamacion acompañó á la del rey: cada cual enfrenaba sus sensaciones, y todos permanecieron en silencio con una reserva propia en un todo de cortesanos.

—¡Imita al duque de Benavente! añadió con profundo resentimiento don Enrique. De acuerdo ambos, me desoye porque él lo ha hecho; ¡él! á quien he llamado el primero para premiarle porque viniera á mi lado; y ¡ella! á quien he ofrecido luchar con Navarra ántes que consentir en que violenten su voluntad el rey don Carlos su esposo, ni los que á él le favorecen.

Ninguna voz se alzó para defender á doña Leonor ni á don Fadrique, y eso que allí estaban algunos de los que habian sido estrechos aliados del duque y algunos de los amigos de la reina.

—Ambos han roto el lazo de fidelidad y obediencia que me deben; pues bien, roto sea el lazo de sangre que á ellos me une, y desde este instante soy para ellos lo que ellos son para Castilla, un enemigo resuelto á todo. Doncel, añadió Enrique III con energía dirigiéndose á Fernando, ahora mismo salís del alcázar, montais á caballo en seguida, y partís á reuniros con el alcaide. Así que le veais, decidle que aquí se hace frente á Navarra y Portugal, y la guerra á los rebeldes y sus parciales; que no guarde consideracion ninguna con quien ha faltado á todas, y que salte por los muros de la villa para unirse á nuestras huestes, que no tardarán en presentarse ante ellos.

Prometió Fernando cumplir pronto y fielmente la orden de don Enrique, y despues de tomar la venia y oir algunas observaciones del condestable, salió de la cámara satisfecho y dispuesto á emprender nuevo viaje, sin descansar del que acababa de terminar con Blanca.

—Condestable, dijo Enrique III dirigiéndose á Ruy Lopez Dávalos, prevenid cuanto sea necesario, porque con nuestras buenas lanzas saldremos por todo el dia de mañana para Roa, de Roa pasaremos á Benavente y de Benavente á Gijon.

—Pero ¿y Portugal y Navarra? preguntó el maestro de Alcántara don Fernan Rodriguez de Villalobos, partidario como el de Santiago de los tios del rey.

—Á Portugal y á Navarra los contendrémos, maestre. Ahora nuestras lanzas sobre Roa, y vencida esta, las mandarémos á Olivenza, desde donde merodea el portugués.

—Antes de ponerlas en movimiento, dijo don Lorenzo Suarez de Figueroa, mirad bien á donde os está mejor llevarlas, pues el portugués amenaza la fortaleza de Zamora, ínterin el comendador de Uren escaramucea por Olivenza, y puede muy bien tomarla miéntras las huestes reales pasan luengos días asediando fortísimos muros de piedra defendidos por otros muros de hierro; muros que en una hora y por medio de una transaccion podiais con una palabra hacer vuestros.

—Esa palabra está dicha, maestre, bien lo sabeis, contestó Enrique III. ¡Pero se han burlado de ella!

—Puede, señor, que no la hayan comprendido. ¿Quién sabe lo que el alcaide habrá podido decir?

—Yo lo sé, dijo Enrique III con íntima seguridad; Alfonso Alvarez de Toledo ni aumenta ni disminuye lo que se confía á su lengua.

—Alfonso Alvarez de Toledo es leal como el primero, pero áspero como ninguno; acaso háya exasperado mucho más que conciliado en su negociacion con el duque y con la reina. Los fieros no son del caso.

—No los ha usado el alcaide, estoy seguro, replicó el rey fruncidas las rubias cejas. Ahora, si pretendiais que rogara, os diré que no lo ha hecho, porque me conoce muy bien y representa mi persona.

—Yo no pretendo nada, señor, repuso el maestre de Santiago altivamente; lo que hago es decir como leal consejero lo que mi conciencia me inspira. Yo creo que la guerra civil es un mal, y la violacion del territorio, si no se venga, una afrenta, y me duele que todo esto recaiga sobre el pueblo castellano. Yo creo que la primera se puede evitar, y evitándola volver á don Juan de Portugal los golpes que nos asesta. Yo sé, como sabe Castilla, que el duque de Benavente es el fuerte, el poderoso, el temible... Pues bien, al duque de Benavente se le persuade, se le convence, se le reduce y aparta y eso, repito como ántes dije, se consigue en una hora miéntras que para rendirle se necesita un largo espacio de tiempo.

—Maestre, dijo Enrique III con ironía, eso es imposible, porque la empobrecida Castilla no puede saciar su ambicion. Ni hay riquezas ni princesas que ofrecerle, pues mi tesoro está exhausto y mi hija doña María se halla en la cuna aun y hay dos generaciones entre ambos.

—Confieso que no tiene con que seducir una ambicion halagada con la posesion de todos los goces; pero le sobran varones eminentes en saber y en elocuencia, apóstoles de Dios, espíritus de paz... mandadle uno y ese lo conseguirá.

Y el maestre de Santiago designó con su mirada á los arzobispos, los obispos y el justicia.

El anciano obispo de Cuenca, que recordaba las tribulaciones pasadas en la minoría de don Enrique y ansiaba la paz vivamente, no ignorando los lazos que habian unido al primado con el duque, le miró con insinuante expresion, invitándole á que aceptara la mision que el maestre les señalaba; pero don Pedro Tenorio comprendiéndole, le hizo un signo negativo con tanta firmeza como apacibilidad. Los demas permanecieron en silencio.

—¿No habrá quien hable de paz? ¿no habrá quien la garantice? exclamó don Lorenzo Suarez de Figueroa con acento de reconvenicion.

El primado miró frente á frente al arzobispo de Santiago su antiguo rival, su constante enemigo, la sombra de sus glorias y la voluntad que arrollándolo todo lo atribulara en Zamora, y le dijo impulsándole á una negativa enérgica en desdoro de su augusto carácter:

—Si vos lo intentarais, vuestro influjo pudiera conseguirlo, porque con él no se ha gastado y el de los demas ¡sí!

Levantó la cabeza don García Manrique, le miró algunos instantes fijamente, y comprendiendo la insidia, respondió con su acre y severa expresion:

—No he sido nunca su amigo, nunca me ha dado sombra su bandera, nunca nos ha ligado ningun vínculo; le he combatido más de una vez frente á frente como combate el leal; pero como jamas falté á lo prometido así á mis amigos como á mis enemigos, dará crédito á mis palabras, y si le hablo de paz, creará que paz es lo que se le brinda cuando yo se lo aseguro.

Iba don Pedro Tenorio á mostrar en una cortante réplica que su odio lo mismo que el fuego eterno era inapagable, cuando el buen obispo de Cuenca, que sobradamente les conocia, exclamó adelantándose:

—Si así lo creéis ¡por Jesucristo nuestro maestra! escribidle, don García.

—Probad á reducirle, García, añadió su antiguo y leal amigo don Gonzalo Nuñez de Guzman.

—¡Oh! aun se podia conciliar todo, dijo el comendador de Leon, partidario de la paz como adicto á los rebelados.

—¿Le escribo, señor? le preguntó al rey que permanecia en silencio el rogado arzobispo de Santiago.

—Si lo teneis á bien, escribidle, respondió don Enrique con acento en que marcadamente se percibia no ordenaba ni asentia, sino que le dejaba en plena libertad para obrar.

—Intentad el último esfuerzo venciendo vuestras repugnancias, añadió el maestre de Alcántara tratando de ganar tiempo en favor de los tios del rey.

—Lo intentaré, dijo don García Manrique con resuelto y orgulloso acento. Voy á escribirle por primera vez para exhortarle á la sumision; voy á llamarle y á brindarle paz. ¿Es esa la mision que se me encomienda?

—¡Esa es! respondieron á una voz los maestros de Santiago y Alcántara.

—¡Digna de vos por cierto! añadió don Pedro Tenorio vertiendo el sarcasmo con mesura.

Algunos murmullos se oyeron, algunas frases, todas de aprobacion, se dijeron, y quedó resuelta la nueva tentativa con el duque.

—¡Oh! exclamó el condestable sin poder ocultar su disgusto, ¡nueva dilacion!

—Corta será y la postrera, dijo Enrique III dirigiéndose á su mal satisfecho privado. Entre tanto prevenido todo, porque así que sepamos la última resolución del duque de Benavente, marcharemos sobre Roa como he anunciado al saber su atrevimiento.

—Podiera ser, dijo el comendador de Leon, que el duque tratara por sí y por la reina de Navarra en un avenimiento con el rey.

—Pero pudiera ser que no, replicó el condestable con alguna impaciencia; y en este caso el tiempo que se pierde no puede apreciarse en su valor más que por los perjuicios que se sigan. Lo mejor sería partir.

—Y partiremos, dijo Enrique III con seguridad y firmeza cortando á la vez réplicas y presunciones: vos, Pedro Lopez de Ayala, mi valiente y leal alférez mayor, estad pronto á enarbolar el pendon real de Castilla; y vos, condestable, á seguirle, porque repito que esta dilacion es la última y que luego caeremos como el rayo sobre lo que ose resistir. Prepárense pues los que hayan de asistir á la jornada, pues venido el duque ó su respuesta, se pondrán en movimiento nuestras huestes.

Dicho esto, fuéronse los arzobispos, fuéronse los maestros, fuéronse con unos y otros los cortesanos despedidos por el rey, quedando sólo en la cámara á una indicacion suya, su mayordomo mayor y su avaro tesorero. Dirigiéndose á este le dijo don Enrique con una de sus sonrisas equivalentes en su amarga expresion á un suspiro:

—Buen Hernan Perez de Villafranca, el cuerpo, segun frase del condestable, está pronto; más y ¿el espíritu que le ha de animar para moverle, dónde está?

—Para responderos, señor, necesito preguntaros qué es lo que teneis por espíritu del cuerpo que ha de moverse.

—El oro, mi tesorero.

—Pues el espíritu, señor, dijo Hernan Perez de Villafranca clavando en don Enrique su oblicua y penetrante mirada, está hoy en la judería, pero mañana se hallará encerrado en las arcas del tesoro de V. A.

—Y ¿cómo se obrará ese milagro, Hernan?

—Dando en hipoteca mis tierras, mis castillos, y si es menester hasta á mi propio hijo.

—Eso será despues de convertir en doblas mis estados de Almazan, Mendi-vil y la Rivera, añadió el mayordomo mayor siguiendo la iniciativa tomada por el tesorero.

—En la angustiosa situacion de hoy lo acepto todo, dijo don Enrique miran-

do alternativamente á su privado y á su tesorero; mas no sea sin asegurarnos que lo que recibo será devuelto con creces.

El diestro tesorero hizo una protesta tan lacónica como oportuna de adhesión, y se retiró quedando solos el rey con sus impresiones y su privado observándole en silencio.

Tras un largo espacio trascurrido sin que uno ni otro lo interrumpiese:

—Juan, dijo Enrique III mirándole, pensemos en todo: Pedro Carrillo ha encanecido á mi servicio; es leal como pocos y entendido si los hay. Sevilla necesita un asistente que sin oprimirla la enfrene, y hombre de ese temple es el anciano mariscal. Vaya pues de asistente allá, y premieemos sus altas prendas con ese cargo que desea.

—Y que sabrá servir dignamente, respondió Juan Hurtado de Mendoza aprobando la eleccion con marcada deferencia. Y ¿á quién nombrais en su lugar para el alto cargo que desempeña?

—A Iñigo de Zúñiga. ¿Quién más adicto á mi persona?

—Nadie, señor. Iñigo es espejo de lealtad, de valor y de adhesion. Y ¿para el adelantamiento de Castilla que vaca?

—¡Oh! á Tello de Villafranca, que lo desempeñará á maravilla.

—Sabeis elegir, señor, dijo el privado apareciendo altamente satisfecho de la eleccion.

—Sé que los elegidos me han servido bien y que merecen ser premiados.

—Cierto es, repuso el mayordomo mayor protestándolo con singular complacencia.

Anunciada su voluntad, se levantó don Enrique, despidió al mayordomo mayor, y abandonando su cámara se dirigió á la de la reina para gozar algunos instantes de calma al lado de Catalina de Lancaster, en cuyo regazo se hallaba la princesa doña María.

LII.

Salió el doncel Fernando de Bobadilla del alcázar, y resuelto á cumplir bien y por entero su comision, se encaminó derechamente á la morada del alcaide de los donceles con la intencion de dar cuenta á su esposa doña Beatriz Perez Sarmiento de la buena salud de su esposo, y tomar al mismo tiempo sus órdenes y uno de los caballos más fuertes y corredores de la bien provista cuadra del alcaide.

Anunciado y recibido, dadas las nuevas que traia y oidos los encargos de la noble dama, trató de retirarse; pero le entretuvo doña Beatriz repitiéndole lo di-

cho, entretuviéronse los palafreneros en ensillar el elegido corcel, y se entretuvo á su vez en tomar una abundante refaccion, requerida por su apetito no satisfecho en Puente Duero y ofrecida por la esposa de Alfonso Alvarez de Toledo con bondadosa solicitud.

De todos estos entretenimientos resultó que era entrada la noche cuando salia de casa del alcaide, y ya á punto de poner el pié en el estribo vió pasar una dama cubierta con su manto, mas tan acelerada y aturdida que tropezó en el palafrenero que le tenia la brida echándose encima del animal.

—¡He! ¡la tapada!... ¿Estais ciega? dijo el palafrenero apartándola de un brazo.

—¡Bendita sea la hermosa! añadió un escudero de doña Beatriz que habia bajado á despedir al doncel.

Fernando se volvió á mirarla, y á la luz de un farolillo que ardia en un portal inmediato, la vió seguir su marcha con tal rapidez que hacia ondular su negro manto á pesar de la calma de la noche.

—¡Es ella! murmuró con indefinible emocion.

Y tras su exclamacion soltó la crin del poderoso bruto que asida tenia, y dirigiéndose al palafrenero:

—Se me habia olvidado lo más interesante, le dijo. Voy pues á evacuar un cierto encargo que tengo; hacedme el gusto de esperar algunos instantes, que no tardaré en volver. ¡A Dios, Nuño!

Hecha la explicacion que antecede, pedido el favor con que terminaba, y dada su lacónica despedida al escudero, todo con una volubilidad admirable, Fernando tomó calle arriba siguiendo á la encubierta dama, á quien nuevos tropiezos y nuevos requiebros obligaron á cambiar la aceleracion en carrera y carrera tan veloz que el doncel hubo de sudar para no imitarla y seguirla.

Siempre en pos y próximo á ella, la vió doblar la esquina de la calle del Doctor Cazalla, la vió acortar el paso, la vió reconocer los edificios y la vió por último entrar en un caseron inmenso, harto conocido del doncel por ser habita- do del ilustre camarero mayor del rey.

—¡Bien! dijo Fernando viéndola desaparecer en el vasto portal; ya está en seguridad á lo ménos de ciertos peligros.

Con lo cual volviendo pasos atras tornó á donde quedaban esperándole, y montando en su arrogante caballo emprendió de nuevo el camino de Puente Duero á la luz de las estrellas.

LIII.

Seiscientas lanzas y tres mil infantes se agrupaban en torno de Benavente, abastecido, fortificado y dispuesto á combatir con Castilla. Las inteligencias con Roa, Gijon y Portugal se mantenian de continuo por fieles emisarios, y todo en fin se hallaba prevenido para que en el mismo punto de levantar don Enrique sus haces, ó de resolverlo la reina de Navarra, se derramase por todo el reino la guerra inundándolo como un impetuoso torrente.

No por eso animaba á don Fadrique el turbulento entusiasmo de su potente rebelion. Despues de manifestar sus intentos saliéndose de Valladolid, arrojando su guante al rey, de resistirse á sus deseos con toda la arrogancia de su carácter mandándole con el alcaide una audaz negativa, de hacer aquellos aprestos tan formidables y costosos; sentia extremada tibieza y más que tibieza desvío por la causa á que los consagraba y una completa indiferencia por el éxito que la cupiera.

De humor desigual, ya melancólico, ya irascible, tan pronto recorria á caballo largas distancias, tan pronto se retiraba á su castillo, se encerraba en sus aposentos y se pasaba hora por hora, muchas, sin recibir ni aun á su alférez á quien indirectamente alejaba de su presencia con pretextos bien frívolos á veces.

Desde que alzándose de hecho contra Castilla y su rey se habian retirado á Benavente, habíase obrado en el duque y en su alférez un cambio extraño y sorprendente.

A la activa energía, al inquieto ardor de don Fadrique empleado en levantar sus estados en un dia, se substituyó una profunda indolencia, no la indolencia que nace de la fuerza y la confianza que inspira, sino esa indolencia descuidada y sombría hija del desaliento ó del fatalismo.

En Gonzalo de Figueroa, por el contrario, ya no existia aquella cualidad que formaba poco ántes el fondo de su carácter y el rasgo distintivo de su fisonomía. La indolencia no resaltaba ya en la frente cuyos pliegues revelaban los cuidados, la zozobra y una perenne ansiedad.

Ya no cuidaba solamente el bizarro alférez de sostener, y sostener con gloria el pendon feudal del duque; érale necesario hacerle triunfar, plantarle más alto que estaba aun, y para conseguirlo empleaba su influjo, su tiempo y su energía con un ardor y una constancia incansable.

Sin descanso en el dia, sin reposo en la noche, su atencion seguia ávidamente á don Fadrique en sus varias y bruscas transiciones: comprendia su causa, teníaase asimismo por origen directo de ella, y sentia una necesidad imperiosa, un

afan devorador por romper la alianza que envolvía al duque tan pesadamente como un grueso manto de plomo, ó que fuera coronada la empresa con un éxito feliz.

En aquella situación de espíritu el prisma á través del cual contemplaba á su amor habia perdido los más hermosos de sus colores. Pensaba en Blanca y pensaba mucho; mas sus ojos la veían revestida de una especie de fatalidad que pesaba el destino del duque, y sin vacilaciones de ninguna clase, á serle posible escoger, hubiera desistido de su empeño por eximir á don Fadrique de sus pesados compromisos.

Tal era el estado de las cosas en Benavente el día que se presentó en su avenida Sancho Rodriguez de la Encina, hidalgo extremeño, de tan inmensa facundia, que segun fama jamas estaba queda su lengua ni su pensamiento parado, cualidades por qué le eligió don Pedro de Castilla para desempeñar un encargo en que todo era menester fiarlo á la palabra y á la memoria.

Bajóse inmediatamente el puente levadizo para el enviado de Roa; recibióle Gonzalo cortesmente, y conduciéndole á la sala de armas, miéntras don Fadrique no venía, le preguntó en su deseo de saber cuanto interesaba á su empresa ó á su amor.

—¿Qué novedades nos traéis de Roa, buen Rodriguez de la Encina?

—Grandes como todas las que acaecen en el palacio, contestó el hidalgo lenguaraz con cierto recargamiento misterioso.

—¿Qué hay pues? tornó á preguntarle Figueroa sintiéndose acometido de un vivísimo sobresalto.

—Perdonad, bizarro Gonzalo; pero no os las quisiera decir; al ménos no es á vos á quien tengo ánimo de comunicarlas.

—Pues reservádselas al duque, replicó su alférez con resentimiento que encubria mal una sonrisa ligera.

—Las que me retraigo de deciros no atañen á don Fadrique, ni tienen nada que ver con mi venida, replicó el enviado de don Pedro picando la curiosidad de Gonzalo harto excitada por cierto.

—Guardadlas para vos entonces, repuso el alférez del duque ardiendo en deseos de saberlas y resuelto á no preguntarlas.

—Eso haré para no daros pesar, dijo el mal intencionado hidalgo complaciéndose en anticipárselo.

—¿Pesar á mí? repitió Figueroa desafiándole con una mirada á que se lo diera, miéntras su corazón latía con fuerza.

—¡Pesar á vos! si como de público se dice, teneis por señora de vuestro albedrío á la más hermosa de las damas de la reina de Navarra.

Los latidos del corazón de Gonzalo doblaron su violencia y su precipitación. Sin embargo, la sonrisa no desapareció de sus labios, y replicó interrogando al hidalgo con calma un tanto violenta en verdad:

—Y ¿qué acontece á la más hermosa de las damas de la reina de Navarra, señora, como decís de mi albedrío, que pueda darme pesar?

—He ahí lo que no os puedo decir, porque cuando salí de Roa no había ¡pardiez! quien de cierto lo supiera.

—Lo cual significa que no le acontece nada.

—Lo cual significa que le acontece mucho.

—¡Al diablo si os entiendo! dijo Gonzalo afectado con un funesto presentimiento. ¡Le sucede... y no sabéis qué!

—Eso es posible, noble Figueroa, repuso el hidalgo con flema mientras calculaba toda la profundidad de la herida que iba á hacerle; pero no impide que sea seguro lo que afirmo.

—Pero ¡por Santiago! exclamó con impaciencia Gonzalo. ¿Habeis afirmado algo?

—Si no lo he hecho, lo hago.

—Pero ¿qué afirmáis? Decid.

—Que la muy bella, la sin par señora de Ruitelan ha desaparecido de Roa... y hay quien asegura que despues de haber muerto de una puñalada á su tutora aprovechándose de su sueño.

—Supongo, dijo Gonzalo poniendo pesadamente la mano en el hombro del hidalgo acusador, que todo eso es una necia mentira arrojada como pasto á mi muy sandía atencion, y supongo tambien que ahora mismo y sin más tardanza vais á confesarlo así.

—Pues suponeis mal, respondió el hidalgo que lo odiaba porque Blanca le habia amado; porque son dos hechos positivos que indaga, juzga y comenta la córte, la justicia y el vulgo de Roa á la vez. Es una verdad, y la proclamo, que la rica hembra de Castro no está en la villa y que su tutora ha sido asesinada.

—Entónces, Sancho Ramirez es el raptor y como consecuencia el asesino.

—¡No tal! replicó Sancho Rodriguez de la Encina que no queria dejarle ninguna ilusion. El mayordomo de la reina, que ya no lo es, ignora como todos, el paradero de Blanca; y ó mucho me equivoco, ó es el que con más eficacia la busque.

—Y ¿doña Leonor qué ha dispuesto? Porque doña Leonor tiene que dar cuenta de su depósito, dijo Gonzalo agitado.

—La reina ha hecho lo que le cumple: mandarla buscar por todas partes poniendo en movimiento Sanchez de Ribagorza todas sus gentes, á fin de descubrir aunque no sea más que su huella; pero inútilmente hasta mi salida, porque la linda ave al desplegar sus ligeras alas no ha dejado más señal de su vuelo que una cuerda pendiente de una de las almenas del muro, cuerda que ¡pasmáos! la han robado á una campana.

—¿Podria ser Pié de Corzo...? murmuró Gonzalo perdido entre los mil pensamientos que lo asaltaban.

—¿De quién sospechais?

—¡De nadie! dijo Figueroa bruscamente volviéndose para recibir al duque

que con la impasibilidad de la indiferencia en su frente altanera y paso lento se adelantaba por la sala de armas para avistarse con el enviado de la reina.

Paróse don Fadrique delante del hidalgo, y despues de recibir y devolverle su saludo le preguntó glacialmente:

—¿Qué novedades nos traeis, seor hidalgo?

—De gran interes, señor duque. Roa ha tomado la ofensiva.

—Decidme cómo, repuso don Fadrique sin que su faz se animara, ni su frente se oscureciera con aquel aviso; pero ántes me sentaré y os sentaréis si gustais.

Hiciéronlo así, y el hidalgo Rodriguez de la Encina le contó cuanto habia ocurrido en Roa desde la llegada del alcaide, participándole la resolucion de doña Leonor y su primo.

—De lo cual, añadió, os dan cuenta, para que miéntras Roa pára el primer golpe, vos os entreis por Castilla dejando flanco abierto al portugues, cercando así las huestes reales y obligándolas á capitular.

—Llegó el momento de sacar la espada ¡bien! Al fin vale más que consumirse de tedio entre almenas y ballestas. ¿Os volveis á Roa?

—Si á fe, como que esperando están la respuesta que me deis.

—Mi respuesta... vedla aquí. Le decis á vuestra señora la reina doña Leonor que muy en breve me verá hacer por su causa lo que no he hecho por la mia, y á don Pedro que se encierre en la villa, que yo apartaré al rey de sus muros si acaso quiere asaltarlos. ¿Se os olvidará?

—No por cierto.

—Pues partid cuando gustéis.

—En este mismo momento, dijo el hidalgo levantándose y disponiéndose á marcharse.

—Mi alférez os dará...

—Nada, nada, replicó Rodriguez de la Encina excusando toda ceremonia; á vos y á él he dicho cuanto debia, y sé lo que resolveis.

Y saludando con respeto á don Fadrique y con tibieza á su alférez salió de la sala de armas sin permitir que Gonzalo le acompañara.

LIV.

Luego que salió de la sala de armas el enviado de Roa quedaron solos el duque y su alférez; mas tan profundamente preocupado este, que hubo de advertirlo aquel y decirle:

—¿Qué teneis, Gonzalo, que veo vuestra frente arrugada como si os sobresaltara el temor, ó á vuestra alma le faltase la esperanza?

—Si eso aparenta, respondió Figueroa enderezándose bruscamente, tomadla por un espejo que refleja lo que siente el corazon.

—¿Será posible que tal sintais? replicó el duque con un ligero viso de amargura que toda su voluntad no alcanzó á reprimir. ¿Que tal sintais, en el momento precisamente en que dando yo el último paso hácia la guerra, le dais vos para la dicha...?

—¡Duque! exclamó Gonzalo con explosion. ¡No le habéis por Dios de dicha al que flota desesperado en la region del desengaño!

—¡Oh! dijo don Fadrique contemplándole con atencion. ¿Qué hoja de vuestra ilusion habeis echado á volar?

—Ni es un desengaño liviano ni la pérdida de una ilusion baladí lo que hace arrugar mi frente: ¡allá todas! repuso el alferez cuyos sentimientos desbordaban. ¡Oh! por mucho más se oscurece y por mucho más se abate.

—Entónces, replicó el duque observando con sorpresa sus movimientos nerviosos y bruscos, no concibo qué os produce esa creciente agitacion que teneis y que no podeis dominar, siendo tan dueño como lo sois de vos mismo. Vamos, hablad: ¿qué teneis?

—No os extrañe lo que notais, dijo Gonzalo con una concentracion amarga; porque siento eso que debe sentirse cuando se vea depositar en el sepulcro un sér que hemos querido mucho, pero que con todo nuestro amor, con todo nuestro deseo, con toda nuestra voluntad no le podemos volver la vida que le animaba, y que en un instante de vértigo le hemos arrancado acaso por egoismo.

—Desechad ese pensamiento... si eso es lo que os entristece, replicó el duque recobrando su acento glacial: ante un hecho consumado son inútiles los sentimientos, las recriminaciones y hasta los remordimientos que devoran el corazon. Lo hecho, hecho: este es mi lema.

—Tambien el mio cuando se trata de mí; pero no le puedo adoptar cuando se trata de otro, y cuando ese otro sois vos.

—¿Por qué decis eso, Gonzalo? le preguntó don Fadrique frunciendo las cejas. ¿A qué viene esa declaracion que calificaré de importuna?

—Os lo diré francamente, respondió el alferez sobre quien obraban las revelaciones de Rodriguez de la Encina causando una violenta reaccion: os lo diré todo y apreciad mi confianza como querais; mas tened mis palabras por sinceras tomándolas por fieles intérpretes de sentimientos que en su amargura se exhalan del corazon.

Un dia esa Blanca ¡fatalidad de mi destino! apareció ante mis ojos como el boton de una rosa, como la perla del mar, como la gota fresca y pura de rocío, como el primer rayo del sol... Amé á la niña toda gracias y sonrisas, y se lo dije... La apartaron de mí y la seguí con obstinacion, y aventurando promesas me co-

loqué en situación tan difícil que, para salir de ella airoso tuve en mal hora que recurrir á vuestro poder demandando á vuestro afecto una prueba que le ha sido bien funesta.

—¡Gonzalo!

—Dejadme hablar, don Fadrique, y deciros cuanto he callado hasta aquí. Vos me hicisteis primero el sacrificio ¡oh! no le nombro y paso sobre él como si sobre una ascua pasara. Con este me hicisteis otro demasiado grande, demasiado costoso: sacrificio que me abruma, sacrificio que os pesa mucho y ante el cual, ¡lo conozco! vuestro afecto se debilita y extingue.

—¡Gonzalo!

—Verdad es que por mí apagasteis la luz que volvía á brillar llena de encanto para vos, que por mí os habeis aliado con la reina de Navarra, que por mí os poneis en lucha abierta con Castilla, que por mí lo habeis aventurado todo y todo comprometido; pero verdad es también, como verdad es la muerte, que hoy os sucede conmigo que mirando lo que os cuesta sentís por mí una violenta aversión que en vano disimulais.

—¡Gonzalo!

—Y en esta mortal pesadilla vivimos, vos maldiciéndome á mí, y yo maldiciendo mi estrella.

—Gonzalo, no blasfemeis calumniándome, dijo el duque melancólica y gravemente. Os debía y os he pagado, y quien de grande blasona ha debido hacerlo espléndidamente. Sea un sacrificio la luz apagada y séalo la rebelion encendida; de ellos no sacaréis mas que una prueba y siempre será satisfactoria para vos. Os he antepuesto á todo, y os juro que no me arrepiento.

—Y eso aumentará mi pesar, obligándome á comparar una generosidad sublime y un egoismo culpable. ¡Oh! creedme, duque, cuando os afirmo que por redimir la dura obligacion que habeis contraído con la reina de Navarra daría todas las realidades de felicidad con que brinda la vida al hombre.

—Eso es imposible, Gonzalo, y en lo imposible no se piensa, dijo el duque revelando su melancólica mirada el convencimiento de lo que afirmaba. Así como el dia que pasa no vuelve, ¡lo que se hace hecho está!

—¡Oh! exclamó Figuerola mirando á través del espacio lo pasado con la amargura de su presente. ¿Por qué no la dejé estrellarse en las rocas de Ruitelan...?

—¡Gonzalo! ¿Qué os sucede? ¿qué teneis? le preguntó el duque asombrado de aquel arranque violento.

Pero ántes que su alférez respondiera se oyó resonar el áspero eco de la corneta del vigía de atalaya, anunciando con su toque la llegada de nuevos viajeros á la fortaleza.

—¿Quién será? dijo don Fadrique frunciendo el ceño contrariado.

Levantóse Gonzalo, se asomó á una ventana, y dijo despues de reconocer á los que acababan de entrar en la avenida:

—Un pequeño grupo en que no veo mas que sotanas, rodeado de los hombres de armas que están con Iñigo Nuñez sobre el camino de Valladolid.

—¿De dónde vendrá esta embajada? ¿Serán acaso los arzobispos á quien se les haya puesto en mientes predicarnos lo que convenga á su intento?

—Pronto lo sabremos si los quereis recibir.

—Ganas me dan de no hacerlo... Mirad, lo mejor será que se vuelvan por donde han venido.

—Y á mí me parece que lo mejor será admitirlos, pues nos pueden suministrar noticias que nos sirvan en nuestra empresa.

—¡Pse! ¿Qué noticias nos pueden dar?... Pero en fin, si quereis, entren pues y hablen lo que se les antoje con tal que no sea contra nosotros.

—Si tal hicieran les cortaríamos la palabra sin que les valiera su garantía de enviados; pero hasta ver quién son y qué les trae, suspendamos el pensamiento. Voy á recibirles entre tanto como sus hábitos merecen.

—Oid, Gonzalo, dijo don Fadrique con una sonrisa sardónica; mantenéos á cierta distancia, porque el influjo de esos hombres es como el de las mujeres, irresistible si se les deja que lo establezcan.

—Descuidad, entre ese influjo y mi voluntad se interpone la razon.

—No interpongais la razon por que la ofuscan.

—Sea vuestro interes que es mi ídolo.

—¡De hoy! murmuró el duque viéndole alejarse, que ayer fue el tuyo el que consideraste haciéndole el sacrificio del mio.

A poco cayó el puente levadizo y entró en el castillo de Benavente el enviado del arzobispo de Santiago, encargado de hacer la última tentativa de conciliacion.

LV.

Medio recostado en su asiento, meditabundo y triste don Fadrique de Castilla esperaba á los enviados, que sin saber de parte de quien venian instintivamente y por presentimiento rechazaba; y por cierto no esperó mucho tiempo, pues en breve introdujo Gonzalo de Figueroa en la sala de armas al dean de Trujillo y á su escasa comitiva de capellanes.

El duque de Benavente se levantó cuando lo tuvo inmediato, lo saludó con frialdad, y le hizo una invitacion para que se sentara en su propio asiento. Gonzalo por su parte le acercó otro, y el dean se sentó sin parecer notar todo lo que aquella acogida tenia de frialdad y desconfianza, ó por lo ménos resentirse.

El dean de Trujillo era un anciano septuagenario encorvado por el peso de la edad, pero de presencia majestuosa. Su continente era apacible y sereno, nin-

gun rasgo visible de austeridad se notaba en su semblante hermo­seado por dos ojos pardos grandes, no hundidos á pesar de la huella que el tiempo habia im­preso en sus demas facciones, comprensivos, dulces é insinuantes hasta un punto si se quiere de fascinacion. Por lo demas, vestía la ropa negra y talar, insignia de su dignidad sacerdotal que le realizaba en extremo.

Así que hubo tomado aliento y observado con su penetrante mirada la pre­vencion á través de la glacial reserva del duque y de la ceremonia y mesurada cortesía de su alférez, dijo dirigiéndose al primero con apacible y afectuosa ex­presion:

—Héme en vuestra presencia, señor duque; como nuncio de paz me presento, recibidme al ménos sin prevenciones, y acaso logre dejarla con vos y llevársela tambien á Castilla.

—No era paz, no eran hábitos para traérmela lo que de Castilla esperaba, respondió el duque con ironía. Permitid pues que én mi sorpresa os pregunte quién os envia con tan nueva y peregrina misión, porque sin duda no serán los buenos privados del rey.

—Suponeis bien, señor duque, dijo el dean sin desconcertarse lo más mínimo con la pregunta, ni con la expresion en que iba envuelta. Os la traigo en nom­bre del mismo rey, que es quien la puede ofrecer, y en el del reverendísimo arzobispo de Santiago, muy capaz para garantirla.

—¡Paz! ¡don García Manrique cuyo elemento es la guerra...! exclamó don Fadrique incrédulo y mofador.

—Si alguna vez el ilustre prelado de Santiago la ha hecho, replicó el dean sin perder un átomo de su apacibilidad, habrá sido por necesidad, señor duque, por esa necesidad imperiosa que dobla como quiere la más indomable vo­luntad.

—¡Oh! ¡el buen pastor de Jesucristo! Por odio, por odio muy acerbo, muy implacable, señor dean, la ha hecho con todas sus fuerzas.

—Yo no soy venido á juzgarlo, repuso el anciano enviado de don Garcia con indecible firmeza en medio de su dulzura. Al contrario, sólo estoy aquí para transmitir su palabra de paz, para ofrecer en su nombre seguridad, para instaros á que os separeis de esa liga cuya cabeza es la reina de Navarra, para exhortaros á que vayais á Valladolid en donde don Enrique os espera.

—Pues bien, puesto que á eso solo venis, os responderé con claridad, y así concluiremos en breve. Primero, porque es debido, le diréis á mi sobrino el rey don Enrique que irá á Valladolid pues lo desea, pero que será cuando termine la jornada; luego le manifestais al reverendísimo arzobispo de Santiago toda la seguridad que tengo entre las almenas donde me vais á dejar y los paladines que me rodean, garantía tan buena como la suya de mi seguridad personal.

—Mucho valdrán vuestras almenas y paladines, repuso el dean de Trujillo con su apacible y persuasivo acento; pero señor duque, creedme, preservan mu-

cho más de los peligros la buena amistad de un rey y el firme empeño de un pastor.

—Para desvanecer esos peligros le basta al duque de Benavente su espada, y para arrostrarlos su brio. Guie pues el pastor á otras ovejas, y valga la amistad del rey á sus privados y adictos. No hablemos más si gustais.

Desentendiéndose el dean de la terminante indicacion de don Fadrique, dijo con acento deplorador y de profunda conviccion:

—Señor duque, por vuestra propia ventura, pensad, desprendiándoos de vuestra fascinacion, pensad ántes de empezar esa guerra á que pareceis tan decidido, que es la última entre el rey y sus vasallos, que es una lucha violenta, pero mortal para el que caiga; y creedlo, don Enrique no caerá.

—Al oiros me ocurre un pensamiento contrario, el mismo que el bueno de Alfonso Alvarez de Toledo logró inspirarme afirmándome lo mismo que vos; y es este pensamiento mio, que si don Enrique no tuviera miedo de ser vencido, no trataria de esquivar la batalla, siquiera por el placer de coronarse vencedor.

El alcaide de los donceles se hubiera en aquel punto levantado de su asiento; el dean se arrellanó en él, y clavando en la faz altanera y glacial del duque sus penetrantes y expresivos ojos, le preguntó con el mismo acento que hasta allí:

—Decidme, señor duque: ¿teneis hijos?

Hizo don Fadrique un signo negativo, y el enviado de don García continuó diciendo:

—Entónces no os hablaré de propios sentimientos poniendo el dedo sobre ellos, sino que presentaré á vuestra consideracion lo que muchas veces habréis observado en el curso de vuestra vida, aun en medio de sus borrascas y agitaciones.

—¡El sermon! dijo en voz baja don Fadrique medio volviéndose á Gonzalo.

Oyóle el dean, mas no se dió por entendido, sino que más afectuoso é insinuante prosiguió:

—Escuchadme, señor duque. ¿No habeis visto ya en un estado, ya en otro, porque en todas las condiciones sociales en que el hombre se halle constituido allí están con él los propios instintos, las mismas pasiones, iguales tendencias é idénticos sentimientos; no habeis visto, repito, un padre entre cuyos hijos no haya uno, no haya muchos que rebelándose contra su potestad, ingratos ó alucinados, le hayan puesto en un conflicto cruel...? ¡Seguramente que sí! Y ¿qué ha hecho este padre entónces...? No por cierto lo que podia, autorizado por Dios y por las leyes, no; léjos de castigarlos los halaga, procura atraerlos á sí por cuantos medios hay á su alcance, y los llama, y los perdona y les abre tierno los brazos. Eso hacen los padres, señor duque, eso hacen los reyes con sus vasallos, y eso hace don Enrique con vos.

—¡Ay, señor dean! dijo el duque con aire burlon: ni yo soy padre, ni vos sois rey: no hablemos pues de lo que no comprendemos.

—Señor duque, sí lo comprendemos; vos, porque habeis nacido junto al trono; yo, porque he encanecido sondeando el corazon. Yo porque conozco á don Enrique, vos porque conocisteis á su abuelo.

—Don Enrique no es para sus tios lo que su abuelo fue para sus hijos, repuso el bastardo de Enrique II, empezando á sentir el influjo del dean: don Enrique no es más que rey, y solamente rey para quien no vale ni aun la sangre que le fluye por sus arterias.

—Rey es, y como rey obra, señor duque, sino haria lo que vos haceis, y vos hariais lo que él hace á poneros en su lugar.

—Perdonad, señor enviado de don Enrique y don García, yo jamas hubiera elevado tres favoritos sobre los tres hermanos de mi padre.

—Desengañáos, señor duque, repuso el anciano dean conociendo con su singular comprension que ganaba terreno con don Fadrique y su alferez; las cosas se ven de la manera que se las mira. Subid, subid con el pensamiento á ese trono que ocupa vuestro sobrino, retroceded al dia de su coronacion y echad una mirada en redor suyo. El reino que iba á mandar se hallaba aun agitado y rugiente cual el Océano el dia despues de una borrasca, y abusos, resentimientos, desmedidas ambiciones, venganzas y todos los desmanes del atrevimiento se hacian sentir por do quier, y todo aquello era menester reprimirlo.

Dos bandos se habian combatido encarnizadamente año tras año; los de la minoría del rey y todos los hermanos de su padre, habian pertenecido á ellos en cuerpo y alma como sabeis; no podian ser pues sus consejeros, porque los bandos hubieran continuado y las revueltas con ellos. Don Enrique eligió los que se habian mantenido independientes á todo influjo, cuando pocos en Castilla no se habian doblado al del uno ú otro partido, y depositó su confianza en tres hombres que honra, valor y saber distinguian en alto grado. Leales los consejeros no han desmerecido en su aprecio, y no está bien ni al rey ni al reino separarlos de su lado: á este, porque le faltarian las mejores cabezas que lo gobiernan, á aquel, porque argüiria inconsecuencia, veleidad é ingratitude.

Que don Enrique ama á sus tios lo patentizan sus obras. ¿A cuál ha agraviado el rey? ¿A ninguno! ¿A quién ha favorecido? ¿A todos! ¿La reina de Navarra qué cargo le puede hacer? ¿qué cargo, cuando el mismo dia de partir á levantar sus estados don Enrique le prometió, á pesar que no lo ignoraba, sería respetado su deseo y no saldria de Castilla? ¿Qué don le han pedido que les haya negado? ¿Qué privilegio han solicitado que no les haya concedido? ¿Junto á su trono no están? Negad, don Fadrique, estos hechos, y entónces yo confesaré que la razon os asiste.

—Pues bien, dijo el duque bruscamente, si tanta justicia tiene y tanto poder le sobra, ¿por qué llama á quien le ofende, y contempla y ahincadamente propone paz á quien puede anonadar?

—Por la razon que ántes os dí, porque le duelen los males que os amenazan como á un padre los castigos de sus hijos; porque ansía prosperidad para su monarquía castellana, y si la vislumbra á traves de la guerra, es entre un velo de sangre y otro velo de lágrimas que lo afectan y contristan.

—Esos serán los deseos de don Enrique, y esas tambien sus repugnancias, dijo el duque de Benavente tras una breve pausa; de ese móvil que vos poneis en su corazon de padre nacerá esa paz que me brinda; pero como ha esperado tan tarde para ponerlo de manifiesto, yo no la puedo aceptar.

—No es tarde, señor duque, repuso el dean que sin perder su dulzura adquiria más energía; aun se espera en Valladolid vuestra resolucion para mover las hacinadas huestes del monarca. Vuestra negativa á su postrer invitacion encenderá la guerra; vuestro asentimiento acaso la contenga, acaso la evite, acaso salve á los que están amenazados, y mirad que lo están de muerte.

—Me faltó por deciros cuando entrasteis, señor dean, para que nos entendiéramos mejor, que por mi parte no tengo miedo. Vengan los acontecimientos, y vengan como quieran; nada me impone porque nada puedo perder.

Y toda la desolada indiferencia del duque, todo el vacío de un corazon que nada espera ni nada le halaga, se reveló en su frente de hondas arrugas y hermosas proporciones.

—Entónces os hablaré de lo que podeis adquirir, dijo el anciano dean sondeando con su profunda mirada las gangrenadas llagas de aquel corazon que al fin se mostraba conmovido; os manifestaré lo que os queda que ganar.

—Lo que aun me queda ya vendrá, dijo el duque con acento sombrío, y si no lo iré á buscar.

—Es que vos aludis á lo que el dedo del Altísimo señala allá en el cielo donde mora, y yo os hablo de una cosa que la voluntad humana consigue; una cosa, señor duque, que vuelve á llenar el corazon cuando han salido de él las ilusiones, las esperanzas, y con ellas el placer y la ventura destruidas en una hora por el crimen ó la desgracia, como se destruye en otra hora de tempestad una risueña campiña. Una cosa con la cual se vuelve ligero el peso de la vida, y esa cosa es una satisfaccion interior, pura y noble, viva y reanimadora, producida por la íntima conviccion de haber hecho mucho en beneficio de los demas. Si el hombre se asemeja á Dios, es cuando da la ventura.

—En beneficio de los demas obro, señor dean; esa satisfaccion es la única con que cuento, básteme ó no me baste.

La frente de Gonzalo cargada de sombras y surcada de pliegues se enrojeció con aquella alusion amarga y fria. Su sangre impetuosa y ardiente subió á su cabeza, y sin ser dueño de contenerse exclamó:

—Cierto es, don Fadrique; pero yo por quien todo lo habeis hecho, os ruego de hinojos, si es menester, que escucheis las proposiciones del rey. Porque entended

que si no lo haceis y la desgracia hiere vuestra cabeza, á la mía le echo un lazo y me cuelgo del primer árbol de la avenida.

—Es imposible, Gonzalo, dijo el duque con más obstinacion que firmeza, porque escucharle es transigir, y no puedo, no debo hacerlo.

El dean comprendió que la elocuencia del alférez iba á terminar con su energia lo que él habia adelantado con la suya, y guardó silencio, seguro ya del triunfo que iba á obtener. Gonzalo impetuoso y vehemente continuó:

—Sí podeis y debeis, don Fadrique, y os lo demostraré brevemente. Vos habeis ofrecido sostener, y mejor, más fácilmente sostendreis en la córte que en el campo, porque el rey concederá á vuestra demanda lo que acaso no consigais en las lides. Cuando no por otra cosa, por la seguridad de los demas á quien podeis valer mucho, debeis aceptar la paz y hacer una honrosa transaccion.

—Sí la haré... mas despues de la batalla.

—¡Oh, no! señor duque. Derramada una sola gota de sangre no conteis con avenimiento ni conciliacion, dijo el dean haciendo su advertencia con acento de profunda conviccion; ya no hay más alternativa que verter un rio y ahogarse en él. Enrique III no perdonará á quien le ha precisado á ello contra su voluntad y á pesar de sus esfuerzos para evitarlo.

—Pues bien, le verterémos, dijo don Fadrique, y lucharémos hasta el fin, seguro Enrique III que no le demandaré perdon si caigo, que creedme, señor dean, no es tan fácil como al rey le parece.

—Don Fadrique, escuchadme y reflexionad mis palabras ántes de dar una respuesta decisiva. Sin ilusiones y la verdad como es; lo que carece de sólido principio, no puede ser durable porque no es fuerte, y este alzamiento no lo tiene.

—Gonzalo, ¡oh! ¡qué no le tiene decis!

—No le tiene, porque recelos y temores le han producido; recelos y temores de que no participais, porque os apreciáis en lo que valeis, y sabeis lo que pueden los demas. Pues bien, ese edificio sin cimiento, alzado por una mano poco diestra y del que vos formais parte, bien sabeis cómo y por qué, se derrumbará con estrépito así que sufra un rudo empuje... Salid ántes que suceda, y sacareis quizá á todos sin que sufran lesion ninguna.

—Mi palabra... dijo el duque empezando á vacilar.

—Está redimida, contestó Gonzalo iluminándose su frente con un rayo de alegría que fugitivo como un relámpago pasó.

—¿Por quién? le preguntó don Fadrique, que no acertaba á comprender lo que por su alférez pasaba.

—Por no ser cumplido el convenio de Valladolid, respondió con intencion el que lo habia motivado.

La verdad como una luz brilló á los ojos del duque, y así lo manifestaron al clavarse fijamente en su alférez.

—Comprendo, repuso acentuando lentamente, todo lo que ántes me dijisteis, mas yo debo...

—Contestad al rey como os plazca, en el concepto de estar en completa libertad, añadió Gonzalo comprometiéndole á decidirse.

—Permitid, todavía no es ocasion...

—Es que no hay ya en Roa *nada* que os pueda detener, por lo cual os obligo á que penseis en vos mismo, ¡en todo tan olvidado!

—¿Quién os ha dicho lo de Roa?

—Sancho Rodriguez de la Encina que está muy bien enterado de ello. ¡Oh! creedme y responded lo que querais al monarca castellano.

El duque quedó en silencio y pensativo bajo el peso de sus impresiones. Olvidando con las del momento el juramento de Valladolid, alzó los ojos y le preguntó al enviado del arzobispo de Santiago:

—Veamos, señor dean. ¿Qué pretende el rey de mí?

—Que os presenteis en la córte, contestó el enviado de don García Manrique.

—Ya teneis ahí una órden, Figueroa, dijo don Fadrique rebelándose ante ella.

—Sí, pero Enrique III no puede formular sus deseos de otro modo. Habla en su natural lenguaje.

—Y el arzobispo de Santiago, ¿qué mision os ha confiado para mí?

—La de exhortaros en su nombre á que obedezcais al rey, garantizándoos con su palabra de todo peligro y temor.

—¿Ha dicho eso don García Manrique?

—Lo ha dicho, y aquí teneis la confirmacion.

Y el anciano dean sacó de su limosnera un pergamino sellado con las armas del arzobispo, y se lo presentó con ceremonia. Tomóle el duque, lo abrió, leyó y examinó, en seguida lo pasó á su alférez, quien con una mirada lo devoró.

El arzobispo le ofrecia paz y avenimiento en nombre del rey, y en el suyo la garantía con su palabra y su fe.

—No se puede exigir más, dijo Gonzalo devolviéndoselo.

—¡Oh! sí se podia á no ser don García quien garantiza, repuso don Fadrique indeciso y fluctuante.

—Señor duque, voy á retirarme, dijo el dean con un acento más dulce, más afectuoso, más insinuante que al principiar su conferencia; paz os he traído, ¿no llevaré paz tambien?

—¡Oh! id á Valladolid, don Fadrique, y entendéos con el rey, añadió su alférez suplicante y exigente. Os lo ruego, ¡id!

La lucha del duque se prolongó todavía algunos instantes. El dean se levantó, imitaronle su silencioso y compuesto séquito, y don Fadrique y Gonzalo se pusieron tambien en pié.

—¿Qué respuesta me dais, pues? preguntó el dean disponiéndose á partir.

—La que vais á oír, dijo el duque decidiéndose. Le direis á don Enrique que accedo y voy á su lado, y harémos la paz si quiere, y para todos hay paz.

—Y ¿al reverendísimo arzobispo de Santiago?

—¡Oh! á ese le direis que voy á Valladolid bajo el seguro de su fe; que voy solo y desarmado dejando á la espalda seiscientas lanzas y tres mil infantes, los mejores acaso de Castilla; pero ya que por primera vez me habla de paz, paz llevaré hasta para don García Manrique.

—Gozoso lo haré, señor duque, dijo el diestro enviado inclinándose con dignidad, y ojalá que sea establecida para siempre en la castellana monarquía.

Saludó otra vez con mesura, y salió de la sala de armas acompañado de Gonzalo, que lo fué sirviendo hasta dejarle montado en su buena mula castellana.

LVI.

La resolución y la energía eran los elementos preponderantes en la organización moral de Fernando de Bobadilla. Éranlo así mismo un claro entendimiento y una pundonorosa rectitud, veía pronto y bien las cosas; de consiguiente comprendía con maravillosa exactitud las muchas dificultades que su aventura le había creado.

Ante todo debía presentarse en Roa; esperábase allí una situación que no conocía. Se hacía cargo de la triple coincidencia de aquella funesta noche, en la cual creyendo acometer una aventura sencilla y únicamente de travesura, se encontró envuelto en otra de una trascendencia imponente, y seguro de que se le habían de pedir prolijas explicaciones por el alcaide y el abad, participantes hasta cierto punto de su empresa, se encontraba imposibilitado de darlas por su reciente y solemne juramento.

Y tal era que ninguna de aquellas dificultades le arredraba. Seguro con su propia convicción para desvanecerlas contaba con el buen éxito de su viaje, con la confianza del alcaide y con la penetración cuasi infalible del joven abad del monasterio de San Pedro del Muro.

Pero no eran aquellas reflexiones las que nutrían exclusivamente su pensamiento. Su aventura había alterado su ánimo y su corazón al par, y Blanca con su hábito de peregrina, sus ojos cerrados y su tristeza no se borraba de su exaltada fantasía.

Tanto ó más que lo que el alcaide pudiera decirle, pensaba en lo que Blanca le había dicho, y resentido de que hubiese desdeñado cuando ya no los necesitaba sus servicios, y resentido aun más de que le hubiese apartado de su lado,

ansiaba sin embargo volver á Valladolid, y se lisonjeaba con hallarla en el alcázar y pasar por su lado como un recuerdo por la mente.

Sin sombras en su frente serena, que la clara luz de la mañana iluminaba, lleno el corazon de impresiones y el alma de agitacion, distinguió saliendo de Montuenga un grupo que en aquella direccion venía, y su ojo ejercitado y perspicaz conoció al punto al alcaide y sus escuderos que rápidamente avanzaban. Conocerlos y precipitarse á su encuentro encendidas las mejillas y palpitante el corazon, fue una cosa misma; pero al afrontarse el júbilo que manifestaba la movible fisonomía del doncel se paralizó, sucediéndole una expresion de sorpresa inquieta y viva.

Por su parte Alfonso Alvarez de Toledo en vez de mirarle con la cordial expresion que solia lo paró con una mirada severa y un ademan imperioso, parándose tambien á su vez y con él sus escuderos.

Impuesto Fernando con aquel recibimiento que no esperaba, pero incapaz de temblar ante una mirada por torva y amenazadora que fuese, se sobrepuso á la fija y hostil del alcaide y á la ávida y malévola de sus servidores, y saludó respetuosamente al primero con su soltura habitual.

Midiólo de alto á bajo Alfonso Alvarez de Toledo, y le dijo con acento seco é interrogante:

—¿De dónde venis, doncel?

Los escuderos aguzaron los oídos prestando una atencion tan profunda como maligna.

Fuertemente contrariado Fernando por el modo con que se presentaba su primera entrevista con el alcaide, irritado con la curiosidad agresiva de que era objeto y con el brusco y áspero modo de manifestarla, sintió un vivo impulso de cólera que contuvo su voluntad, contestando con un laconismo resuelto y despejado:

—De Valladolid, como os prometí.

—Mucho os habeis detenido en el camino, replicó el alcaide frunciendo más el ceño.

No era la observacion muy exacta, pero léjos de hacerlo notar deseando que terminaran las contestaciones, sólo dijo Fernando con deferencia:

—Así ha sido, señor alcaide.

—¿Os ha estorbado la compañía? repuso Alfonso Alvarez de Toledo tocando rudamente la cuestion.

—No he traído ninguna por mi camino, contestó Fernando eludiéndola.

—Eso no importa, dijo el alcaide insistiendo; la habeis llevado.

—Tampoco, respondió el doncel negando rotundamente.

—Doncel, exclamó Alfonso Alvarez de Toledo tocándole en el hombro con el hierro de su lanza, miradme como os miro frente á frente y bien despacio.

Levantó Fernando sus ojos azules y transparentes como el cielo en un dia de primavera, y los clavó en la adusta faz del alcaide con firmeza.

—Ahora y así, continuó este con despótica autoridad, decidme donde está Blanca de Castro.

Ni podía decir la verdad ni esquivar la respuesta. En aquella alternativa Fernando bajó los ojos y por segunda vez negó, diciendo resueltamente:

—No lo sé.

—Juradlo, doncel, no por vuestro honor, sino por el sacratísimo nombre de Jesucristo.

Frunció las cejas el doncel con nerviosa impaciencia y guardó silencio.

—Juradlo si podeis, añadió el alcaide más severo y más implacable.

Fernando permaneció callado é inmóvil.

—¡Es decir que todas esas negativas fueron falsas! exclamó Alfonso Alvarez de Toledo roto el dique á su profunda indignacion. ¡Mentira cuanto afirmasteis, voto al infierno, doncel!

La sangre se agolpó á las mejillas de Fernando, sus ojos despidieron un relámpago de ira y su mano fué á despojarse violentamente de un guante; pero en medio de su arranque se contuvo, y aquella misma mano cayó pesadamente sobre el arzon de la silla.

—Alevé y descomedido, prosiguió diciendo el alcaide ciego de coraje, ¿por qué si queriais robar una dama de la que no mereceis ser escudero, no esperasteis á más oportuna ocasion? ¿Por qué si en vuestra liviandad no os pudisteis contener y atropellasteis por todo, no respetasteis la vida de su tutora? ¿Por qué me habeis hecho cómplice vuestro abusando de las circunstancias de mi carácter y de la confianza que en vos habia depositado...?

Puso Fernando la mano sobre su pecho y dijo con tanta firmeza como verdad:

—Yo no he muerto á esa dama de quien hablais. ¡El que lo diga miente!

—¿No?

—¡No! y creí por vuestro honor me teniais por más honrado cuando me concedisteis la distincion de vuestro afecto, y con él vuestra confianza, de la que juro no he abusado.

—¡Quién os cree! dijo el alcaide con humillante desprecio; necio sería quien lo hiciera. En cuanto á mí rompo toda conexion con vos, os despido de mi servicio, os rechazo de mi lado, y me permito dejaros campo libre para huir por que no quiero ver ahorcado á quien he distinguido con mi amistad.

—¡Buena amistad la que una sola sombra rompe! repuso Fernando alzando la frente con orgullo y la prueba la realza sublimándola.

—¿Qué osais decir?

—Que os habeis permitido afrentarme haciéndolo impunemente ante extraños, y extraños muy menguados por cierto, replicó el doncel con energía; que me acusais sangrientamente sin otra prueba que sospechas y falaces apariencias, sin provocar más explicaciones que las que pueden resultar de preguntas airadamente dirigidas en medio de un camino público y ante hombres que no sabeis si los

acepto por testigos y que no serán jamás confidentes de mis secretos. Por lo demás, señor alcaide de los donceles, yo lo soy del rey, no vuestro; y en cuanto á eso de por gracia dejarme campo para huir, entended que es tan mio como vuestro, y le tomaré si me place.

—¡Ira de Dios! exclamó el alcaide enardecido con los amargos reproches del doncel. ¿Eso decís cuando me habeis engañado indignamente? ¿Eso decís cuando la huella que dejais en Roa, sobre ser sangrienta es alevosa? ¿Se os oscureció por ventura que soy vuestro juez en un crimen de que yo solo tengo conocimiento por mis antecedentes? ¿Que por este hecho debeis una respuesta clara, terminante y sincera? ¿Que esas preguntas impuestas por mi deber y dictadas por mi conciencia os las habia de dirigir en el mismo punto que os viera? Y ¿por último, que esos hombres á quien injustamente menospreciáis tienen el derecho de oír cuanto concierne á un delito de que tienen también su parte de responsabilidad?

—Confieso que nada de eso se me ocurrió al correr en busca vuestra á daros las órdenes del rey, porque inocente del crimen de que me acusáis, á la vez que de leal condicion, como no admito en mis juicios la sospecha, lo mismo esperé de vos. ¡La abrigais! yo la rechazo, protestándoos con la mano en el corazón no haber cometido una sola acción desde que me separé de vuestro lado que no me sirva de vanagloria como noble y generosa.

Esto es todo lo que tengo que decir puesto que os erigís en mi juez; que si me preguntáis como caballero, os responderé hay en la vida humana ciertos misterios que solamente se comparten entre el pensamiento que los conoce y Dios á quien de todo se debe estrecha y severa cuenta.

—No os la pido de pensamientos sino de hechos, replicó ruda é impetuosamente el alcaide afirmándose en los estribos. Ved si me la dais como la pido, y concluyamos por fin.

—¡Todo lo que podia decir está dicho!

—¡Exijo más!

—Inútil es el tiempo que gasteis en ello; mis explicaciones han terminado.

—Pues bien, quedais condenado como culpable. ¡Execración sobre vos!

—¡Señor alcaide! dijo Fernando con firmeza, no puede ser juez el acusador, y vos habeis descendido á serlo.

—¿Me recusáis? exclamó profundamente ofendido Alfonso Alvarez de Toledo. ¡Voto al alma del traidor! Yo os entregaré entonces al alférez mayor del rey que lo es vuestro, y su fallo acompañará al mio. Venga la espada y colocáos entre mis escuderos. ¡Pronto!

Y el alcaide alargó la mano para tomarla.

—Señor alcaide, repuso el doncel sacando y blandiendo su limpio acero: esta espada me la dió un noble y valiente caballero; de la mano del maestre de Calatrava la recibí, es la prenda que en más tengo y no la entregaré jamás.

—Si no la dais se os tomará, replicó el alcaide desenvainando la suya y lanzándose sobre él.

Tiró Fernando con violencia de las riendas á su caballo, y desviándose evitó el golpe; en seguida, con una accion tan rápida como el pensamiento que la impulsó, rompió la espada en dos pedazos, y arrojándolos sobre la arena á los piés del negro bridon del alcaide, le dijo con voz que la cólera alteraba:

—¡Ahí la teneis!

Y hundiendo las espuelas en los ijares de su corcel, se lanzó como un impetuoso torbellino camino adelante, sin esperar ni temer las consecuencias de su temerario arrojjo.

Los servidores de Alfonso Alvarez de Toledo fuéron á precipitarse en pos suya espada en mano, pero este los contóvó diciendo ásperamente:

—¡Quietos, bergantes!

Luego envainó la espada, y añadió con el mismo tono que en Roa les habia dado una órden semejante:

—¡Oigan los perillanes! Las palabras que aquí han sido dichas son como una ráfaga de viento que ha corrido por el camino; mas sepan los que las han escuchado que si alguno quiere hincharse los carrillos con ellas, ¡juro á Dios! que con este puño los he de vaciar hasta hundirlos.

Y cerrando el suyo amenazó á los escuderos que no osaron replicar viéndole tan enojado, siguiéndole en silencio y muy sobre sí, cuando espoleando con furia á su noble troton, prosiguió su viaje á Valladolid con tanta rapidez como desplegara Fernando siguiendo el suyo sin saber á donde se dirigia en su primer arrebató.

LVII.

Algunas horas hacia que el reverendo dean de Trujillo habia llegado á Valladolid y dado cuenta al arzobispo de Santiago del éxito de su negociacion. Pocas más se contaban desde que regresando de la suya el alcaide de los donceles hiciera una verídica y circunstanciada relacion al rey de su recibimiento, permanencia y despedida de Roa, sin añadir ni quitar cosa alguna, acallando heroicamente para hacerla, el grito airado de su resentimiento personal; y las mismas eran pasadas sin que Enrique III ni saliera de su cámara, ni admitiera en ella á nadie.

El aspecto de Valladolid era ostensiblemente el mismo que ántes de la llegada del alcaide y el dean. La actividad y pericia del condestable lo habla dis-

puesto todo para que en el siguiente día saliera el monarca en persona, como tenía anunciado, á cortar de raíz el mal que de luengos tiempos aquejaba á la monarquía.

La noche habia extendido su tachonado manto sobre la tierra, mas no reinaba su calma y su silencio en el recinto que ocupaba Enrique III y su córte. En las calles y en las plazas habia grupos y movimiento.

De unos y otro era causa el haber trascendido al vulgo que en el día venidero entraria en Valladolid el poderoso y temido don Fadrique de Castilla, de lo cual unos se regocijaban y otros andaban inquietos y preocupados.

Próximo á la puerta del alcázar y junto al muro, tibiamente iluminado por la blanca luz de la luna, se veia un pequeño grupo compuesto de tres donceles del rey y un caballero, que por la caperuza de lana blanca que traia puesta mostraba serlo de la órden de Alcántara; los cuales más parecian estar allí esperando algun suceso ó persona que no en grata conversacion, puesto que reunidos como estaban sólo se dirigian algun monosílabo que era contestado por otro, dicho con un tanto de impaciencia.

Y así era en efecto, porque saliendo del alcázar un doncel fué á ellos derechamente; y así que con ellos se reunió, les dijo con acento de cordial franqueza:

—¿No os habeis cansado de esperar?

—No por cierto, lo cual os probará lo vivo del deseo que tenemos de saber qué sucede ó va á suceder, respondió el de la caperuza haciéndole sitio á su lado.

—Sí, sí, Nuño, contadnos lo que sepais, si realmente ocurre algo que importante sea, añadió uno de los donceles.

—Ocurrir, ocurre mucho, Ramiro, pero no se trasciende por las antecámaras, aunque hay quien alarga la nariz como trompa de elefante.

—Sí, pero vos, Nuño de Zamora, que habeis pasado el día á la intermediacion del rey y habeis recibido algunas órdenes del condestable, ya estareis más enterado, replicó el caballero de Alcántara deseoso como nadie de saber lo que acontecia.

—Segun nuestra añeja costumbre, dijo el doncel bajando la voz robusta cual su cuerpo al tono más apagado de su diapason, os diré lo que he visto. En cuanto á lo que sucede, nos pondrémos en camino de descubrirlo luego que repasemos el fondo comun de observaciones y entremos como los demas en el vastísimo campo de las conjeturas.

—Por mi parte poco afortunado ha sido el día. Nada he podido indagar de lo que más me interesaba, y luego nada tampoco he visto que sea notable, á no contar la nariz de doña Isabel de Osorio.

—Lo del interes supongo que será la suerte de Fernando, preguntó Ramiro de Arévalo.

—Y suponeis perfectamente, pues perezco por saberlo.

—Sancho Ariza, por San Julian del Pereiro, dejad eso para lo último, dijo el de Alcántara con impaciencia. Hable Nuño de Zamora primero, y cuéntenos lo que sepa de lo que se ha tratado en esa cámara donde así penetran nuestras miradas profanas hoy como las de ese vulgo que anda esta noche olisqueando lo que no le quieren decir.

—Ni más ni ménos que todos; dijo riéndose uno de los donceles.

—Dice bien el caballero Pereira; hable Nuño y cuéntenos, que mañana le contaremos nosotros.

—Hablo pues, y esténme todos atentos. Esta mañana, y bueno es tomar las cosas desde su principio, dijo Nuño de Zamora con un tono medio burlesco, medio petulante, llegó como sabeis el alcaide, que está con nosotros furibundo.

—¡Bah! y ¿por qué?

—No he tenido á bien preguntárselo, Rodrigo Malpartida.

—Ya, pero podiais...

—Proseguid y no responded, dijo el caballero de Alcántara cortando la palabra á uno y encarándose resueltamente al otro.

—Estais ejecutivo, don Nuño Pereira; pero razon teneis para ello, y hago lo que deseais. ¿Estábamos?

—En que el alcaide llegó.

—Llegó y dió cuenta de cómo habia sido recibido, tenido y despedido en Roa, refiriendo la contestacion de doña Leonor palabra por palabra; y diz que el rey le dijo cuando acabó: Al soberbio es menester abatirlo, y lo abatirémos, alcaide, con lo que le despidió. Quedóse solo con el condestable, y despues de departir con él un breve espacio, se dió la órden que la trasmití yo mismo para que saliera el adelantado Diego Lopez Sarmiento con doscientas lanzas sobre Aranda á esperar al rey, cuya recámara arregló el camarero Alvar Ribera, quedando todo dispuesto para mañana.

—Hasta ahí sabíamos, dijo el doncel Sancho Ariza con viveza; y tambien lo que vos ignoraréis quizá, y es que en cuanto llegó el dean de Trujillo de su expedicion, fué un paje de los que le acompañaron á Santa María, donde el arzobispo de Santiago se hallaba diciendo misa, para avisarle su regreso, y que lo mismo fue verle el bueno de don García, que se apresuró de modo que en un santiamén acabó.

—Pues bien, todavía estaba el condestable en la cámara cuando se presentó el arzobispo. Lo que dijo no lo sé...

—Yo sí, dijo Sancho Ariza interrumpiéndole; que mañana viene el duque.

—¡Oh! exclamó el de Alcántara, dejad hablar á Nuño por el santo que m á haya hablado en el mundo.

—Ese conjuro no tiene fuerza porque no le conocemos.

Los donceles se echaron á reir, y el interrumpido prosiguió con imperturbable calma:

—Lo que dijo no lo sé: sí que fue poco y que no tardó en salir radiante esa frente tan pálida y soberana que tiene. En pos suya salió el condestable pasando á la cámara de la reina, donde segun tengo entendido ha estado un largo espacio en secreta conferencia con Catalina de Lancaster.

—¡Hola!

—¡El bueno del condestable!

—Y ¿qué habrán tratado?

—No sé.

—¡Nada sabeis!

—¡Pero si no tengo las narices de doña Isabel de Osorio!

—Nuño, ¿quereis proseguir?...

—Sí, á fe. El condestable se despidió ó le despidieron, y la reina y el infante vinieron á la cámara de don Enrique, donde se ha celebrado... un consejo de familia.

—¡Ah!

—Despues se han reunido el primado, el mayordomo mayor, el obispo de Cuenca Diego Lopez de Zúñiga y el condestable, celebrando consejo con el rey hasta muy tarde. Tampoco sé lo que han tratado; mas sea lo que quiera, se ha traslucido por el arzobispo don García, el cual se ha presentado esta tarde solicitando ver en el mismo instante al rey; pero el camarero Aylar Ribera tenia orden de no recibir, porque don Enrique estaba descansando.

—¿Qué decis? exclamó el de Alcántara sorprendido.

—Digo que el reverendísimo don García se ha vuelto sin ver al rey, porque delante de la puerta estaba yo para impedirlo.

—¡Oh! ¡cómo se habrá puesto el orgulloso prelado!

—El orgulloso prelado no ha insistido, porque lo es demasiado para entrar en cuestiones con un doncel; pero se ha ido derechamente á ver á la reina, y á la antecámara ha salido doña Isabel de Osorio á decirle que la reina estaba con su confesor y no podia recibirle.

—¿No le ha recibido doña Catalina?

—No le ha recibido; ni don Enrique, cuando há una hora ha vuelto pretendiendo que para él hiciese el rey una excepcion.

—¡Rayo del cielo! ¡El arzobispo de Santiago ha caido por fin! dijo don Nuño Pereira con cierta emocion.

—Y si ha caido, que eso mañana lo veremos, añadió Nuño de Zamora con expresion; será como esas grandes fortalezas que han sufrido muchos asedios para no levantarse jamas.

—Pero ¿por qué? replicó Rodrigo Malpartida confuso y pensativo.

—Os repito, amigo Rodrigo, que mañana lo sabremos.

—¿Sí?

—¡Oid!

—¡Oh! hablad, Nuño.

—Sí, pero acercáos más para escucharme.

Los donceles y el caballero de Alcántara aproximaron sus cabezas á la de Nuño de Zamora, quien ántes de hablar echó una mirada en derredor para asegurarse que nadie más que sus amigos le oían.

—Mañana se prepará un acontecimiento extraordinario; este se deduce de tres órdenes: una del condestable, otra del mayordomo mayor, y la tercera del adelantado de Castilla; las tres órdenes emanan directamente del rey.

—¿Las sabéis? le preguntó el de Alcántara, no ya con curiosidad, sino con vivísimo interes.

—Sí, y os las diré; pero es encargándoos mucho que no las repitais ni aun á vosotros mismos.

—Esa prevencion no es necesaria, dijeron sus cuatro interlocutores con tono de reconvencion; de unos no hay secretos para otros, pero estos secretos son guardados por todos con una fidelidad inviolable.

—Sí, es necesaria, porque acaso no conozcais su importancia, y tiene mucha lo que fio á vuestra reserva. La primera es para que en un sitio designado estén apostadas desde el amanecer cuatrocientas lanzas, la segunda es una convocacion general á consejo sin fijar la hora en que se ha de tener, la tercera es para que no se permita la salida de Valladolid, sin exeepcion de ninguna clase, hasta otra hora que no se marca.

—Pero ¿esas tres órdenes á qué tienden?

—Conjeturemos sobre ellas, dijo Nuño de Zamora que lo sabía todo, pero no lo queria claramente manifestar.

—Pues á mi parecer es que se va á desterrar al arzobispo don García, dijo don Nuño Pereira pensativo.

—Y ¿para eso cuatrocientas lanzas? contestó Ramiro de Arévalo con prontitud. ¡Oh! no, eso no, amigo Pereira.

—¿Qué es entónces?

—Que se va á hacer una prision.

—Y en Valladolid, ¿quién?

—¡Oh! eso es lo que no puedo decir. Y ¿vos, Nuño?

—Tampoco.

—Nuño, ¡francamente! ¿Es el que esperan?

—¡Silencio por Santiago! exclamó el interpelado imponiéndolo con un enérgico ademán.

—¡Al duque se atreven!... añadió con la expresion de un profundo asombro Sancho Ariza.

—¡Por Cristo! Ariza, ¡callad! y de aquí á mañana ni pronuncieis, ni pronunciamos un nombre que no profieren los demas. En cambio habladme de Fernando, y si se ha descubierto alguna cosa, dijo Nuño de Zamora dando el ejemplo.

—Rodrigo os dará cuenta de lo que ha hecho por saber, y de lo poco que ha obtenido.

—¿No le habeis preguntado al alcaide como quedamos?

—No me atreví, porque como dijisteis ántes no está muy comunicativo con sus donceles.

—¿De manera que vuestra promesa se convirtió en humo?

—Os diré lo que hice para sacar la castaña del fuego y no quemarme los dedos. Me debe Juan de Velasco ciertos favores que se hacen en las antecámaras de las reinas por las que cruzan hermosas y encumbradas damas, y yo dije á mi colet: llegó la hora de pagarme uno aunque sea en otra moneda, y como lo pensé lo hice. Enterado el noble camarero mayor de mi pretension, se llegó á él en la antecámara y le dijo: Alcaide, hay quien echa de ménos un doncel que os llevasteis en vuestra compañía; permitid pues os pregunte si tardará mucho en venir. Y ¿qué direis que le respondió con acento profundo despues de mirarle con tristeza? Pues fue lo que vais á oír: Conozco de sobra, señor camarero mayor, todo lo que os interesa averiguarlo; mas creed que no soy yo quien os lo puede decir.

—¡Bah! importarle á Juan de Velasco que venga ó no venga Fernando... ¿Está sin seso el alcaide...?

—Pues atended que esto es con mucho más singular. El camarero mayor lo miró con cierto aire de sorpresa que tenia mucho de altivo y desdeñoso; pero de pronto se mordió los labios, arqueó ligeramente las cejas y saludándole murmuró un *tal vez*, y se alejó lo más preocupado que os podais imaginar, sin pedir explicaciones ni insistir en su pregunta.

—¿Eso hizo Juan de Velasco?

—¡Cómo lo ois!

—¿De manera que la castaña se os quedó en el fuego?

—Justo; pero como yo no quería que se quemara, me llegué á donde estaba el maestre de Calatrava despidiéndose de Arellano, y á riesgo de lo que pudiera suceder, le dije mi temor y mi deseo. El honrado de don Gonzalo, protector de nuestro amigo, no tuvo ningun inconveniente en complacerme, y dejando al mayordomo del infante se fué hácia el alcaide que comenzaba á bajar la escalera y yo tras él. Noble Alfonso, le dijo: ¿qué nuevas me dais de mi protegido Bobadilla á quien no he visto con vos? Maestre, contestó el alcaide ásperamente, sólo os puedo dar una, y esa es que vuestra espada quedó rota y abandonada sobre la arena del camino de Montuenga. Poco me place esa, replicó don Gonzalo amostazado, pero el alcaide dándole la mano le dijo haciéndole una cortesía: Dios os guarde, maestre, que voy de prisa; y yo, que no habia perdido una sola frase de aquel corto diálogo, no me encontré con ánimo de aventurar una tercer pregunta.

—Y por cierto que hicisteis prudentemente, Rodrigo, porque á vos Dios sabe

cual hubiera sido la contestacion; pero triste cosa es no saber de nuestro mejor compañero, caido segun parece, en desgracia del alcaide.

—Pero ¿por qué ha caido? preguntó Rodrigo Malpartida interrogando á sus compañeros.

—Señor de los por qué, dijo Nuño de Zamora con aire burlon, no lo sabemos; pero lo revela así el no venir, la espada rota y lo mucho que el alcaide ha reprendido desde su llegada.

—Teneis razon, señor de las explicaciones; mas con todas ellas no logro ponerme en camino de descubrir lo que ha pasado y vivamente lo deseo.

—Algun dia lo sabrémos, si no ha quedado su cuerpo como su espada.

—No lo creo, dijo el de Alcántara con íntima conviccion. Bobadilla combatirá con la muerte y la vencerá. ¡Oh! creedme, le sobra talento, valor y resolucion, y sea lo que quiera lo que haya pasado saldrá de todo en bien.

—Lo mismo me parece, dijo Ramiro de Arévalo, pero no estoy tranquilo porque su aventura debe ser detestable ó funesta.

—Ello dirá, añadió Nuño de Zamora preparándose á dejar á sus amigos; entretanto con todos y de todo guardemos una perfecta reserva.

—Sí, y separémonos, que es tarde.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Con lo cual separándose, el uno tornó á entrar en el alcázar y los otros se alejaron de él preocupados con lo que sabian y presumian.

LVIII.

El nuevo adelantado de Castilla recibió del condestable la orden de que Nuño de Zamora habia hecho mencion á sus amigos, y para cumplirla dió á su vez otras que fueron igualmente obedecidas y reservadas.

Hechos, pues, los preparativos que Tello de Villafranca tuvo por oportunos, y despues de hablar con su padre un breve espacio, se encaminó al salon donde su madrastra pasaba su vida de tédio y de soledad.

Hay que decir que la situacion de doña María habia sufrido notables alteraciones. El tesorero del rey se habia vuelto de súbito espléndido, y su morada contenia cuanto el lujo inventara en aquella época en que aun no habia llegado á su refinamiento y apogeo, acaso por la severidad de las costumbres que afectaban despreciar cuanto era muelle, voluptuoso y enervador. Hernan Perez era ademas complaciente, y Tello de Villafranca un modelo de respeto y deferencia.

Sólo que doña Maria, cuya salud estaba muy delicada, vivia como ántes abru-

mada de tristeza y de fastidio, porque á las violentas emociones que la habian hecho sufrir las extrañas confianzas de su esposo y las exigencias de su hermano por conocerlas, habia sucedido una calma absoluta; mas era la calma mortificante del que dejan en el olvido.

Aquella noche, reclinada sobre los ricos cojines de terciopelo celeste que le habia regalado la magnificencia del tesorero, sentia más que nunca el vacío que la rodeaba. Para no ver su soledad habia cerrado los ojos, cayendo en ese estado en que no se piensa y apenas se siente, y que sin ser el sueño paraliza todas las facultades de la criatura.

Tello se acercó á su madrastra, la contempló un breve espacio con interes, y conociendo que no dormia hizo un leve ruido para arrancarla á su entorpecimiento medio letárgico. Doña María abrió los ojos, lo vió, se incorporó lánguidamente, y le dijo:

—¿Aquí estábais, Tello?

—En este instante acabo de entrar. ¿Os habré despertado?

—No dormia. Es que habia cerrado los ojos para no ver que estaba sola.

—Siendo así, ¿me permitiréis que os haga por un rato compañía?

—Con ello me haceis un favor, respondió doña María con harta más benevolencia que el dia de sus explicaciones.

—¡Oh! yo soy quien le recibo, señora, replicó Tello de Villafranca inclinándose delante de su madrastra.

—Repito que me le haceis, repuso doña María mirándole con su habitual expresion de tristeza. Aquí se pasa mi vida tan sola y tan sin distraccion, que cuando oigo una voz que responde á la mia tengo un momento de regocijo.

—Sí, estais sola, sí.

—Demasiado, dijo doña María con más sentimiento que acritud. Vuestro padre en sus tareas me olvida completamente hace dias; vos en vuestros nuevos deberes, tambien; y mi hermano há tiempo que no pisa la calle del Leon para verme.

—Por mi parte, respondió Tello de Villafranca sentándose en un cojin á los piés de su madrastra, no os hago compañía muchas veces porque temo molestaros.

—Tello, dijo doña María con expresion, me habeis hecho perder resentimientos de quince años y que os vea con placer.

—Siento el oíroslo en víspera de separarme de vos, replicó el hijo del tesorero mostrándose orgulloso de su conquista.

—Pues qué, ¿os vais? le preguntó su madrastra.

—Sí, señora.

—¡Ah! Y ¿adónde?

—Si la partida se realiza, á la Mancha.

—¿No estais decidido aun?

—Por mi parte sí que lo estoy, dijo Tello sonriéndose.

—¡Cómo dudabais...!

—Menester es dudar cuando se habla de futuro.

—Y ¿á qué vais?

—En comision.

—Perdonad mis preguntas, dijo doña María con algun resentimiento. Si las he hecho, ha sido porque creí que vuestro viaje no debía ser un secreto para mí.

—Bien sabe Dios que no es de vos de quien yo los guardo... si los tengo, replicó Tello de Villafranca con esa dulzura contemplativa que se tiene con los niños y los enfermos. En cuanto á vuestras preguntas, que confieso naturales y adecuadas, las he contestado todas, si no como debo, como puedo.

—Excitais mi curiosidad de un modo extraño, y sólo de miedo á vuestras evasivas que me mortifican no os pregunto cómo dejais en estas circunstancias la córte y el mando que os han confiado.

—No le dejo, doña María; parto como os he dicho en regia comision.

—¡Ah!

—¿Pudisteis dudar que Tello de Villafranca consagrado en cuerpo y alma al servicio del rey que le honra y le distingue cumplirá lo que le manden por muy costoso que sea?

—¡Oh, no! tanto más que os tienen un poco fanatizado, dijo doña María sonriéndose.

—¡Tal vez! respondió el adelantado mayor devolviéndole su sonrisa.

—Y en la Mancha, ¿qué reclama vuestra presencia? ¿Se han alzado los estados de Villena?

—No, señora.

—¿Quién osa preguntar á quien no responde si no con un *tal vez*, ó un *no señora*?

—¡Vos! dijo Tello expresivo y afectuoso con su madrastra.

—Pues bien, ¿á qué vais? le preguntó insistiendo en su pretension de saberlo.

—A llevar un prisionero, respondió con manifiesta repugnancia.

—¿Un prisionero? repitió con emocion.

—Ya os lo he dicho.

—Y ¿quién es? preguntó doña María recorriendo de pronto un fuerte temblor sus miembros.

Tello de Villafranca adquirió la seria gravedad que le caracterizaba, y esquivando la mirada de su madrastra le contestó:

—No lo queráis saber, señora.

—¿Por qué?

—Porque mi lengua tiene que negarse á contestáros.

Doña María le miró fijamente, y de pronto torciéndose las manos rompió en un llanto acongojado diciendo:

—Vuestros ojos me lo dicen; el prisionero es mi hermano.

—Doña María, dijo Tello ahogando un terrible voto en el momento de exhalar de sus labios; ese llanto es infundado, nadie piensa en el comendador para castigarle.

—Sí es, sí; mi corazón que sufre como el suyo debe sufrir, me lo revela.

—Pero reflexionad, y os convenceréis vos misma de lo infundado de vuestro dolor. Si el prisionero fuera el comendador no sería yo quien lo escoltara, porque tanta honra no se le hace ni á los maestros. No es él, os lo afirmo, os lo juro.

Pero á pesar de sus esfuerzos por tranquilizarla y de sus razones para persuadirla, doña María seguía llorando con creciente aflicción, siendo inútiles todas las reflexiones, todas las protestas, todas las seguridades que le dió de no ser su hermano el prisionero. Maldiciéndose interiormente por ser causa de aquella congoja, y sin que se le ocurriera qué hacer para calmarla que no fuera llamar al comendador para que con su testimonio la convenciera, tomó el partido de decirle la verdad, suponiendo que no aventuraba con ello nada, puesto que aunque no reservara por una eternidad el secreto que le iba á confiar, le reservaría las horas que importaba que no fuese divulgado.

Resolviéndose pues le tomó una mano, y tan grave como afectuosamente le dijo:

—Suspended el llanto y oidme, doña María, porque para tranquilizaros os voy á decir lo que sólo sabe el que lo manda y quien lo ha de ejecutar. El prisionero será el rebelde duque de Benavente.

—Eso no es cierto; tan sólo me lo decis por consolarme, le respondió doña María convencida de que lo que le decían no era posible que sucediera.

—Os juro que es verdad.

—Pero Tello... ¡Cómo os he de creer si el duque está garantido!

—¡Es qué no lo está por el rey!

—¡Aunque así sea, el arzobispo no le entregará!

—El arzobispo se someterá á las órdenes de su señor temporal.

—¿Lo ha dicho?

—No, porque ignora lo que se ha decidido.

Y Tello dió á su madrastra pormenores, tantos cuantos se necesitaron para convencerla. Cuando lo hubo conseguido, le dijo:

—Os he participado un secreto del que pende la salvación de Castilla. ¿Lo guardaréis, doña María?

—¡Sí, Tello! le guardaré porque es vuestro, porque es trascendental, y porque me lo habeis revelado para sacarme de la aflicción en que habia caído, suponiendo la desgracia de mi hermano.

—En ese caso me doy por feliz, puesto que he podido convenceros que por vos estoy pronto á sacrificarlo todo: ¡hasta una parte de mi deber!

—Tello, dijo doña María con emoción; si supiera aborrecer diría que os he

aborrecido, porque vuestro padre, que no tiene en su corazón amor mas que para un solo ser, os le tenía á vos, reservándome á mí la parte insensible y seca. Os he aborrecido por vos, os he aborrecido por mí; pero ha llegado un día en que os ame, y madre para vos, tendré tanta abnegacion, tanta ternura como soy capaz de sentir.

—Gracias por esa promesa que llena cumplidamente mis deseos, respondió Tello de Villafranca iluminando su rostro una viva satisfaccion. Hablando por última vez de lo pasado para explicar lo presente, os diré que si me habeis aborrecido, y tanto que no se comprende en vuestro dulce carácter. Ese aborrecimiento me ha hecho aborrecer á mi vez á quien os le inspiraba y á todo lo que os he visto inclinaros, porque todos los afectos tienen sus celos, y el mio á vos ha sido siempre vivo y profundo. No ser nada para vos me ha hecho sufrir; la esperanza de ser algo, gozar. Me hicisteis un cargo y yo he tenido la dicha de destruirlo convenciéndoos de que mi influjo sólo podia atraer sobre vos consideraciones y respeto. Esto de pasado: de futuro os diré que veréis realizados todos vuestros deseos hasta los más imposibles.

—Y yo que estoy cansada de sufrir, yo que estoy ansiosa de un poco de condescendencia para mis gustos, viviré feliz entre vuestro padre y vos.

—Acepto el vaticinio por mi padre y por mí con supremo placer, dijo Tello de Villafranca besando la mano que su madrastra le alargó.

En aquel momento se oyó el ruido de una puerta, abriéndose con estrépito en una habitacion contigua.

—¡Mi padre! dijo Tello levantándose. Os dejo en su compañía.

—¿Os verá mañana ántes de partir?

—No sé, porque desde que rompa el día tendré que estar dispuesto para recibir al duque.

—Pues por si no os veo más, os despediré ahora.

Y levantándose pasó su brazo por el cuello de su hijastro, y puso los labios en su frente ancha y pensadora.

—Dios os escude en todos los peligros, le dijo conmovida. ¡A Dios!

—¡A Dios! respondió Tello de Villafranca separando delicadamente á su madrastra que volvió á sentarse en los cojines: ¡á Dios!

Y saludándola se encaminó á la puerta; mas por uno de esos impulsos que al sentirse no pueden explicarse, afectado con la primera caricia de su madrastra, no quiso encontrarse con su padre que en aquel instante abria con mano algo torpe la puerta del salón, y viendo la de un pequeño camarín abierta y próxima, entró en él con objeto de dejarle pasar y salirse por la de este, atravesando algunas habitaciones con las que comunicaba.

LIX.

Entróse Tello de Villafranca en el camarín de su madrastra, como dejámos apuntado en el capítulo que antecede, mas hubo de experimentar una desagradable impresion y un pronunciado disgusto, cuando en vez de su padre vió penetrar en el salón á Lope de Haro, y tan ciego que tropezó en un mueble con tal violencia que le hizo echar un voto, exhalando un grito doña María que fuertemente se asustó.

Sin saber por qué Tello se detuvo en el camarín, y al disgusto que ya sentia se unió una vivísima sorpresa al notar que el comendador sin responder á su hermana, que solícita le preguntaba, la interrogó con acento breve y duro, diciendo:

—¿Esperais á álguien, María?

—No, Lope, le contestó su hermana mirándole un tanto atónita y sorprendida.

Hay que decir que el aspecto de Lope de Haro no era tranquilizador. Ceño en la frente, fuego en los ojos, contraccion en los labios y violenta impaciencia en sus movimientos, daban fuertes indicios de estar poseido de una terrible agitacion. Doña María que venía sufriendo su ascendiente toda su vida, ascendiente á que era debida una gran parte de las desavenencias tenidas con su esposo, y de la aversion sentida por su hijo á quien odiaba el comendador por espíritu de bando, se sobresaltó vivamente al observarle, creciendo de punto su confusion é inquietud, cuando en el mismo tono que ántes le oyó replicar:

—¡Me alegro!

Y dirigiéndose á la puerta del salón, le vió correr el cerrojo.

—¿Qué haceis, Lope? exclamó doña María más sorprendida con su extraña accion que lo estaba Tello de Villafranca en su escondite.

—Evitar que nadie venga á interrumpirnos, respondió bruscamente el comendador volviendo á donde su hermana estaba.

—Lope, dijo doña María hecha al temor; abrid esa puerta; los que pudieran interrumpirnos tienen derecho á entrar siempre que les plazca hacerlo, y los que no le tienen no entrarán si no les llamo.

—Por si acaso, María, bien estamos así; y ahora decidme claramente y sin rodeos qué es lo que van á hacer con el duque de Benavente.

Tello de Villafranca frunció las cejas y aguzó el oído, no pensando por cierto en dejar el camarín.

—Yo no sé, hermano, respondió doña María negando lo que Tello le habia confiado para tranquilizarla.

—Sí, lo sabeis, porque Hernan Perez lo sabe, replicó el comendador cada vez más exigente.

—Acaso tengais razon, mas si lo sabe creed que no me lo ha comunicado.

—No negueis, hermana; Hernan os lo comunica todo.

—Sí, pero hoy no le he visto en todo el dia.

Y era verdad. El tesorero del rey habia pasado la mitad de él proporcionando oro para que el rey hiciese frente á los gastos de la guerra, y la otra mitad con los privados de quienes era, como su hijo, decidido y poderoso partidario.

—Eso es imposible, dijo el comendador con acento que la cólera y la ansiedad destemplaban; ese zanquilargo. Satanás no puede pasar tanto tiempo sin veros, y bien sabeis que no tiene secretos con vos. No los tengais pues conmigo, y decidme qué es lo que tramán contra el duque.

—No me lo ha dicho Hernan, no lo sé, Lope, ¡creedlo!

—Qué os he de creer si os estais vendiendo como otras veces, con ese sobresalto y ese terrôr que os asalta... ¡Oh! sí lo sabeis; y juro á Dios que es una gran iniquidad lo que han resuelto, porque vuestra lengua se niega á revelármela.

Resuelta doña María á guardar el secreto que su hermano le queria arrancar, y temerosa de que el influjo del comendador lo consiguiera, bajó los ojos para que por ellos nada descubriese, y repuso:

—Nada tengo que revelaros, Lope; nada sé.

—Estais mintiendo, María, replicó el comendador irritado con la contradiccion. Lo sabeis; vuestra palidez, vuestro terror, esos ojos que no alzais lo declaran. ¿Qué es? ¡Hablad! decidlo pronto porque el tiempo urge, y necesito saberlo para obrar.

—Mirad, Lope, dijo su hermana adquiriendo alguna energía; si continuais con ese lenguaje, con ese tono, con esa exigencia, me vais á obligar á que huya de vuestro lado.

—Lo creo, pero yo os perseguiré adonde vayais hasta que me digais, ¡lo sé!

—Pues bien, sí hermano, ¡lo sé! mas tened entendido que por gratitud, cuando no por deber, callaré eternamente lo que me han confiado para tranquilizarme, lo que me han afirmado obligados por mi llanto y compadecidos de mi congoja.

—Sí lo diréis, María.

—¡Oh! no.

—¡Que sí! dijo Lope de Haro con acento amenazador agarrándola una mano y oprimiéndosela con fuerza. ¡Que sí!

—¡Oh! exclamó doña María con acento de dolor é indignacion. ¡Sois para mí un verdugo! ¡Ay, ay!

Tello de Villafranca, que no habia perdido una sílaba del poco suave coloquio, latiéndole sordamente el corazon sacó la cabeza de su escondite para ver lo

que arrancaba exclamacion, apóstrofe y quejidos á su madrastra, mas nada vió, porque el comendador, de espaldas al camarín, la cubria con su cuerpo que hacia más voluminoso el blanco manto que pendia de sus hombros. Fuertes impulsos tuvo de salir y arrojar por una ventana al cuñado de su padre, pero respetando el delicadísimo estado de doña María se contuvo y esperó el final de aquella violenta escena, resuelto á no tomar parte en ella como no la reclamara algun desman del comendador.

—Vos tenéis la culpa de mi arrebato, dijo Lope de Haro soltándole la magullada mano; vos que no sois ya mi hermana, vos que lo mismo que Hernan Perez os habeis vendido á los felones privados.

—Callad, Lope, callad. El vendido fue siempre Hernan; él es solamente quien tiene el derecho de reprochar á lo ménos á su esposa que ha revelado sus confidencias por amor á vos que habeis solicitado saberlas.

—En fin, dijo el comendador de Azuaga, ménos palabras y acabemos. ¿Qué han dispuesto para mañana?

—No os lo digo.

—¿No?

—¡No!

—Pues bien, repuso descompuesto y fuera de sí el comendador, ¡tanto da! Este puñal me descubrirá el secreto.

Y sacó el suyo de la cintura.

—¡Dios mio! exclamó doña María poniéndose más blanca que un jazmin. ¿Qué intentais...? ¿Qué vais á hacer...?

—Que su punta lo extraiga del corazon que lo encierra.

—¡A vuestra hermana! dijo doña María ahogada su voz con la emocion del terror.

Tello echó mano á su puñal y se dispuso á intervenir. Iba á lanzarse en el salon cuando oyó á Lope de Haro decir con voz que la cólera hacia vibrar:

—No desnudo mi puñal para vos, sino para ese traidor de Perez á quien odio, para ese ladron que persigue para robar.

—Lope, ¡no! exclamó su esposa abalanzándose á su cuello.

—María, ¡sí! respondió su hermano rechazándola y encaminándose á largos pasos á la puerta.

—¡Venid! gritó tendiéndole las manos. ¡Por Dios, volved!

El comendador retrocedió y Tello de Villafranca tambien, permaneciendo á dos pasos de la puerta.

—¿Para qué me llamis? la preguntó.

—Para deciroslo todo, le respondió con abatimiento. No quiero que Hernan sea víctima de vuestro furor.

—Pues hablad, añadió imperiosamente sin poder contener su impaciencia el comendador.

—Dejad que me tranquilice. ¿Veis? el corazon me quiere romper el pecho.

Lope de Haro se sentó á su lado despues de guardar el puñal, y sujetándole el corazon con su propia mano, la dijo reclinándolo contra el suyo:

—Tranquilizáos, pero no olvideis que cada instante que pasa es para su salvacion una probabilidad perdida.

Dió un acongojado suspiro. doña María, principiú su revelacion que cortaba de pronto un sollozo, y violó la promesa que habia querido cumplir.

Cuando hubo terminado su relato y dado los mismos detalles que habia pedido, así que Lope de Haro estuvo enterado de todo, la colocó sobre los cojines, y levantándose la dijo disponiéndose á dejarla:

—Con que eso han dispuesto, ¿eh? Pues juro que no será. ¡A Dios, hermana!

—¡A Dios, Lope! respondió doña María quedando casi desmayada en su mismo asiento.

LX.

Salió el comendador del salon y Tello de Villafranca del camarín. Uno en pos de otro bajaron la escalera, pasaron el zaguan, cruzaron el oscuro portalon y se encontraron en la calle. En su priesa, el adelantado no habia querido perder tiempo en tomar la gorra y llevaba la cabeza descubierta.

La noche era magnífica. Purísimo el firmamento ostentaba sobre su brillante azul apiñadas y destelladoras estrellas; y sus trémulos resplandores se unian á los tibios y suaves de la luna que iluminaba con su blanca y argentada luz la tierra, despues de atravesar el espacio.

Al movimiento que en las primeras horas de la noche habia cundido en Valladolid sucedia la tranquilidad y el silencio. Los grupos se habian deshecho, y cada cual se habia retirado á sus hogares para dar tregua á las agitaciones de la vida, olvidando en el sueño sus preocupaciones, presunciones y temores.

Lope de Haro dejó que su manto flotara pendiendo descuidadamente de sus hombros, y con los brazos cruzados sobre el pecho y la frente inclinada, sumido en profunda meditacion, andó á paso largo la calle, y tras ella otra y otra, hasta que por último desembocó en la plazuela de San Pedro. Tello de Villafranca le seguia como la sombra al cuerpo, fijo en él su ojo penetrante y observador.

Por aquellos tiempos se alzaba en la plazuela con la iglesia de cuya advocacion toma nombre, un edificio grande, sombrío y blasonado al cual se dirigió derechamente el comendador de Azuaga.

Sobre la puerta sobresalia tallado en piedra un escuson cuyos cuarteles con-

tenian los mejores blasones de Castilla, orlándole la mitra, el báculo, la cruz de una travesa, el sombrero pastoral y el cordon con diez nudos revelando en heráldico lenguaje que aquella morada más que á un pastor de Jesucristo pertenecía á un príncipe de la iglesia, pero de aquellos que unian los privilegios de sangre á los privilegios de dignidad.

Aquel príncipe era el arzobispo de Santiago, era don García Manrique, el cual velaba aquella noche en el desasosiego y la expectativa.

La puerta estaba abierta, y en las ventanas habia luz. Lope de Haro fué á ella, sentó el pié en la primer grada de las tres que daban ingreso, pero sintió á la vez una mano que agarrándole el brazo le detuvo, y una voz que á su oído le dijo con acento imperativo y frio:

—¡Detenéos!

Paróse, y medio volviendo la cara, preguntó con aspereza y arrogancia:

—¿Para qué? ¿Quién sois?

—Con mirarme lo sabeis, con saberlo estais contestado; respondió glacialmente Tello de Villafranca sin soltarle.

La luz de la luna daba de lleno en el rostro del hijo del tesorero, rostro que visto una vez, ni se olvidaba jamas ni se podia equivocarse con otro; así fue que lo reconoció con su orgullosa y oblicua mirada. Lo que no hizo fue comprenderle, y replicó desabridamente:

—Señor Tello de Villafranca, dispensad que en este momento rehuse vuestra compañía. Dejadme.

—No os dispenso, señor Lope de Haro, repuso Tello sin variar de acento. ¡Así, pues, venid!

—Si tanto deseais honraros con mi compañía, esperadme aquí, dijo altaneramente el comendador; y cuando salga iremos juntos á donde gustéis.

—Eso lo podréis hacer vos cuando me dejéis; mas lo que es ántes, ¡no!

—Me obligais á deciros que no me viene en gusto seguiros, y de consiguiénte que no quiero.

—Lo creo, seor caballero, amedrentador de damas y arrancador de secretos, dijo sardónicamente Tello de Villafranca; pero hais de saber que á mí tampoco me viene en gusto que propaleis el que habeis robado á vuestra hermana, y por esta vez, mal deudo, mal vasallo, mal castellano, no haréis uso de él en perjuicio del rey, del reino y de sus altos intereses.

—Y ¿quién lo impedirá si quiero? le preguntó el gobernador chispeantes de cólera los ojos.

—¡Yo! señor Lope de Haro, contestó rotundamente Tello de Villafranca, mirándole frente á frente.

—¿Vos?... ¡Habrás insensato como él!

—¡Yo! que os voy á cortar la lengua que injuria y amenaza, para que no delate y venda.

—¡Espía vil! exclamó arrebatada y descompuestamente el parcial de doña Leonor; la vuestra os he de arrancar, por villano y por traidor.

—¡Soy tan noble como vos, más honrado y más leal!... Mas venid, que los que por hombres se tienen y blasonan de valientes, hacen de la espada lengua y la esgrimen en el campo.

Y Tello de Villafranca tiró con fuerza del comendador, haciéndole bajar la grada.

—¡Aquí, aquí mismo va á ser! dijo Lope de Haro tirando frenético de la espada.

—Si no supiera que erais valiente, os diria que sólo los cobardes son los que se acuchillan en sitio que el ruido atraiga gente, le dijo Tello de Villafranca reconviniéndole con desprecio.

—Pues no se ha de acercar nadie á quitarle á mi furor su presa, repuso el comendador abandonando el umbral del arzobispo que ya tocaba para lanzarse en pos de Tello de Villafranca, el cual se encaminó á un lóbrego callejon que junto á San Pedro habia.

Ambos penetraron en él, y desnudos los aceros, empezó un combate desde el primer momento desigual, porque Tello, hombre flemático y frio, estaba sereno y sobre sí, miéntras Lope de Haro, todo cólera y pasion, por herir á su adversario y derribarle, se precipitaba sobre el acero de este. La lucha pues fue corta; el comendador dió un golpe en falso quedando descubierto, y la punta de la espada, siempre dirigida á su pecho, se hundió en él rompiendo la acerada malla.

Vacilante Lope de Haro intentó devolver el golpe, pero perdió el equilibrio y cayó en el lodo de la callejuela.

Su vencedor le miró como se revolcaba envuelto en el blanco manto sin dar un quejido, y viendo sus ansias murmuró:

—Si le deajo puede hablar, y si habla fracasan los planes formados y con ellos todos nosotros.

Hecha la reflexion que en el anterior soliloquio se expresa, sacó su misericordia, y poniendo una rodilla en tierra, dió el golpe de gracia al comendador, clavándosela en la garganta.

LXI.

El poderoso y perjuro duque de Benavente, montado en un hermoso y arrogante caballo, entró en Valladolid, como habia ofrecido por medio del dean de

Trujillo, sin más defensa que la que prestaba una cota de menudas mallas que llevaba bajo un jubon de terciopelo color de esmeralda, y sin otras armas que su espada, distintivo de nobleza é hidalguía en aquella época de privilegios.

A su diestra cabalgaba el adelantado mayor de Castilla que habia salido á recibirle para honrarle segun las apariencias, y á la siniestra iba su alférez Gonzalo de Figueroa desarmado como el duque. Seguian en pos seis escuderos con sendos escudos en el pecho sin lanza ni adarga, cerrando la marcha los de Tello de Villafranca.

Ningun temor, ningun recelo agitaba á don Fadrique, cuya frente estaba desplegada y rejuvenecida. La conmocion que producía en el vulgo su presencia, revelaba á su orgullo lo mucho en que se le tenía, y se sentía grande con aquel tributo espontáneo que se le rendía, y se encontraba feliz mirando á la muchedumbre agolparse á su tránsito para verle, metiéndose casi bajo los piés de su caballo.

Y sin embargo, aquella sensacion fuerte y lisonjera que gozaba era ese bienestar supremo precursor las más veces de un dolor intenso y profundo, cuya primer punzada sólo tardó en hacerse sentir lo que tardó en penetrar en la regia cámara del alcázar y en extender por ella una rápida ojeada.

Enrique III le recibió de pié. Estaba pálido, tenía la frente plegada y sus ojos azules una expresion sobre resuelta severa.

Junto á él se destacaba la imponente y arrogante figura del condestable, duro y audaz como siempre. Impasible y sereno Diego de Zúñiga aparecía bajo su calma inflexible, y la faz del mayordomo mayor revelaba que alcanzaba el triunfo en aquella lid.

Frente al grupo que formaban los tres privados, colocados de intento al lado del rey, y juntos se hallaban los dos arzobispos, y con ellos los obispos de Cuenca, Tuy y Zamora. La frente del primado amarilla y arrugada por la edad, los cuidados y las meditaciones, ocultaba bajo su serenidad y mansedumbre una helada indiferencia por los sucesos, y algo de implacable rencor por los hombres, miéntras que en don García Manrique se notaban signos de alteradas y violentas pasiones, removidas en aquel punto y profundamente exacerbadas.

En cuanto al anciano obispo de Cuenca, lo mismo que á los demas consejeros que en círculo dilatado se hallaban, reflejaban fielmente en sus fisonomías con alguna rara excepcion, la expresion que caracterizaba al monarca y acaso tambien de los que eran tenidos por privados.

Sobraba penetracion á don Fadrique para no conocer al primer golpe de vista lo que le esperaba en aquella cámara que llenaban sus enemigos, y al verlos juntos todos, todos conformes y todos agresivos, maldijo con el corazón á todo cuanto le rodeaba, y lanzó una mirada de odio feroz al arzobispo don García, y otra de acerba reconvencion á Gonzalo, que estaba más conmovido, más pesaroso, mucho más impuesto que si se hallara con la muerte rostro á rostro.

Pero por vehementes, por siniestras que fueran sus impresiones y sus sentimientos, no olvidó que ya habia entrado en la cámara, y haciendo frente á todo con fiereza, avanzó por ella á paso lento y fué á saludar con indescribible altanería la primer dignidad que los hombres han establecido y acatado.

Detúvole Enrique III con un ademan, y mirándole con firmeza le dijo con calma y severidad:

—Escuchad, don Fadrique, lo que voy á deciros, sin ira aunque con pesar, pues es amargo tener al fin que castigar despues de haber perdonado mucho y muchas veces.

El duque fué á responder, pero el rey se lo impidió, imponiéndole silencio con una seña y decir:

—Cuando éramos menor y vos regente del reino y tutor nuestro, agitabais mi Castilla por antojo, dividiais el consejo y el estado, sembrabais el desórden y nacian las calamidades, y por que os cansabais y volviais á nos, os perdonábamos con alegría y os premiábamos con un trozo á veces de nuestro propio manto. Esto ha sido muchas veces porque nos placia creer que eran en vos los desmanes hijos de resentimientos violentos cual vuestro temple, de celo excesivo por vuestras prerogativas, teniendo siempre por último cada uno de aquellos rompimientos resultados funestos y desoladores para el reino.

La última, no se habrá borrado de vuestra memoria, porque el tiempo que ha trascurrido es poco; la última pactámos de nuestra parte un olvido generoso y completo; por la vuestra una sumision sincera y estable, y por prenda de reconciliacion os dimos á Valencia de Alcántara y una buena parte de nuestra renta. No os ha bastado y lo habeis roto: ¡sea con mengua de vuestra fama y en perjuicio de vuestra persona! Porque nuestra clemencia, de la que habeis hecho escarnio, ha concluido, y hoy somos para vos lo mismo que para todos: un rey cuyo cetro no fuercen ni afecciones ni temores cuando falla segun justicia y conciencia, y obra en pro de sus pueblos desventurados y sufridos.

Convencidos por una triste experiencia que no puede vuestro natural contenerse en aquellos límites que tiene marcados cada hombre en su destino y que al pasarlos traeis á Castilla mil males, hemos resuelto poner coto á estos, privándoos de todo ese poder de que tan mal uso habeis hecho. Dad pues vuestra espada al condestable y seguid al adelantado mayor, que os conducirá á Monreal tan luego como hayais tomado algun descanso en este propio recinto.

La verdad apareció en su horrible desnudez á los ojos de don Fadrique, pudiendo medir la profunda sima donde se habia precipitado; pero demasiado altivo para suplicar, demasiado fuerte para abatirse, dominó con toda su energía las infinitas y violentas sensaciones que le oprimian, y lanzando una fulminante mirada despreciativa y altanera á Ruy Lopez Dávalos que se adelantó para tomar su espada, dijo con entereza dando un paso hácia el rey:

—Protesto solemnemente contra esa justicia que V. A. ha invocado. Si me he

alzado en Benavente ha sido en defensa propia, obedeciendo á la ley que Dios ha impuesto á todo sér, y la razon que me asistia la prueba y probará eternamente la tropelia que sufro y la violacion que se ha cometido de palabras y de derechos. Por lo que hace á mi espada, la recibí de manos de un rey, de la de don Enrique II mi padre, y la tendria por deshonorada depositándola en otra que en la de don Enrique III su nieto y sucesor. Si la quereis, si se la exigis á vuestro tío, ¡tomadla!

Y el duque de Benavente, sacándola del cinturon, dobló la rodilla y se la presentó por el pomo.

Tomóla don Enrique por la cruz engastada de esmeraldas que formaba la empuñadura, y dándosela por la punta al condestable, le dijo severa y friamente:

—Señor condestable de Castilla, os mando que la tengais en guarda.

Un relámpago ardiente de ira brotó de las inflamadas pupilas del duque al ver pasar su espada de las manos del rey á las de su privado que la recibió con ceremonia, y levantándose al punto con altanería, irguiéndose más que lo hubiera hecho en el trono de su sala feudal de Benavente en el lleno de su poder, dijo con acento acerbamente reprochador:

—¡Me tratais como á un prisionero, rey don Enrique!

—Os trato por que lo sois nuestro desde este instante.

Y volviéndose á Tello de Villafranca, le dijo:

—Señor adelantado mayor, hacéos cargo de don Fadrique de Castilla, de quien me respondeis hasta dejarle en Monreal.

Tello de Villafranca pasó á su lado.

—Poco os ha costado el hacerme, don Enrique, replicó el duque de Benavente no pudiendo ya contenerse; lo mismo que los cazadores del desierto, habeis tendido un lazo al leon que ha caido en él sin advertirlo.

—Si no fuerais prisionero, dijo don Enrique blancos los labios de ira, os diria que mentais, pero lo sois, y en vez de responderos con un guante y una palabra, os diré que cuando os envié á mi alcaide á deciros que vinierais estaba resuelto á perdonaros como siempre, y á daros lo que me hubierais pedido, pero os negasteis dejando que sobre Castilla se desplomaran todas las calamidades, hasta la ignominia de ser saqueada por merodeadores portugueses, y entónces pronuncié la sentencia que os impongo y á la que os habeis sometido de voluntad, puesto que nos, don Enrique de Castilla, no os hemos prometido nada que la evite ni modifique.

—Os creo, señor, repuso el duque brotando de sus labios contraidos más hiel que palabras; sois de mi sangre para ser tan falazmente traidor... Eso viene de otra casta que no se roza con la nuestra.

Y asestó al arzobispo de Santiago tal mirada que hizo agolpar toda su sangre desde el corazon á las rugosas mejillas.

—Esperad y lo veréis, exclamó el anciano prelado recogiendo el insulto como directo.

Y dirigiéndose á don Enrique añadió con la dominadora energía de su carácter:

—Tiempo es de que manifieste lo que ayer vine dos veces á decir, y dos veces tuve que volverme sin conseguirlo, porque hallé cerrada la cámara real y los oídos de V. A., de la misma manera que la de doña Catalina, á quien también en mi afán vanamente me dirigí.

—Señor mayordomo mayor, dijo Enrique III volviéndose á Juan Hurtado de Mendoza, acompañad á don Fadrique al cual despedimos con este apresuramiento para escuchar al reverendísimo don García, puesto que lo solicita.

—¡Gracias! repuso el arzobispo con amargo sarcasmo; gracias por la atención que al fin me concedéis, pero yo pretendo hablar ante el duque á quien tengo que satisfacer, y os ruego que no le despidáis hasta que lo haga cumplidamente.

—Es inútil, señor arzobispo, dijo don Fadrique pulverizándole con el fuego de sus ojos. Todo lo que me podeis decir es que mi deuda está pagada, eso lo sé y os lo otorgo sin repugnar la moneda... *¡paz y fe!*

Y lanzando aquel último dardo á su enemigo, á su contrario, á la mano que lo habia vendido, se inclinó altivamente ante el rey, y salió de la cámara acompañado del mayordomo y el adelantado mayor, siguiendo en pos Figueroa.

El maestre de Santiago habló con los de Calatrava y Alcántara, y los tres se hicieron un grupo.

Don García habia salido de su círculo, y en pie é inmóvil esperaba una palabra del rey para dar paso á las suyas.

LXII.

Así que don Fadrique salió de la cámara, Enrique III, que habia sufrido una tensión violenta, dió un suspiro y se sentó en el sitial que cimbraba la corona que tan pesada le era, y disponiéndose á sufrir un nuevo embate, le dijo al arzobispo de Santiago con un acento en que predominaba la deferencia sobre la seriedad:

—Reverendísimo padre, hablad lo que queráis; os escucho y os contestaré.

Aprovechándose del permiso don García se aproximó á él, y le dijo con acento breve y resuelto, cruzando los brazos y fija su mirada penetrante y reprochadora en el rey que habia educado y dirigido con su sabiduría y su ascendiente:

—Cortos serán los períodos, claras y terminantes mis palabras como los hechos y los compromisos que van á precisar, y vehementes como los sentimientos que me conmueven en este instante, advirtiendo ante todo á V. A. que no soy

ni el pastor de Jesucristo, ni el consejero del rey, sino un hombre á quien la honra le impele, y la honra es muy exigente, hasta para tratar con los reyes.

Enrique III dió un segundo suspiro, alzó con majestad su frente hermosa y descolorida, clavó sus dulces ojos azules con tristeza en el antiguo gobernador, y repuso con calma y dignidad:

—Hablad como podais, tomad el carácter que más os convenga; pero no olvidéis que yo conservo el mio propio, y que me habláis delante de toda Castilla.

—Es lo primero que tengo en memoria, replicó don García rudamente, y delante de ella hablo para que tome ácta de mis palabras. Porque me duele y profundamente, pensar que haya podido V. A. olvidar una cosa que mi orgullo ve importante al adoptar una resolucion como la que con el duque de Benavente se ha tomado.

—Os engañais, don García, nada he olvidado al tomarla, pesando los inconvenientes y las ventajas en balanza muy delicada.

—Sí, pero lo que no se ha tenido en cuenta es que el duque de Benavente ha venido á Valladolid garantido con mi fe.

—Se ha tenido, padre mio; os repito que todo ha sido apreciado.

—No en su valor, don Enrique, y es extraño que tal haga quien se precia de caballero tanto como de ser rey justo.

—Si quisierais en vuestra querella acudir á la memoria, veriais cuan merecido es ese cargo que tan ligeramente aventurais, porque nos, no ofrecimos ni á vos ni á él, dejar impune su atrevimiento. Me dijisteis, *¿le escribo?* y os respondí: *escribidle si quereis*. Esto no es una promesa, ni hay por nos una palabra empeñada.

Mordióse los labios don García, y replicó:

—Se hablaba de paz, don Enrique, y de reducir al duque brindándosela: amigos y enemigos me invitaron para que yo acometiese la empresa: os consulté y lo aprobasteis, y le hablé de paz en vuestro nombre, garantizándole seguridad en el mio, por que yo creí neciamente que al conseguir lo que habia intentado el alcaide de los donceles, no estableceriais esa sutil distincion.

—Siento que así os hayais equivocado, dijo Enrique III con su deferente expresion, expresion euasi conciliadora; y siento aun más el pesar que veo os produce.

—Equivocacion habrá sido la mia, don Enrique, pero entre tanto, yo le he dicho á ese hombre como Dios al apóstol: *Venid, andad sobre las aguas sin miedo*; y á mi voz ha salido de su barco, y en vez de andar á pié firme, se hunde en un abismo insondable.

—Comprendo vuestro delicado escrúpulo, mas ved que le quereis anteponer á la tranquilidad de un reino y un reino merece mucho.

—Pasó mi tiempo, señor, dijo con acerba amargura el prelado; yo ya ni lo agito ni lo calmo; otros emprendan esa tarea y llévenla á cabo como quieran.